

NUESTRO SUR

MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA CULTURA / CENTRO NACIONAL DE HISTORIA /
AÑO 5 / NÚMERO 8 / ENERO - JUNIO 2014



CONTENIDO

**Arqueología,
representación y
patrimonio: Las “otras
historias” de Cubagua
Y Nueva Cádiz**

Página 41

**Arqueología de la Caracas colonial
y republicana**

Página 129

**Arqueología del capitalismo: el
proceso urbano originario en
las provincias de Caracas,
Maracaibo y Guayana, siglos
XVI al XIX. El modo de vida
colonial venezolano**

Página 151

Historia, Memoria y Patrimonio

NUESTRO SUR

Historia, Memoria y Patrimonio

NUESTRO SUR

Historia, Memoria y Patrimonio

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Centro Nacional de Historia
Archivo General de la Nación

Coordinación Editorial de este número

Rodrigo Navarrete

Consejo Editorial

Luis Felipe Pellicer

Simón Andrés Sánchez

Mariana Tovar

Oscar León

Rodrigo Navarrete

Hancer González

Neller Ochoa

Eileen Bolívar

Corrección

Miguel Raúl Gómez

Diagramación

Ángel Urbáez

Inserción de correcciones

Gabriel Serrano

Diseño y fotografía de portada

Gabriel Serrano

Imagen de portada

Vasija de tres cuerpos. Fase Boulevard, boulevard de Quíbor, municipio Jiménez, Museo Antropológico de Quíbor.

Nuestro Sur

Año 5. Número 8. Enero-Junio 2014

Fundación Centro Nacional de Historia

Final Av. Panteón, Foro Libertador, edif. Archivo General de la Nación, PB,
Caracas, Venezuela

centronacionaldehistoria@gmail.com

revistanuestrosur.cnh@gmail.com

Indizada en la base de datos: Revencyt.

Depósito legal: pp201002DC3516

ISSN 2244-7091

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

ARCHIVO
GENERAL
DE LA NACIÓN



CENTRO
NACIONAL
DE HISTORIA

SUMARIO

PRESENTACIÓN	5
DEL POR QUÉ ASUMIMOS VALORES IDEOLÓGICOS QUE NO NOS CORRESPONDÍAN Transmisión de ideas a través de las cerámicas británicas impresas por transferencia en el siglo XIX	9
<i>Ana Cristina Rodríguez Y. Alasdair Brooks</i>	
ARQUEOLOGÍA, REPRESENTACIÓN Y PATRIMONIO: Las “otras historias” de Cubagua y Nueva Cádiz	41
<i>Carlos Suárez</i>	
NOTAS PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PRESENCIA AFRICANA EN VENEZUELA: primera aproximación a una reflexión teórico-metodológica	59
<i>Eduardo Herrera Malatesta</i>	
ARQUEOLOGÍA DE CARACAS. APROXIMACIÓN HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICA A LOS BANQUETES Y EL AJUAR CERÁMICO DE LA QUINTA DE ANAUCO DURANTE EL SIGLO XIX (1826-1883)	73
<i>Freisy Cecilia González Portales</i>	
LA ARQUEOLOGÍA MARXISTA DEL CAPITALISMO Y LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA PROTAGONIZADA POR EL PUEBLO	89
<i>Iraida Vargas Arenas</i>	
EL VALOR ESTRATÉGICO DEL AGUA PARA LA FUNDACIÓN EN EL SIGLO XVII DE LOS PUEBLOS DE DOCTRINA EN LA CORDILLERA DE MÉRIDA: CASO SAN ANTONIO DE MUCUÑO	115
<i>Lino Meneses Pacheco Gladys Gordones Rojas</i>	

**ARQUEOLOGÍA DE LA CARACAS COLONIAL
Y REPUBLICANA** **129**

Luis E. Molina

**ARQUEOLOGÍA DEL CAPITALISMO: EL PROCESO
URBANO ORIGINARIO EN LAS PROVINCIAS DE CARACAS,
MARACAIBO Y GUAYANA, SIGLOS XVI AL XIX.
EL MODO DE VIDA COLONIAL VENEZOLANO** **151**

Mario Sanoja O.

Iraida Vargas

**LA BASURA DE BOLÍVAR: UNA ARQUEOLOGÍA
EVOCATIVA DE LOS TIEMPOS BOLIVARIANOS** **191**

Rodrigo Navarrete Sánchez

RESEÑAS **219**

COLABORADORES **225**

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES **229**

PRESENTACIÓN

La arqueología histórica

La arqueología histórica, a la que preferiríamos llamar arqueología de la Venezuela colonial o republicana por razones históricas, epistemológicas y políticas que precisamente se discutirán en la compilación presente, ha sido una de las más frecuentes pero menos difundidas prácticas de investigación de esta disciplina desde hace unas décadas en el país. Esta línea de trabajo ha producido recientemente una amplia gama de interpretaciones desde la cultura material sobre el pasado nacional posterior a la invasión europea, principalmente en contextos urbanos, en especial Caracas, que ha permitido ampliar el panorama del conocimiento sobre eventos y procesos históricos en nuestra nación. Así, los restos materiales finalmente interactúan con otras fuentes de información histórica tradicionales como los documentos y la tradición oral para ofrecer una visión más completa y menos parcial. Esta compilación acerca discursos, prácticas y experiencias arqueológicas al quehacer de otros campos de saber asociados con la historia, ya que suponemos que todo saber sobre el pasado que privilegie la compleja red de discursos y prácticas intersubjetivas que activan significados y representaciones es, en fin, antropología histórica.

Aquí reunimos una serie de trabajos actualizados y referentes a variados temas que ofrecen un panorama bastante completo de los enfoques, temáticas, posibilidades y limitaciones que la arqueología venezolana reciente ha ofrecido, mediante el análisis de la cultura material, sobre el pasado de nuestra nación desde la invasión europea. En primer lugar, el trabajo de Iraida Vargas cuestiona la denominación *arqueología histórica* para designar los estudios arqueológicos sobre los procesos a partir de la invasión europea de América, ya que supone la dependencia de textos escritos y deshistoriza a las sociedades originarias preexistentes. Afirma que ya que la arqueología implica ética y política, su definición como *arqueología del capitalismo* permitiría vincularla con las luchas sociales contemporáneas venezolanas.

Por su parte, Luis Molina sintetiza las investigaciones arqueológicas en contextos coloniales caraqueños iniciadas desde fines del siglo XX, tanto en su núcleo urbano como en su periferia suburbana y rural, usualmente asociadas con proyectos de restauración arquitectónica patrimonial,

y señala puntos críticos sobre su contexto institucional, metodologías, alcances, limitaciones y perspectivas. Luego Mario Sanoja e Irida Vargas resumen los resultados de los proyectos de investigación Arqueología Urbana de Caracas y de Arqueología de Rescate de la Presa Macagua II, con el fin de analizar la diversidad cultural e histórica de las primeras urbes en Caracas, Santo Tomé y Maracaibo y su nexa con regiones prehispánicas como consecuencia de la inserción del capitalismo mercantil en Venezuela.

Freisy González interpreta la cultura material vinculada a la vida cotidiana y banquetes celebrados durante el siglo XIX en la Quinta de Anauco, Caracas, como parte del escenario político y militar de la época, considerando su función social en el contexto histórico particular, y evidencia la fuerza material y discursiva de la mesa y los banquetes como espacios vitales para formar una ciudadanía republicana. Por su parte, Rodrigo Navarrete analiza la figura de Bolívar como agente social sujeto a las condiciones de su cultura mediante un proyecto de investigación nacional en diversos monumentos, artefactos y lugares asociados con su vida, y que permite una interpretación arqueológica evocativa de la vida cotidiana en la Venezuela de principios del siglo XIX. Igualmente, Lino Meneses y Gladys Gordones exponen el valor político y estratégico del agua en el siglo XVII para la fundación de pueblos de doctrina en la cordillera Andina de Mérida, mediante las fuentes históricas-documentales y arqueológicas asociadas a las ruinas de San Antonio de Mucuñó.

Ana Cristina Rodríguez y Alasdair Brooks estudian la transferencia impresa en cerámicas del siglo XIX, en una colección de Barcelona (estado Anzoátegui), como un vehículo para transmitir imaginarios ideológicos centrados en Inglaterra y EE.UU. como principales productores y la distribución de esta mercancía, así como sus reinterpretaciones locales, lo que permite estudiar posibles cambios ideológicos y su influencia en la creación de nuevas identidades suramericanas del período independentista. En tono de uso político del pasado, Carlos Suárez analiza la producción y reproducción de discursos sobre la isla de Cubagua y la antigua ciudad de Nueva Cádiz, centrado en el mantenimiento de dicotomías pasado/presente, historia/prehistoria que alteran la percepción del patrimonio y distorsionan la mirada sobre los otros actores, acciones e historias de nuestro pasado aborigen y colonial que la arqueología, la literatura y otras formas de representación han rescatado. Finalmente, Eduardo Herrera Malatesta reflexiona sobre la comprensión teórico-metodológica de la presencia de

grupos africanos y afrodescendientes en el registro arqueológico de las costas centrales de Venezuela, con el fin de formar una arqueología capaz de reconstruir los patrones socioculturales, ideológicos, económicos y políticos en los cuales se encontraban insertos los africanos esclavizados y su descendencia.

Rodrigo Navarrete



DEL POR QUÉ ASUMIMOS VALORES IDEOLÓGICOS QUE NO NOS CORRESPONDÍAN

Transmisión de ideas a través de las cerámicas británicas
impresas por transferencia en el siglo XIX

*Ana Cristina Rodríguez Y.
Alasdair Brooks*

Fecha de entrega: 30 de octubre de 2013

Fecha de aceptación: 8 de noviembre de 2013

Resumen

Los estudios sobre la transferencia impresa en las cerámicas del siglo XIX, como un vehículo para la transmisión de diversos tipos de imaginario ideológico, se han centrado en gran medida en el Reino Unido y los Estados Unidos; el primero por ser el país que fabricó la mayoría de los grabados por transferencia y el segundo por ser el mercado más grande para las exportaciones de las cerámicas británicas. Sin embargo, al crecer la industria de las cerámicas a lo largo del siglo XIX, la actividad de los comerciantes británicos fue expandiéndose a otros mercados, llegando a ser América del Sur el segundo mercado más grande para las exportaciones de las cerámicas inglesas, después de Estados Unidos. Entonces, los significados ideológicos que los arqueólogos angloparlantes pueden atribuir a las cerámicas impresas por transferencia en el mundo del Atlántico Norte a menudo son muy diferentes a los significados que los motivos decorativos impresos en las cerámicas produjeron en contextos de países que surgían de manera independiente en América del Sur. Un conjunto de cerámicas impresas de la ciudad venezolana de Barcelona, en el estado Anzoátegui, ofrece la oportunidad de estudiar los posibles cambios ideológicos y su influencia en la creación de nuevas identidades dentro de un contexto suramericano convulsionado por las guerras independentistas.

Palabras clave:

Cerámica, exportación, comercio, arqueología, Venezuela.

Abstract

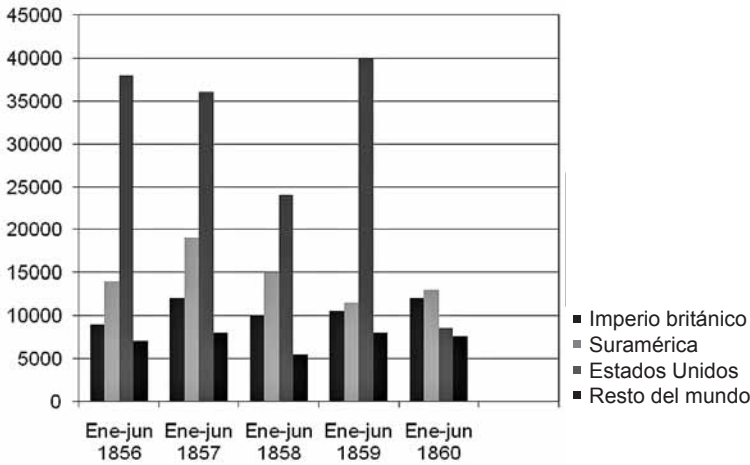
Studies on the transfer impressed ceramics of the nineteenth century as a vehicle for the transmission of various types of ideological imaginary has centered mainly in the United Kingdom and United States, the first for being the country that produce most of the transfer and the second for being the biggest market for the British ceramics exportations. Nevertheless, when the ceramic industry grown along the nineteenth century, British merchants expanded to other markets, reaching South America as the second biggest market for the British ceramics exportations after United States. Thus, the ideological meanings that English speakers archaeologist could attribute to the transfer impressed ceramics in the North Atlantic world is frequently different to the meanings that the decorative impressed meanings that the motives in the ceramics produced in contexts of countries emerging independently in South America. An ensemble of impressed ceramics found in the city of Barcelona (Anzoátegui state) offers an opportunity to study possible ideological changes and their influence in the creation de new identities within a South American context convulsed by independence wars.

Keywords: Ceramic, export, trade, archeology, Venezuela

Introducción

La cerámica de la región de Staffordshire fue uno de los grandes éxitos industriales de la historia del siglo XIX. Como ha señalado Barker (2001: 73): En 1760 la alfarería del norte de Staffordshire fue una fuerza importante en el mercado mundial. Antes de 1850 los productos de Staffordshire dictaban tendencias en la conducta de los consumidores desde América del Norte hasta Australia. Este enfoque es comprensible para los arqueólogos anglo-parlantes, ya que estas regiones eran parte del dominio del Reino Unido; sin embargo, los ha llevado a subestimar la importancia de América del Sur dentro del comercio internacional de la cerámica a principios de siglo XIX. Durante gran parte del siglo XIX, Suramérica fue el segundo mercado de exportación de la cerámica de Staffordshire, sólo por detrás de los Estados Unidos, y por delante de todas las colonias del Imperio británico juntas. Mientras que durante el inicio de la Guerra Civil estadounidense, el este de Suramérica fue el más importante mercado para las exportaciones de cerámica (Brooks 2005: 57-58; 2009: 294).

En la tabla 1 se muestran las cifras de las exportaciones por regiones en un período de seis meses entre los años 1856-1861, recopiladas de las publicaciones especializadas en las ventas de las cerámicas de Staffordshire. Las subregiones enumeradas por los vendedores no siempre permiten categorizar a la India y China, por lo que se muestran juntos, al igual que “Las Antillas y Cuba”, que están incluidas en el renglón “Resto del mundo”.



Dentro de este contexto de comercio global de las cerámicas británicas haremos el estudio de caso de los significados ideológicos inherente a una colección de finales del siglo XVIII y del siglo XIX recuperada en Barcelona, estado Anzoátegui, Venezuela (figura 1).

Tabla 1. Tomado de: Speaking in Spanish, Eating in English; Ideology and Meaning in Nineteenth-Century British Transfer Prints in Barcelona, Anzoátegui State, Venezuela; data collated by A. Brooks from the *Staffordshire Advertiser* (Graph by A. Brooks, 2010).



Venezuela: independencia y comercio británico

No parece haber una clara correlación entre la llegada de la cerámica británica a América del Sur y los conflictos duales de las guerras napoleónicas y las guerras de independencia en Suramérica, aunque ambos conflictos estuvieron estrechamente relacionados, pues debilitaron al Imperio español y permitieron la negociación y financiamiento entre los comerciantes británicos y los independentistas americanos.

En 1808, Napoleón Bonaparte invadió España, haciendo que el rey español Carlos IV abdicara en favor de su hijo Fernando VII. Posteriormente, Napoleón instaló a su hermano Joseph (José I) en el trono español e hizo que ambos reyes españoles se exiliaran en Francia. Las rebeliones contra el nuevo monarca José I llevaron a la formación de una Junta Suprema en el sur de España, que prometió su lealtad como legítimo rey de España al exiliado Fernando VII y se adjudicó el derecho de gobernar en su nombre. Esto condujo a una crisis de autoridad en las colonias de España en América,

Fig. 1. Mapa de ubicación del estado Anzoátegui y la ciudad de Barcelona.

donde, hablando en sentido amplio, las clases gobernantes tenían estas opciones: el reconocimiento de José Bonaparte, desconociendo la autoridad de los virreyes españoles representantes directos de Fernando VII, el reconocimiento de la Junta Suprema de España para gobernar hasta que Fernando VII pudiera ser restaurado, o la independencia de España basados en el modelo de la reciente independencia de Estados Unidos (Williamson 1992: 211-214). En este contexto, la guerra de Independencia de Venezuela, involucró múltiples facciones, algunas a favor de la total independencia, unas a favor de la autonomía bajo la Corona española, y algunas a favor de la restauración absoluta de la ley española. Incluso las fuerzas independentistas se dividieron entre los partidarios de un gobierno republicano y los partidarios de la continuidad de la monarquía en el gobierno, bajo un príncipe de la línea real (como lo realizó Brasil, que logró su independencia de una forma más pacífica), o bajo un nuevo monarca local, si era necesario (como el caso de México).

Venezuela era un centro importante de principios republicanos y sentimientos independentistas (Williamson 1992: 217). La Junta Central de Caracas fue la primera jurisdicción de América del Sur en no reconocer a la Junta Suprema de España, aunque inicialmente todavía profesaba lealtad a la Corona española, mientras que había una situación confusa en otras regiones, tales como Cumaná, que reconocía a la Junta Suprema formada en España, y Barcelona, que reconocía de manera velada la decisión independentista de Caracas y expresaba ser leal a la junta de España (Rodríguez O. 1998: 111). Francisco de Miranda y Simón Bolívar regresaron a Venezuela en 1810 y fueron fundamentales en la primera Declaración de Independencia en 1811; pero esta Primera República fue aplastada por los leales monárquicos en 1812. Miranda fue capturado y más tarde moriría en prisión, pero Bolívar escapó a Nueva Granada (Colombia moderna), para luego, al inicio del 1813, volver a invadir a Venezuela en la Campaña Admirable y emitir la Proclama de Guerra a Muerte, que resultó en la declaración, por segunda vez, de la independencia de Venezuela y la instauración de la Segunda República. Pero en 1814, Napoleón fue derrotado, Fernando VII fue restaurado en el trono español, y envió refuerzos a América del Sur. En septiembre de 1814, Bolívar fue forzado a salir de Venezuela y de nuevo se refugió en la Nueva Granada. Las fuerzas españolas también invadieron la Nueva Granada y Bolívar zarpó hacia el exilio en Jamaica.

En este punto, la causa independentista parecía perdida. El rey español era de nuevo legítimo en su trono, los refuerzos habían sido enviados a América del Sur, las fuerzas independentistas habían sido aplastadas, y muchos de los líderes revolucionarios se fueron al exilio. Sin embargo, lo más importante es que este es también el punto en el que Bretaña interviene, o, más exactamente, el punto donde intervienen los comerciantes británicos, cuyos propios intereses comerciales eran socavar y destruir el monopolio comercial español en sus colonias de América del Sur. Este proceso comparte algunas similitudes pasajeras a lo que Dawdy, en el contexto de la Luisiana colonial, ha denominado “*rogue colonialism*”, que era la influencia de personas con poder para empujar las fronteras coloniales para sus propios intereses (Dawdy 2008: 11), fuerzas no oficiales que patrocinan las actividades del gobierno. En Venezuela, sin embargo, el proceso podría llamarse mejor *postcolonialismo disimulado*: la influencia de individuos que ayudaban a derribar las fronteras coloniales para sus propios intereses y las del poder fuera de las estructuras oficiales. Este momento en el que Venezuela y Suramérica luchan por su independencia es vital para la comprensión de la llegada de las mercancías británicas, incluyendo la cerámica, en el período postcolonial del país.

Antes de la derrota de Napoleón, Gran Bretaña había sido aliada del depuesto rey español Fernando VII y las fuerzas leales en las colonias españolas. Fernando VII de inmediato trató de restaurar la monarquía católica, que iba en contra de los criterios políticos y religiosos de sus antiguos aliados británicos. El absolutismo de Fernando VII no sólo eliminó las restricciones informales que existían previamente con el apoyo mercantil británico a la independencia suramericana; también advirtió que el gobierno británico se hacía la vista ciega a la creciente asistencia financiera y militar británica no oficial a los pro-rebeldes independentistas.

El imperio español había impuesto el monopolio comercial en las colonias. A pesar de que fue violado con frecuencia a través del contrabando, el monopolio sirvió para restringir severamente el comercio colonial. Algunos historiadores han ligado directamente la decisión de Venezuela de declarar la independencia a la animosidad existente entre aquellos que buscaban mantener el monopolio comercial y los que intentaban derrocarlo. Los primeros partidarios de la independencia de los pueblos de América tenían como líder a Francisco de Miranda y firmaron el *Acta de París* en la que ofrecieron a los británicos “un tratado comercial en las condiciones más

favorables para la nación británica” (Racine 2003: 137) con el fin de lograr el apoyo militar que necesitaban. Posteriormente, Simón Bolívar escribe en su Carta de Jamaica de 1815: “Europe herself, with an eye to rational foreign relations, should have prepared and carried out the project of American independence, not only because world equilibrium demands it but because this is the legitimate and sure way to acquire overseas markets”¹, lo que sin duda es una invitación a los europeos a intervenir directamente en la independencia venezolana y evidencia que el interés en el libre comercio fue compartido entre los británicos y venezolanos. Por ende, la presencia de las mercancías británicas no era simplemente una cuestión del capitalismo imperialista británico, de explotar un mercado emergente con fines de lucro, aunque este motivo no puede ser totalmente descontado, ya que las libertades políticas y el comercio libre de muchos venezolanos eran dos consecuencias complementarias de la independencia.

El interés en el libre comercio era mutuo entre los británicos y los venezolanos. La casa comercial británica Maxwell Hyslop, con sede en Jamaica, fue líder en la ayuda financiera y logística a Simón Bolívar, tanto durante el exilio de Bolívar (1815-1816) en el Caribe como después de su regreso a Venezuela. Hyslop no era el único que veía que una Venezuela independiente estaba preparada para el comercio (Tarver y Frederick 2006: 53) si se acababa el monopolio del comercio colonial español. Una vez que Bolívar había regresado a Venezuela en 1816 y se estableció en Angostura (actual Ciudad Bolívar), Hyslop y otros comerciantes enviaron a los revolucionarios dinero en efectivo y préstamos con los que comprar las armas y suministros necesarios para su lucha independentista. Además, también se unieron al creciente ejército de Bolívar, un conjunto de soldados ingleses, escoceses, irlandeses y algunos alemanes, que estaban sin empleo al finalizar las guerras napoleónicas, y formaron la “Legión Británica”, que fue un componente valioso de las fuerzas revolucionarias (Tarver y Frederick 2006: 54).

El resto de la historia de la independencia de Venezuela es bien conocida. Bolívar, asistido por José Antonio Páez, líder de los llaneros, obtuvo una serie de éxitos militares en Venezuela y Nueva Granada desde 1819. En un momento decisivo, los soldados liberales en España se rebelaron contra el absolutismo de Fernando VII a principios de 1820, lo que

¹ Bolívar 2003, 16

obligó al rey a aceptar el gobierno constitucional y el bloqueo de envío de refuerzos a América del Sur en la vana esperanza de que la restauración del liberalismo ayudaría a retener la lealtad de los suramericanos. Por el contrario, dividió al resto de los leales; para 1821, Bolívar y Páez habían completado la liberación de la mayor parte de Venezuela, y sus campañas culminaron con la victoria de Bolívar en la batalla de Carabobo. Durante ocho años, Venezuela, Colombia y Ecuador estuvieron unidos en la República de la Gran Colombia, mientras que Bolívar hizo campaña por el sur hasta Bolivia para ayudar a expulsar las restantes fuerzas españolas que aún estaban en el continente. La nueva nación era inestable, y en 1829 Venezuela dio los pasos finales hacia la independencia: Páez se hizo el primer presidente de Venezuela y prohibió el regreso de Bolívar, quien murió en el exilio en 1830.

El enfoque parcial de la discusión sobre el papel de la intervención británica en la independencia de Venezuela no pretende sugerir que fue más importante que otros factores internos, tales como el apoyo de la clase política criolla o el logro de Bolívar en sumar muchos militares y soldados venezolanos a la causa independentista, pero fue un factor crucial en la comprensión de la llegada de la cultura material de fabricación británica a la región en el período postcolonial.

Durante todos estos años en Gran Bretaña, luego de la revolución industrial y el desarrollo de la técnica decorativa de transferencia en el siglo XVIII, los alfareros británicos tenían que complacer a la nueva clase media británica. Esta contaba con capacidad económica, una clara y típica concepción del arte romántico como relator de historia y que proporciona un reflejo lo más cercano posible de la realidad, por lo que los artistas de la época (siglos XVIII y XIX) se esfuerzan por complacerla presentando escenas íntimas de la vida diaria, paisajes caracterizados por su fidelidad a la realidad, entre otros (Coysh and Henrywood 2001). Los alfareros británicos, quizás sin intención, introdujeron cambios sociales y económicos con la transmisión y divulgación de su cosmovisión a través de las imágenes plasmadas en las cerámicas impresas.

La clase media inglesa ejerció una gran influencia en la popularización de sus costumbres internas y de lejanos países de los que la mayor parte de la población jamás habría podido tener conocimiento. Sumado a esto se produce el registro legal de los motivos, lo que no permitía la copia en serie entre las distintas fábricas (Coysh and Henrywood 2001). Por lo que para satisfacer este interés por el realismo y no infringir la ley, los pintores

y literatos británicos se lanzan a la gran aventura denominada “El Gran Tour” a países europeos, al Medio Oriente. El fin último fue localizar nuevos motivos no registrados con anterioridad que incrementaran las ventas y satisficieran a la nueva clase emergente. En estos viajes también iban los hijos de las familias británicas adineradas a apreciar los restos visibles del pasado clásico por el que sentían fascinación y que también se ve reflejado en las cerámicas impresas con transferencia.

En ese sentido, podría sin duda afirmarse que el arte del romanticismo poseyó un carácter didáctico, quizás una manera diferente de imperialismo y globalización, ya que no solo causó un gran impacto económico, sino que además generó hondas transformaciones sociales. Las vajillas, más que un instrumento utilitario, pasan a ser un documento que cuenta historias y nos acerca a la realidad europea, por lo que llega a modificar costumbres y gustos, convirtiéndose en un marcador de estatus social de quien las posee, ya que una manera de legitimación del poder de las nuevas clases en la región fue lograr parecerse más a su referente europeo, alejándose lo más posible del indio o del negro que quizás formaban parte de sus antepasados.

La arqueología en Barcelona

La colección de Barcelona, que es el centro de nuestra discusión, muestra una marcada diferencia en la distribución de la cerámica entre los períodos pre y post independentistas; los artículos de fabricación española son más comunes antes de la independencia, mientras que después de la guerra de Independencia son más abundantes los materiales británicos (Brooks y Rodríguez Y. 2012: 17). Esto la convierte en una colección interesante para compararla con las colecciones de Estados Unidos, donde las diferencias a menudo se han observado en las colecciones que datan de antes y después de la guerra de 1812; estas diferencias han sido a veces interpretadas como relativas a un mercado más maduro de América del Norte, pero dado el mayor impacto de las guerras napoleónicas en el comercio de Europa y América del Sur, el papel de estos últimos fue mucho más grande y significativo que los conflictos en América del Norte, y la distribución de las colecciones también debe ser considerada (Brooks 2009: 290). De hecho, aunque cada región tiene su propia dinámica, la relación que existió entre la ampliación de nuevos mercados internacionales por parte de los fabricantes

británicos de cerámica y el final de las guerras napoleónicas fue considerable. Ya sea en Estados Unidos o en América Latina, el final de la guerra internacional en la primera parte del siglo XIX parece haber facilitado la expansión de las exportaciones de la industria de las cerámicas británicas a las Américas.

La colección arqueológica que discutiremos aquí proviene de un sitio excavado en una parcela ubicada al lado de la catedral, frente a la plaza Boyacá en la ciudad de Barcelona, estado Anzoátegui, Venezuela. Barcelona fue fundada en 1671 y es la capital del estado Anzoátegui. En el período colonial era, igual que Cumaná, un centro para el comercio de cueros y ganado (Lombardi 1982: 77-78). También fue el escenario de batallas durante la guerra de Independencia, y más tarde desempeñó un papel importante en dos de los intentos de Bolívar de regresar a Venezuela en 1816.

No existe una investigación documental sobre la historia ocupacional de la parcela. Sin embargo, durante el trabajo de excavación se conversó con el cronista de la ciudad Oscar Parrella, quien informó que en el sitio se encontraba el primer cementerio de Barcelona (mudado a finales del siglo XVIII); posteriormente la parcela fue adquirida por la familia Monagas (a nivel de documentos no se ha podido determinar el uso que esta familia dio a la parcela) y a principios del siglo XX fue recuperada por el gobierno municipal para la construcción del Cine Central, demolido hace pocos años para la construcción del nuevo Teatro Municipal de la ciudad de Barcelona.

De acuerdo a los objetivos y la metodología de campo utilizada se pretendió abarcar la mayor extensión del área de la parcela, concentrándose en las cuadrículas en las que se localizó un basurero de aproximadamente 4 metros de diámetro, que por la tipología del material se ubica cronológicamente a finales del siglo XVIII y en el siglo XIX. Los detalles de la excavación se encuentran en el informe entregado al Instituto del Patrimonio Cultural y a la Alcaldía de Barcelona (Rodríguez Y. 2004).

Las marcas británicas en Barcelona

El presente análisis se centra en las cerámicas impresas con la técnica de transferencias recuperadas en el basurero que fue delimitado en 4 m de diámetro. La discusión detallada de la cerámica recuperada en el basurero se ha publicado (Brooks y Rodríguez Y. 2012). Sin embargo, lo primero que debemos tener en cuenta en nuestra interpretación sobre los motivos

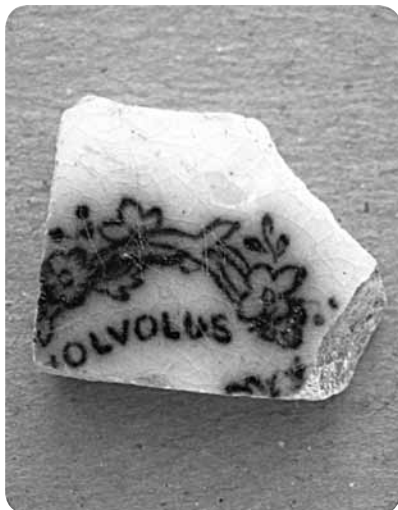
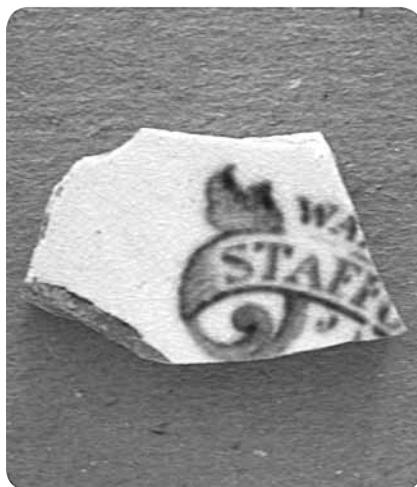
decorativos impresos por transferencia en las cerámicas es la ubicación temporal de las mismas de acuerdo a las marcas encontradas.

La firma Davenport está en todos los platos que presentan el patrón *Willow*; las piezas cuentan con el ancla impresa característica de la empresa, además de la fecha '36 (para 1836). Lockett y Godden señalan que 1836 es un año en el que la firma Davenport estampó sus vajillas (al igual que 1844), aunque no ofrecen una hipótesis del por qué estos años en particular fueron tan comunes en el estampado de la marca. Dos vasijas con patrón floral tienen impresa la marca de Copeland y Garrett "Late Spode" y sabemos que la asociación entre ambos, Copeland y Garrett, duró desde 1833 hasta 1847.



En cuanto a las piezas con el patrón *Napier*, no cuentan con el nombre del fabricante, sino más bien el nombre del patrón y las palabras "Stone China". Este patrón fue probablemente hecho por la firma John Ridgeway entre c.1830-c.1840 y "Stone China" no debe ser tomado como una característica de la pieza, sino más bien un nombre utilizado como una herramienta de *marketing* que muestra la fuerza de la pieza.

Otras impresiones localizadas solo muestran parte de la marca como Staffordshire o de los motivos impresos, como se aprecia en las siguientes imágenes:



Todas estas piezas con marcas ayudan a poner fecha a las vajillas localizadas en la década de los años 1830, y muy probablemente en la segunda mitad de esa década, destacando aún más la coherencia de nuestras interpretaciones.

La mayoría de las piezas de la colección no cuenta con la marca del fabricante, lo que es muy común, ya que las marcas son más frecuentes en las vajillas impresas que en las pintadas como los *shelledge* o el industrial *slip*. Una sola pieza “Gaudy Dutch” presenta la marca Davenport de 1836. Este solo ejemplo no es suficiente para establecer una conexión entre la empresa y el total de piezas “Gaudy Dutch” que no presentan marca. Sin embargo, demuestra que esta conexión puede ser posible.

Se conoce que la firma Davenport tenía fuertes vínculos comerciales con América del Sur en el período inmediatamente posterior a la independencia. Una serie de correspondencias de 1828-1831 entre John y Henry Davenport, que se localizan en los archivos de Stoke-on-Trent, mencionan envíos a Lima y Río de Janeiro.

Otra carta, de enero de 1831, hace referencia a que “lo que primero que hay que determinar es el valor real de la mercancía en los Estados Unidos y los beneficios que se obtendrán y la rapidez de los rendimientos en comparación con los de América del Sur y las Indias Orientales. Y si es menos el capital necesario”. La firma claramente comerció con América del Sur y Asia antes de que oficialmente entrara en el mercado de Estados Unidos, lo que a su vez ayuda a enfatizar la importancia global de América del Sur en este período. Hay que destacar que estos archivos no fueron revisados para esta investigación, por lo que desconocemos si existen referencias directas a comercio con Venezuela.

John Davenport había sido comerciante antes de obtener su propia fábrica de cerámicas en 1794, después de pasar diez años trabajando como comerciante exportador. Su base de operaciones había sido Liverpool, no Staffordshire, por lo que continuó poseyendo su propio almacén de Liverpool después de comprar la fábrica de cerámica. Por lo tanto, era extraordinariamente consciente de las “renovadas oportunidades y desafíos” provocados por el final de las guerras napoleónicas y, lógicamente, los derivados de las guerras de independencia suramericanas. Se necesita más investigación para explorar completamente esta cuestión (en particular en lo que respecta a los agentes que Davenport tenía en Venezuela), pero el registro arqueológico en Barcelona sin duda demuestra

que la empresa Davenport estaba totalmente comprometida con Venezuela durante una década en la que la nación se separó definitivamente de la Gran Colombia.

Las impresiones por transferencia en Barcelona

La cerámica impresa por transferencia se puede usar para realizar diferentes interpretaciones sobre el siglo XVIII y XIX. La presente discusión se centra exclusivamente en el uso de los grabados por transferencia como vehículos ideológicos en la difusión y consumo consciente e inconsciente de cosmovisiones particulares. Martin presenta ejemplos de cómo los temas asiáticos ayudan a los consumidores a “viajar” a China simbólicamente a través de las cerámicas impresas con estos diseños (Martin 2001: 40), y cómo estos fueron preferidos por las “élites” como un medio de establecer estatus y riqueza (Martin 2001: 39). Otros trabajos han estudiado la importancia de las cerámicas impresas por transferencia en la unificación de la identidad británica (Brooks 1997, 1999). Lo que diferencia al contexto venezolano de los angloparlantes es el fuerte contraste entre las ideologías británicas representadas en estos bienes y la visión del mundo que tiene un país de América del Sur recién independizado que había sido, hasta hacía poco, una colonia española.

Mientras, el gran mercado de los Estados Unidos pudo influir en los fabricantes británicos para que realizaran bienes específicos para ese mercado (Ewins 1997; Samford 1997), como el alfarero escocés que realizó patrones específicos para el sureste de Asia (Kelly 1999: 105, 127); en su mayor parte, las exportaciones de Gran Bretaña eran las mismas mercancías utilizadas en Gran Bretaña. Entonces, las mercancías exportadas a Barcelona fueron un medio a través del que una historia orientada a los británicos se convierte en un marcador de posición social para una nueva clase dirigente que prefiere hacer hincapié en sus raíces europeas, más que cualquier potencial ascendencia indígena o africana. Este punto lo ampliaremos en la conclusión.

A los efectos de estudiar la influencia que tuvieron las cerámicas impresas por transferencia en el aspecto ideológico en la sociedad de Barcelona, los patrones fueron divididos inicialmente en cuatro grandes categorías: diseños asiáticos, particularmente chinos; paisajes rurales; arquitectura, y representaciones de la flora y la fauna. Cada uno de estos patrones se ha recuperado e identificado en la colección de Barcelona.

Diseños asiáticos

Los patrones de inspiración asiática fueron los primeros introducidos por los ceramistas británicos con la intención de imitar con la mayor fidelidad posible la porcelana china. Estos diseños de paisajes chinos pintados a mano fueron introducidos en el siglo XVIII antes de la fabricación de sus equivalentes en las cerámicas impresas por transferencia. Mientras que la conexión directa con la porcelana china se fue debilitando en el siglo XIX, estos patrones siguieron existiendo y reflejan la experiencia europea en una Asia exótica a través de la ropa, los peinados, las costumbres de servidumbre y la arquitectura que presentan los diseños. Como ha señalado Martin (2001: 40), en contextos del Atlántico Norte, las “cerámicas permiten viajes imaginarios a lugares desconocidos”. Poco importó que los diseños asiáticos fueran reproducciones fantásticas que a menudo tenían poco parecido con la realidad, sino que permitían al propietario “viajar” al misterioso Lejano Oriente. Al igual que los europeos, la élite venezolana pudo metafóricamente “viajar” a China a través de sus cerámicas impresas con motivos asiáticos. Estos elementos asiáticos están en nuestro inconsciente colectivo desde principios del siglo XIX, y al hacer referencia a algo chino lo sentimos más cercano a nuestra realidad que lo que podrían estar, por ejemplo, los musulmanes.

Sin embargo, los fabricantes británicos cambiaron elementos de los paisajes chinos, y estos cambios podrían haber influido también en la forma en que fueron percibidos por los venezolanos. El patrón *Willow* o sauce común internacionalmente (figura 2) es una versión puramente británica del tradicional paisaje chino, que incluye elementos de la tradición paisajística de Asia, pero en una nueva combinación (Copeland 1990: 33-39). La presencia en el diseño de un manzano también añade una orientación ideológica de los venezolanos hacia los elementos británicos. La manzana es una fruta que está estrechamente identificada con la cultura británica y no con la china. Igualmente, por muchos años en los textos escolares venezolanos observamos que en el área de aritmética se suman manzanas y peras, nunca granadas o uvas, anones o mamones, frutas que identifican a los españoles y al territorio venezolano respectivamente (Rodríguez Y. 2007). En este sentido, los venezolanos emprendieron un viaje metafórico a Asia a través del filtro cultural británico.



Paisajes rurales

El motivo conocido como La Lechera (figura 3), es quizás el arquetipo de una campesina, mucho más familiar para un europeo que para los suramericanos. Los barceloneses consumían carne de ganado desde finales del siglo XVII cuando Juan de Orpín la introdujo y convirtió la región en productora de ganado para el consumo interno y la exportación (Vila 1975). Sin embargo, la mayoría de la sociedad barcelonesa no conocía el campo y la referencia que tenían de éste provenía de los posibles relatos que llegaban a la ciudad y de las imágenes estampadas en las vajillas, las cuales representaban una escena bucólica del campo europeo con condiciones climáticas totalmente diferentes, idealizando la concepción del campo de este lado del mundo, como por ejemplo casas con chimeneas, techos de varias aguas entre otros.

Fig. 2. Platón marca Davenport, patrón Willow (fotografía Ana Rodríguez, 2004).

El consumo de carne también era muy popular en Gran Bretaña hasta el punto de que se convirtió en una caricatura nacional en ambos lados del Canal Inglés, famosamente satirizado por Hogarth en su pintura de 1740, llamado *O the Roast Beef of Old England*. El título de Hogarth fue tomado por Fielding para componer su canción del mismo nombre presentada en el Grub-Street Opera (Battestin y Battestin 1993: 113), que abre diciendo:

When mighty Roast Beef was the Englishman's food,
It ennobled our brains and enriched our blood.
Our soldiers were brave and our courtiers were good.
Oh! The Roast Beef of old England,
And old English Roast Beef!

La mayoría de las personas en Barcelona también consumen carne de res, ya que es un elemento básico de la dieta venezolana desde el siglo XVII hasta hoy en día, pero hay una paradoja de que quizás muchos de los residentes de la ciudad en el siglo XIX no estaban necesariamente familiarizados con las características particulares del campo donde se producía la carne que consumían. En lugar de ello, uno de los puntos de referencia visuales que poseían eran los platos impresos con el patrón de La Lechera, una bucólica escena de un campo británico con condiciones completamente diferentes en clima y vegetación de las vastas llanuras venezolanas en donde aún se cría el ganado. Esta disociación entre cultura material idealizada y la realidad local no era de ninguna manera única de América del Sur; al principio las pinturas del paisaje de la Australia colonial a menudo trataban de asemejar el sureste de Australia a la campiña de Gran Bretaña, a pesar de las grandes diferencias que existen (Smith 1962). En este sentido, las cerámicas impresas por transferencia ayudaron a reforzar el paisaje británico como la referencia del paisaje “correcto” de ambos: los venezolanos del siglo XIX y los australianos.



Fig. 3. Patrón La Lechera.

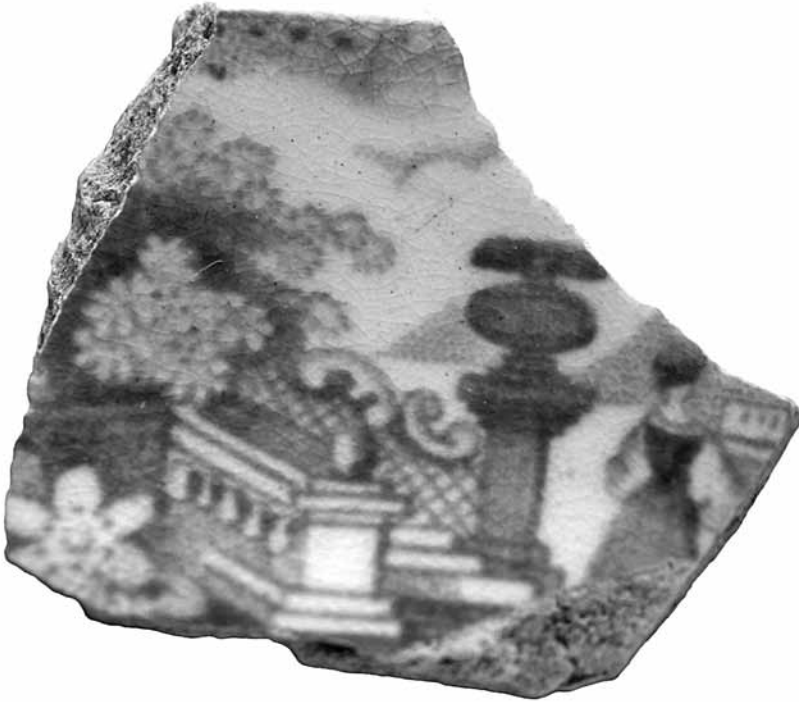


Fig. 4. Dama paseando en el jardín (fotografías Ana Rodríguez, 2004).

La ropa de la mujer desgastada en el patrón de La Lechera, en comparación con la ropa usada por las mujeres en las escenas de la ciudad, también promueve una jerarquía de clases específicamente británica. Hay una clara diferenciación en los patrones de la ropa del siglo XIX entre de los campesinos, la nobleza, y las mujeres urbanas (figura 4). Esto puede parecer evidente por sí mismo, pero vale la pena subrayar que tales diferencias en la ropa representada en estas cerámicas son enteramente británicas y no representaban las diferentes prendas de vestir y las costumbres que deberían representarse en Venezuela. La sociedad venezolana fue dividida de acuerdo a las jerarquías basadas en la raza. Muchas de estas jerarquías raciales se subdividieron, como por ejemplo, entre los criollos blancos nacidos en América y los peninsulares nacidos en España, y entre los negros libres y esclavos. Divisiones que, al igual que sus homólogos británicos, eran a menudo reforzadas a través de la ropa (Lombardi 1982: 48-50). Sin embargo, las divisiones sociales pertinentes en una sociedad eran menos relevantes para la otra; una lechera o campesina blanca, como la del patrón de la lechera, probablemente representa la clase inferior en la jerarquía social británica, pero cerca de la parte superior de la jerarquía social venezolana donde estaba la minoría blanca en una sociedad racialmente más compleja. En este sentido, las divisiones jerárquicas que se muestran en las impresiones británicas eran muy diferentes a la experiencia venezolana, más allá de una élite con las costumbres europeas.

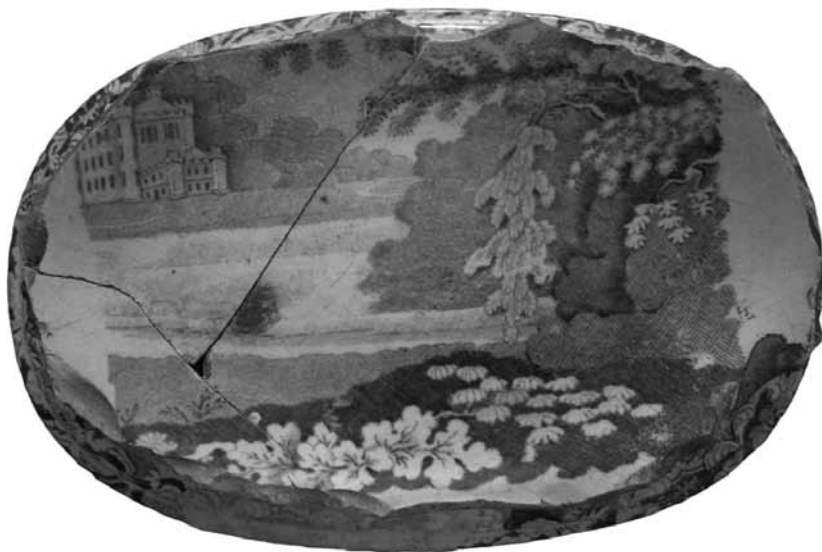
Por último y extendiendo el análisis, la vestimenta de la mujer de clase baja británica, representada en las impresiones por transferencia, sugiere que el traje típico del llano venezolano posiblemente se derive de estas representaciones (figura 5).



Fig. 5. Representación de vestidos campesinos (fotografías Ana Rodríguez, 2004).

Arquitectura

Otros patrones que se encuentran en Venezuela en los que se refleja una visión británica de la vida rural son los que cuentan con las casas de campo señoriales. Brooks en 1999 realizó un trabajo sobre el significado ideológico inherente a los diseños centrados en representar la imagen de una Gran Bretaña pacífica y próspera durante un período de conflicto e inestabilidad social. Muchos de los edificios plasmados representan el estilo neoclásico muy familiar para el mundo del Atlántico Norte, no para América del Sur. Este estilo neoclásico no se encuentra en la arquitectura de la Venezuela colonial o postcolonial, sino hasta finales del siglo XIX, particularmente en los edificios de la arquitectura civil monumental que se consideraban necesarios para proporcionar estatus a la ciudad (figura 6).



Una discusión detallada de la arquitectura colonial y postcolonial venezolana se encuentra fuera del alcance del presente trabajo. Sin embargo, es conocida la atracción por el neoclasicismo que tuvieron las élites británicas y las reproducciones que se realizaron en la época del *Gran Tour*, a principios del siglo XIX, por lo que se mantiene una pregunta sobre si las

Fig. 6. Plato con imagen de edificación (fotografía Ana Rodríguez, 2004).

casas señoriales impresas por transferencia en los platos recuperados en Barcelona eran un reconocimiento por el neoclasicismo por parte de los barceloneses o asociaban estas casas a los ricos europeos, pero vale la pena destacar aquí las experiencias compartidas y los valores entre los miembros de ambas élites, las europeas y las venezolanas.

En el siglo XVIII, armado inicialmente con poco más que una carta de presentación del gobernador de Cuba, Francisco de Miranda se embarcó en una gira por los nuevos Estados Unidos y Europa en la que conoció, entre otros personajes, a George Washington, William Pitt Jr., Catalina la Grande de Rusia (quien personalmente hizo conde ruso Miranda), y Gustavo III de Suecia, quien también lo incluyó como mariscal de campo en los ejércitos de la Revolución francesa (Racine 2003: 31-140). Miranda fue quizás una excepción en el mundo europeo, pero no el único que estableció relaciones con personajes extranjeros. El mismo Bolívar, miembro de una familia criolla de alto rango, había viajado a España y Francia entre 1799-1802, y luego llevó a cabo un recorrido a pie por Francia e Italia en 1804-1805 con su antiguo tutor (Lombardi 1982: 256), mientras que los personajes de la independencia de Chile y Argentina Bernardo O'Higgins y José San Martín también viajaron a Europa a principios del siglo XIX (Racine 2003: 150), reuniéndose los tres con Miranda en la casa de este último en Londres. Las experiencias de estos cuatro hombres sirven para destacar que las clases gobernantes suramericanas, mientras vivían en entornos culturales distintos y únicos en sus países, eran también miembros de una élite cosmopolita más amplia en la que compartían valores y experiencias. Así era como Miranda podía encontrarse en Rusia en la corte de Catalina la Grande con el enviado francés o discutiendo con conocidos de Caracas y Boston en su casa de Londres (Racine 2003: 93).

En este contexto, los estilos georgiano y neoclásicos impresos en las vajillas localizadas en Barcelona representan elementos culturales que pueden haber sido ajenos a muchas personas en la Venezuela colonial, pero eran parte del ambiente cultural cosmopolita de la élite venezolana (Brooks y Rodríguez Y. 2012: 19-26).

La flora y la fauna

Así como las representaciones de Asia, el campo y la arquitectura que se muestran en las impresiones por transferencia británicas son en gran medida ajenas a la experiencia venezolana, también lo son las plantas y

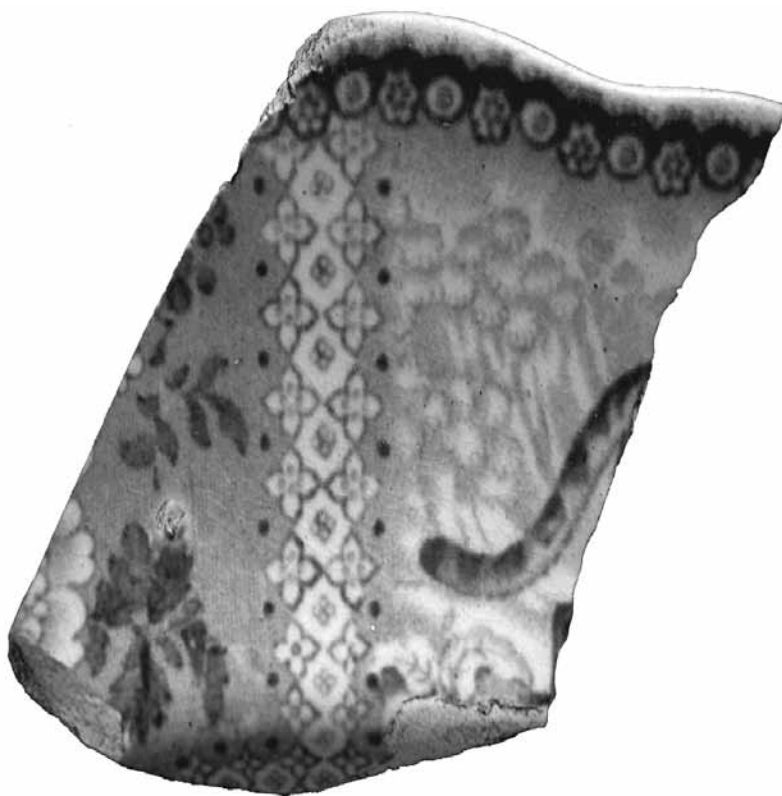
animales. La rosa (figura 7), por ejemplo, es un motivo presente en muchos de los bordes de las vasijas. Esta flor está íntimamente ligada a la vida de los ingleses; la rosa se asocia históricamente a las “Guerras de las Rosas” del siglo XV, se utiliza en la libra (moneda británica) y sigue siendo el símbolo de (entre otras cosas) del equipo nacional de rugby. En Venezuela, la rosa era y todavía es una flor que representa el *glamour* y el estatus, en contraste con la flora local que pasa a ser exótica en ramos y arreglos florales de hoy en día.



Fig. 7. Copeland and Garrett patrón floral (fotografía Ana Rodríguez, 2004).

Otros patrones impresos por transferencia muestran animales exóticos como los tigres y los elefantes (figuras 8 y 9), que siguen siendo objeto de fascinación en los zoológicos, los circos, y en el cine. Esta fascinación en algún nivel sin duda se deriva de la falta de estos animales en Venezuela, un proceso conceptual que comparte con el público de habla inglesa (y no muy diferente al descrito anteriormente para los diseños asiáticos), pero también podría ser una respuesta a una tradición de

fabulosas aventuras vividas por los británicos en África y Asia, y se propagaron a través de la literatura de realidades y ficciones que se hicieron familiares a través de las fronteras internacionales; escritos seleccionados del famoso explorador victoriano Sir Richard Burton (1852, 1856, 1860) en el sur de Asia y África proporcionan sólo uno de los muchos ejemplos posibles.



Figs., 8 Animales exóticos representados en las vajillas (fotografía Ana Rodríguez, 2004).

Las asociaciones literarias de ficción en las impresiones por transferencia han sido discutidas en detalles por Lucas (2003). En este momento existe la pregunta (en los estudios de los angloparlantes) de sí las impresiones por transferencia en las vajillas ayudaron a popularizar la literatura, sí la literatura ayudó a popularizar las vajillas, o se ayudaron entre sí. Las boas venezolanas y tarántulas amazónicas son utilizadas y entendidas en la cultura global como símbolos de terror y miedo a través de una amplia gama de situaciones y disciplinas como el cine. Otro animal que se encuentra representado en las cerámicas es el faisán, cuya carne es muy apreciada e implica una actividad de cacería realizada por una clase social alta europea (figura 10).



Figs., 9 y 10. Animales exóticos representados en las vajillas (fotografía Ana Rodríguez, 2004).

Conclusión

Todos los patrones impresos por transferencia recuperados en Barcelona se produjeron durante un período de acontecimientos importantes en la vida social de Gran Bretaña y Venezuela. En Gran Bretaña, el advenimiento de la producción en masa de cerámicas estandarizadas a través de la industrialización coincidió con la popularidad del movimiento romántico, la “creación” de ciertos mitos nacionales y regionales británicos (Hobsbawm y Ranger 1992; Brooks 1997, 1999), el fin de las guerras napoleónicas, y la expansión del segundo Imperio Británico y la ampliación del comercio internacional de la cerámica. Los ceramistas británicos aprovecharon todos estos factores para ampliar las exportaciones de sus productos en todo el mundo. Estos hechos coincidieron con la independencia de América del Sur, el fin del monopolio del comercio español, y el ascenso al poder de una élite venezolana que se orientó hacia lo que percibía como valores superiores europeos que compitieron en las esferas ideológicas con las raíces africanas e indígenas de la mayoría de la población venezolana; esta orientación social también proporcionó un público listo para que los ceramistas británicos y otros comerciantes expandieran sus actividades a estos nuevos mercados.

No puede haber ninguna duda de la orientación europea de la élite venezolana o de la importancia que tuvo el comercio transatlántico libre hacia Venezuela. A pesar de que la élite venezolana compartió un cierto nivel de valores con la élite cosmopolita europea en el período revolucionario, este comercio fue sin duda ideológicamente unilateral; París y Londres fueron vistos en Venezuela como la fuente de la sofisticación, la educación, el refinamiento, el comercio y las finanzas, y su cultura material deseada por las élites; mientras que Venezuela fue vista en París y Londres como la fuente de “pintoresco” material para revistas mensuales, y quizás para la obtención de café y chocolate, pero de poco interés para las clases gobernantes de Europa (Lombardi 1982: 161).

Que América del Sur haya sido el segundo mayor mercado para las exportaciones de cerámica a mediados del siglo XIX, sólo por detrás de Estados Unidos y por delante del Imperio británico, no puede entenderse únicamente como una cuestión de explotación capitalista irreflexiva, sino más bien como un proceso de cooperación entre los fabricantes que buscaban nuevos mercados y un nuevo mercado, dispuesto a orientarse ideológicamente a la cultura del lugar de producción de mercancías sobre

sus propias raíces locales. El análisis de estos patrones no debe hacerse de manera simple, ya que el descubrimiento del patrón de La Lechera no solo revela algún tipo de afinidad consciente y directa de un hogar venezolano con Gran Bretaña, sino más bien un reconocimiento de la interacción compleja entre la oferta, la demanda y el desarrollo más amplio de la ideología social postcolonial de Barcelona y Venezuela. Aunque la discusión actual está centrada en la relevancia de estos temas dentro de un único tipo de cultura material en Barcelona, temas similares son abordados en muchos países de América del Sur y las interpretaciones específicas variarán inevitablemente de un país a otro y, de hecho, de sitio a sitio.

Hay otros temas que se deben estudiar en el futuro antes de lograr comprender por completo la interacción del comercio británico, las preferencias de Venezuela y el papel cambiante del significado ideológico de la decoración. Por ejemplo, Ewins, en el pasado, demostró que incluso pequeños y medianos ceramistas británicos exportaron vajillas a Venezuela, y Staffordshire tenía un cliente en Puerto Cabello entre 1848 y 1860 (Ewins 2008: 115-117). El análisis preliminar de otras dos colecciones (Lamas e iglesia de Píritu) sugiere que la penetración de las cerámicas británicas en el mercado venezolano no fue exclusivamente un fenómeno de élites (Brooks y Rodríguez Y. 2012: 18). De ser confirmado en el futuro con el análisis de otras colecciones, podría considerarse que las evidencias ideológicas discutidas aquí cambian entre las clases sociales venezolanas, así como ocurre a través del Atlántico.

Una paradoja ideológica se puede identificar a lo interno del comercio en la Venezuela del siglo XIX. Los mercados de exportación, como América del Norte y los dominios tradicionales del Imperio británico, compartían además del idioma una afinidad cultural con las ideologías expresadas a través de los diseños impresos en las cerámicas. Pero en su afán de estrechar sus conexiones europeas, las clases sociales en la Venezuela post-independencia se abrió voluntariamente a las manifestaciones visuales de las imágenes rurales, vestimenta, arquitecturas e ideologías clasistas en gran medida ajenas a su situación geográfica y social. A consecuencia del desarrollo industrial y cambios sociales británicos, las ideologías fueron transferidas sin intención fuera de las fronteras físicas de Gran Bretaña, trayendo como consecuencia la valoración de muchos elementos de la cultura inglesa en nuestra cultura actual.

Fuentes consultadas

- Barker, David (2001). "The Usual Classes of Useful Articles": Staffordshire Ceramics Reconsidered. In *Ceramics in America*, Robert Hunter, editor, pp. 73–93. Chipstone Foundation, Milwaukee, WI.
- Bolívar, Simón (2003). *El Libertador; Writings of Simón Bolívar*. Oxford University Press, Oxford, U.K.
- Brooks, Alasdair (1997). Beyond the Fringe: Transfer-printed Ceramics and the Internationalisation of Celtic Myth. *International Journal of Historical Archaeology* 1(1):39-55.
- (1999). Building Jerusalem: Transfer-printed Finewares and the Creation of British Identity. In *The Familiar Past? Archaeologies of Later Historical Britain*, S. Tarlow and S. West, editors, pp. 51-65. Routledge, London, U.K.
- (2005). *An Archaeological Guide to British Ceramics in Australia, 1788–1901*. Australasian Society for Historical Archaeology, Sydney, Australia, and La Trobe University Archaeology Program, Melbourne, Australia.
- (2009). The View from Afar: International Perspectives on the Analysis of Post-1750 Ceramics in Britain and Ireland. In *Crossing Paths or Sharing Tracks? Future Directions in the Archaeological Study of Post-1550 Britain and Ireland*, A. Horning and M. Palmer, editors, pp. 287-300. Boydell Press, Woodbridge, U.K.
- (2010). A Not So Useless Beauty-Economy, Status, Function, and Meaning in the Interpretation of Transfer-printed Tablewares. In *Table Settings: The Material Culture and Social Context of Dining, AD 1700-1900*, J. Symonds, editor, pp. 154-162. Oxbow Books, Oxford, U.K.

- Brooks, Alasdair, and Ana Cristina Rodríguez Y. (2012). A Venezuelan Household Clearance Assemblage of 19th-Century British Ceramics in International Perspective. *Post-Medieval Archaeology* 46(1):70-88.
- Brooks, Alasdair, Aileen Connor, and Rachel Clarke (2013). At the Center of the Web: Later 18th- and 19th-Century Ceramics from Huntingdon Town Centre in International Context. In *19th-Century Material Culture Studies from Britain*, A. Brooks, editor. University of Nebraska Press, Lincoln.
- Burton, Richard (1852). *Sindh, and the Races that Inhabit the Valley of the Indus*. W. H. Allen & Co., London, U.K.
- (1856). *First Footsteps in Africa; Or, an Exploration of Harar*. Longman, Brown, Green, and Longmans, London, U.K.
- (1860). *The Lake Regions of Central Africa: A Picture of Exploration*. Longman, Green, Longman, and Roberts, London, U.K.
- Copeland, Robert (1990). *Spode's Willow Pattern and Other Designs after the Chinese*. Studio Vista, London, U.K.
- Coysh, Arthur W., and R. K. Henrywood (1982). *The Dictionary of Blue and White Printed Pottery 1780–1880, Volume 1*. Antique Collectors' Club, Woodbridge, U.K.
- (1986). *The Dictionary of Blue and White Printed Pottery 1780–1880, Volume 2*. Antique Collectors' Club, Woodbridge, U.K.
- Dawdy, Shannon Lee (2008). *Building the Devil's Empire: French Colonial New Orleans*. University of Chicago Press, Chicago, IL.
- Ewins, Neil (1997). "Supplying the Present Wants of our Yankee Cousins ...": Staffordshire Ceramics and the American Market 1775-1880. *Journal of Ceramic History* 15.

— (2008). Comparative Studies in Anglo-American Ceramic Demand. In *Ceramics in America*, Robert Hunter, editor, pp. 109-142. Chipstone Foundation, Milwaukee, WI.

Hobsbawm, Ericand Terence Ranger (editors) (1992). *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press, Cambridge, U.K.

Kelly, Henry (1999). *Scottish Ceramics*. Schiffer, Atglen, PA.

Lombardi, John V. (1982). *Venezuela; the Search for Order, the Dream of Progress*. Oxford University Press, Oxford, U.K.

Lucas, Gavin (2003). Reading Pottery: Literature and Transfer-Printed Pottery in the Early Nineteenth Century. *International Journal of Historical Archaeology* 7(2):127-143.

Martin, Anne Smart (2001). Magical, Mythical, Practical and Sublime: The Meanings and Uses of Ceramics in America. In *Ceramics in America*, Robert Hunter, editor, pp. 29-46. Chipstone Foundation, Milwaukee, WI.

Racine, Karen (2003). *Francisco de Miranda; A Transatlantic Life in the Age of Reason*. Scholarly Resources Books, Wilmington, DE.

Rodríguez O., Jaime E. (1998). *The Independence of Spanish America*. Cambridge Latin American Studies No. 84. Cambridge University Press, Cambridge, U.K.

Rodriguez Y., Ana Cristina (2004). Informe de Excavaciones Arqueológicas Cine Central Barcelona. Manuscript, Mayorality of the City of Barcelona, Barcelona, Venezuela, and the Institute of Cultural Heritage of Venezuela, Caracas.

— (2007). Hablamos español, comemos en inglés. Paper presented at the 22nd International Congress of Caribbean Archaeology, Kingston, Jamaica.

- Samford, Patricia (1997). Response to a Market: Dating English Underglaze Transfer-Printed Wares. *Historical Archaeology* 31(2):1-30.
- Smith, Bernard (1962). *Australian Painting 1788-1960*. Oxford University Press, Melbourne, Australia.
- Tarver, H. Michael, and Frederick, Julia C. (2006). *The History of Venezuela*. Palgrave Macmillan, New York, NY.
- Tyrer, Peter J., and Malcolm H. Lader (1974). Physiological and Psychological Effects of \pm -Propranolol, +-Propranolol and Diazepaminduced Anxiety. *British Journal of Clinical Pharmacology* 1(5):379-385.
- Vila, Pablo (1975). *Gesta de Juan de Orpín, en su fundación de Barcelona y defensa de Oriente*. Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Williamson, Edwin (1992). *The Penguin History of Latin America*. Penguin, London, U.K.



ARQUEOLOGÍA, REPRESENTACIÓN Y PATRIMONIO: Las “otras historias” de Cubagua y Nueva Cádiz

Carlos Suárez

Fecha de entrega: 25 de noviembre de 2013

Fecha de aceptación: 10 de diciembre de 2013

Resumen

La isla de Cubagua y la antigua ciudad de Nueva Cádiz han jugado un papel de no poca importancia en la historia venezolana y en la producción arqueológica de nuestro país. La historiografía oficial, basada en la recepción de datos de los documentos y registros coloniales, ha generado una visión muy específica del pasado que se evidencia en la producción y reproducción de discursos que engrandecen eventos políticos y militares, típicos de los modelos de la historia positivista de finales del siglo XIX. En este artículo ahondamos en los elementos que han propiciado el mantenimiento de las dicotomías (pasado/ presente, historia/ prehistoria) que alteran la percepción del patrimonio y distorsionan la mirada sobre los otros actores, las otras acciones y las otras historias de nuestro pasado aborigen y colonial que la arqueología, la literatura y otras formas de representación han rescatado.

Palabras clave: Cubagua, Nueva Cádiz, arqueología, historia, representación.

Abstract

Cubagua Island and the ancient city of Nueva Cádiz played a not unimportant role in Venezuelan history and archaeological production of our country. The official historiography, based on the receipt of data from documents and colonial records, has generated a very specific vision of the past, evident in the production and reproduction of discourses vaunting political and military actions, elements of the positivist history. In this article we delve into the elements that have led to the maintenance of the dichotomies (past/ present, history/ pre-history) that alter the perception of heritage and distort the look of the other actors, other actions and other stories of our indigenous and colonial past that archeology, literature and other forms of representation have been rescued.

Keywords: Cubagua, Nueva Cádiz, archaeology, history, representation.

Introducción

Se dice que el Viejo Mundo inventó al Nuevo. Europa imaginó América como el paraíso terrenal y volcó en ella todas las esperanzas de encontrar una tierra virgen, un espacio que no tuviera las marcas dejadas por siglos de guerra, conquista y explotación del hombre y la naturaleza. Para los conquistadores, fue fácil encontrar en el Nuevo Mundo algo que ya sabían que encontrarían, un mundo que ya habían diseñado para sí mismos: aventura, peligro, riquezas, fama y gloria eterna. Pero la invención de América continúa en el presente, y no es llevada a cabo precisamente por Europa. Los americanos hemos recreado y reinventado nuestro legado, nuestros territorios y los recuerdos del turbulento pasado para delinear la comprensión de un presente no menos complejo. Al representar en el presente el pasado, recreamos partes de una historia mutilada, en la que elaboramos un guion moderno de actuaciones positivas y negativas que moldean el recuerdo y la identidad. Del valor y la resistencia indígena a la osadía e ingenio del conquistador, tomamos partes de *otros* para reconstruir un *nosotros* moderno que contiene lo "mejor" de dos mundos separados por el tiempo, pero que coinciden en un mismo lugar, en la actuación y los discursos del presente.

La isla de Cubagua representa el comienzo de este juego de memorias. Fue el inicio de la conquista, pero también de la resistencia. Fue el primer experimento de explotación de los recursos y de la fuerza de los americanos. Cubagua ha servido como un marcador cronológico, el inicio de la "historia" de nuestros pueblos. Por ello, también se convierte en un espacio ideal para comprender la construcción de la identidad nacional, una representación basada en esas partes de la historia que "debemos" recordar.

Cubagua y sus representaciones en la arqueología venezolana

Cubagua es parte de una cadena de islas continentales que incluye a Coche y Margarita. 11.000 años antes del presente, sus costas se vieron afectadas por el aumento del nivel del mar experimentado hacia finales del Pleistoceno, como consecuencia del calentamiento del planeta que produjo el derretimiento de los polos. Los cambios climáticos producidos por estos eventos tuvieron consecuencias muy marcadas en la vida de las poblaciones aborígenes del noreste de Venezuela (Sanoja y Vargas, 1999: 143-147). Quizás la primera consecuencia importante fue la alteración de los procesos migratorios experimentados desde el continente y hacia el arco antillano, y viceversa, una dinámica que delineó los procesos culturales del mundo prehispanico caribeño.

La isla fue ocupada desde, al menos, mediados del segundo milenio a.C., de acuerdo con las periodizaciones y dataciones obtenidas a partir de los yacimientos y materiales arqueológicos encontrados en sus playas

(Cruxent y Rouse, 1982; Sanoja y Vargas, 1999, 1995). Sus habitantes fueron cazadores y recolectores marinos que aprovecharon los recursos costeros, la pesca y el intercambio comercial con habitantes de otros puntos del Caribe y tierra firme.

En 1940 se organiza la primera investigación venezolana sobre la isla de Cubagua. Los profesores Pablo Vila e Icilio Crisci lideraron una expedición compuesta por estudiantes del Instituto Pedagógico de Caracas, cuyo principal interés residía en la exploración de las ruinas de la antigua ciudad de Nueva Cádiz. A partir de esta experiencia, también se inicia la interpretación sobre el pasado de la isla, generando las primeras hipótesis acerca de qué ocurrió con la primera ciudad de Venezuela (Cruxent y Rouse, 1982: 90). Vila se planteó esta problemática, y dedujo que la ciudad debió ser víctima de un huracán, terremoto, o la combinación de dos o más variables en el orden de una catástrofe natural, como explicación para su abandono.

La publicación en 1948 del informe de Vila, con sus hipótesis acerca del sorpresivo final de la primera colonia española en nuestros territorios, despertó el interés de numerosos investigadores que decidieron sumarse al estudio histórico de las ruinas de Nueva Cádiz. En 1950, Miguel Acosta Saignes lideró una comisión científica de la Universidad Central de Venezuela, que contó con la participación de José Antonio de Armas Chitty y Jesús Mata de Gregorio, con el propósito de ahondar en las hipótesis acerca del destino que sufrió la antigua colonia (Cruxent y Rouse, 1982: 90).

El interés por la isla, centrado en las ruinas de Nueva Cádiz, siguió atrayendo a diversos investigadores durante la década de 1950, años en los que el estudio histórico y arqueológico del lugar vivió su etapa de mayor esplendor.

En 1954, José María Cruxent y John Goggin visitaron por primera vez Nueva Cádiz, principalmente interesados en recolectar alfarería y otras muestras materiales de la ocupación europea de la colonia. Goggin necesitaba materiales cerámicos, especialmente mayólica española, para su estudio sobre este tipo de restos culturales en el Nuevo Mundo. El material obtenido le permitió incluir a Cubagua en su compendio sobre la mayólica en América durante el período de expansión colonial española (1968: 42-47). Los intereses iniciales de Cruxent no eran muy distantes, pero mientras el investigador estadounidense excavaba las ruinas de la ciudad entre 1954 y 1955, Cruxent exploró el resto de la isla, reportando entre 1954 y 1957 varios sitios de ocupación indígena, concheros y evidencias de la vida de aquellos

que residieron en Cubagua antes de la llegada de los conquistadores europeos.

Sin embargo, el interés por la vida prehispánica en Cubagua se remonta a varias décadas atrás. Entre 1915 y 1916, el arqueólogo estadounidense de origen neerlandés, Theodoor De Booy, residió en la isla de Margarita mientras realizaba sus investigaciones acerca del pasado aborigen de las sociedades antillanas y caribeñas. Pionero en el estudio de las sociedades Arawak, De Booy pronto se dio cuenta de que sus investigaciones acerca de la vida prehispánica en Margarita no podían llevarse a cabo de manera aislada, pues su ocupación, prehispánica y europea, estaba estrechamente ligada a los procesos culturales vividos en Cubagua (De Booy, 1916: 4-8). Margarita comenzó a ser ocupada durante las primeras décadas del siglo XVI como consecuencia de la rápida desaparición de las perlas, fuente de la riqueza buscada con afán por los aventureros españoles, y bajo la esperanza de encontrar yacimientos perlíferos vírgenes en la vecina y mayor isla. Del mismo modo, De Booy se dio cuenta de que Cubagua estaba inserta en los procesos de ocupación y expansión de las sociedades aborígenes desde el territorio continental y hacia las Antillas.

Sobre este pasado prehispánico de Cubagua no habría nuevas referencias hasta 1958, cuando Cruxent se juntó con Irving Rouse para publicar una obra que sigue siendo en el presente la máxima referencia acerca de la arqueología venezolana: *Arqueología cronológica de Venezuela*. En ella, los autores dedican la sección "Islas" a los resultados de sus excavaciones en locaciones como Cubagua, en donde definen dos complejos (Cubagua y Punta Gorda) y dos estilos cerámicos (Nueva Cádiz y Obispos) (Cruxent y Rouse, 1982: 88-116). La alfarería, la lítica y la concha de Cubagua configuran una nueva versión del pasado de la isla, aunque Cruxent y Rouse no van mucho más allá del valor de la evidencia material y las periodizaciones que se desprenden de ellas para construir sus tablas cronológicas. Sin embargo, los autores destacan por advertir a la arqueología venezolana que Cubagua es más que Nueva Cádiz, que el patrimonio nacional va más allá de los muros derruidos de la vieja ciudad, y que nuestra historia se remonta a períodos anteriores a las aventuras de aquellos que se proclamaron descubridores, conquistadores y dueños de nuestra América.

Las décadas que siguieron a la publicación de *Arqueología cronológica de Venezuela* marcaron una nueva etapa de las investigaciones sobre Cubagua. De la prospección y excavación arqueológica se pasó a una

visión de rescate del patrimonio nacional, representado principalmente por las ruinas de Nueva Cádiz. Mientras las perspectivas del estudio “histórico” arqueológico dominaban este interés patrimonial, dejando los sitios prehispanicos de la isla como una especie de “valor agregado”, otras perspectivas comenzaban a tomar forma, para sumarse a la interpretación de los sucesos que marcaron el particular desarrollo social, cultural, económico e histórico de Cubagua en la construcción de la identidad nacional.

La percepción del patrimonio: de los modelos de la arqueología histórica a la arqueología del capitalismo

Mientras Cruxent y Goggin excavaban entre los restos de Nueva Cádiz, un hallazgo llamó la atención de Venezuela hacia aquella isla de escasos 24 km². En el portal de una de las casas en ruinas, encontraron una vasija llena de perlas. Cruxent reportó el descubrimiento de aquellas perlas en mal estado, ocultas por más de 400 años. El hallazgo generó gran publicidad, y el propio Cruxent reconoció poco después que el financiamiento gubernamental recibido para continuar las excavaciones en Cubagua se debió en gran medida a estos tesoros de nácar (Cruxent y Rouse, 1982:90).

El resurgimiento de las perlas de Cubagua encendió la imaginación y el recuerdo nacional. La isla volvió a ser un lugar misterioso con tesoros ocultos en un pasado no tan lejano, bajo circunstancias aún desconocidas, y que seguían alimentando las hipótesis acerca del destino sufrido por la vieja colonia de Nueva Cádiz. El reencuentro con esta riqueza marina que alguna vez motivó el recibimiento del título de “ciudad”, mediante la Real Cédula conferida por Carlos V en 1528, despertó algo en el presente. ¿Pero qué despertó? ¿El reconocimiento de un legado patrimonial o la misma ansia de tesoros escondidos que trajo como consecuencia la explotación de nuestros recursos y la muerte de los pueblos aborígenes? De coincidir con la segunda proposición, no estaremos muy lejos de las bases de dos problemas centrales que se desprenden de Cubagua: el primero, la concepción de la isla como un espacio para la dualidad, una dicotomía entre una “historia” de Nueva Cádiz y la “prehistoria” cubagüense; la segunda, el problema de la identificación del patrimonio, de concebir como legado un escudo de armas o unos muros de piedra y cal, y no un par de gubias de concha o un afilador lítico.

El comienzo del siglo XVI supuso para los territorios americanos la inserción, paulatina y destructiva, de una visión de mercado y un aparato económico concebido por una pujante y nueva clase social, la de los comerciantes y mercaderes europeos, ansiosos por encontrar y usar los recursos del Nuevo Mundo para alimentar la incipiente maquinaria capitalista del oeste de Europa. La acumulación de capitales que experimentaron los reinos europeos desde el siglo XIV, con las ideas renacentistas como parte de su cuerpo filosófico, encontró su punto más álgido con la era de la exploración y el descubrimiento del resto del globo.

De esta manera, Cubagua, y cualquier otro lugar al que arribaron las naves europeas, se convirtió en un emplazamiento experimental, un laboratorio de pruebas, en el que se dieron los pasos iniciales para la conquista de América. Antes del oro de México y la plata del Perú, las perlas de las costas cubagüenses fueron la primera razón para el sometimiento, esclavitud y muerte de nuestros pueblos. Así, los procesos iniciales de mercantilismo, industria y producción derivaron en la maduración de la etapa temprana del capitalismo moderno, dirigido por una ya consolidada burguesía compuesta por comerciantes y mercaderes, acumuladores de capital y dueños de fortunas que vieron en América una oportunidad para los negocios. La introducción en nuestros territorios de los modelos económicos y productivos europeos fue el catalizador de las transformaciones que le siguieron, y que cambiaron para siempre la faz de América.

La arqueología venezolana está al tanto de tales procesos, y de la necesidad de contar con un cuerpo teórico que permita interpretar las relaciones y transformaciones que dieron lugar al paso de la organización social aborígen hacia la edificación de ciudades, economías sustentadas en base a la disciplina mercantil y la producción de excedentes. Realizar estas interpretaciones en base a modelos teóricos que no contemplan las particularidades de los procesos culturales e históricos que moldearon nuestra nación sería atender contra ese pasado, y propiciar la construcción de los discursos oficiales que privilegian aquellos elementos que justifican el estatus, el poder adquisitivo y la dominación ejercida de unos sobre otros, usando retazos de historia para destacar las características perniciosas que ameritan su sometimiento.

El uso político del pasado es una práctica que ha sido tan común en Venezuela como en cualquier otra parte del mundo. Es una estrategia de los sistemas hegemónicos para perpetuar su presencia autoritaria en

el presente, valiéndose de la “herencia” de figuras, sucesos y discursos de tiempos pasados, creando una línea sucesoria de eventos y héroes ancestrales cuyas virtudes se hacen visibles en sus representantes modernos. En distintos momentos puede recurrirse a un mismo contexto pasado, a una serie de actores sociales y hechos tecnológicos, económicos, culturales o militares para resaltar la valentía, el honor, o por el contrario, la antipatía, la mentira y otros rasgos negativos para justificar o interpretar situaciones contemporáneas. El pasado sirve, entonces, a los intereses a los que se necesite adecuar los discursos políticos de la sociedad moderna.

Diversos son los mecanismos utilizados para perpetuar estos discursos. La historia oficial se convierte en modelo, una receta cronológica repartida en los ejes de distribución, como escuelas y centros de formación, a los que se acude para “educarse” con respecto a una temática. Posteriormente, la academia titula expertos en la materia, convirtiéndolos en un nuevo elemento de difusión de las ideas que ya han pasado de generación en generación antes y que pretenden continuar en el futuro.

De la misma forma, Cubagua ha sido muchas cosas y ha servido a distintos intereses. Diversos pasajes de su historia han servido para recrear y ejemplificar valores y actuaciones del presente. De la osadía de los exploradores castellanos pioneros, fundadores de la primera ciudad de Venezuela, se pasa a la avaricia de los usurpadores de riquezas que explotaron los recursos del Nuevo Mundo para nutrir las arcas del Imperio de Carlos V. Dos acciones que se desprenden de un mismo protagonista, que puede además servir como espejo del pasado hacia el presente. Igualmente, nuestros historiadores pueden pasar de resaltar la bravura de nuestros antepasados indígenas al recurrir a los actos de resistencia directa de la ocupación europea de sus tierras, a restar importancia a su legado, utilizando términos negativos como la flojera e indisciplina para explicar actitudes de los ciudadanos del presente como herencia del mestizaje.

La atribución de caracteres y actitudes del pasado como inspiración para el presente ha tenido diversas expresiones en nuestra historia y en la política nacional. En el culto a la memoria encontramos aliados y enemigos en cualquiera de los bandos, de acuerdo con las preguntas a las cuales se desee responder. Bajo situaciones política o socialmente apremiantes, se recurre a los héroes y hazañas del pasado para recordar la valía que corre por las venas de sus herederos, un nosotros en el ahora.

Cubagua, vista desde distintos ángulos, sirve como espacio para glorificar o descalificar diversos aspectos de la historia nacional: la Cubagua de los aventureros españoles, la de la resistencia de los pueblos del Caribe, la primera conquista, la primera ciudad de Venezuela, la primera muestra de las consecuencias de la inserción del sistema económico que devoró los recursos del Viejo Mundo y que ahora venía por el nuestro. Para muchos, también es vista como el inicio de la "historia", desde ciertas perspectivas teóricas hoy muy discutibles en su aplicabilidad para ciertos contextos culturales, como los latinoamericanos (Gilchrist, 2005: 329), y concentrados en las premisas de la arqueología histórica, premisas que han convertido a la isla de Cubagua en un espacio para las diferencias.

Aunque la terminología de la arqueología histórica sólo sea usada como conveniencia académica, las consecuencias de su continuidad se materializan de diversas maneras: se convierte en una denominación confusa que califica como "histórico" a cualquier contexto arqueológico contemporáneo o posterior a la llegada de los europeos, y aunque los contextos anteriores a tales eventos se denominen *prehispánicos*, muchos podrían preguntarse si este último término también implica una negación de la historicidad de los pueblos aborígenes.

Los orígenes de la arqueología histórica como área de estudio se remontan a la Norteamérica de la década de 1960 del siglo pasado. Para ese entonces, el *Procesualismo* entraba en su apogeo, y la escena arqueológica era dominada por la escuela de Lewis Binford. La especialización intensiva impulsada por los alumnos de Binford y el surgimiento de la arqueología del comportamiento de Michael Brian Schiffer eran parte de un escenario gobernado por el deseo del cientificismo. La cercanía del bicentenario de la independencia estadounidense supuso un aumento en el número de investigaciones en diversas áreas, centradas en la reconstrucción y análisis de personajes y lugares asociados a la revolución. La arqueología no estuvo exenta de esta ola, por lo que creció considerablemente la cantidad de estudios arqueológicos hechos en contextos del siglo XVIII y XIX a partir de 1967 (Wilkie, 2005: 340).

La idea de una arqueología histórica comenzó a tomar forma en la Reunión de los Estados Centrales de la Asociación de Antropología Americana, llevada a cabo en St. Luis, en 1965. En esa reunión, Arnold Pilling, Edward Jelks, Edward Larrabee, Stanley South, Jhon Cotter y

algunos otros académicos mostraron su interés en la formación de una sociedad dedicada a la arqueología histórica. ¿Cuál era el objetivo de esta sociedad? En la constitución aprobada en 1968, redactada por Vincent Foley, Edward Jelks, John Cotter, Edward Larrabee y Stanley South, el artículo II establece:

La sociedad para la arqueología histórica deberá ser una organización educacional para la promoción de la investigación académica, y para la disseminación del conocimiento concerniente a la arqueología histórica; para el intercambio de información en este campo; para llevar a cabo conferencias periódicas para discutir problemas de interés mutuo asociado al estudio de la arqueología histórica; y para obtener la cooperación de las disciplinas preocupadas por proyectos de investigación. El foco deberá ser la era desde el comienzo de la exploración de las partes no europeas del mundo por parte de los europeos, con interés primordial en el hemisferio occidental. Adicionalmente, la sociedad también se involucrará con la arqueología de Europa, Oceanía, África y Asia, habiendo definido problemas académicos en el hemisferio occidental (p. 131).

La exclusividad y especificación de los contextos que son objeto de estudio de esta perspectiva arqueológica va incluso más allá, al exigir del propio arqueólogo ciertas condiciones muy particulares para dedicarse al estudio histórico: *“para tener éxito, sin embargo, aquellos que trabajen en esto deben considerarse a sí mismos no como antropólogos, ni como arqueólogos, sino como arqueólogos históricos”* (Walker, 1967: 33).

La tradición histórica en la arqueología no está exenta de curiosidades. Resulta paradójico que el mayor defensor de la propuesta de la arqueología histórica y principal impulsor de la conformación de una sociedad dedicada exclusivamente al estudio de contextos a partir del siglo XVI se destacara en sus primeros años académicos como un especialista de la arqueología prehistórica estadounidense. Esto llama la atención si se considera el escenario vivido un par de décadas después, cuando la arqueología estadounidense comenzó a experimentar la separación y el auge de la rivalidad provocada por la división arbitraria entre historia y prehistoria (Wilkie, 2005: 340). El punto de inflexión, tanto para Cotter como para la posterior idea de una arqueología histórica, sería encargarse del Proyecto de Campo de Jamestown, Virginia, iniciado en 1954, motivado por la cercanía del 350 aniversario de la ciudad que se cumpliría en 1957. Jamestown se

convirtió en un ejemplo de investigación en un contexto histórico para Cotter y sus colaboradores, debido a que se trataba de la reconstrucción del pasado de la primera colonia inglesa en territorio estadounidense. El producto de esta investigación fue un reporte publicado en 1958 titulado *Excavaciones en Jamestown* (Roberts, 1999: 35).

En Venezuela, la cercanía de nuestro propio bicentenario también sirvió de impulso para que los estudios históricos arqueológicos ocuparan un lugar de privilegio en el financiamiento institucional y gubernamental, motivando el estudio de contextos arqueológicos venezolanos ligados a los procesos republicanos e independentistas de nuestra nación. De esta manera, nuestros investigadores mostraron un interés renovado en la arqueología de Caracas y de locaciones específicas que jugaron un papel de primer orden en los esfuerzos políticos, militares y sociales de la consecución de la independencia.

Los arqueólogos venezolanos, como antropólogos, debemos recordar la naturaleza crítica de nuestra disciplina, y los basamentos filosóficos que nos mantienen alerta ante los riesgos terminológicos. El auge de los estudios sobre contextos republicanos no debería implicar sólo un impulso cuantitativo en la producción de investigaciones, trabajos y proyectos de investigación; también debería suponer una evaluación cualitativa de esa producción. Por ello, evaluar las ventajas y desventajas de una perspectiva arqueológica que se titula como "histórica" también debería ser un objetivo prioritario de la arqueología venezolana cercana al bicentenario de la nación. Esta empresa no supondría romper los moldes de la arqueología latinoamericana, pues en el Caribe ya se ha vivido esta experiencia.

En Cuba, desde 1937, con la fundación de la Comisión Nacional de Arqueología, se ha debatido con respecto a la definición del área de estudio y el nombre que debe utilizarse para referirse a estos proyectos. Inicialmente, se propuso la denominación *Arqueología Colonial*, para referirse al estudio del período comprendido entre el descubrimiento de la isla y el cese de la dominación española (Hernández de Lara, 2010: 76). A partir de la década de 1960, con la instauración de sociedades de arqueología histórica en distintas partes del globo, se comenzó a discutir en Cuba sobre la validez del término *colonial*, y los arqueólogos se dividieron en torno a la terminología adecuada para estos estudios.

A partir de 1989 comenzó a utilizarse el término *Arqueología Histórica*, lo cual fue ampliamente cuestionado hasta que ese mismo año, en el Taller Nacional de Arqueología celebrado en la ciudad de Holguín, se decidió que la denominación oficial para estas investigaciones en la isla sería *Arqueología de la etapa colonial* (2010: 76). Estas experiencias de la arqueología cubana podrían ser un ejemplo que nos conduzca a cuestionar los parámetros teóricos establecidos, y a proponer terminologías acordes con las particularidades de los procesos sociales, económicos y culturales que han configurado a nuestra nación desde el período de conquista y hasta el presente.

Esta necesidad de cambio de rumbo ya ha dado pasos importantes en nuestra arqueología. La obra de Mario Sanoja e Iraidá Vargas ha sido parte, desde comienzos de la década de 1970 con el surgimiento de la *Arqueología Social Latinoamericana*, del cuestionamiento hacia el préstamo de modelos teóricos que no contemplan las verdaderas implicaciones de la producción de conocimiento de nuestros pueblos (Navarrete, 2007). Los trabajos de Sanoja y Vargas en contextos coloniales y republicanos de nuestro país han permitido delinear las bases de una *arqueología del capitalismo*. Esta arqueología se concentra en la implantación de los sistemas coloniales en América Latina, así como en las consecuencias sociales, económicas, políticas y tecnológicas que repercutieron en nuestra tierra y transformaron los procesos culturales aborígenes en un *Modo de Vida Capitalista* (Sanoja y Vargas, 2005: 13-16). De esta manera, nuestros investigadores pueden contar con una perspectiva analítica para generar un marco interpretativo sobre los actores y los eventos que ocuparon un lugar en la vida colonial venezolana. Como lo expresan Sanoja y Vargas: “La arqueología del capitalismo, entendida de esta manera, proporciona la posibilidad de ahondar en los procesos históricos de una forma que las fuentes escritas solas no podrían hacerlo...” (2005: 9).

Esta visión tampoco es ajena a la arqueología del mundo occidental, pues desde hace varias décadas numerosos arqueólogos han experimentado con alternativas para la arqueología histórica como marco teórico de referencia en la interpretación del mundo colonial (Leone 1999; Johnson 1996, 1999; Orser 1999).

La Cubagua de Enrique Bernardo Núñez y el reto a la historia oficial: el rescate de los héroes sin historia del pasado venezolano

1931 fue un año de gran importancia para la literatura venezolana. Aunque en pocas ocasiones se le recuerde, la novela *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez, publicada en el citado año, se convierte en una de las piezas literarias más importantes de las letras hispanoamericanas, adelantada en su época e innovadora desde numerosas perspectivas. *Cubagua* se convierte en un nuevo paso para representar el pasado venezolano, que se distancia de la *Venezuela heroica* (1881) de Eduardo Blanco y de *Las lanzas coloradas* (1931) de Arturo Úslar Pietri. Hasta entonces, la historia venezolana había sido plasmada en los libros siguiendo el modelo que caracteriza a la historia oficial: relatos que rememoran las grandes hazañas militares y los sucesos políticos de mayor relevancia en los esfuerzos patriotas por librarnos del yugo de Europa, en especial del decadente Imperio español. Los historiadores y académicos venezolanos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, se esforzaron por seguir estos modelos, reconstruyendo las grandes batallas del período republicano y enaltecendo el legado de los próceres de la independencia: héroes que derramaron su sangre en el pasado y que en el presente son recordados por su sacrificio, por sus esfuerzos en la construcción de la nación.

Núñez plantea en *Cubagua* una nueva historia, "otra historia", la de otros actores sociales, cuyas acciones son de relevancia para la interpretación y representación de nuestro pasado, pero que son dejadas atrás por el recuento de batallas y tratados políticos. La novela de Núñez es un relato de ficción que juega con los tiempos narrativos, que mezcla eventos históricos y personajes que experimentan una dualidad entre las vivencias de los actores reales del siglo XVI y sus pares del siglo XX.

El personaje de Arimuy destaca en la obra. Arimuy aparece en el presente de la novela, pero comparte la dualidad temporal del relato del autor con los líderes de la insurrección de 1520, que movilizó a más de un centenar de guerreros indígenas de Cumaná y de otros puntos de la costa oriental venezolana para expulsar a los colonos europeos (Cruxent, 1972: 33). Esta insurrección logró su cometido, pero posteriormente la isla fue ocupada de nuevo por los españoles, que mantendrían sus campamentos en ella hasta 1528, cuando Nueva Cádiz se convierte en ciudad por órdenes de Carlos V. Núñez diseña el personaje de Arimuy como representante de "... los defensores de la tierra" (1987: 35), recordando a los historiadores de su tiempo

que el legado de los pueblos aborígenes también merece un espacio en la memoria y en la reconstrucción de los eventos que forjaron a la nación.

Fray Dionisio, otro de los personajes de *Cubagua*, juega un papel trascendental en el desarrollo del relato. El fraile es un conocedor de la historia indígena, y aunque no es un historiador académico, conoce los escritos y documentos sobre el pasado de la isla, mostrando una gran afinidad con los pueblos aborígenes, de los cuales se vuelve defensor. Fray Dionisio emula a los clérigos que llegaron al Nuevo Mundo con el propósito de evangelizar, una tarea que luego se trastorna, entre las ansias de riqueza, posición, poder y crueldad de las estrategias colonizadoras. Sin embargo, figuras como Bartolomé de las Casas, conocido por su postura crítica hacia la empresa europea y sus métodos para conquistar y colonizar, inspiran a la figura de fray Dionisio, que se convierte en un facilitador para el lector de la importancia del pasado aborigen. El fraile, cuestionado en el relato acerca de la naturaleza del conflicto entre conquistadores y pueblos indígenas, responde: “es la iniciación de una lucha que no ha terminado aún, que no puede terminar” (1987: 36). Es una respuesta aparentemente enigmática, que alude al desconocimiento y negación del presente a “contar las historias no contadas” sobre nuestro pasado indígena como patrimonio histórico y cultural. La ratificación de esa herencia y su valor es y sigue siendo una lucha, que “no puede terminar” mientras la historia oficial siga aferrándose a los modelos del relato político y militar.

El relato de Núñez en *Cubagua* plantea la isla como un espejo que refleja en el presente las acciones de los verdaderos actores del pasado. Sirve de referencia a los problemas del mundo que experimentó el autor, usando las acciones que tuvieron lugar en Cubagua y Nueva Cádiz a comienzos del siglo XVI: la explotación de perlas de entonces y los efectos de la economía petrolera de la primera mitad del siglo XX, la distinción entre la historia de los pueblos ancestrales y la ratificada por la academia, representada en el relato por otro personaje: Tiberio Mendoza, historiador titulado, expresión de la nocividad de la reconstrucción histórica modélica que sigue los parámetros establecidos para la justificación de la historia clásica, que no ahonda en las acciones sociales, económicas y culturales de aquellos que sólo son referenciados como minorías.

Parte de la innovación que supone el relato de Enrique Bernardo Núñez como representación del pasado cubagüense, y como reflexión acerca de la manera de interpretar el transcurrir de la historia, es el reto a

la discontinuidad, a utilizar las periodizaciones históricas, herramientas para la asimilación de los extensos períodos temporales del pasado, como justificación para crear una "historia" de actores europeos, de filosofía económica moderna, de explotación de recursos naturales y humanos para la alimentación de un capital, opuesta o distinta de una "prehistoria" indígena, arcaica, anterior a la "civilización". Esta visión es la que entorpece nuestra percepción del patrimonio, que privilegia la apreciación de los muros derruidos de Nueva Cádiz como legado histórico, y los concheros de Cubagua como ejercicios de campo para la arqueología. En lugar de distinguir Nueva Cádiz, el campamento que se convirtió en villa y que en 1528 se erigió como la primera ciudad de Venezuela, como "histórica". de Cubagua, asiento de yacimientos arqueológicos que evidencian la acción y vivencias de los pueblos aborígenes durante el segundo milenio a.C., como "prehistórico". deberíamos apreciar la continuidad que las dataciones nos ofrecen para trazar una línea de ocupación humana que continúa hasta el presente. En términos arqueológicos, históricos, culturales y geológicos, Cubagua es una pieza clave para comprender los procesos de poblamiento temprano que motivaron los desplazamientos desde el territorio continental y hacia todo el arco antillano, y viceversa, para lo cual contamos con numerosas evidencias materiales obtenidas por arqueólogos de toda Latinoamérica. Además, Cubagua es un enclave de relevancia no sólo para Venezuela, sino para la construcción de la historia de las naciones de todo el sur del continente. Fue un espacio que sirvió como ensayo para el establecimiento de nuevas ciudades tierra adentro, y que advirtió a los españoles que la explotación desmedida que acabó con las reservas periféricas de Cubagua no podía ser la estrategia principal de aprovechamiento de los recursos del Nuevo Mundo. Fue la misma decepción que se llevaron al intentar encontrar las ciudades cubiertas de oro y las minas infinitas ocultas en lugares recónditos de la selva amazónica que nunca se materializaron. De esta manera, como emplazamiento pionero, Cubagua representa el primer paso de la exploración y conquista de las demás naciones latinoamericanas.

Cubagua representa para la arqueología venezolana un lugar para retar las dicotomías que segmentan nuestra historia, enaltecendo algunos pasajes y ocultando otros a la vista de nuestro pueblo. Nuestra arqueología debe servir para contar las historias que no se guardaron en archivos nacionales, que no descansan en los pliegos de la documentación colonial, que no ocupan las estancias más expuestas en los museos y que no se cuentan

en los libros que relatan las intrigas políticas y los enfrentamientos militares que la República libró por su independencia. Además de la de los héroes y los próceres, otros también derramaron su sangre para fraguar a la Venezuela del siglo XXI, formando un legado que se mantiene a la espera de la valoración y el reconocimiento del que es digno por derecho propio. Esto es parte del proceso que debe desprenderse de la revisión de nuestra historia oficial, que nos recuerda que las líneas de actores y eventos que tuvieron lugar en los siglos y milenios anteriores de vida y cultura venezolana son mucho más diversas, ricas, complejas y fascinantes de lo que solemos creer.

Carlos Suárez

Fuentes consultadas

- Cruxent, J. M. (1972) *Algunas noticias sobre Nueva Cádiz (Isla de Cubagua) Venezuela*. VI Conferencia Geológica del Caribe. Margarita, Venezuela. pp.33-35.
- Cruxent, J. M. y Rouse, I. (1982). *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano Editor. Caracas.
- De Booy, T. (1916). *Notes on the Archaeology of Margarita Island, Venezuela*. Contributions From The Museum of the American Indian, Heye Foundation. New York.
- Gilchrist, R. (2005). "Introduction: scales and voices in world historical archaeology". En: *World Archaeology*. Vol. 37 (3) 329-336.
- Goggin, J. (1968). *Spanish Majolica in the New World: Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*. New Haven. Yale University Press.
- Hernández de Lara, O. (2010). *De esclavos e inmigrantes. Arqueología histórica en una plantación cafetalera cubana*. Centro de Estudios Precolombinos.
- Jhonson, M. (1996). *An archaeology of capitalism*. John Wiley and Sons.
- (1999). "Historical, archaeology, capitalism". En: Leone, M. y Potter, P. (ed.) *Historical archaeologies of capitalism*. Kluwer academic/ Plenum publishers.
- Leone, M. (1999). "Ceramics from Annapolis, Maryland: a measure of time routines and work disciplines". En: Leone, M. y Potter, P. (ed.) *Historical archaeologies of capitalism*. 195-215.
- Navarrete, R. (2007). *La arqueología social latinoamericana: una meta, múltiples perspectivas*. Colección Cuadernos Codex. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Coordinación de Extensión. Caracas.

- Núñez, E. (1987). *Novelas y ensayos*. Caracas. Editorial Biblioteca Ayacucho.
- Orser, C. (1999). "Negotiating Our Familiar Pasts". En: Tarlow, S. y West, S. (ed.) *The Familiar Past? Archaeologies of Later Historical Britain*. Londres. Routledge. 273-285.
- Roberts, D. (1999). "A conversation with John L. Cotter ". En: *Historical Archaeology*. Vol. 33 (2) 6-50.
- Sanoja, M. y Vargas, I. (1995). *Gente de la canoa: economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Fondo Editorial Tropykos. Comisión de Estudios de Postgrado. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- (1999). *Orígenes de Venezuela: regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Fundación V Centenario. Caracas.
- (2005). *Las edades de Guayana: arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas, 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.
- Walker, I. (1967). "Historic archaeology methods and principles". En: *Historical Archaeology*. Vol. 1, 23-34.
- Wilkie, L. (2005). "Inessential archaeologies: problems of exclusion in americanist archaeological thought ". En: *World Archaeology*. Vol. 37 (3) 337-351.

Otras fuentes

Constitution of the Society for Historical Archaeology. 1968: 131-134.



NOTAS PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PRESENCIA AFRICANA EN VENEZUELA:

Primera aproximación a una reflexión
teórico-metodológica

*Eduardo Herrera Malatesta
Leiden University*

Fecha de entrega: 16 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 13 de enero de 2014

Resumen

En este ensayo se expone una reflexión teórica sobre los posibles lineamientos que se deberían seguir para comprender teórica y metodológicamente la presencia de grupos africanos y afrodescendientes en el registro arqueológico de las costas centrales de Venezuela. El objetivo es conformar una arqueología de la presencia africana, es decir, una arqueología que se especialice en reconstruir los patrones socioculturales, ideológicos, económicos y políticos en los cuales se encontraban insertos los esclavos africanos traídos por los europeos y, posteriormente, sus descendientes.

Palabras clave: Arqueología, esclavos africanos, teórico-metodológico, Venezuela.

Abstract

In this essay a theoretical reflection on possible guidelines that should be considered to understand theoretical, and methodologically the presence of African and afro descent groups in the archaeological record of the north central coast of Venezuela will be present. The aim is to create an archeology of African presence, i.e. an archeology who specializes in rebuilding socio-cultural, ideological, economic and political patterns in which the African slaves brought by the Europeans were insert and, subsequently their descendants.

Keywords: Archaeology, theoretical and methodological, African slaves, Venezuela.

Introducción

Este ensayo consta de dos partes. En la primera se revisarán brevemente algunos antecedentes de los estudios antropológicos y arqueológicos con comunidades de esclavos negros y afrodescendientes. En la segunda parte se tratarán aspectos que pudieran ser útiles para la comprensión teórica de la dinámica en la que llegaron y vivieron los esclavos africanos en las costas del centro norte de Venezuela. Hay que destacar que este ensayo no pretende incluir toda la bibliografía sobre comunidades negras que existe para Venezuela o el Caribe, tampoco hacer una amplia revisión; sino, a partir de la revisión de un grupo de textos básicos, comenzar a delimitar un problema de estudio poco abordado en la arqueología venezolana.

A modo de antecedentes

En la historia de la etnografía de comunidades afrodescendientes existen, principalmente, dos posturas en cuanto a su estudio. Por un lado, están quienes constantemente buscan los nexos entre África y el Nuevo Mundo, así como los procesos de aculturación a los que estos individuos fueron sometidos al llegar a América (Herskovits 1941). La propuesta originada por el antropólogo estadounidense M. J. Herskovits tenía como eje central reivindicar el pasado de los afrodescendientes ante una sociedad estadounidense dominada por el racismo y la opresión. Su trabajo estuvo fuertemente influenciado por el particularismo cultural de Boas, el cual combinó con un relativismo cultural radical (Yelvington 2001: 229). Para Herskovits y sus seguidores la intención era rescatar los “africanismos” o rasgos socioculturales africanos de los afrodescendientes para lograr reconstruir el “verdadero” pasado de estos grupos. En este sentido los afrodescendientes, a pesar de haber vivido un proceso de esclavización, mantuvieron rasgos socioculturales de las comunidades africanas a las que pertenecieron sus antepasados (Yelvington 2001; Mintz y Price 1976). La segunda postura, proveniente de los trabajos del sociólogo estadounidense E. F. Frazier (1939), propone que las comunidades actuales de afrodescendientes no tienen absolutamente nada que ver con sus antepasados africanos. Este autor argumentó que los esclavos americanos fueron desposeídos de sus culturas en el proceso de esclavización (Frazier 1939). Para Frazier, buscar “africanismos” en comunidades actuales era menospreciar los desarrollos

culturales que se gestaron en el nuevo contexto americano. Posterior a los planteamientos de estos autores, sus propuestas y seguidores fueron definidos como, por un lado, los neo-Herskovitianos; y por otro, los teóricos “creacionistas” o “creolizacionistas” interesados en la creatividad y adaptaciones culturales (Yelvington 2001:232).

Como consecuencia de estos debates iniciales sobre las comunidades de afrodescendientes estadounidenses se propuso conjugar y refinar estas dos visiones, en una propuesta integrativa. La propuesta de Mintz y Price (1976) representa uno de los íconos de la bibliografía sobre comunidades afrodescendientes. Estos autores trabajaron con una doble noción: primero consideraron que, efectivamente, los africanos que fueron traídos desde África portaban su cultura dentro de ellos, por lo cual debieron de representarla o reproducirla de alguna manera en el nuevo contexto. En segundo lugar, plantearon que si bien esto puede ser cierto, también lo es el hecho de que en un nuevo contexto estos individuos comenzaron a desarrollar elementos culturales nuevos relacionados con ese nuevo contexto (Mintz y Price 1976). Estos autores enfatizaron que, además, los africanos que llegaron a América tenían una situación muy particular en relación con los europeos, que trascendía su condición de esclavos. Esto es que la cultura europea en América era relativamente homogénea; en cambio, los esclavos provenían de diversas áreas de África. A pesar de que las áreas de donde provenían estos individuos eran áreas cercanas, y de hecho áreas con contactos e intercambios, cada grupo tenía su propio conjunto de rasgos culturales, además no fue común que varios individuos de un mismo grupo fueran llevados a América juntos, pues eran mezclados por las compañías “negreras” antes de ser enviados. Como anotan Mintz y Price, “en términos de cualquiera de las formas en que los antropólogos están acostumbrados a utilizar el concepto de *cultura*, no sentimos que se puede decir que los africanos que fueron traídos a cualquier colonia específica del Nuevo Mundo hayan tenido una sola cultura colectiva para transportar con ellos” (1976: 4; traducción del autor). A pesar de mantener esta visión, los autores están de acuerdo con la “unidad” que pudo existir entre los grupos pertenecientes al área de donde provenían los esclavos; en este sentido, aprueban la noción de *área cultural* y afirman que “no es tanto la unidad de África occidental como amplia área cultural lo que se critica en nuestra propuesta como los niveles en los que el mundo propio trata de buscar la confirmación de este postulado de unidad” (Mintz y Price 1976: 5; traducción del autor).

La postura de estos autores no buscaba criticar ninguna propuesta; en cambio, incitaba a los investigadores a reconocer la validez de ciertos hechos, observándolos desde un punto de vista crítico. Igualmente, estos antecedentes marcaron la necesidad de contrastar los estudios etnográficos con los etnohistóricos con el fin de registrar los procesos de conformación de comunidades afrodescendientes. En Venezuela se han realizado diversos aportes sobre los orígenes de comunidades negras y sobre el proceso de esclavización en general (Acosta Saignes 1984; García 1986; Troconis de Veracochea 1987; Altéz 1997; Altéz y Ribas 2002; Pérez 1997, 2000; entre otros). Estos trabajos se insertan dentro de las propuestas teóricas antes discutidas, y a su vez, han realizado aportes nuevos a la discusión tanto mundial como regional. En la bibliografía existente se encuentran trabajos que buscan reconocer “africanismos” en las actuales comunidades negras (García 1986; Altéz y Ribas 2002); que tratan de reivindicar la imagen del negro a través de un discurso paternalista y nacionalista (Acosta Saignes 1984); descripciones etnográficas y etnohistóricas (García 1986; Altéz 1997; Altéz y Ribas 2002); y reconstrucciones de procesos de conformación de comunidades, analizados a partir de procesos de etnogénesis particulares (Pérez 1997, 2000). Estas investigaciones han tratado sobre diversos tipos de grupos afrodescendientes en periodos históricos, como son cimarrones, negros de plantación y negros libres. De estas propuestas es posible comenzar a delinear diversos elementos de interés para la búsqueda de una arqueología de los esclavos africanos en América y sus descendientes.

Sin lugar a dudas es necesaria una revisión exhaustiva de la bibliografía etnográfica sobre comunidades afrodescendientes, así como una revisión de los trabajos etnohistóricos y documentos de cronistas, para tener una visión completa de las propuestas, reconstrucciones y noticias que sobre estos grupos se han realizado en el país, y en contextos similares como el suramericano y caribeño.

En cuanto a los trabajos arqueológicos orientados hacia el conocimiento de las comunidades de cimarrones, esclavos y afrodescendientes en América, y Venezuela específicamente, el interés es relativamente reciente. Alrededor de 1960 comenzó el interés en conocer, desde una perspectiva arqueológica, la vida que tuvieron los esclavos, y confirmar a través del estudio de la cultura material las noticias de los cronistas sobre el proceso de esclavización (Orser y Funari 2001). Desde sus inicios este campo de la arqueología se ha dedicado tanto a la descripción de la cultura material de

esclavos y afrodescendientes (Haviser 1999), como a la definición de un marco teórico y metodológico para su estudio (Orser 1990; Orser y Funari 2001; Haviser y MacDonald 2006). De estos trabajos se quiere señalar para este ensayo el destacado aporte de Orser y Funari (2001) sobre la “arqueología de la rebelión y resistencia esclava”. Estos autores definieron así el estudio de los grupos de africanos que se resistieron a la esclavización y fundaron pueblos cimarrones. Los autores comentan que esta línea de investigación se beneficia de dos influencias: la primera, la investigación detallada sobre los elementos históricos y sociales de los levantamientos de esclavos realizada por los historiadores y antropólogos; y la segunda, la creciente concientización por los arqueólogos de que muchos de los movimientos de derechos civiles que se están desarrollando en el mundo se basan en tradiciones de resistencia que frecuentemente tuvieron raíces históricas de larga duración (Orser y Funari 2001: 62). A partir de esta propuesta, los autores analizan el caso de Palmares en las costas de Brasil, área donde existió un gran asentamiento cimarrón constituido por varios poblados. El trabajo de estos autores significa un importante paso en la búsqueda de una arqueología de la presencia africana en América. Un elemento que proporcionó una ventaja para el trabajo de estos autores es que el tipo de evidencia que analizaron provino de asentamientos ya clasificados y conocidos como cimarrones, por lo cual el nexo entre la cultura material y sus creadores fue directo. Para el caso de las costas venezolanas, no se ha reportado hasta ahora un asentamiento tan grande como el de Palmares, o cualquier otro asentamiento claramente identificado de poblaciones africanas, fueran estas esclavas o cimarronas; sin embargo, se conoce que se dieron fugas de esclavos como en cualquier otra parte de América (Castillo Lara 2002).

Este contexto genera que la búsqueda de cultura material y/o asentamientos, relacionados con poblaciones africanas, esclavos o cimarrones, se complique debido en primer lugar a la dificultad inicial de identificar estos grupos. Incluso, aunque con documentos históricos se pueda identificar un asentamiento cimarrón o una hacienda donde se conozca que hubo esclavos africanos ¿cuál es la cultura material que se asociará a ellos? Los objetos europeos que les fueron entregados, obligados por necesidad a usarlos. En el caso de poblaciones cimarronas que manufacturaran cerámica, ¿cómo definirla y, más aún, cómo diferenciarla de la cerámica indígena? Hasta el momento no se ha identificado en el territorio nacional un

conjunto cerámico asociado a grupos afro. Un ejemplo de alto valor histórico es el caso de los *caribes negros* que habitaron la isla de Saint Vincent en las Antillas Menores durante el siglo XVIII. Este grupo estuvo conformado por cimarrones que progresivamente fueron escapando de islas circundantes y que asumieron completamente la identidad y cultura material de los caribes de las islas (Restall 2005). En un caso como este, ¿cómo diferenciar la cultura material cerámica de este grupo con aquella de los caribes?

Lineamientos teóricos para la consideración de la cultura material de los esclavos y cimarrones

Dentro del esquema propuesto por Mintz y Price (1976) hay varios elementos que es necesario destacar nuevamente. Cuando Herskovits trataba de conseguir “africanismos” en las comunidades actuales, mantenía como supuesto básico que los africanos que llegaron a América “portaban” con ellos su cultura; sin embargo, la crítica de Frazier justamente consistía en que debido a los maltratos y sufrimientos por los que pasaban estos individuos, al llegar al nuevo contexto “dejaron atrás” su vida y su cultura. Es interesante detenerse aquí y considerar el significado que podrían tener estos supuestos dentro de la interpretación arqueológica. Para Herskovits la cultura es parte esencial de cada individuo y no se “pierde” o se “olvida” como consecuencia de experiencias extremas y negativas. Por el contrario, los individuos afianzan sus valores culturales, simbólicos y sociales, como última defensa ante un contexto hostil. Ahora bien, la manera en que esta realidad se representa en la cultura material es relativa al contexto de llegada. Si el único acceso a objetos es proporcionado e impuesto por el esclavizador, entonces no quedará registro arqueológico de la cultura de los grupos africanos en esa cultura material que ellos utilizaron estando en América. Por otro lado, para Frazier la cultura se pierde bajo contextos extremos de agresión humana, por lo que los africanos que llegaron a América, como mecanismo de defensa, asumieron cualquier patrón cultural que les fuera impuesto, aunado a los propios contextos que se fueron generando en las nuevas tierras. Por ello, la representación material de estos individuos, y por lo tanto la evidencia en el registro arqueológico, seguirá siendo de objetos proporcionados por los esclavizadores, o en caso de que estos individuos tuvieran acceso a arcilla para hacer cerámica, ésta sería simple y sin decoraciones ya que el objetivo de defensa cultural sería el mimetismo con lo existente.

Si se toma una sola de las dos posturas explicadas como base teórica para interpretar la cultura material, se pueden estar obviando elementos claves para la comprensión de un caso específico. Como comenta Pérez (2006) para el caso de las comunidades afrovenezolanas, cada grupo es particular; aunque pueden tener rasgos comunes, cada comunidad experimentó particularidades históricas que las llevó a ser diferentes. Siguiendo esta propuesta, las historias de las comunidades africanas en América tendrían que ser analizadas en contextos particulares, por regiones, zonas, o incluso áreas. En este sentido, y siguiendo los planteamientos de Mintz y Price (1976), la postura de análisis tiene que integrar distintos puntos de vista ya que, incluso, los procesos de esclavitud no fueron idénticos en toda América.

Ahora bien, una posibilidad de aproximarse teóricamente a este contexto es hacer un ejercicio de *empatía* (Melas 1989) que nos lleve a considerar elementos *emic* de lo que pudo significar el viaje desde África hasta América para estos individuos, y desde allí considerar las propuestas teóricas descritas anteriormente. Para esto, se usarán tres citas que tratan directamente la condición en la que transportaban a los esclavos desde África hacia América.

En primer lugar el encuentro con el mar y la subida a los barcos:

Una vez marcados, los esclavos eran conducidos a la playa. Muchos, procedentes del interior, jamás habían visto ni oído hablar del mar. Se aterrizaraban al escuchar el lejano ruido de las olas, creyendo que se trataba del rugido de alguna enorme bestia. Veían entonces el Atlántico, las grandes olas con sus espumosas crestas, y detrás, el barco que los esperaba. Era el instante crítico en que ni los látigos de piel de hipopótamo de los traficantes negros, ni los de siete colas de los blancos servían para nada. Los esclavos se arrojaban a la arena, agarrando puñados de la misma, en un desesperado esfuerzo por permanecer en tierra. Algunos intentaban ahorcarse con sus cadenas... (Manix y Cowley en Troconis de Veracoechea 1987: XIII).

Ahora bien, ya en el barco:

La bodega de un barco tenía corrientemente una altura de cinco pies [1,5 m aprox.]. Esto pareció un derroche de espacio para los mercaderes de esclavos, de forma que construyeron una plataforma a media altura, con una

anchura de seis pies [1,8 m aprox.] a cada lado del buque. Cuando el fondo de la bodega estaba completamente repleto de cuerpos, otra fila de esclavos era colocada en la plataforma (...) [solo quedaban] veinte pulgadas a los esclavos para levantar la cabeza [y] no podían sentarse en todo el viaje (Manix y Cowley en Troconis de Veracochea 1987: XIV).

Por último, durante el viaje:

La separación del esclavo negro de su tribu y su nueva situación vital, les ocasionaba un estado mental especial llamado “melancolía fija”, que los conducía a la muerte sin una causa física aparente (Troconis de Veracochea 1987: XIV).

Estas tres citas se reprodujeron con el fin de destacar que cuando los esclavos llegaban al nuevo continente podían entrar en dos aspectos no excluyentes de condición sociocultural y psicológica. Siguiendo las ideas desarrolladas por Mintz y Price (1976), podrían definirse estos dos aspectos como: 1) condición de adaptación de resistencia; y 2) condición de adaptación sublevada¹. Con estos dos aspectos se quiere delimitar teóricamente la condición en que estos primeros esclavos comenzaron a desarrollar una nueva vida en un contexto diferente. Estas condiciones no son excluyentes; en cambio pudieron darse de manera simultánea dentro de un mismo grupo de esclavos (con procedencias diferentes) o incluso en un mismo individuo en diferentes momentos de su vida como esclavo. Para la delimitación de una arqueología de la presencia africana, esta diferencia podría ser crucial. Los individuos que adoptaron la condición de *adaptación de resistencia* pudieron tratar conscientemente de mantener sus rasgos culturales vivos “dentro y fuera”, y de esta manera pudieron representar en el mundo fenomenológico rasgos de su cultura africana. En cambio, los individuos que adoptaron la condición de *adaptación sublevada* pudieron consciente o inconscientemente “olvidar” su vida pasada como mecanismo de defensa ante una realidad no deseada.

¹ Estos términos se usarán aquí de manera preliminar.

La clave en términos metodológicos y prácticos no está en buscar “africanismos” en sitios arqueológicos; en cambio, es a partir de la comprensión de la realidad social de los contextos particulares de los esclavos e incluso los cimarrones, que es posible tener un marco de referencia para el estudio de cultura material de estos grupos. Siguiendo esta idea, la primera o segunda generación de hijos de africanos nacidos en América tuvieron fuerte influencia de estos y posiblemente siguieron las costumbres marcadas por los mayores. Es necesario incluir aquí un tercer aspecto: dentro de este contexto de colonización, no estaban solo los esclavos, pues estos arribaron, igual que los europeos, a una tierra ya habitada por grupos. Los indígenas evidentemente tuvieron contacto con las comunidades de esclavos y cimarrones. Como lo argumenta Pérez (1997), posiblemente los indígenas ayudaron a los cimarrones a escapar de sus captores y/o los recibieron en sus comunidades, como es el caso ya explicado de los *caribes negros*. Así mismo, Rivas (2002) plantea que posiblemente los esclavos al comenzar a observar restos de cerámicas indígenas y su simbología, pudieron comenzar un proceso de re-simbolización de elementos indígenas acoplados a los conocimientos propios de su pasado contexto africano. Cualquiera que haya sido la condición adaptativa escogida por los esclavos, éstos indudablemente interactuaron con los indígenas y copiaron, apropiaron y/o re-semantizaron elementos culturales.

Con esta orientación en mente, es válido preguntarse: ¿son los sitios con cerámica “indígena” de la costa venezolana asociados a contextos coloniales realmente sitios indígenas? Si los esclavos y sus descendientes manufacturaron cerámica muy posiblemente lo hicieron con la misma materia prima que utilizaron los indígenas; y probablemente, con el transcurrir del tiempo, asimilaron dentro de un proceso de re-simbolización elementos ornamentales indígenas. Entonces, ¿cómo diferenciar estas evidencias? Sin lugar a dudas el trabajo arqueológico para identificar comunidades africanas, esclavas y cimarronas debe considerar excavaciones extensivas de mucho detalle y contexto, aunado a la búsqueda de documentos históricos y crónicas que colaboren en la identificación. Y a partir de aquí comenzar a entender las historias locales y regionales que permitieron la formación y constitución de las actuales comunidades afrodescendientes venezolanas y sus tradiciones.

Desde esta perspectiva, los arqueólogos interesados en ubicar la presencia de los esclavos y sus descendientes en la cultura material tienen una doble tarea. En primer lugar es indispensable obtener una clasificación certera y refinada de las cerámicas indígenas de la zona, para así lograr reconocer elementos foráneos. En segundo lugar, las cerámicas encontradas en contextos arqueológicos "indígenas" podrían compararse con las encontradas en contextos coloniales africanos para observar similitudes. Igualmente, sería necesaria una revisión exhaustiva de los documentos de la época para ubicar asentamientos cimarrones en las costas, así como los posteriores pueblos de africanos libres. En definitiva, la intención y búsqueda de una arqueología de la presencia africana podría enriquecer en gran medida los conocimientos que se tienen sobre los esclavos y sus descendientes, así como de la interacción sociocultural entre éstos, los indígenas y los europeos desde los inicios del encuentro hasta nuestros días.

Fuentes consultadas

- Acosta Saignes, Miguel (1984). *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Vadell Hermanos Editores, Caracas.
- Altéz, Yara et al. (1997). *Aportes de un pasado para la construcción de un futuro en una comunidad negro-venezolana*. Publicaciones UCV, CODEX-FACES 85, Caracas.
- Altéz, Yara y Pedro Rivas (2002). *Arqueología e historia colonial de la parroquia Caruaó*. Ediciones FACES/UCV, Fondo Editorial Tropikos, Caracas.
- Castillo Lara, Lucas Guillermo (2002). Nortemar Aragüeno. Las que-
rencias de Azul y Oro. Noticias coloniales de Choróní, Chuao y Zepe
(2 tomos). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Nro.
255-256, Caracas.
- Frazier, E. Franklin (1939). *The Negro Family in the United States*. University
of Chicago Press, Chicago.
- García, Jesús (1990). *África en Venezuela. Pieza de Indias*. Cuadernos
Lagoven, Caracas.
- Haviser, Jay (1999). Identifying a Post-emancipation (1863-1940) African-
Curacaoan Material Culture Assemblage, En: J. Haviser (ed.) *African
Sites: Archaeology in the Caribbean*, Markus Wiener Publishing Inc.
pp.221-263.
- Haviser, Jay, Kevin C. MacDonald (2006). *African Re-gensis: Confronting
Social Issues in the Diaspora*. One World Archaeology, Left Coast
Press, USA.
- Herskovits, Melville Jean (1941). *The Myth of the Negro Past*. Beacon
Press, USA.

- Melas, E. M. (1989). Ethics, emics and empathy in archaeological theory. En: Ian Hodder (ed.) *The Meanings of Things: Material Culture and Symbolic Expression*, One World Archaeology #6, Unwin Hyman, U.K.
- Mintz, Sidney W. y Richard Price (1976). *An Anthropological Approach to the Afro-American Past: A Caribbean Perspective*. ISHI Occasional Papers in Social Change; Institute for the Study of Human Issues, Philadelphia.
- Orser, Charles E. (1990). Archaeological Approaches to New World Plantation Slavery. En: *Archaeological Method and Theory*, Michael Schiffer (editor), Vol. 2. The University of Arizona Press, Tucson. pp. 111-154.
- Orser, Charles E. y Pedro P. A. Funari (2001). Archaeology and Slave Resistance and Rebellion. En: *World Archaeology*, Vol. 33 (1): 61-72.
- Pérez, Berta (1997). Pantera Negra: An Ancestral Figure of the Aripaeños, Maroon Descendants in southern Venezuela. En: *History and Anthropology*, Vol. 10 (2-3): 219-240.
- (2000). The Journey to Freedom: Maroon Forebears in Southern Venezuela. En: *Ethnohistory*, 47 (3-4): 611-634.
- Restall, Matthew (2005). *Beyond Black and Red: African-Native Relations in Colonial Latin America*. University of New Mexico Press, New Mexico.
- Rivas, Pedro (2002). La historia tangible. En: Yara Altéz y Pedro Rivas (2002). *Arqueología e historia colonial de la parroquia Caruao*. Ediciones FACES/UCV, Fondo Editorial Tropikos, Caracas.

- Troconis de Veracoechea, Ermila (1987). Estudio preliminar. En: *Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela*. Selección y estudio preliminar de Ermila Troconis de Veracoechea. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Yelvington, Kevin A. (2001). The Anthropology of Afro-Latin America and the Caribbean: Diasporic Dimensions. En: *Annual Review of Anthropology*, Vol.30:227-260.



**ARQUEOLOGÍA DE CARACAS.
APROXIMACIÓN HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICA
A LOS BANQUETES Y EL AJUAR CERÁMICO DE LA QUINTA
DE ANAUCO DURANTE EL SIGLO XIX (1826-1883)**

Freisy Cecilia González Portales

Fecha de entrega: 4 de noviembre de 2013

Fecha de aceptación: 25 de noviembre de 2013

Resumen

A partir de la investigación arqueológica de campo y la revisión de los archivos históricos, el presente trabajo centra su atención en el análisis de la cultura material vinculada a la vida cotidiana y a los banquetes celebrados durante el siglo XIX en la Quinta de Anauco, en Caracas, los cuales formaron parte del agitado escenario político y militar de la época, tomando en cuenta su función social dentro de su contexto histórico particular, los personajes involucrados, así como también la gastronomía presente. De esta manera, se trata de evidenciar que la mesa y los banquetes, con toda su fuerza material y discursiva, fueron espacios vitales e importantes para la formación de nuestra ciudadanía republicana.

Palabras clave: arqueología, historia, banquetes, cultura material.

Abstract

Making use of the archaeological field investigation and the revision of historical archives, this work focus it attention in the analysis of material culture related to the banquets celebrated on the 19th century at the Quinta de Anauco, Caracas; those of which were part of the agitated political and militar scene of the time; considering their social function within the particularly historic context, the people involved, as well as the gastronomy present. In this way, we try to show that the dinner table and the banquets, with all of it material and discursive strength, were vitals and importants species to the constitution of our republic citizenship.

Keywords: archaeology, history, banquets, material culture

El caso de la Quinta de Anauco

La Quinta de Anauco, actual sede del Museo de Arte Colonial Quinta de Anauco, se emplazaba originalmente en la ribera del río Anauco y al pie de la sección de la cordillera de la Costa denominada cerro Ávila (Waraira-Repano). Hoy en día se ubica en la avenida Panteón, entre las avenidas Eraso y Altamira, urbanización San Bernardino, cerca de la quebrada Anauco, en la parroquia San Bernardino, municipio Libertador, Distrito Capital, Caracas.

Inicialmente era llamada *Casa de Solórzano* y su construcción, que debió terminarse en el año 1797, estuvo a cargo del capitán, teniente coronel y caballero de la Orden de Santiago, don Juan Javier Mijares de Solórzano y Pacheco, nieto del conde de San Javier y biznieto del primer marqués de Mijares (Duarte, 1987, 1991). De esta manera, se inicia una saga de moradores, como el general de Brigada Pedro Zaraza, Francisco Rodríguez del Toro —IV marqués del Toro—, Samuel Daular Forsyth, María del Rosario Herrera y Toro, Gertrudis Toro de León, Richard Bigham y Domingo Eraso, quienes fueron adaptando la casa a su vida cotidiana y llenándola de sus particularidades. Algunos de estos habitantes, en especial el marqués del Toro, Richard Bigham y Domingo Eraso, fueron los principales impulsores de la realización de banquetes republicanos, vinculando la casa con el escenario político y militar de la época, así como con la vida festiva y las reuniones sociales celebradas en la Caracas del siglo XIX.

Precisamente, de acuerdo con las fechas de estos banquetes se define nuestro período de estudio, comprendido entre 1826 y 1883, cuyo rango temporal queda justificado por el primer y último banquete que se conocen hasta la fecha, llevados a cabo en la Quinta de Anauco, siendo estos años importantes para nuestra nación ya que corresponden al proceso de separación de Venezuela de la Gran Colombia y al centenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar. Fechas marcadas por los muchos movimientos ideológicos y armados de la época, como *La Cosiata* o *Revolución de los Morrocoyes* a principios de 1826, con prolongaciones y derivaciones hasta 1827 o 1830; la llamada *Insurrección Campesina* en 1846, el *Asalto al Congreso de la República* de 1848, la *Guerra Federal* iniciada en 1858 y culminada en 1863 con la firma del Tratado de Coche, y la *Revolución de Abril* en 1868.

Sin embargo, al abordar este tipo de investigaciones histórico-arqueológicas del período republicano, nos topamos con que los estudios son escasos y muchos de ellos no se conocen o no han sido publicados, y algunos se encuentran en informes redactados para las instituciones auspiciantes, lo que dificulta el acceso a ellos. A su vez, por la naturaleza de la mayoría de estos trabajos (de restauración o de rescate y de corto tiempo) no se realizan planteamientos más allá de los orígenes constructivos, secuencias ocupacionales, entre otros aspectos; lo que entorpece el desarrollo de planteamientos para este período, sobre todo de su cultura material, pues no se cuenta, por ejemplo, con referencias exactas en cuanto a la fecha en que la cerámica europea llegó a Venezuela, así como distinciones de tipos cerámicos y decorativos, las variedades de lozas, cerámicas y porcelanas presentes en nuestro país. Y a esto debemos sumar las limitaciones graves que se presentan con el resto de las materias primas, como el vidrio y el metal (González, 2010).

A su vez, cabe señalar que desde nuestra temática específica de los banquetes se evidencia una ausencia de trabajos desde la arqueología y pocas disertaciones desde la historia y la antropología, pues a pesar de que los historiadores venezolanos han desarrollado gran cantidad de investigaciones enmarcadas en el siglo XIX, privilegian temas como la economía, la política, las acciones militares y bélicas. De esta manera, tenemos una limitada comprensión de la vida cotidiana de la época, de lo que se comía, cómo se llevaban a cabo las reuniones sociales, la cultura material y artefactos culturales presentes, la situación social en que se producían, entre otros aspectos (González, 2010).

Por esto, la Quinta de Anauco para nosotros representaba un espacio en el que se podía desarrollar un esqueleto histórico-arqueológico para evidenciar la importancia de los banquetes en la Caracas del siglo XIX, pues a partir de los aportes realizados por Carlos Duarte (1987, 1991, 1997) notamos que había sido escenario de frecuentes banquetes y demás reuniones sociales, y que además nunca había sido excavada arqueológicamente, lo que nos daba la oportunidad de extraer del subsuelo las evidencias de cultura material necesarias para ser integradas al rompecabezas de un discurso en torno a la vida cotidiana y a los banquetes en este espacio.

Documentos y objetos que evocan el pasado

Nuestra interpretación del pasado en este trabajo de investigación se teje desde el relato y la evocación, mediante de los distintos discursos históricos producidos a través de documentos (que incluyen la prensa de la época y diarios de personajes), la utilización de la cultura material obtenida de los procesos de excavación sistemáticos realizados y otras colecciones arqueológicas y sus contextos como metáforas de las actividades y concepciones pretéritas, permitiendo desarrollar una narrativa basada en el conocimiento sociocultural e historiográfico obtenido mediante procedimientos científicos sistemáticos (Tilley, 1999; Schmidt y Patterson, 1995; Navarrete, 2007).

Es por esto que, frente a la realidad concreta de la Quinta de Anauco, nos planteamos compilar información histórica acerca de los banquetes que se llevaron a cabo en la casa, mediante el arqueológico documental, bibliográfico y la recopilación de la información arqueológica por medio de la excavación sistemática. Todas estas fuentes diversas fueron integradas para reconocer el papel de la Quinta en Caracas y el significado sociocultural, político y simbólico de la cultura material relacionada con sus banquetes, para que dichos datos pudieran ser comprendidos en términos de su funcionalidad y su papel como objetos sociales, haciendo posible discutir las distintas versiones de la historia oficial y ofrecer formas alternativas de mirar el pasado.

Por su parte, las actividades arqueológicas de campo en este sitio fueron realizadas en el 2008, llevando a cabo tanto recolección superficial como excavación estratigráfica sistemática, la cual se realizó a partir de pozos y trincheras, de 1 x 1 m o de 2 x 1 m, respetando niveles arbitrarios de 20 cm —en el Área de las Caminerías— y de 10 cm —en el Área de la Ladera—. La cultura material obtenida en las excavaciones arqueológicas fue trasladada a los Laboratorios de Arqueología de la Escuela de Antropología (Universidad Central de Venezuela), donde inicialmente fue lavada y luego clasificada de acuerdo a su materia prima, datos tecnológicos, formales y decorativos diagnósticos, realizando todas las fotografías de registro necesarias. Las descripciones estilísticas, tipologías y asignación de términos históricos se definieron con base en las referencias bibliográficas que tienen relación con el período colonial y republicano (Deagan, 1987, 1997; Duarte y Fernández, 1980; Kovel, 2010; Schávelzon, 1998; Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997; *Historical Archaeology at the*

Florida Museum of Natural History, 2010; Catálogo Digital de Cerámica Inglesa, s/f).

El ajuar cerámico de la Quinta de Anauco

Nuestras actividades arqueológicas en la Quinta de Anauco se llevaron a cabo con el propósito de rescatar y registrar todos aquellos restos de cultura material que — pese a su carácter fragmentario debido a su contexto de deposición, como zona de descarte, de continuo arrastre a causa de las abundantes lluvias y a las actividades ligadas a la remoción de tierra en distintos momentos de ocupación y restauración de la casa— nos permitieron acercarnos a la vida cotidiana, al sistema de objetos del lugar utilizado para cocinar y para comer, relacionados con los banquetes y demás reuniones sociales que se llevaron a cabo en la casa, por lo que en nuestro análisis hicimos primordial hincapié en los fragmentos de loza criolla, cerámica vidriada, semiporcelana europea y vidrio o cristalería, sin ignorar las demás materias primas, tomando en cuenta sus cronologías y usos.

Toda la colección arqueológica refiere a una cronología relativa compleja que parte de finales del siglo XVIII —que podríamos denominar *período Colonial Tardío*—, y se mantiene durante todo el siglo XIX —*período Republicano*— y el siglo XX, hasta finalizar con la cultura material contemporánea. En ella encontramos, en un primer grupo de 65 fragmentos, cerámica de arcilla cruda o lozas criollas, en las que la influencia de los métodos de manufactura indígena, y de la europea se identifica fácilmente en rasgos variados como sus motivos ornamentales, el uso del torno, entre otros aspectos (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997; Schávelzon, 1998). Se hallaron fragmentos con pastas rojas alisadas en ambas caras, tiestos decorados con sencillas líneas incisas delgadas o anchas, presencia de engobes mayormente de colores rojo y blanco; otros presentan manufactura de torno y manchas de ahumado o de fuego sólo en superficies externas o en ambas superficies, que hacen suponer que formaron parte de ollas u otros utensilios domésticos que servían para procesar, cocer o cocinar los alimentos, lo que hace suponer un uso culinario, pues se sabe que este tipo de cerámica se utilizó a partir de la época colonial para estas actividades, en las que esta tecnología indígena de larga tradición cultural local se incorporó al ajuar de artefactos

de las prácticas cotidianas coloniales y republicanas, sin olvidar que, además de variadas formas y tamaños, tienen la propiedad de tolerar el fuego perfectamente, y se emplearon en actividades de transporte (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997; Duarte, 2001).

Mientras que los 60 fragmentos de cerámica vidriada hallados corresponden a los tipos *Lead Glazed Coarse Earthenware* (1490-1900), *El Morro* (1550-1700) y *Reyware* (1725-1825); que al igual que en el caso de la loza criolla o de la arcilla cruda presentan marcas de fuego, lo que también pudiese reforzar su función e importante utilidad culinaria, siendo empleada para la preparación y cocción de los alimentos, pues se constituían en ollas para cocinar (Navarrete, 2007). Tal como lo indica un testimonio de la época, estas lozas se empleaban principalmente para cocinar; de este modo, se preferían vidriadas y que estuviesen en buen estado, ya que durante la preparación de los alimentos podían absorber cuerpos grasos, como la manteca, imposibles de lavar por completo y contaminando con residuos y mal sabor a las comidas (Razetti, 1884). Al mismo tiempo, las formas correspondientes a esta cerámica vidriada —platos, tazas, y boles— nos permiten deducir que también fueron utilizadas en el servicio de mesa diario y ligadas a actividades de almacenamiento de líquidos, al aseo personal y como recipientes de remedios o medicinas —bacines, cántaros, tinajas, entre otras— (Navarrete, 2007). Y es que además el éxito de esta cerámica vidriada se debía a que “era extremadamente pobre y modesta, pero era importada” (Schávelzon, 2000: 45), y no todos los sectores de la población tenían acceso a estos productos importados, por su costo y escasez en comparación con los locales. Aunque en otros contextos, tanto la loza criolla como la cerámica vidriada, son mayormente asociadas con el uso de las clases bajas y son frecuentes en diversos contextos arqueológicos, como el Camino de los Españoles (Amodio Navarrete y Rodríguez, 1997), El Calvario (Molina, 2006) y la Casa Veroes (Fundación Polar, 2001), lo que indica una gran variedad de tipos y su primordial uso culinario a lo largo de los años.

Además, se hallaron pocos fragmentos de otros tipos de alfarerías, que a su vez también estaban asociadas con el ajuar cerámico culinario de la casa, como es el caso de mayólica, oliveros, lebrillos y gres. Los dos fragmentos de mayólica hallados corresponden a inflexiones basales, con sus huellas de “pernette” (base o superficie donde se colocan las piezas de mayólica para ser elaboradas); mientras que, por otro lado, tenemos

un fragmento de panza que puede obedecer a un lebrillo caraqueño (principios del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX), siendo estos multifuncionales: los más grandes se usaban para bañarse, los medianos para cocinar y los pequeños para comer en la mesa (Duarte y Fernández, 1980: 120; Schávelzon, 1998). Además, se hallaron dos fragmentos de panzas vidriadas que fueron atribuidos a oliveros —*olive jars* o “jarras de aceite”, específicamente al *Olive Jar Medio* (siglos XVII-XVIII)—, que tuvieron la función de depositar o transportar líquidos, como aceite de oliva, vinagre, vino. Estos se conocen como los contenedores universales de todo el período colonial y parte del republicano (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997; Schávelzon, 1998). Y siete fragmentos de panza de gres cerámico —de los tipos *Salt Glaze Brown* (1690-1775) y *Stone Ware Ginger Beer Bottles* (1820-1860)—. Se sabe que el gres se usaba como contenedor de licores, principalmente cerveza y ginebra, y medicinas, cuyo consumo masivo en el siglo XIX hizo que se distribuyeran en distintos lugares, aunado a la apertura del comercio con Inglaterra, a los cambios en las costumbres de mesa y los hábitos alimenticios de consumo de bebidas alcohólicas (Schávelzon, 1998).

Por otro lado, en épocas republicanas Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos comenzaron a encabezar nuestras importaciones, modificando la estructura de la cultura material que predominaba hasta entonces. En consecuencia, la semiporcelana europea se convertiría en una de las materias primas más importantes en la elaboración de recipientes culinarios durante el siglo XIX y principios del siglo XX, sustituyendo a la mayólica, pues llegó a distribuirse comercialmente alrededor del mundo y de manera masiva, debido a sus métodos de manufactura más económicos, que permitieron el abaratamiento de las piezas producidas. De esta manera, pasó de ser un producto de consumo minoritario a mayoritario, posibilitando que otras clases sociales, aparte de las élites, pudieran poseer esta cultura material. Era la primera vez que las clases medias, e incluso las populares, podían adquirir una vajilla igual a la original por un precio muy barato, pero tal vez no podían poseer las vajillas completas, sino juegos desordenados con marcas, pastas y vidriados diferentes (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997; Schávelzon, 1998, 2000).

En la cerámica *creamware*, *pearlware* y *whiteware* se aplicaban distintos tipos de decoración que se encuentran presentes dentro de nuestra colección arqueológica de 449 fragmentos, entre los que destacan:

Tipo de decoración	Cronología	Fragmentos
<i>Shell edged</i>	1780-1830	5
<i>Gaudy dutch</i>	1820-1840	12
<i>Hand painted polychrome late</i>	1830-1840	3
<i>Sponged</i>	1770-1830	5
<i>Annularware banded</i>	1785-1815	3
<i>Mocca</i>	1799-1830	2
<i>Stencilling</i>	1820-1840	19
<i>Transfer printed</i>	1784-1840	40

Algunas bases presentan marcas de fábrica hechas en *transfer printed*, de las cuales pudieron identificarse dos: la marca [ONE JOHN ALCOCK COBRIDGE CHINA] posiblemente sea proveniente de la fábrica John Alcock & CO, ubicada en Cobridge, Staffordshire, Inglaterra, probablemente manufacturada entre 1853 y 1861. Mientras que la otra marca [MA ENGLAND W. H.] pudimos interpretarla como “made in England”, posiblemente de la fábrica de W. H. Grindley & CO en Inglaterra, con una cronología entre 1914 y 1915 (Catálogo Digital de Cerámica Inglesa, s/f). A su vez, se registra gran cantidad de fragmentos de los tres tipos principales de estas lozas (*creamware*, *pearlware* y *whiteware*) sin decoración, unicolores, con líneas y puntos, que pueden representar las épocas en las que estas tecnologías presentaron diseños sencillos bastantes populares.

Todos estos fragmentos de semiporcelana se encuentran asociados a utensilios de mesa, mayormente platos y tazas, que nos hablan de la gran importancia que recibió dicha cultura material para la época, debido a la

significación de la realización de banquetes y a la incorporación intensa a la vida cotidiana social de estos artefactos y de su función sociocultural significativa para estos años en la Quinta de Anauco.

Además del ajuar cerámico, tenemos la presencia del vidrio —667 fragmentos, siendo la materia prima más abundante de toda la colección—, conformado principalmente por fragmentos de copas (2) y gran cantidad de bases, panzas y bocas de botellas verde oscuro sopladas en molde, con una cronología de finales del siglo XVIII y todo el siglo XIX, presentando superficies irregulares, burbujas y bocas aplicadas muy artesanales; incluso se presume que pudiesen proceder de la fábrica Patent, que se desarrolló en el último cuarto del siglo XIX (Vivas, 2006). Este tipo de botellas también se presentan en el Camino de los Españoles (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997) y en los sitios contemplados por el proyecto de la Arqueología Bolivariana (Navarrete, 2007) en los que se registra la presencia de fragmentos de botellas para vinos u otros licores, de fondo cónico, en distintos tonos de verde oscuro, elaboradas en molde de madera por el método de soplado y jalado con boca aplicada, de posible origen inglés u holandés (Navarrete, 2007).

Además de estas botellas, se hallaron fragmentos de copas de fines del siglo XIX, que indican la presencia de bebidas alcohólicas que han servido tradicionalmente como recursos de interacción social y como vehículos simbólicos para la participación y negociación personal y colectiva en los discursos y prácticas, formales y lúdicos, del contexto social (Navarrete, 2007). El alcohol contenido en estas botellas y la utilización de copas como ajuares de mesa formarían parte importante de los banquetes y agasajos celebrados en la Quinta de Anauco. También se recolectaron: una especie de polvera o vaso hecho con molde, una tapa del siglo XIX o principios del siglo XX, tres fragmentos de botellas que probablemente fueron utilizadas para almacenar aceite medicinal o perfume en el siglo XIX, realizadas en molde con motivos adiamantados en relieve (Amodio, Navarrete y Rodríguez, 1997). Igualmente, se hallaron algunos fragmentos de panzas de botellas del siglo XX.

A su vez, se recolectaron objetos de metal —específicamente 489 fragmentos, que constituyen el tercer grupo más abundante de la colección— bastante oxidados por la humedad del terreno, lo que dificulta su identificación, aunque pudieron estar asociados a funciones constructivas o de seguridad: alrededor de 29 clavos, una bala, un casquete, un botón

forraje, con una antigüedad de finales del siglo XIX (circa 1890) —con un solo orificio en su parte posterior—, y una moneda bastante oxidada, por lo que fue imposible definir su antigüedad, aunque se lee “UNITED STATES OF AMERICA”; un “cuarto” o “seña”, que se conoce como una moneda de cobre con la que se pagaba a los peones en las haciendas durante el siglo XIX. Algunos de estos fragmentos no identificados pudieron haber formado parte de instrumentos agrícolas, objetos arquitectónicos y constructivos (clavos, goznes, cerrojos, llaves, alambres, etc.), culinarios (calderos, pesas, cubiertos) o de reforzamiento de barriles y ruedas de carreta, objetos litúrgicos, comerciales, religiosos, decorativos o de ornamento personal (Navarrete, 2007).

Los banquetes y reuniones sociales en Anauco:

Política transformada en banquete y cultura material simbólica

Toda esta colección arqueológica se vincula directamente con el testamento del Marqués del Toro, que permite contrastar la cultura material excavada con la documentada, presentando numerosas coincidencias, de acuerdo a su valor funcional, social y simbólico como una de las principales fuentes de referencia histórica; pues en su inventario nos muestra las costumbres de la época en materia artefactual y de la vida cotidiana, frente a la vida social/ política vinculada con los banquetes y reuniones sociales que se llevarían a cabo en la Quinta de Anauco por el general Toro, debido a la gran cantidad de artefactos ligados a funciones culinarias y de mesa, que definen la cultura material predominante de su época, que van desde mesas, vajillas o lozas, cristalería, cubiertos, hasta mantelería (AGN, Testamentarias, T. 6, 22 folios).

El Marqués del Toro sentaba periódicamente a su mesa a personajes como Simón Bolívar, José Antonio Páez, Rafael Urdaneta, Carlos Soublette, entre otros, los cuales se dieron cita en nueve banquetes, de los que se posee información a través del diario del diplomático inglés Sir Robert Ker Porter (Porter, 1997) y de la prensa nacional en diarios como *La Opinión Nacional* y *El Liberal*. Hasta este punto, resulta conveniente indicar la utilización de la política del banquete por parte del general Toro, al celebrar convites consecutivos desde el año de 1826 hasta 1840 en honor a Bolívar y a Páez, dejando claro que quería garantizar su pase de la Venezuela noble y colonial, a la republicana, y la obtención de su parte de poder, sin importar el desenlace de los hechos.

En estos banquetes, el general Toro desplegaba largas mesas en donde se sirvieron en la mayor abundancia los manjares más suntuosos de la época, como terneras, pavos, jamones, pan de trigo y licores de toda especie, especialmente champaña, distintivo de la capacidad adquisitiva, influencias, poder y esfuerzo de los dueños de la casa, para agasajar a los importantes huéspedes al servirles aquellos bienes extraordinarios.

Posteriormente, cuando la Quinta de Anauco se encontraba en manos del encargado de negocios inglés Richard Bigham, no dejó ser un espacio político, ni de reuniones sociales, ya que era cómplice de la insurrección federal de 1858, como miembro de la legación inglesa, que llegó a reunirse más de una vez en Anauco, donde, según Lisandro Alvarado, se llevaban a cabo “bulliciosas partidas” (Alvarado en Duarte, 1987, 21). Sin embargo, luego de Bigham no se suscitan nuevas fechas festivas, tal vez por diversas causas, comenzando con el hecho de que simplemente no hubo banquetes, siguiendo con la realidad de la inestabilidad política característica del siglo XIX por la lucha entre el federalismo y el centralismo, conservadores y liberales, la igualdad y el reparto de la tierra, sin olvidar la Guerra Federal (1859-1863) que afectó a la economía y sobre todo a la estructura social venezolana, por la fuerte lucha política de intereses, que dejaba a su paso una grave crisis económica que inundaba a toda clase social y no daba cabida a banquetes, pues la circulación de alimentos y bienes suntuarios se vio restringida y reducida. Además pudieron haberse suscitado cambios en los intereses de sus dueños, ya no netamente políticos como los del general Toro. Igualmente, es posible que la prensa de la época haya dejado de reseñar notas de corte festivo y hubiese preferido publicar noticias referidas a la situación política y económica que atravesaba Venezuela, o que simplemente en nuestros archivos y hemerotecas no se conservan los datos de tales eventos debido a su deterioro o desaparición. En tal caso investigaciones futuras pudiesen ayudar a llenar este vacío de fuentes.

Sin embargo, la historia de las reuniones sociales en la Quinta no culmina del todo, pues cuando estuvo en manos de don Domingo Eraso, como representante del comercio de Caracas, se celebró allí parte de los festejos en torno al centenario del natalicio del Libertador en 1883, con la asistencia del presidente de la República Antonio Guzmán Blanco, y de quienes formaban parte del importante grupo de comerciantes y pres-tatistas más cercanos al Gobierno de Guzmán, que en el nombre de

Bolívar seguían tejiendo los hilos que les permitirían seguir en el poder mediante este gran agasajo.

Eraso sirvió en sus mesas terneras, pavos, jamones de York, frutas y delicados postres, igual que el general Toro, pero añadiendo viandas de la época, como consomé, pastelitos, pargo en salsa mayonesa, hallacas, ensalada rusa, galantinas trufadas, café y vinos. Todos estos manjares juntos significaban el mayor derroche de suntuosidad y lujo que podía presentarse en un convite, demostrando que, al igual que en épocas anteriores, nunca ha existido una gastronomía sin intención; ya que en estos banquetes se comía según la capacidad económica y la clase social. Todos estos elementos tienen como consecuencia una red de relaciones sociales donde el acceso a productos principalmente importados, proyectaban una imagen de poder y prestigio y una necesidad de consumo perenne, marcado por las pautas que establecían las modas (Schávelzon, 2000: 181).

A su vez, se pueden palpar los cambios en la cultura material, la gastronomía y la aparición de elementos de protocolo, control y urbanidad, pues se pasó de la emotividad a la estricta formación conductual a partir de lo implantado en los códigos de urbanidad de finales del siglo XIX definido por ciertas características, como la utilización de tarjetas de invitación, la elaboración de minutas en presentación impresa o manuscrita y un planificado menú que delimitaba el cambio de los servicios.

Estos hechos evidencian la transformación que sufriría la Quinta de Anauco como espacio estratégicamente político, y las tácticas empleadas por sus propietarios para lograr mantenerse en el poder frente a los cambios que producirían los regímenes de turno, ya fuesen republicanos o realistas, liberales o conservadores. Anauco, en definitiva, nos manifiesta la crisis social del general Toro y sus esfuerzos para no perder sus privilegios y sus títulos nobiliarios, acontecimiento que comenzaría a desvanecer las fronteras de las jerarquías sociales, las castas y todo rastro del pasado monárquico. Igualmente nos muestra un Domingo Eraso comerciante y muy cercano al Gobierno guzmancista, con intenciones de seguir cosechando sus buenas relaciones.

De esta manera, se pueden evidenciar los cambios culturales acaecidos durante el siglo XVIII, entre los que destaca el proceso de privatización del espacio doméstico, la masificación de la cultura material —como la semiporcelana— que ya no se concentraba solo entre las clases altas, modificándose a su vez la forma de cocinar, de servir y de comer utilizando

mobiliarios específicos, platos, cubiertos, vasos y sillas individuales, que sobre todo en el siglo XIX se convirtieron en importantes actores-objetos que permitían la negociación social, política y económica, de la puesta de escena de la mesa.

En fin, en estos banquetes entraban en juego varios elementos: un despliegue ornamental, una dieta abundante y ajuares de mesa. Estos serían los ingredientes para garantizar el éxito de cualquier velada republicana, que permitía crear identidades y formar república alrededor de una mesa.

Fuentes consultadas

Amodio, E., Navarrete, R. y Rodríguez, A. (1997). *El Camino de los Españoles. Aproximaciones históricas y arqueológicas al Camino Real Caracas-La Guaira en la época colonial*. Caracas. Instituto de Patrimonio Cultural.

Archivo General de la Nación (AGN), Testamentarias. T.6 (1841-1879) "R" .22 folios.

Catálogo Digital de Ralph Kovel y Terry Kovel (2010). Recuperado en agosto de 2013, de <http://www.kovels.com>

Catálogo Digital de Cerámica Inglesa (s/f). Recuperado en agosto de 2013, de <http://www.thepotteries.org>

Deagan, K. (1987). *Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*. Volumen I. London. Smithsonian Institution Press.

— (1997). Curso Taller Identificación y Fechado de Cerámicas Coloniales. Instituto de Patrimonio Cultural.

Duarte, C. (1987). *Historia de la Quinta de Anauco*. Caracas. Ediciones de la Asociación Venezolana Amigos del Arte Colonial.

— (1991). *El museo de arte colonial de Caracas. Quinta de Anauco*. Caracas. Grupo Universa. Gráficas Armitano C.A.

— (1997). *Quinta de Anauco 1797-1997. Bicentenario*. Caracas. Asociación Venezolana Amigos del Arte Colonial.

Duarte, C. y Fernández, M. (1980). *La cerámica durante la época colonial venezolana*. Caracas, Armitano Editor.

Fundación Polar (2001). *Casa de estudio de la historia de Venezuela Lorenzo A. Mendoza Quintero. Su historia y los conceptos aplicados en el proceso de restauración*. Caracas. Fundación Polar.

- González, F. (2010). *Entre platos, botellas y banquetes. Aproximación histórico-arqueológica a los banquetes y al ajuar cerámico de la Quinta de Anauco durante el siglo XIX (1826-1883)*. Caracas. Trabajo final de grado para optar al título de Antropólogo de la Escuela de Antropología. Universidad Central de Venezuela.
- Historical Archaeology at the Florida Museum of Natural History (2010). Recuperado en agosto de 2013, de <http://www.flmnh.ufl.edu>
- Molina, L. (2006). *Informe del Estudio Histórico Arqueológico para el Núcleo de Desarrollo Endógeno Eje Turístico El Calvario* (manuscrito). Caracas. Instituto del Patrimonio Cultural.
- Navarrete, R. (2007). *Proyecto de arqueología bolivariana. Informe final de campo: Trabajos arqueológicos en los sitios de San Mateo, Capaya, Ciudad Bolívar y Minas de Aroa*. Instituto de Patrimonio Cultural.
- Porter, R. K. (1997). *Diario de un diplomático británico en Venezuela*. Caracas. Fundación Polar.
- Razetti, L. "La cocina doméstica en Venezuela". En: *La Opinión Nacional*. Caracas, 5 de enero de 1875. Número 1726.
- Schávelzon, D. (1998). *La cerámica histórica de Buenos Aires y el Río de la Plata (siglos XVI al XX)*. Manuscrito.
- (2000). *Historias del comer y del beber en Buenos Aires*. Buenos Aires. Ediciones Aguilar.
- Schmidt, P. y Patterson, T. [eds.] (1995). *Making Alternative Histories. The Practice of Archaeology and History in Non-Western Settings*. Santa Fe, Nuevo México. SAR Press.
- Tilley, C. (1999). *Metaphor and Material Culture*. Oxford. Blackwell.

Vivas, V. (2006). *Exploraciones arqueológicas e investigación histórica. Teatro Principal. Informe final* (manuscrito). Instituto Metropolitano de Protección del Patrimonio Cultural.

LA ARQUEOLOGÍA MARXISTA DEL CAPITALISMO Y LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA PROTAGONIZADA POR EL PUEBLO

Iraida Vargas Arenas

Fecha de entrega: 3 de febrero de 2014
Fecha de aceptación: 2 de marzo de 2014

Resumen

La denominación *arqueología histórica* se ha usado para designar aquellos estudios arqueológicos que se ocupan de los procesos ocurridos a partir de la invasión europea a Nuestra América en el siglo XVI. Se plantea en este trabajo que esa denominación parte de un supuesto valorativo que considera que la historicidad de los procesos sociales depende de la existencia de textos escritos, lo que propicia la deshistorización de las miles de sociedades y culturas originarias americanas que existieron antes de la invasión europea. En tal sentido, se considera que en realidad la arqueología que se practica es la arqueología del capitalismo como sistema social. Se defiende la noción de *posición teórica marxista* introducida en la arqueología social latinoamericana por Manuel Gándara, que señala que la investigación social en general y la arqueológica en particular parten siempre de una serie de supuestos valorativos, ético-políticos. Se consideran los objetivos cognitivos de la posición teórica marxista en las investigaciones arqueológicas venezolanas y su vinculación con las luchas sociales contemporáneas que existen en Venezuela.

Palabras clave: Posición teórica marxista, Arqueología, Capitalismo, Colonialismo nuestroamericano.

Abstract

The term *historical archeology* usually designs those archeological studies that investigate the processes that took place in Our America since the beginnings of the XVI century. In this paper we considered such denomination as being part of a valorative statement that privileged the written

texts and erased the historical character of the thousands of societies existing before the European invasion of Our America. It is considered that historical archeology is the archeology of capitalism as a social system, based on the notion of Marxist Theoretical Position proposed by Manuel Gandara, integrated by several areas including the valorative one that comprises the ethical-political assumptions guiding any archaeological research. Accordingly, it's considered the cognitive objectives of the marxist theory in the archeological researches carried out in Venezuela as well their vinculations with the contemporaneous social struggle existing in Venezuela.

Keywords: Theoretical Marxist Position, Archaeology, Capitalism, Nuestramerican Colonialism

Introducción

Arqueología del capitalismo, arqueología global, arqueología histórica, arqueología colonial o arqueología republicana. ¿Cuál de estos nombres escogemos para denominar lo que hacemos cuando abordamos procesos que cubren un lapso temporal de varios siglos a partir del siglo XVI? ¿Es posible reducir los extraordinariamente complejos procesos históricos que ocurren desde el siglo XVI en adelante en Nuestra América a la presencia o ausencia de textos escritos o solo al comercio? A fin de ayudar a eliminar ambigüedades y reconociendo al mismo tiempo la jerarquía causal materialista, así como por razones políticas, preferimos usar la expresión *arqueología del capitalismo* para referirnos a los estudios arqueológicos de los procesos que denotan la existencia de cambios revolucionarios en las sociedades nuestroamericanas, como consecuencia de la invasión europea a finales del siglo XV, que hicieron posible el proceso de acumulación originaria de capital y el surgimiento del sistema capitalista en Nuestra América. Llamamos *arqueología del capitalismo* a aquella que estudia tanto el proceso de formación y desarrollo del sistema capitalista como a la que alude a procesos particulares de dicho sistema. De forma de mantener la coherencia con nuestra posición teórica marxista, concebimos los procesos particulares de la formación social capitalista como modos de vida que se expresan a su vez en submodos de vida.

Hemos realizado breves reconstrucciones de algunos procesos históricos mundiales por considerarlos vitales para la comprensión de los particulares que refieren ya a Nuestra América, ya a Venezuela.

El objeto fundamental de este trabajo es tratar de propiciar, desde la investigación arqueológica, una reconstrucción histórica “desde abajo”, que reivindique el protagonismo popular no solo por ser un objetivo político para las luchas sociales que hoy día llevan a cabo los pueblos nuestroamericanos, sino también porque es coincidente con la verdad histórica. Nadie, ningún/a arqueólogo/a o historiador/a —a menos que sea extremadamente tozudo/a u obcecado/a o solo responda ciegamente y sin reflexión a los intereses capitalistas burgueses— puede negar que desde el mismo momento cuando el invasor asentó sus pies en el territorio nuestroamericano comenzaron las luchas populares, se inició una resistencia empeñada por impedir la explotación y el genocidio, por enfrentar y tratar de distanciarse de la alienación cultural, por rechazar la subordinación y la exclusión. La invasión europea trajo consigo, de hecho la impuso, su hegemonía cultural. Diseñó estructuras de dominación, creó y controló su propio espacio social. Los y las invadidos también crearon sus espacios; preservaron, reformulándolas, sus expresiones culturales; disintieron del poder, produciendo mecanismos de transgresión que adoptaban formas culturales específicas. En tales casos, como apunta Scott (1990: xi), en su insubordinación y protesta, poseyeron “dignidad y autonomía”. Aunque Scott se refiere a la protesta simbólica, también existió la protesta material: insurrecciones, rebeliones, asaltos, luchas todas ellas con grados variables de éxito. Preguntamos: ¿Quién puede creer que todos estos eventos pasaron desapercibidos a efectos del registro arqueológico?

En muchas regiones de Nuestra América se dieron procesos urbanos complejos antes del siglo XVI; existieron asimismo medios literarios y científicos para conservar y contar los hechos históricos, pero fueron eventos espacialmente limitados. Los incas sometieron militarmente a los pueblos vecinos, hoy día bolivianos y ecuatorianos, y los convirtieron en provincias o *suyos* culturales y políticos de su imperio; extraían tributos y utilizaban medios coercitivos para perpetuar su dominio. Pero se trató de sistemas socioculturales compatibles, lo que no ocurrió, por ejemplo, con las poblaciones aborígenes amazónicas o del norte de Colombia y Venezuela o de Chile y Argentina.

La expansión del mercantilismo fuera de Europa creó una situación inédita en la sociedad europea. Roma y Grecia ya habían penetrado regiones lejanas o “exóticas” como Egipto, Irán y la India. Pero estos pueblos no dejaron de ser lo que habían sido luego de las invasiones griegas o romanas. Caso diferente fueron las Galias (Francia), Germania o Brittany, que se transformaron en provincias culturales de Roma. Pero en Nuestra América, tanto los españoles como los portugueses y los ingleses, entre otros, simplemente trataron de hacer tabla rasa con los pueblos y las culturas originarias. Donde hubo urbanismo, lo destruyeron e impusieron el suyo; donde no lo hubo hicieron lo mismo; impusieron también su lengua, su religión, su cultura y sus medios de narrar la historia a su conveniencia.

La consecuencia de la expansión mercantilista desde Europa hacia América supuso la aparición de una relación colonial narrada en textos que se han dado en llamar “historia documental”. Estudiar arqueológicamente dichos procesos, lo llama la mayoría de los/las arqueólogos/as “arqueología histórica”, y en ocasiones “historia colonial”. pero muy pocos denominan *historia del capitalismo* a la historia documental y arqueológica de dicha época. ¿Pudor? ¿Miedo al compromiso político? Por otra parte, los historiadores/as documentalistas burgueses esconden la relación colonial capitalista bajo el rubro de “estudios hispanistas”, término que está cargado de la peor significación franquista.

La formación social capitalista

Tal como apunta Braudel, capitalismo ha sido una palabra que se usa desde el siglo XVIII, pero que adquiere su sentido actual, en realidad, a partir de comienzos del siglo XX cuando se incorpora en el debate político como opuesta al socialismo (Braudel, II: 237). Braudel también señala que el capitalismo se convirtió en un sistema que se extendió sobre toda la sociedad y dejó de ser solo una estrecha plataforma de la vida económica.

La expansión del capitalismo hacia América

El colapso del orden feudal, el fin de la Edad Media y el surgimiento de la sociedad capitalista mercantil en Europa occidental fue posible por la extraordinaria riqueza que le proporcionó la conquista y la colonización de América, el inicio de la expansión colonial europea hacia el resto del mundo

y la posibilidad cierta, como demostró Cristóbal Colón, de realizar viajes transoceánicos. Ese proceso se conoce como la acumulación originaria de riqueza o la acumulación primitiva (Kaye 1989).

A partir del siglo XVI —para consolidar su empresa colonial— las naciones europeas promovieron la construcción de enclaves urbanos en las nuevas tierras que existían más allá del *finisterrae* continental. La creación de centros urbanos era fundamental para proveer una localización física a la actividad económica de los grandes grupos mercantiles de los siglos XV y XVI, la cual, según Braudel (1992-II: 621), estaba orientada indiscriminada, simultánea y sucesivamente hacia el comercio, la banca, las finanzas, la especulación en las bolsas de valores y el impulso a la producción industrial.

Artesanos españoles y portugueses manufacturaban mercancías que eran enviadas a América para tratar de satisfacer el gusto de la población europea que migraba hacia las nuevas tierras conquistadas y, en cierta medida, también el gusto de los mestizos/as, indios/as y negros/as que formaban la mayoría de la población americana, particularmente los y las que comenzaban a concentrarse en los nuevos espacios urbanos. Sin embargo, todavía limitada por el carácter fuertemente feudal de la sociedad castellana de entonces, su producción era insuficiente para satisfacer la demanda de manufacturas necesarias para enriquecer la vida cotidiana de las poblaciones colonizadas.

Las necesidades de aquel nuevo y amplio mercado fueron suplidas durante los siglos XVI y XVII por un mínimo de bienes importados desde España y una mayoría de artículos hechos localmente en las colonias americanas, particularmente vasijas de alfarería, tejidos de algodón y lana, cestería y otras artesanías de la madera y el cuero, alimentos y otros bienes de consumo cotidiano, por lo cual la balanza comercial de la metrópoli con sus colonias era deficitaria.

A partir del siglo XVI, el capitalismo mercantil europeo occidental, fortalecido con el oro, la plata y las piedras preciosas expropiadas a las y los indígenas de sus colonias americanas, comenzó a expandirse gracias al desarrollo de intercambios comerciales a largo a plazo, basados en un sistema de mercados y ferias regionales. En países como Holanda, Inglaterra y Francia, así como en las *Hansa* del norte de Europa, se desarrolló también el comercio ultramarino gracias a la fundación de grandes compañías para exportar bienes de consumo hacia las Indias Occidentales. En esos países, la ideología del naciente capitalismo mercantil

era opuesta a toda clase de monopolios, particularmente los estatales como el de España ya que —sostenían— restringían el intercambio comercial en lugar de expandirlo.

A comienzos del siglo XVIII, la capacidad productiva del capitalismo industrial en países como Holanda e Inglaterra se desarrolló hasta tal punto que fue capaz de suplir con bienes manufacturados a una amplia porción del naciente mercado mundial. La primera Revolución industrial tuvo tremendo impacto en la sociedad europea, así como también en aquellos países colonizados de Nuestra América, África y Asia. Los productos holandeses e ingleses se hicieron muy comunes en el área del Caribe, y el sistema económico colonial cambió de uno de “tipo feudal”, autosuficiente, basado en las encomiendas y pueblos de misión, al sistema comercial monoprodutivo esclavista de la plantación, o bien de la manufactura o cooperación basada en la división del trabajo bajo el mando del mismo capital (Marx 1946-1: 293-96), como fue el caso tanto de las plantaciones y hatos de los valles de Aragua y los Llanos centrales de Venezuela, como el de las misiones capuchinas catalanas de Guayana, Venezuela (Sanoja y Vargas 2005: 238-239), las cuales constituían el *hinterland* de los nuevos espacios urbanos coloniales. Ambas formas socioeconómicas estaban destinadas a suplir al mercado mundial con materias primas para la reproducción de la vida cotidiana en el modo de vida capitalista europeo que se manifestaba en Venezuela, tales como azúcar y melazas, cacao, café, fibras, cueros, carne salada, canela, hierro, madera, ladrillos refractarios y particularmente el oro y los diamantes que se extraían de las arenas del río Caroní.

El oro, la plata y las piedras preciosas que los colonialistas extraían de las minas de Perú, Bolivia, Colombia y México y de las arenas del río Caroní, Bajo Orinoco, arribaban, vía España, a otros países europeos y asiáticos. Ello permitió la acumulación de capitales y valores que hizo posible el desarrollo del capitalismo industrial en Europa, núcleo del actual así llamado *primer mundo*. Ello nos permite afirmar hoy que sin las riquezas robadas a los pueblos originarios de Nuestra América el capitalismo industrial europeo a duras penas habría remontado su fase mercantil en el siglo XVIII (Sanoja 2007: 56-57, Sanoja 2011); por las mismas razones, Adam Smith quizás no habría escrito su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, ni tampoco John Stuart Mill sus *Principios de economía*.

Al mismo tiempo que los países europeos se desarrollaban, profundizaban por contraste el proceso de dependencia económica, política e ideológica sobre los pueblos nuestroamericanos. Dicho proceso ha servido para mantener hasta hoy la hegemonía del llamado primer mundo, actualizado por las políticas neoliberales que nos impone el imperio estadounidense a través del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Vargas 1999, 1995: 47-68).

La creación de espacios urbanos en las colonias americanas, si bien era necesaria para institucionalizar el dominio colonial español, lo era igualmente para regularizar la empresa comercial de los imperios capitalistas no hispanos. A través de las “arribadas forzosas” o del contrabando legalizado, los nuevos espacios urbanos sirvieron también como punto de entrada y de distribución de las diversas mercancías traídas por los denominados bucaneros o corsarios que eran, en realidad, empresarios comerciales privados dedicados igualmente a la trata de personas africanas esclavizadas (Britto García 1998).

Aunque el capitalismo mercantil de Europa Occidental había llegado a conformar para el siglo XVI un sistema socioeconómico y cultural relativamente coherente, las sociedades precoloniales o precapitalistas americanas tenían para dicho momento diversos grados de desarrollo de sus fuerzas productivas: sociedades recolectoras cazadoras tropicales, cultivadores tribales no estratificados o jerárquicos o sociedades de tipo Estado y sociedades clasistas iniciales, las cuales vivían en una variedad de ambientes que iban de los árticos y subárticos a los templados y tropicales, y los ambientes de alta montaña, selva tropical, llanuras, litorales, desiertos, etc. Debido a las diferencias en el nivel desarrollo de las fuerzas productivas de las poblaciones originarias americanas, las formas urbanas coloniales que surgieron en Nuestra América como consecuencia de la expansión colonial del capitalismo mercantil, si bien eran similares en su esencia, fueron muy diferentes en su expresión fenoménica.

El modo de vida capitalista colonial

El Estado burgués es una organización expansionista, uno de cuyos objetivos es la extracción de recursos humanos y materiales de la población sujeta a su dominación política. Cuando las élites políticas que controlan el Estado no pueden extraer la riqueza para reproducirse mediante la sola explotación de las poblaciones sometidas a su gobierno, tienen que extraerla

de los pueblos y regiones que forman su periferia. De esta manera, los centros influyen e intervienen en las sociedades periféricas y son a la vez influidos por ellas, dando como resultado que las sociedades estatales y las no estatales, centrales y periféricas, se desarrollen de manera interdependiente (Sanoja y Vargas 2002: 190).

En el sistema capitalista —como se ha expuesto— se forjan generalmente relaciones de dominación y dependencia entre el Estado o Estados nacionales metropolitanos y las naciones de su periferia, compuesta esta última por Estados coloniales inducidos o conquistados. La resultante es una situación de atraso que juega a favor del todo más desarrollado, el centro imperial, y una declinación o estancamiento que afecta al todo menos desarrollado, la periferia.

La distribución desigual de la riqueza es característica de las situaciones coloniales o neo-coloniales (Wallerstein 1998: 169). Cuando estas situaciones de injusticia llegan a convertirse en estructurales y por esa causa ocurre el colapso político de los sistemas de explotación del todo menos desarrollado, en la periferia pueden generarse situaciones revolucionarias que desestabilicen la integridad de la o las sociedades metropolitanas. Los Estados coloniales, si bien son formalmente una representación jurídica del Estado metropolitano, sus modos de vida, su formación y expresión local a través de los espacios urbanos, dependen de las características del contexto sociohistórico donde aquéllos se implanten.

El siglo XVIII, como es bien sabido, marca el verdadero comienzo del capitalismo industrial y financiero, alimentado por el impulso que le insuflaron las riquezas expropiadas a los pueblos de Nuestra América, vía el sistema colonial del imperio español. Para ese momento, las más fuertes naciones capitalistas, como Inglaterra y Francia, tomaron conciencia de la necesidad que tenían de dismantelar el sistema colonial español y apropiarse de la fuente originaria de su riqueza en metales preciosos y materias primas en general, para dedicarlas a la consolidación de sus respectivos modos de vida capitalistas. Para lograr tales fines, estimularon y sostuvieron las burguesías coloniales de América Latina, particularmente las del Caribe Oriental, en sus luchas por eliminar el sistema colonial e instaurar Estados nacionales independientes de la Corona española, movimientos que resultaron exitosos en las primeras décadas del siglo XIX.

Una vez alcanzado ese objetivo, Inglaterra, Francia y luego Estados Unidos lograron implantar en Nuestra América regímenes neocoloniales dependientes de sus propios intereses, adquiriendo el control político y económico directo de los pueblos de esta parte del continente americano. Luego de emanciparse políticamente de España, las naciones nuestroamericanas continuaron viviendo una nueva relación colonial o neocolonial dependiente de los bloques capitalistas hegemónicos europeos o angloamericanos. En los siglos XX y XXI, cuando surgen luchas para obtener finalmente la independencia efectiva, como sucedió con Cuba, Nicaragua, Venezuela, Bolivia y Ecuador, éstas son antagonizadas por el imperio estadounidense y sus aliados de Europa occidental, para bloquear el éxito de sus procesos de descolonización, liberación y emancipación final.

¿Arqueología del capitalismo o arqueología histórica?

La llamada *arqueología social latinoamericana*, en realidad la arqueología materialista histórica o marxista, ha intentado analizar la sociedad como una totalidad en movimiento donde la experiencia humana no está reducida solo a lo económico (Bate 1998, Vargas 1990). Aunque nuestro interés aquí no se centra en explicar en detalle la arqueología marxista (para ello recomendamos el excelente libro de Luis Felipe Bate: *El proceso de investigación en arqueología*, 1998, Editorial Crítica, Barcelona), creemos necesario hacer algunas precisiones básicas. La arqueología social latinoamericana o arqueología marxista usa un sistema común compuesto por tres categorías históricas: 1 Formación económico o histórico social/ Modo de producción, 2 Modo de vida/ Modo de trabajo y 3 Cultura; las categorías Formación económico social, Modo de vida y Cultura comprenden desde las regularidades de mayor nivel de acción causal y estructural, hasta el nivel de la existencia fenoménica. Son formulaciones generales que explican teóricamente los sistemas de mediaciones e interrelaciones entre distintos aspectos de la sociedad (Bate 1998: 56). Tal sistema permite dar cuenta del desarrollo dialéctico de una sociedad en sus distintos niveles de existencia. El sistema intenta explicar la sociedad como una totalidad concreta, como un todo estructurado en continuo proceso de transformación. En tal sentido, no conceptualiza la sociedad como algo caótico o inmutable, sino como una totalidad en donde cada parte solo puede ser comprendida como un componente estructurado del todo.

Desde esta posición teórica, es un desatino considerar que es sólo cuando el arqueólogo o la arqueóloga estudia los procesos a los que se denominan históricos —ya que ocurren únicamente cuando aparecen los textos escritos— la investigación que realizan deviene histórica. Como decía Braudel, “*para el historiador, comprender el pasado y comprender el presente es la misma cosa*” (Braudel, II: 231).

El uso de tales términos es algo más que un asunto de semántica y sí de diferentes concepciones ontológicas de la realidad. Conceptos como el “período histórico americano”, el “encuentro de dos mundos”, los “intercambios culturales”, los “contactos con la civilización europea” o el “mundo antes de Colón” han sido acuñados por una investigación arqueológica que ha tenido como objetivos cognitivos tratar de “completar lo que no ha sido registrado por los documentos escritos”, para lo cual se dedica a “explorar las ramificaciones de los intercambios culturales que siguieron al desembarco histórico de Colón” y que se autodefine como una “excitante investigación sobre lo que sigue al período de contacto” (Lisa Falk 1991). Al leer estos objetivos cognitivos uno/a siente que se trató de relaciones armónicas entre grupos sociales que no se conocían pero que iniciaron relaciones amistosas, relaciones felices, de complementación comercial consensuada entre la sociedad europea y las sociedades indígenas americanas y no el inicio de los terribles siglos de dominación colonial, explotación y holocausto de estas últimas.

No es una casualidad carente de significado que una notable mayoría de trabajos sobre “arqueología histórica” hayan sido publicados a comienzos de la década de los años 90, para tratar de hacerlos coincidir con la “celebración del V Centenario”, que en algunos casos se dice “del encuentro de dos mundos”; en otros, “del descubrimiento de América por Colón”. Esa celebración supuso un intento por parte de España de reafirmar su influencia sobre sus excolonias *vis à vis* su condición de minusvalía en el marco de la situación geo-económica y geopolítica mundial de los inicios de la década de los 90 y, asimismo, remachar dentro los pueblos nuestroamericanos su vieja ideología imperial que señala que la historia de esos pueblos “comenzó de manera efectiva solo a partir del momento cuando se inició el proceso de invasión” y se dieron modos de vida coloniales, obviando y denegando los milenios de historia de las sociedades originarias americanas anteriores a la invasión europea. Esa negación no tendría importancia alguna si no hubiese sido porque a partir de del siglo XVI las sociedades nuestroamericanas todas

se convirtieron en apéndices de Europa y de sus imperios, ubicadas artificialmente fuera de la historia, dependientes económicamente gracias a la expoliación, incluso a pesar de haber conquistado en el siglo XIX sus independencias políticas.

Los objetivos cognitivos de la investigación llamada “histórica” difieren enormemente de los de la arqueología marxista; no intentan explicar el expansionismo europeo, ni la invasión a los territorios americanos, ni el holocausto indígena y del África Negra, ni el colonialismo; tampoco la dominación social, la introducción del racismo, la expoliación de recursos naturales, la aparición de las jerarquías y clases sociales, la entronización del patriarcado y la estructuración de las actuales sociedades capitalistas americanas. Bajo los supuestos anteriores, no debe extrañar que exista la tendencia en muchos de los trabajos publicados por arqueólogos y arqueólogas que se denominan “históricos”, aludiendo al uso de fuentes escritas, a centrarse en los sitios y artefactos por sí mismos y se vuelquen hacia la teoría liberal de la historia.

Otros trabajos, como los de Orser y Fagan (1995), siguen los mismos parámetros teórico-metodológicos ya mencionados antes: arqueología histórica para referirse a períodos de la humanidad donde existen documentos escritos, estudio del carácter global del mundo moderno y el estudio del pasado que denominan ¡¡¡“postprehistórico”!!!

En algunos casos de obras que se identifican como “arqueología histórica”, como sucede con la fundamental obra *Historical Archaeology* de Funari y otros al referirse a los objetivos que persiguen señalan que “se han evitado conceptos universales como colonialismo o poder e identidad en favor de una investigación de las manifestaciones locales de ese fenómeno [el capitalismo] en diversos contextos sociales e históricos” (1999: I). Sin embargo, en su trabajo introductorio *Archaeology in History*, Funari, Jones y Hall siguen en gran medida los planteamientos establecidos por James Deetz veinte años antes en varias de sus obras, sobre todo *In Small Things Forgotten* (1977), o *Introduction. Archaeological evidence of sixteenth and seventeenth century encounters* (en Lisa Falk Ed. 1991: 1-9), en los cuales destacan sus conceptos sobre “patrones culturales en la globalidad” y la “arqueología histórica como aquella que estudia la difusión de las sociedades europeas en el mundo”.

Para los y las marxistas, la arqueología es una ciencia histórica tanto cuando explica la desaparición del feudalismo y el surgimiento de la sociedad capitalista en Europa y su expansionismo —que llevó a la invasión americana, la expoliación de sus recursos y el genocidio de sus poblaciones— como cuando estudia los procesos históricos anteriores a la aparición de la escritura. Al fin y al cabo, para los arqueólogos/as marxistas *todos* los datos arqueológicos son datos históricos, incluso los de las sociedades precapitalistas conocidas como iletradas, y el fin último de la arqueología, como ciencia social que es, es el de reconstruir el proceso histórico concreto. En este sentido, la arqueología marxista parte de la teoría general de la historia, la teoría materialista histórica que concibe a la sociedad como una totalidad concreta: “*Esto es, como una totalidad dialéctica de la cual es posible explicar, desde las relaciones esenciales y en conexión con ellas, cualquier hecho o clase de hechos, incluyendo los fenómenos de la vida cotidiana*” (Bate, 1998: 53, énfasis nuestro).

Quizás uno de los aportes más sustanciales de la arqueología marxista ha sido aclarar la relación entre teoría y método, pero no como temas separados sino integrados dentro de una posición teórica (Gándara 2008). En este sentido, los trabajos de Bate reconocen la prioridad epistémica de las teorías de la realidad con respecto al método de investigación; el autor establece los ciclos de la investigación que incluyen la “*preexistencia de una teoría de la realidad que supone la experiencia acumulada y transmitida a través de una larga historia de práctica social*” (1998: 37). En consecuencia, la investigación de la arqueología marxista es siempre de carácter social e histórico y se aleja del liberalismo sostenido por el empirismo y el individualismo metodológico que practican arqueólogos y arqueólogas de otras posiciones teóricas.

La posición teórica marxista en la arqueología venezolana.

Implicaciones políticas

Como se observa, hasta ahora hemos venido aludiendo a las propuestas de Manuel Gándara sobre la *posición teórica* y más específicamente sobre el área valorativa dentro de tal posición (2008: 59). El autor la define así: “... *una posición teórica es el conjunto de supuestos valorativos, ontológicos, epistemológicos y metodológicos que orientan el trabajo de una comunidad académica para la construcción de teorías sustantivas*” (2008: 64). “... *una posición teórica posee cuatro áreas constitutivas: la*

valorativa, la ontológica, la epistemológica y la metodológica. De éstas, las dos centrales... son la valorativa y la ontológica” (2008: 69). Al respecto dice Gándara: “En esta área [la valorativa] están los supuestos que tienen que ver con el “para qué y para quién” de la actividad científica. Son los supuestos éticos y políticos que permiten seleccionar qué problemas son los relevantes, por qué, y a quién beneficia su solución...”. Para Gándara, allí se encuentran “los valores que orientan las elecciones científicas” y las “metas cognitivas”.

Gándara define un “objetivo cognitivo” como el objetivo de conocimiento que se persigue. Esos objetivos cognitivos, dice, poseen relevancia política, la cual está determinada por su importancia para resolver problemas sociales. A tal efecto, Gándara señala que existen principios que establecen la justificación ética y política de los objetivos cognitivos que son perseguidos y del conjunto en general de la propia posición. Ante algunas acusaciones de miembros de la misma comunidad arqueológica a las y los arqueólogos marxistas, en relación a que si se hace arqueología, se está haciendo ciencia, y “la ciencia es apolítica”, Gándara apunta que “la idea de que puede haber posiciones teóricas apolíticas no es sino una manera de decir que hay posiciones teóricas ingenuas, cuya postura política no está clara...”, y añade acertadamente: “... las condiciones de desigualdad social e inminente crisis ecológica que enfrenta el mundo actual, hace imperioso tomar una postura política clara” (2008: 79).

La práctica de las arqueólogas y arqueólogos venezolanos necesita romper con las interpretaciones empíricas culturalistas todavía dominantes, de influencia estadounidense, que han estado acompañadas además por una suerte de búsqueda erudita de ciertos y determinados documentos en los archivos, una práctica que muy pocas veces o casi nunca ha hecho énfasis en las experiencias de resistencia y rebelión de las clases desposeídas, para la reconstrucción histórica de los siglos XVI al XX, dentro de lo que se podría denominar como la reconstrucción de la historia desde abajo. Por otro lado, podemos considerar que existe, en general, un total desinterés y una incapacidad de la mayor parte de las y los arqueólogos para comprender la vinculación de los estudios históricos —incluyendo los arqueológicos— con los complejos procesos sociales actuales que intentan lograr la descolonización nuestroamericana, destruyendo el monopolio social, político y cultural de las élites tradicionales en nuestros países. Ello sucede porque, en gran medida, esas arqueologías consideran que la

arqueología es una ciencia que no es capaz de conocer lo social; se basan en *“un supuesto ontológico que asigna al pasado la propiedad de ser incognoscible, o cognoscible de una manera muy imperfecta y poco confiable”* (Gándara 2008: 85).

Considerar la influencia de las ideas y los valores en la estructuración de los procesos de investigación de los registros arqueológicos por parte de los arqueólogos y arqueólogas necesita de un análisis centrado en los objetivos cognitivos de la posición teórica a la cual dichos arqueólogos/as realmente se adscriben. Por ello, si la práctica científica de los arqueólogos/as opera dentro de una posición teórica que se da en un marco de dependencia cultural, es decir, sus investigaciones se realizan de acuerdo con las normas que las metrópolis imponen y generalmente en los temas que a éstas les interesan, los objetivos cognitivos que tendrán tenderán a ser los mismos de aquéllos y aquéllas de la metrópoli. Sin embargo, sus investigaciones científicas funcionarán como mecanismos de imitación, lo que les conferirá un papel secundario en el marco internacional de la producción de conocimientos. En tales casos, esas investigaciones tenderán a coincidir con la consideración de que existe neutralidad política en el quehacer científico. No investigar en función de las realidades nacionales y no colaborar para encontrar soluciones a los problemas que éstas enfrentan, por el contrario, ayuda al reforzamiento de pautas culturales que en lugar de resolver sirven para acallar u oscurecer los conflictos sociales existentes (Varsavsky 2006, Vargas 2012, Sanoja et al 2012).

Las repercusiones éticas y políticas de una posición teórica como la descrita hace que esas prácticas científicas se articulen con las relaciones de producción capitalistas y, por esta razón, pueden ser denominadas como “prácticas de la ciencia burguesa”, dado que en última instancia están al servicio de esa clase social en particular.

Esto nos lleva al asunto —ya señalado por Vitale (1983) en los años 80 al referirse a la práctica de los científicos/as sociales marxistas en Nuestra América— de su tendencia a ignorar la existencia de procesos sociales en la realidad que constituyen temas ante los cuales muchos de dichos científicos/as (entre ellos, decimos nosotras, los arqueólogos/as), han mostrado y siguen mostrando escasa sensibilidad. Y no se trata solo de falta de sensibilidad; lo que es más grave es la presencia de una conceptualización de la realidad como fragmentada que desvincula procesos que existen

objetivamente en su unión, concatenación y mutua influencia: luchas de emancipación- luchas de mujeres- luchas ecologistas- luchas antirraciales- luchas indígenas.

Es por todo lo anterior que la arqueología cuyos objetivos cognitivos se centran en conocer los orígenes y desarrollo del capitalismo en nuestro país y su carácter causal de las formas de dominación actualmente existentes, como sucede con la arqueología marxista, combina congruentemente la búsqueda de las raíces populares de ese proceso capitalista con la cultura y la política venezolana contemporáneas: formación histórica de los trabajadores populares, del campesinado, de las masas urbanas, de las clases sociales en general, y no solo su formación sino también la comprensión de sus intereses de clase, así como sus experiencias de vida y sus actividades que constituyen toda una gama de prácticas, métodos de lucha, costumbres y acciones estructuradas tanto por sus relaciones productivas como también por las culturales y las afectivas. Por supuesto, estos objetivos cognitivos mencionados no son los únicos posibles.

Consideramos fundamental que los arqueólogos/as venezolanos/as, en general y especialmente los de orientación marxista, reconozcan que sus escritos tienen consecuencias no solo académicas sino también políticas y la posibilidad que tienen de hacer importantes contribuciones a la formación de una conciencia histórica democrática y socialista. Una conciencia histórica de este tipo debe ayudarnos a comprender —como señala Thompson (1984)— *“las posibilidades de transformación y las posibilidades de la gente”*. Así mismo, asumir las necesarias consecuencias políticas de cualquier investigación social y de la histórica en especial supone afectar positiva o negativamente las bases históricas para la construcción colectiva del sujeto revolucionario que liderará las transformaciones sociales de una sociedad capitalista burguesa a una socialista. Es bueno recordar, en este sentido, que en el caso venezolano las reconstrucciones historiográficas han sido usadas siempre para condicionar las conductas sociales, muchas de las cuales —sobre todo las tradicionales por su carácter oficial— han servido para desmovilizar y desarmar ideológicamente a importantes sectores de la población venezolana; otras —más recientemente— han sido empleadas por la Revolución Bolivariana para apoyar iniciativas que sirven para la sensibilización o concientización ciudadana sobre desigualdades sociales, políticas de cooperación y espacios para la participación solidaria. No obstante, la carencia de una permanente actitud de cuestionamiento y

crítica ha hecho que muchas de las reconstrucciones de los arqueólogos y arqueólogas del país dificulten —por decir lo menos— la tarea de develarles a los colectivos venezolanos en lucha por su emancipación cómo hemos llegado a ser lo que somos en el presente, que conozcan por qué somos como somos y por qué y de dónde surgió gran parte de los problemas sociales actuales que sufrimos. Ese conocimiento, obviamente, no es para incrementar la sabiduría y el conocimiento personal, o para satisfacer los anhelos y curiosidades individuales, sino para ofrecerles nuevos y más eficaces instrumentos para que como colectivos se constituyan como vanguardias de la transformación social para la humanización de sus luchas (Vargas 1988).

En tal sentido, es bueno recordar las palabras de Hill (1975), quien decía, haciendo eco con las tesis gramscianas: *“todo conocimiento del pasado debería contribuir a humanizarnos”* y, asentaba, citando a Marx, *“el pasado no es para vivirlo”*. Nadie quiere o aspira al sin sentido de volver atrás en el tiempo y vivir de nuevo lo ya vivido. Agregaríamos nosotras, entonces, que el pasado es para usarlo y aprender de él, para superarlo como diría Gramsci: *“el presente como superación del pasado debe estar basado siempre en una crítica real y darle una expresión no solo teórica sino también política”* (1977: 12-13). Al fin y al cabo, esos problemas presentes tienen su causalidad en el pasado.

Objetivos cognitivos de la arqueología marxista venezolana en el estudio del capitalismo

Consideramos que hasta ahora los objetivos cognitivos de una investigación arqueológica marxista venezolana para la reconstrucción del proceso capitalista han tratado de explicar los cambios y transformaciones sociales ocurridos para que se diera el tránsito de un modo de vida capitalista colonial hacia un modo de vida capitalista nacional.

A partir de 1830, con el inicio de la Tercera República comenzó a concretarse la ideología liberal positivista que animaría posteriormente la nueva fase histórica nacional, de carácter neocolonial, de la formación republicana. Esta nueva fase conservaba muchos componentes esenciales del antiguo modo de vida colonial, rentista y agroexportador, cuya vigencia como tal se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XX. Es entonces cuando se produce un cambio súbito, inesperado en la vida de la sociedad venezolana, como fue el descubrimiento de fabulosos yacimientos

petrolíferos en el subsuelo de la cuenca del lago de Maracaibo. Ello determinó el desarrollo de un nuevo modo neocolonial nacional de producción, caracterizado por la monoproducción petrolera cuya rentabilidad hizo casi desaparecer en el espacio de un año la renta producida por la monoproducción agropecuaria, la cual devino en un proceso de trabajo complementario de aquella. Como consecuencia, las transnacionales petroleras hicieron acelerar la construcción de un Estado nacional neocolonial moderno y de un modo de vida petrolero que crease las bases materiales para el funcionamiento adecuado de la industria petrolera transnacional y reforzase el carácter dependiente, desnacionalizado y consumista de la sociedad venezolana (Sanoja 2011: 22-23).

En el sentido anterior, hemos creído importante y necesario identificar los siguientes objetivos cognitivos en la investigación arqueológica que se ha realizado hasta ahora en referencia a estos momentos y procesos históricos:

- 1) Explicar el proceso inducido para que se diera la aparición del Estado colonial como derivado del Estado metropolitano. Lograr caracterizar los factores sociales y culturales que intervinieron en su particularización en Venezuela.
- 2) Explicar, usando la teoría materialista de la historia y su teoría específica que explica los procesos que caracterizan históricamente la relación entre espacio y sociedad, el proceso histórico de producción del espacio en una sociedad capitalista en su condición colonial. De esa manera se esperaba lograr comprender la dinámica social pasada de la sociedad venezolana desde el momento cuando se manifiesta el modo de vida colonial caraqueño hasta que se inserta como formación social en el sistema capitalista mundial y el papel que jugó el espacio en la estructuración social y la forma como intervino en la reproducción de las relaciones sociales asimétricas. Se destaca el uso de las teorías específicas elaboradas tanto por los clásicos del marxismo como por Henri Lefevbre y sus seguidores.
- 3) Lograr una comprensión más coherente de las expresiones en el registro arqueológico de la vida cotidiana caraqueña bajo la condición colonial. Se ha partido del supuesto epistémico de que la vida cotidiana es el espacio donde se da la concreción de la vida material, donde se produce y reproduce la vida social, mediante las interacciones diarias

entre los agentes sociales expresadas en las relaciones cara a cara que se dan en el marco de unas determinadas relaciones sociales de producción (Sanoja et al 1998, Vargas et al 1998).

La teoría materialista del espacio señala que cada conjunto de acciones y prácticas cotidianas es un momento de la totalidad social; por ejemplo, Lefebvre aduce que en el trabajo cotidiano, tanto las herramientas como el modo de usarlas son elementos —decíamos momentos— de la totalidad del trabajo (1991: 134), y apunta Lefebvre: “... *el significado de la vida de un ser concreto no se puede encontrar sino en la vida misma, y su vida real es la vida cotidiana (...)* (1991: 144). “*Lo cotidiano es, continúa Lefebvre, un sector privilegiado de la práctica (...)* la sustancia del hombre (lo que le permite vivir (...) su tiempo y su espacio, sus espacios...” (1978:86).

Marx y Engels, por su parte, se refieren a lo cotidiano como “*los aspectos básicos de la actividad social (...)* los hombres renuevan diariamente su propia vida (...) y crean (...) a otros hombres...” (1973:27).

4) Definir las expresiones concretas de las relaciones sociales capitalistas a partir del ordenamiento de las formas culturales en el espacio (edificaciones, espacios de circulación como calles y avenidas, plazas, mercados, etc.), vale decir, determinar la espacialidad capitalista, partiendo del supuesto de que cada formación social produce un orden espacial que le es característico y que, en el caso de una sociedad capitalista colonial, la organización espacial constituye un elemento estructural. En el capitalismo, las formas espaciales construidas adquieren valor de uso y valor de cambio, expresándose como mercancías en el proceso de intercambio de bienes materiales. El supuesto epistémico que subyace a este punto es de que la implantación y extensión del capitalismo necesitó crear las condiciones para la expansión del comercio; por ello creó una dimensión espacial propia, coherente con las relaciones sociales de producción clasistas y la división técnica y social del trabajo existente, que trascendiera las fronteras territoriales de los centros de producción y reestructurara espacial y económicamente las tierras conquistadas (Lefebvre 1992, Vargas y Vivas 1999: 111-113).

5) Ordenar, según los supuestos epistémicos de la teoría de la observación en arqueología las expresiones culturales materiales de la vida cotidiana, los artefactos, los instrumentos, los objetos, de manera de poder inferir los procesos de intercambio comercial, las fuentes y

organización del intercambio y determinar la afectación de esos procesos por las relaciones sociales asimétricas características de la condición colonial capitalista.

Algunas de las investigaciones arqueológicas venezolanas han estado orientadas a tratar de explicar las razones para el surgimiento de las sociedades capitalistas periféricas. En el caso nuestroamericano, debemos decir que los Estados nacionales no aparecen como producto de procesos autogestados, sino inducidos, como resultado de la expansión capitalista europea, concretada inicialmente, como hemos visto, en modos de vida coloniales. Tal como sucede con esos modos de vida, el modo de vida capitalista nacional venezolano constituye otra línea de desarrollo particular de la formación social capitalista. Se pueden mencionar algunos objetivos cognitivos:

1. Caracterizar los efectos de la segunda Revolución industrial en la conformación de las clases sociales venezolanas, especialmente luego de la aparición del petróleo a inicios del siglo XX.
2. Explicar la manera como ocurrió la reproducción ampliada de nuevas relaciones sociales de producción capitalistas en las varias regiones geohistóricas venezolanas.
3. Explicar la aparición de nuevas contradicciones sociales específicas; por ejemplo, cómo afectaron a las mujeres las nuevas relaciones jurídico-políticas que impone la vida en una sociedad capitalista periférica, entre muchas otras.
4. Explicar el desarrollo de una burguesía nacional al servicio de los intereses transnacionales y el ejercicio de su hegemonía a través de las industrias culturales transnacionales.
5. Explicar las nuevas formas de inserción de Venezuela en la economía mundial, especialmente luego de iniciarse la producción petrolera, por tratarse, especialmente, de una nueva fase del modo de producción: la industrial.
6. Explicar la dinámica de los bloques históricos internos de poder y su relación de dependencia de los varios bloques geohistóricos imperiales.

Comentarios finales

La sociedad venezolana contemporánea necesita generar una estrategia que le permita abordar un problema doble. Por un lado, garantizar el conocimiento del pasado, diríamos el efectivamente ocurrido, el pasado de todos y todas sin distorsiones, sin olvidos convenientes, sin invisibilizaciones y, por otro, que implemente otros usos del pasado, alternativos a los que han existido hasta ahora en Venezuela; usos que pueden contribuir al desempeño de los colectivos venezolanos en su actual praxis política.

Las reconstrucciones de los procesos históricos concretos que ofrezca la arqueología marxista, conjuntamente con las reconstrucciones historiográficas, también marxistas, de las historias regionales y locales usando fuentes escritas e historias orales pueden ser también una poderosa ayuda para contribuir con los presentes movimientos sociales venezolanos en un afinamiento de sus objetivos de lucha, al dotarlos de una información sobre procesos y eventos históricos escamoteados, invisibilizados, obviados o distorsionados por las historias oficiales realizadas hasta ahora, generalmente, por historiadores e historiadoras, así como por arqueólogos y arqueólogas al servicio de los intereses de las burguesías, estén conscientes de ello o no. Debe tratarse de una lectura histórica que propicie una reflexión constructiva de manera que ésta estimule la comprensión sobre las diversas formas de praxis política y social que han ocurrido a lo largo de la historia y que colabore en la formación sociopolítica de los colectivos actuales, al mismo tiempo que actúe como un antídoto contra los prejuicios en contra de la diversidad cultural, étnica o de género (Vargas 1990, 2007, 2010; Vargas y Sanoja 2012).

Los objetivos cognitivos de la arqueología marxista no se deben limitar solo a la reconstrucción de procesos y elementos históricos que sustancien la memoria histórica y la identidad, sino también a producir un conocimiento que permita explicar el surgimiento y el impacto de las ideas nacionalistas, a descubrir las formas adoptadas por la etnicidad de múltiples grupos socio-culturales, a conocer las causas históricas de la dominación femenina y las luchas de las mujeres por su liberación y su historicidad, a desvelar papel jugado en las luchas populares por el simbolismo del poder y el simbolismo contra el poder, etc.

El logro de los objetivos cognitivos mencionados debe resultar en una transformación de la educación, traducida en la incorporación de contenidos diferentes a los que han existido hasta ahora en la enseñanza de la historia y

la geografía nacionales que han estado destinados a la reproducción y profundización de una ideología neocolonial (Vargas y Sanoja 2012, 2013).

Fuentes consultadas

Bate, Luis Felipe (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Editorial Crítica. Barcelona.

Braudel, Fernand (1992). *Civilization and Capitalism. 15th-18th century. The structures of everyday life. The limits of the possible*. Vol. I. University of California Press. Berkeley, Los Angeles.

— (1992). *Civilization and Capitalism. 15th-18th century. The wheels of commerce*. Vol. II. University of California Press. Berkeley, Los Angeles.

Britto García, Luis (1998). *Demonios del mar. Piratas y corsarios en Venezuela. 1528-1727*. Comisión Presidencial del V Centenario de Venezuela. Fundación Herrera Luque. Fundación Banco Mercantil. Caracas.

Deetz, James (1977). *In Small Things Forgotten. The archaeology of early American life*. Anchor Press/ Doubleday. Nueva York.

— (1991). *Introduction. Archaeological evidence of sixteenth and seventeenth century encounters*. En: *Historical Archaeology in Global Perspective*:1-9. Lisa Falk. Ed. Smithsonian Institution Press. Washington.

Falk, Lisa. Ed. (1991). *Historical Archaeology in Global Perspective*. Smithsonian Institution Press. Washington.

Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones. Eds. (1999). *Historical Archaeology. Back from the edge*. One World Archaeology. No. 31. Peter Ucko Editor. Routledge. Londres.

Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones (1999). *Archaeology in History*: 1-21. En: Funari, Pedro Pablo, Martin Hall y Sian Jones. Eds. 1999. *Historical Archaeology. Back from the edge*. One World Archaeology. No. 31.

Peter Ucko Editor. Routledge. Londres.

Gándara, Manuel (2008). *El análisis teórico en ciencias sociales: Aplicación a una teoría del origen del Estado en Mesoamérica*. Libro electrónico.

Gramsci, Antonio (1977). *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*. No. 5. Juan Pablo Editor, México, D.F.

Hill, Christopher. (1975). *Change and continuity in seventeenth century England*: 283. Weidenfeld and Nicholson. Londres.

Kaye, Harvey (1989). *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Edición y presentación de Julián Casanova. Universidad de Zaragoza.

Lefebvre, Henri (1978). *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península. Barcelona.

— (1991). *Critique of everyday life*. Editorial Verso. Londres.

— (1992). *The production of space*. Blackwell Publisher Inc. Cambridge. Londres.

Marx, Karl (1946). *El Capital I. Crítica a la economía política*. Fondo de Cultura Económica. México.

Marx, Karl y Federico Engels (1982). *La ideología alemana*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana.

Orser, Charles Jr. y Brian Fagan (1995). *Historical Archaeology*. Harper Collins College Publisher. Nueva York.

Thompson, Edward (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Editorial Crítica, Barcelona.

Sanoja, Mario (2007). *Memorias para la integración. Ensayo sobre la diversidad de la unidad histórica y el futuro político de Sudamérica y el Caribe*. Monte Ávila Editores Latinoamericana y Petróleos de Venezuela

(PDVSA), 2da. Edición. Caracas.

— (2011). *Historia sociocultural de la economía venezolana*. Banco Central de Venezuela. Caracas.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas (1992). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3a. Edición. Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas.

— (2002). *El agua y el poder. Caracas y la formación del Estado colonial caraqueño*. Colección Ediciones Especiales. Banco Central de Venezuela. Caracas.

— (2005). *Las edades de Guayana. Arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas: 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas, Gabriela Alvarado y Milene Montilla (1998). *Arqueología de Caracas. Escuela de Música José Ángel Lamas*. Tomo I. Col. Estudios, Monografías y Ensayos, N° 177. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas.

Sanoja, Mario, Iraida Vargas, María Egilda Castellanos, Thaís Marrero, Luisa Zambrano y Rodolfo González (2012). “Diálogos de saberes y talleres de ciencia. La historicidad de nuestra investigación académica”. En: *Consideraciones teórico-políticas para la ciencia y tecnología en la Revolución Bolivariana*. Memorias del 1.º Congreso Venezolano de Ciencias. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, Tecnología e Innovación. Viceministerio de Formación. Caracas.

Vargas-Arenas, Iraida (1990). *Arqueología, Ciencia y sociedad*. Editorial Abre Brecha. Caracas.

— (1995). The perception of history and archaeology in Latin America. A theoretical approach. En: *Making Alternatives Histories*: 47-67. P. Schmidt y T. Patterson Editores. School of American Research. Santa Fe.

- (1998). “Modos de vida y modos de trabajo: conceptos centrales de la arqueología social. Su aplicación en el estudio de algunos procesos de la historia de Venezuela”. *Tierra Firme*: 661-686. Año 16. Vol. XVI.
- Vargas - Arenas, Iraida (1999). *La historia como futuro*. Fondo Editorial Tropykos. FACES-UCV. Centro de Historia del Estado Carabobo. Caracas.
- (2007). *Resistencia y participación. La saga del pueblo venezolano*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas.
- (2008). “Usos sociales del conocimiento histórico. La construcción de ciudadanía en Venezuela. Un balance desde la arqueología social”. *Memorias del Congreso de Arqueología*. Guayaquil.
- (2010). “La ocultación de las mujeres en la historia de Venezuela”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol. 15, No. 34.
- (2012). Conferencia magistral de clausura “Ciencia y tecnología para una Venezuela plenamente soberana”. En: *Consideraciones teórico-políticas para la ciencia y tecnología en la Revolución Bolivariana*. Memorias del 1.º Congreso Venezolano de Ciencias. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, Tecnología e Innovación. Viceministerio de Formación. Caracas.
- Vargas-Arenas, Iraida y Virginia Vivas (1999). “Caracas: espacio y vida cotidiana en la transición entre un modo de vida colonial y uno nacional”. *Boletín Antropológico*. Mayo-Agosto. N.º 46: 103-134.
- Vargas-Arenas, Iraida y Mario Sanoja (2012). *Una lectura geohistórica: Hacia la construcción del Estado Popular Comunal*. Escuela Venezolana de Planificación. Caracas.
- (2013). *Historia, identidad y poder*. 3.ª Edición. Editorial Galac. Caracas.

- Vargas-Arenas, Iraida, Mario Sanoja, Gabriela Alvarado y Milene Montilla (1998). *Arqueología de Caracas: San Pablo, Teatro Municipal*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Serie Estudios, Monografías y Ensayos, N.º 178. Caracas.
- Varsavsky, Óscar (2006). *Hacia una política científica nacional*. Ministerio del Poder Popular para la Ciencia y la Tecnología. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.
- Vitale, Luis (1983). "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica. Artículo electrónico disponible en Género con Clase, en línea, julio 2011.
- Wallerstein, Inmanuel (1998). *Después del liberalismo*. Siglo XXI Editores. Madrid, México.



EL VALOR ESTRATÉGICO DEL AGUA PARA LA FUNDACIÓN EN EL SIGLO XVII DE LOS PUEBLOS DE DOCTRINA EN LA CORDILLERA DE MÉRIDA: CASO SAN ANTONIO DE MUCUÑO

Lino Meneses Pacheco

Gladys Gordones Rojas

Fecha de entrega: 22 de enero de 2014

Fecha de aceptación: 05 de febrero de 2014

Resumen

En el presente artículo se expone el valor político y estratégico que tuvo el agua en el siglo XVII para la fundación de pueblos de doctrina en la cordillera Andina de Mérida. Para tales fines se utilizan las fuentes históricas documentales y las fuentes arqueológicas provenientes de las investigaciones realizadas por los/as autores/as en la cordillera Andina de Mérida y en las ruinas de un antiguo pueblo de doctrina llamado San Antonio de Mucuño.

Palabras clave: Mérida, pueblo de doctrina, agua, acequias.

Abstract

The present article presents the political and strategic value of the water in the XVIIth century for the foundation of the “doctrine” villages of the Andean cordillera of Merida. For this purpose the historical-documental sources were used as well as the archaeological ones obtained, thanks to the field work done by the authors at the site of San Antonio de Mucuño, an ancient “doctrine” village.

Keywords: Mérida, “doctrine” village, water, irrigation channel.

En los documentos de estos primeros tiempos de la conquista y colonización de Mérida consta que los españoles encontraron que los indios además de estanques tenían acequias de regadío, laboriosamente excavadas con sus toscos instrumentos y traídas a través de los precipicios y montañas, a veces practicando nivelaciones a ojo que admiran por la exactitud.

(Salas, 1997: 100)

Introducción

Para el año de 1936 Vere Gordon Childe, en su obra *Man Makes Himself*, traducida por primera vez al español en el año de 1954 con el título *Los orígenes de la civilización*, introduce en la arqueología el debate sobre el papel que jugó el agua en la creación de una economía productora de alimentos que definitivamente afectó la vida de comunidades enteras, produciendo la primera y quizás más grande revolución de la humanidad: la revolución neolítica (Childe, 1978).

En un primer momento histórico del proceso de creación de una economía productora de alimentos, Gordon Childe propuso, basado en las evidencias presentes en el norte de África, el Mediterráneo Oriental, Europa y buena parte de Asia, que para las regiones semiáridas o semidesérticas que se extienden entre los bosques templados del norte y las selvas del trópico, las mejores tierras para la agricultura se encontraban en los suelos de aluvión depositados por los torrentes intermitentes que fluían por las crecidas de los ríos; crecidas que sustituyeron a las lluvias inciertas, suministrando la humedad necesaria para la germinación y maduración de las semillas (Childe, 1978)¹.

A partir de este momento empezó un proceso de sedentarización y crecimiento de la población que demandó la ampliación de las superficies cultivables, mayor cantidad de agua para el riego y la creación de sistemas de irrigación, creando las condiciones para la revolución urbana (Childe, 1978).

Sin embargo, en el debate arqueológico, una de las propuestas más divulgadas y discutidas sobre el uso y manejo del agua en las sociedades antiguas es la de Karl Wittfogel (1955), surgida de las investigaciones realizadas por este autor en diversos periodos de la historia china. Según Wittfogel, las sociedades que llevaron a cabo la revolución hidráulica empleaban los mismos instrumentos de trabajo y medios de producción que las sociedades agrícolas incipientes; sin embargo, la utilización de medios específicos de organización sociopolítica permitieron establecer diferencias estructurales entre las sociedades agrícolas incipientes y las sociedades que implementaron la revolución hidráulica (Wittfogel, 1955).

Para Wittfogel existía una agricultura hidráulica que se relacionaba con un tipo de cultivo que dependía del control del agua en gran escala dirigido por el gobierno y una sociedad hidráulica, sinónimo de *sociedad*

oriental, que refiere a una organización social agraria en la que las obras de infraestructura relacionadas con el riego y otras construcciones son administradas por un gobierno centralizado y poderoso cuya solidez se fundamenta en el manejo político del agua y de las obras hidráulicas relacionadas con las tierras irrigadas (Wittfogel, 1955; 1974).

En las sociedades antiguas, la irrigación supuso, entre otras cosas, un conocimiento tecnológico que permitía a las sociedades el control y manejo eficiente del agua e impuso formas de organización sociocomunitarias que permitieron la construcción y el mantenimiento de las obras hidráulicas.

La diferencia entre los grandes y pequeños sistemas de irrigación se encuentra relacionada, indudablemente, con la organización social del trabajo de la sociedad en cuestión. Para los grandes sistemas de regadíos haría falta un trabajo colectivo que tuvo que trascender del grupo doméstico, lo que nos ubicaría en una sociedad jerarquizada y/o estatal; mientras que un pequeño sistema de irrigación podría y puede ser construido y mantenido por un grupo doméstico determinado.

En caso de las sociedades precoloniales venezolanas tenemos ejemplos importantes de obras de infraestructura relacionadas con el manejo del agua que necesitaban mano de obra colectiva. Los campos elevados de Caño Ventosidad en el estado Barinas, trabajados arqueológicamente por Alberta Zucchi y William Denevan (1979) y los sistemas de terrazas y acequias en la cordillera de Mérida son dos ejemplos de ellos.

Los campos elevados de Caño Ventosidad fueron construidos entre los años 1200 y 1400 después de Cristo. Se trata de unos camellones con elevaciones hasta de un metro de altura, 25 metros de ancho aproximadamente y con una longitud de más de un kilómetro. Según Zucchi y Denevan:

Con toda seguridad las funciones de este sistema fueron múltiples, contándose el drenaje y la conservación de agua entre las más importantes. Una vez que se decidió emprender el cultivo de la sabana, cuyos suelos generalmente son de fertilidad moderada y en donde la alternancia cíclica de exceso y falta de agua constituyen factores limitantes de importancia, se hizo indispensable la aplicación de algún método de drenaje ya sea mediante canales, diques o ambos. Al mismo tiempo, los canales y espacios intermedios de sabana pudieron haber servido para el almacenamiento de agua, lo cual habría permitido extender el periodo de cultivo a lo largo [de] o casi toda la temporada seca (Zucchi y Denevan, 1979: 82).

En el caso de la cordillera de Mérida, la construcción de terrazas como las reportadas para Escagüey y los Maitines en el valle del Chama (Puig, 1989), Mucutirí, Mocheré y Las Cruces en el valle de Acequias (Meneses y Gordones, 2003); la construcción, desde Moconoque hasta Mucuchíes en la parte alta del Chama, de pequeños pozos alineados en las faldas de las montañas para evitar la erosión producida por el agua de las lluvias y permitir su distribución como agua de regadío de manera uniforme a lo largo de las terrazas y a su vez permitir el aprovechamiento inmediato del agua en las terrazas inferiores (Meneses y Gordones, 1995), y la introducción de un sistema de riego relacionado con la construcción, utilización y control político de las acequias o canales de riego como las conseguidas por los españoles en el valle de Acequias (Gordones y Meneses 2005), son evidencias del conocimiento técnico y la organización sociopolítica que tenían estas poblaciones para lograr optimizar el proceso agrícola.

El agua en la cordillera de Mérida: captación, manejo, distribución y control

Tal como lo plantean Mario Sanoja e Irida Vargas en su obra *El agua y el poder: Caracas y la formación del estado colonial caraqueño: 1567-1700* (2002), los pueblos y ciudades no pueden vivir y crecer si no cuentan con suficiente agua. La forma de su propiedad, la manera de captarla, almacenarla y distribuirla, es un problema político, social y por ende histórico.

Para el conquistador europeo de la cordillera de Mérida, el tema del agua y su manejo jugó un papel trascendental para la ocupación y dominación del territorio, tal como lo demuestra el especial interés que se observa en Fray Pedro de Aguado en su primera crónica de Mérida publicada como *Recopilación historial de Venezuela* (1987). Aguado nos comenta que los habitantes del valle de Nuestra Señora:

... por causa de ser su tierra seca de pluvias y no tener a sus tiempos la abundancia de aguas que para sus labores han de menester, enseñados de sabia naturaleza y de su propia necesidad, se dieron desde tiempo de sus mayores a abrir la tierra y hacer por ella muy largas vías y acequias, por donde el agua que muchos arroyos avarientemente llevan, se despenda y reparta entre toda la tierra que ellos cultivan y labran; y en estos han sido tan curiosos que por parte bien ásperas y dificultosas y por peñas duras abrían y hacían estos caminos y

acequias, de suerte que pone admiración el mirar y considerar que gente tan bárbara y que carecen de herramientas y otros ingenios que para semejantes edificios son necesarios tuviesen hechas tantas y tan buenas acequias como tienen, los cuales fueron ocasión de que después los españoles, entrando en este valle y hallándolo y viendo lo que he dicho le llamasen el valle de las Acequias...” (Aguado, 1987: 406).

De igual forma, nos escribe que en la cuenca del Chama los españoles se encontraron con una población que tenía en:

... la puerta o junto de cada bohío una poza grande y bien hecha y honda que los indios recogían el agua que podían para regar sus labranzas y legumbres; porque como esta parte, por causa del mucho calor y sol, sea la tierra muy seca hay gran necesidad de ser socorridas las labores con agua de pie, lo cual hacen fácilmente estos indios por medio de estos estanques o aljibes, y por causa de ellos fue el pueblo llamado de los estanques... (Aguado, 1987: 400).

El control del agua también fue instrumento de lucha en esos primeros días de conquista y colonización europea de la cordillera de Mérida. Según Aguado, a mediados del siglo XVI, cuando la población originaria de Lagunillas enfrentó y resistió a la invasión española encabezada por Juan Rodríguez Xuárez, cortándole el agua en más de una oportunidad. Según Aguado, en Lagunillas, tierra muy cálida de la cordillera, los indios por la noche les quitaban el agua a los españoles para que se fuesen de sus tierras:

... Los indios intentaron diversas veces quitar el agua, quebrando y desbaratando la madre o principio del acequia donde el agua se tomaba del río y encaminaba al pueblo, por la cual mandó que algunas noches se colocaran soldados en lo alto donde los indios solían acudir a quebrar la madre del agua, y que si viniesen los castigasen, lo cual hicieron tan bien... Dieron en ellos y matando algunos lo atravesaron en el río que con sus propios cuerpos muertos hiciesen presa el agua... para con este abominable ejemplo de crueldad poner en terror y castigo en los indios que otra vez acudiesen a desbaratar la madre o guía del agua” (Aguado, 1987: 409-410).

El aprovechamiento y el manejo del agua en la cordillera Andina de Mérida, para el momento de la invasión y conquista europea, se podría describir como un complejo sistema de acequias que involucraba métodos de colección, transferencia, distribución y almacenamiento del vital líquido.

Sin la compleja red de acequias y terrazas construidas por los pueblos originarios de la cordillera merideña, era imposible cultivar en los suelos escarpados de las montañas andinas, cuya capa delgada de humus, por cierto muy pobre en nutrientes, se lava y se erosiona con facilidad con las aguas de las lluvias.

Los visitantes europeos, provenientes del Nuevo Reino de Granada, también describieron este cuadro en la época de la colonia cuando comentan que en Lagunillas:

yendo caminando por el dicho camino real se vio sobre mano izquierda de la otra banda del rio grande que llaman Chama en unas lomas altas del repartimiento de orca... de Francisco de Castro y mas adelante como media legua al parecer se vio otro asiento que dixeron ser de los indios de Mucumpu... y asimismo se vio alli cerca otro asiento que dixeron ser de los indios del repartimiento de Xucacuy... informaron todas la cuales dichas tierras parecieron ser de mucha aspereza y fragosidad y informaron que son secas y que todos husan acequias de agua para regar sus labranzas...2.

El agua y los pueblos de doctrina en la cordillera de Mérida

Después de los enfrentamientos violentos entre indígenas y españoles acontecidos en Lagunillas por el control del agua a mediados del siglo XVI, se produce —muchos años después, para los años de 1619-1620— la visita de Alonso Vásquez de Cisneros a la cordillera Andina de Mérida, donde se pone de manifiesto el valor agregado que tenía el agua y las redes de acequias construidas por los pueblos originarios para la fundación de los llamados *pueblos de doctrina*.

Con la conquista europea a la cordillera de Mérida, se impuso que el dominio y usufructo de las aguas se lo reservaba el Estado metropolitano; en consecuencia, para la utilización de este recurso tan importante para la producción de alimentos se tenía que solicitar un permiso al Cabildo correspondiente, trayendo como resultado inmediato el cambio de la forma de propiedad comunitaria del sistema de regadío construido por los pueblos

originarios a una forma privada de la propiedad usufructuada inicialmente por los encomenderos y posteriormente por los dueños de las haciendas (Ramírez, 2006).

A partir de los estudios de Arthur Maass y Raymond Anderson sobre la agricultura de riego en seis casos, tres de España y tres de Estados Unidos (1978), podemos plantear que más allá del usufructo del Estado metropolitano del agua, seguramente el regadío en la sociedad colonial merideña fue una fuente inevitable de conflictos, y que fue la organización y el control local del recurso agua la única forma resolver dichos conflictos, ya que muy probablemente la centralización remota de la autoridad sobre el agua fue ciertamente en lo práctico ignorada.

Para la fundación de Lagunillas fueron visitados y consultados diversos sitios, tanto a los indígenas como a los encomenderos. Para el año de 1619, el capitán García Barela, encomendero de Estanques y Jají, exponía que en las tierras donde se encontraba el pueblo de los Estanques no se podía fundar ningún pueblo porque: "... es *tierra caliente y seca falta de aguas, así para regar como llovidas...*"³.

Para fundar la población de Lagunillas, los caciques e indígenas del lugar:

... dixeron por la dicha lengua que en el sitio de la iglesia de tibiay de Juan de Carvaxal no ay agua y la tierra es muy seca y pedregosa. Y el sitio de Cases de Antonio de Reynoso esta lejos, y que el sitio de Xamun es bueno para poblarse todos los indios de todos los repartimiento por questa en medio de todos y son buenas tierras en que ay dos acequias de agua que corre siempre...⁴.

Esta situación también se presenta para la fundación de un pueblo de doctrina en el valle de las Acequias. Por mandato de Vázquez de Cisneros, Bermejo de Bailen, juez fundador, tenía la orden de fundar un solo pueblo; sin embargo, por sugerencias hechas por el cura doctrinero del valle de las Acequias, la población aborígen y los encomenderos de fundar dos poblaciones debido a las características del mismo valle y por el valor agregado del agua para el riego de los sembradíos, se fundan dos pueblos.

Según Fray Domingo Méndez:

... como estado el dicho valle de las acequias donde estan los dichos yndios corto estrecho y aspero y de necesidad sean de valor de acequias de agua para los regadios y beneficios de sus tierras y lavores es ynposible que todos ellos juntos se puedan agregar y reducir a un citio. Y assi es mi parecer... Se hagan dos poblaciones la una desta vanda del rio de Nuestra Señora... y la otra segunda poblacion se podra hazer de los demas repartimientos restantes en el sitio y aciento tierras y resguardos de los yndios del repartimiento de Mucuño encomienda de Juan Sanchez Osorio que cae de la otra vanda del dicho sitio nombrado de Nuestra Señora por ser como es el mejor que ay y el mas abundante de tierras fertiles y de agua...⁵.

El caso de San Antonio de Mucuñó

A finales del año 1619 Sebastián Bermejo Bailen se trasladó al sitio de Mucuñó, tierra del encomendero Juan Sánchez de Osorio, para notificar a los encomenderos, curas doctrineros y la población aborígen del valle de las Acequias la intención de fundar los pueblos que posteriormente se conocerán como San Antonio de Mucuñó y Acequias de Mucubach.

Como lo demuestran los documentos de la época, las comunidades aborígenes de la región poseían un complejo hidráulico expresado en una red de acequias recubiertas de lajas que les permitían controlar eficientemente los cursos de las aguas.

En el caso de Mucuñó, para la búsqueda de un sitio con suficiente agua, los españoles e indígenas exploraron la loma de Mochaba. En esta inspección se pudo constatar que:

“...subiendo la loma arriba hasta el camino y paramo de Muquefuque que parecio aber poco tiempo que por ella abia corrido agua y aviendo visto las dos lomas de las dichas dos quebradas de que sale la dicha acequias dixeron los dichos dos yndios no tener agua suficiente ni poder correr mas que en cantidad de un grueso de muñeca de brazo y que quando bien llegase al medio de la dicha loma seria mucho menos... españoles e yndios se baxaron una media ladera abaxo a dar a una nueva cañada questa junto a la quebrada que llaman Mocoto desde qual se divisaron y bieron la media ladera questa baxando de la dicha loma de Mochaba quatro acequias antiguas que al pareser se usaron por los naturales antiguos que ubo en dicho valle y asiento como un estanco en el qual excogia agua para regar las sementeras...⁶.

En la recomendación hecha por el cura doctrinero Fray Domingo Mendez, en torno al sitio del Mucuñó para la fundación del nuevo pueblo, se hacía notar la importancia del agua cuando decía que el lugar era el mejor por lo:

... abundante de tierras fértiles y de agua y leña y temple sano... demás de que ay cinco acequias de agua que cen y pueden correr aderesandolas y reparandolas de llos quales con las tres de ella pueden los naturales mui bastatemente huzando della aprovecharse y tener agua suficiente para sus sementeras y labores y las otras dos si podra quedar al dicho Juan Sanchez de Osorio para su huso y aprovechamiento⁷.

Igualmente, Diego Prieto de Dávila, Juan Félix Ximeno de Borhoquez, Juan Sánchez Osorio, Diego de Ruicabo, Alonso Suárez del Arroyo y Antonio de Gaviria, cuando muestran su conformidad para fundar el nuevo pueblo en el sitio de Mucuñó también ponen de manifiesto la importancia del agua cuando argumentan que:

... dicho sitio mui copioso de tierras y aguas que es la conveniencia mas ymportante en aquel valle por ser tierra toda de regadio y tiene sinco acequias y un estanque las tres de las quales y el dicho estanque es bastante para el dicho pueblo...⁸.

Con las importantes apreciaciones sobre el agua hechas por los futuros habitantes de San Antonio de Mucuñó, el lugar seleccionado en definitiva se ubicó en una mesa:

... llana que llaman Chaquenta que alinda con estancia del dicho Juan Sanchez Osorio y del dicho capitan Diego Prieto Davila corriendo hacia arriba al camino que va a Tostos y los altos del bertientes hacia la quebrada que llaman de Juan Sanchez y Alonso Suarez y que el dicho sitio es muy copioso de tierras y aguas que es la conveniencia mas ymportante en el dicho valle por ser tierra toda de regadio y que tienen cinco acequias y un estanque y que las tres dellas y el dicho estanque es bastante para los yndios de la dicha nueva poblacion y que el dicho sitio della es muy templado y goza de muchos frutos y raizes de que los dichos naturales se sustentan con mucha abundancia y que es muy sano donde han ydo en mucho crecimiento y sera permanente el pueblo nuevo que alli se

fundare según que mas largamente lo refieren en el dicho parecer y memorial jurado y firmado de sus nombres que los dichos encomenderos presentaron ante su merced...⁹.

Esto nos permite tener una idea clara de la compleja red de acequias que existía en las tierras donde se fundaría San Antonio de Mucunó. El agua era tomada de la quebrada de Mucurababa (hoy conocida como Mucusás) en distintos niveles de su recorrido, lo que permitía un mejor manejo y aprovechamiento del agua de dicha quebrada. El agua transportada por estas acequias irrigaba a nivel horizontal distintas cotas del terreno; de igual forma, existían distintos puntos para la distribución del preciado líquido a nivel perpendicular de las mismas.

Otro punto importante de este croquis es la referencia de las acequias que llevaban agua a los aposentos de Juan Sánchez de Osorio, cuestión que nos llevó a realizar la prospección arqueológica más allá del área donde se fundó a San Antonio de Mucunó.

Los datos arqueológicos nos han permitido corroborar la existencia en el campo de esta red de acequias que permitía coleccionar y distribuir el agua en la zona.

Las fuertes lluvias y los movimientos geológicos de la masa suelo derrumbaron las acequias que suministraban el agua a San Antonio de Mucunó, situación que obligó a la mudanza del pueblo en dos oportunidades. La primera mudanza se realizó en el año de 1692, metros más arriba de la primera fundación, y en la segunda oportunidad, en el año de 1848, el pueblo fue trasladado para el sitio de Santa Juana, donde se encuentra la actual población de Acequias (Meneses, 2000).

En la actualidad este pueblo de doctrina del valle de las Acequias se encuentra en ruinas. Las mismas fueron declaradas Patrimonio Histórico de la Nación y se encuentran ubicadas en la cuenca de la quebrada de La Mucusás perteneciente geográficamente al ramal septentrional de la cordillera Andina de Mérida.

La quebrada La Mucusás pertenece a la cuenca del río Negro —o río Nuestra Señora, como lo llamaron los españoles del siglo XVI y XVII—, siendo esta última, quizás, una de las principales cuencas hidrográficas de la Sierra Nevada después de la del río Chama (Informe Final del Proyecto Pluridisciplinario San Antonio de Mucunó, 2000).

Como lo hemos comentado en líneas anteriores, la prospección y las excavaciones arqueológicas que hemos realizado en las ruinas de Mucuñó y sus alrededores nos han permitido evidenciar una compleja red de acequias superficiales y subterráneas y un tanque de almacenamiento de agua¹⁰.

Desde el punto de vista arqueológico podemos decir que las acequias construidas por los pueblos originarios eran enlajadas y constituyeron un legado valioso heredado de los antiguos habitantes de la región. La inferencia arqueológica nos permite afirmar que las acequias fueron reutilizadas como lo sugerían al juez poblador el cura doctrinero, los encomenderos y la población aborígen del valle de las Acequias, tal como quedó registrado en los documentos de la época citados anteriormente.

En el complejo de 1620 la prospección arqueológica nos permitió evidenciar, entre otras cosas, la salida de una acequia subterránea que vertía sus aguas por medio de un empalme de acequia superficial a un tanque de almacenamiento. Por su orientación, esta acequia la podemos relacionar con los puntos de distribución de agua perpendiculares que salían de las acequias principales.

Las acequias subterráneas, a nuestra manera de ver, eran las antiguas acequias superficiales que se reportan en los documentos para la mesa de Chaquentá (cinco en total) y que fueron recubiertas con lajas para poder construir las edificaciones de Mucuñó.

En el devenir del tiempo los habitantes del valle de las Acequias, como lo llamaron los españoles, siguieron construyendo acequias para aprovechar y manejar de manera comunitaria el agua para el consumo humano y el regadío de sus labranzas.

Fuentes consultadas

- Aguado, Fray P. de (1987). Recopilación historial de Venezuela. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Tomo II, N° 63, Caracas.
- Gordones, G. y Meneses L. (2005). Arqueología de la cordillera Andina de Mérida. Timote, chibcha y arawako. Museo Arqueológico-ULA, Ministerio de Cultura/ CONAC, Ediciones Dábanatà, Mérida.
- Gordon Childe, Vere (1978). Los orígenes de la civilización. Fondo de Cultura Económica, México.
- Maass A. y Anderson R. (1978). And the Desert Shall Rejoice: Conflict, Growth, and Justice in Arid Environments. MIT Press, Cambridge.
- Meneses, L. (2000). "La producción del espacio social en un pueblo de doctrina: Caso San Antonio de Mucuñó". En: Fermentum. N° 27, Enero-Abril, GISAC-ULA, Mérida.
- Meneses L. y Gordones, G. (1995). "La organización social y la etnicidad de la sociedad prehispánica alto andina de Mérida". En: Boletín Antropológico, N° 34, Centro de Investigaciones Etnológicas - Museo Arqueológico, Universidad de los Andes, Mérida.
- Puig, A. (1989). "Evidencias geográficas de la agricultura intensiva prehispánica en el valle del Cham". En: Boletín Antropológico, N° 17, Centro de Investigaciones - Museo Arqueológico, ULA, Mérida.
- Ramírez, L. (2006). "El sistema de regadío en una sociedad agraria: el caso de Mérida colonial. En: Procesos Históricos. Revista semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales, N° 9, Mérida, Venezuela.
- Sanoja, M. y Vargas, I. (2002). El agua y el poder: Caracas y la formación del Estado colonial caraqueño: 1567-1700. Banco Central de Venezuela, Caracas.

Salas, J. (1997). Etnografía de Venezuela. (Estados Mérida, Trujillo y Táchira). Los aborígenes de la cordillera de los Andes. Colección de Temas y Autores Merideños. Academia de Mérida, Ediciones del Rectorado - Universidad de los Andes, Mérida.

Wittfogel, K. (2013). "Aspectos del desarrollo de las sociedades hidráulicas" . En: <http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/rap/cont/45/pr/pr4.pdf>

Wittfogel, K. (1974). "Developmental aspects of hydraulic societies" . The rise and fall of civilizations. Modern Archaeological Approaches to ancient cultures, C.C. Lamberg-Karlovsky y Jeremy A. Sabloff (eds.), Cummings Publishing Co., Menlo Park.

Zucchi, A. y Denevan (1979). Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

Ciudades de Venezuela, BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslado. Tomo R. 15-16.

Ciudades de Venezuela, BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslado. Tomo R. 16.

Ciudades de Venezuela, BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslado. Tomo R. 17.

Documentos sobre el pueblo de Mucuñó. Archivo General de la nación. Bogotá, Colombia. Estante 2, Legajo 187, expediente 19.

Informe Final del Proyecto Pluridisciplinario de San Antonio de Mucuñó. Museo Arqueológico de la ULA-IPC. Mérida, 2000.

Leyenda: BNTFC: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

Agradecimiento

A los habitantes del pueblo de Acequias del estado Mérida y a Ramón Elías Ibarra por la valiosa colaboración que nos prestaron en esta investigación.

- 1 Según Childe (1978), las aguas provenientes de las crecientes de los ríos también aportaron nutrientes para la creación de los suelos utilizados con fines agrícolas, resolviéndose de esta manera el problema central del cultivo hortense o migratorio que se realizaba gracias al agotamiento de los suelos utilizados con fines agrícolas.
- 2 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 17: 138-139.
- 3 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 17: 110.
- 4 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 17: 110.
- 5 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 17: 110
- 6 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 15-16 a: 235
- 7 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 15-16 a: 238.
- 8 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 15-16 a: 243.
- 9 BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 16 a: 97.
- 10 Las excavaciones arqueológicas se han hecho en cuatro campañas, dos de las cuales fueron realizadas con la participación de estudiantes y profesores de la Escuela de Antropología de la UCV bajo la modalidad de Escuela de Campo.

ARQUEOLOGÍA DE LA CARACAS COLONIAL Y REPUBLICANA

Luis E. Molina

Fecha de entrega: 30 de septiembre de 2013

Fecha de aceptación: 9 de octubre de 2013

Resumen

Las investigaciones arqueológicas en contextos que corresponden a la Caracas colonial se iniciaron a finales de los años 80 del siglo pasado y, a partir de entonces, se han llevado a cabo excavaciones en distintos sitios correspondientes a edificaciones y áreas de la antigua ciudad, tanto de su núcleo urbano como de su periferia suburbana y rural. Estas intervenciones arqueológicas, en su mayoría realizadas como parte de proyectos de restauración arquitectónica de edificios de valor histórico y patrimonial, han dado como resultado el acopio de un conjunto de información acerca de estructuras y artefactos relacionados con distintos aspectos de la vida caraqueña durante la época colonial, desde los tempranos tiempos de la fundación de la ciudad hasta los primeros años del siglo XIX. En el artículo se presenta una síntesis de estas investigaciones y se señalan algunos puntos críticos relacionados con el contexto institucional en el que fueron realizadas, sus propuestas metodológicas, sus alcances y limitaciones en cuanto a la producción de conocimiento sobre el pasado y las perspectivas para futuros trabajos de arqueología urbana en el ámbito caraqueño.

Palabras clave: Caracas colonial, estructuras, artefactos, arqueología urbana

Abstract

The archaeological research in the context Colonial Caracas began in the late 1980s and, from then on, excavations in different sites corresponding to constructions and areas from the Old City have been carried out, both in its urban nucleus as well as its suburban and rural periphery. The majority of these archaeological interventions were parts of greater projects of architectural restoration in buildings of historical and patrimonial value, which has

produced the gathering of a great amount of information regarding structures and devices associated to different aspects of the Colonial past of the city of Caracas, from the early times of its foundation to the first years of XIX Century. The present article offers a synthesis of these investigations highlighting critical issues regarding their institutional context, methodological proposals, reachings and limitations in the production of knowledge on the past and the perspectives for future works of urban archaeology in the Caracas area.

Keywords: Colonial Caracas, structures, artifacts, urban archeology

Introducción

Si bien son relativamente recientes las investigaciones arqueológicas en lugares que formaron parte de la Caracas colonial —lo que hoy se conoce como el centro histórico— o en áreas que corresponden a los paisajes agrarios que circundaban al núcleo urbano caraqueño, algunos hallazgos fortuitos de objetos, estructuras o restos humanos fueron los primeros indicios de la presencia de vestigios que se podían relacionar con el pasado de la ciudad. Pero es a finales de los años ochenta del siglo pasado cuando en forma paulatina, pero constante, se comienzan a desarrollar proyectos de arqueología en Caracas y en lugares aledaños estrechamente relacionados con la vida caraqueña durante la época colonial y el siglo XIX. Para aquel momento, en Venezuela la actividad restaurativa de monumentos parece haber alcanzado una relativa madurez, que hizo posible superar la restauración “en estilo” heredada del siglo XIX y conformar lo que se ha llamado la restauración “científica”, en la que se otorga importancia a la documentación del monumento antes de su intervención (Molina 2005a: 357-358). Pero además, esta nueva perspectiva para abordar la restauración de las edificaciones incluyó la necesidad de estudiarlas en sí mismas, concibiéndolas como documentos, lo que hizo posible pensar en su “lectura arqueológica” (Molina 2005a: 359-360).

En este trabajo presentamos un compendio de las investigaciones arqueológicas realizadas en Caracas, sus suburbios, caminos y haciendas. Esta síntesis está acompañada de algunas consideraciones sobre el alcance de las investigaciones. Los hallazgos arqueológicos, como veremos, corresponden a distintos momentos históricos, por lo que incluimos datos que van desde los albores de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVI hasta

las postrimerías de la época colonial, añadiendo los que pertenecen a la época republicana, es decir, a partir de la cuarta década y hasta finales del siglo XIX. Para ello hemos realizado una consulta de la mayor parte de los textos producidos en las investigaciones arqueológicas, incluyendo los que existen en la forma de “informes técnicos” , que a veces son de difícil consecución en las instituciones que auspiciaron las investigaciones, razón por la que algunos de ellos no han podido ser incorporados.

Hemos regularizado la identificación de las colecciones de cerámicas importadas y los rangos cronológicos que se le atribuyen, presentados en los trabajos consultados, utilizando la tipología ofrecida por Deagan (1987) y por el Catálogo *Colección Digital de Tipos Cerámicos de la Arqueología Histórica*, del Florida Museum of Natural History¹.

Presentamos la información acopiada en dos partes. La primera, referida a las investigaciones arqueológicas en el espacio correspondiente al núcleo urbano de Caracas. En segundo lugar, los trabajos realizados en lo que fue la periferia de la ciudad colonial, cuyos límites se mantuvieron hasta buena parte del siglo XIX.

La arqueología del núcleo urbano

La primera investigación sistemática realizada en espacios que corresponden a la antigua ciudad de Caracas se hizo en el año 1987, cuando se ejecutaban trabajos de refacción del antiguo convento de San Francisco, que ya para entonces era la sede del Palacio de las Academias. Las excavaciones arqueológicas tuvieron lugar en los patios interiores del antiguo claustro conventual, estuvieron a cargo de Mario Sanoja y permitieron la recuperación de restos de drenajes, pisos de baldosa y materiales arqueológicos muebles (Bencomo 1993: 107). Entre estos últimos se encuentran fragmentos de mayólicas, cerámicas de gres, porcelanas, semiporcelanas, loza común, azulejos, vidrios, metales, botones de hueso, tela (bayeta), huesos, tejas, cañerías de cerámica, ladrillos, baldosas y friso (Bencomo 1993: 109-110).

1 Puede ser consultado en la página http://www.flmnh.ufl.edu/histarch/gallery_types/spanish/about_sp.asp

El análisis de estas evidencias arqueológicas ha llevado a interpretar este contexto arqueológico como parte de un basurero en el límite sur de la Caracas colonial, en cuyas proximidades también habría existido una ranchería con viviendas modestas, indígenas o mestizas (Bencomo 1993: 164). Este basurero se habría formado desde la fundación de la ciudad hasta finales del siglo XVII, cuando se observa una disminución de la cantidad y variedad de los desechos, que se explica por el crecimiento de Caracas en su límite sur (Bencomo 1993: 164-165). Sin descartar la elaboración local de la llamada loza común, se considera que los ejemplares pequeños y decorados fueron fabricados en otros centros coloniales, como La Española, Nueva España (Puebla, Patambán y Pátzcuaro), Panamá y Puerto Rico, mientras que las vasijas de gran tamaño y sin decoración eran de factura local (Bencomo 1993: 165). Estas últimas, mayoritarias en el registro arqueológico, se relacionan con una vajilla de preparación, almacenamiento y transporte de alimentos, mientras que los ejemplares de menor tamaño representarían una vajilla de consumo. Sin embargo, se señala un acceso diferencial a estos artefactos, por lo que los sectores dominantes de la sociedad habrían utilizado, además de loza común, vajillas de loza vidriada y mayólica, mientras que los grupos subalternos habrían usado la loza común y, posiblemente, recipientes fabricados con materiales vegetales, como el fruto de la *Crescentia cujete L., sp.*, conocida localmente como *tapara o totumo* (Bencomo 1993: 167,171)

También a finales de los años 80 del siglo XX se hicieron otros proyectos puntuales en edificaciones de valor histórico que eran intervenidas o para las cuales se diseñaba el proyecto de restauración respectivo, como fueron los trabajos de investigación realizados en el actual Museo Sacro de Caracas, edificación que perteneció al antiguo Seminario de Caracas y en cuya parcela existió el primer cementerio de la ciudad. En las excavaciones realizadas entre 1988 y 1989 en el patio central del Museo Sacro de Caracas se recuperaron restos óseos humanos, correspondientes a veinticinco individuos, que formaban parte de una fosa común en la que los cuerpos fueron enterrados simultáneamente y, en algunos casos, superpuestos total o parcialmente unos sobre otros.

Durante las obras de restauración arquitectónica se halló una calzada de cantos rodados y, contigua a ésta, una acequia de ladrillos, pero también se recolectaron diversos objetos. Entre ellos se encuentra un caño de cerámica para la conducción de agua, de los utilizados con frecuencia en

la Caracas del siglo XVIII, fragmentos de azulejos sevillanos (siglo XVIII), botijas peruleras o jarras de aceite de procedencia española (siglo XVIII), lozas mexicanas de Puebla, de los tipos *Puebla Polícromo* (1650-1725), *Abó Polícromo* (1650-1750), *San Luis Azul sobre Blanco* (1550-1650), *Aranama Polícromo* (1750-1800) y botellas de vidrio de los siglos XIX y XX (Molina 2000: 122-126).

En 1992, a raíz de un intenso movimiento de tierra practicado en la esquina de La Torre, diagonal a la Catedral de Caracas, en un terreno contiguo al edificio de la entonces Gobernación del Distrito Federal, se realizó un trabajo de rescate arqueológico por parte de los antropólogos Carmen Ferris y Rodrigo Navarrete (Ferris y Navarrete 1993). Esta operación de salvamento, a contrapelo de la remoción de tierra que se hacía empleando maquinaria pesada, permitió hacer el relevamiento de una estructura de ladrillos, de base cuadrangular, que pudo haber sido parte de las fundaciones del edificio Washington, demolido en la primera mitad del siglo XX.

Además de esta estructura, los investigadores reportaron la recuperación de distintos restos arqueológicos: materiales de construcción (losetas, ladrillos y argamasa); losas de piso; mosaicos; fragmentos de metal; vidrio, botellas, restos óseos, carbón y cerámica, que incluye mayólica, loza blanca, porcelana, cerámica vidriada y loza criolla o de fabricación local. En los fragmentos cerámicos se identificaron los tipos de mayólica *Ich-tucknee Azul sobre Azul* (1550-1650), *Puebla Polícromo* (1650-1725) y semiporcelana del tipo *Pearlware edged* (1785-1840) (Ferris y Navarrete 1993: 8-11).

Las excavaciones en el antiguo convento de San Francisco antes mencionadas, realizadas en 1987, fueron el inicio de un proyecto de arqueología urbana, emprendido por Mario Sanoja e Iraida Vargas en el marco de su participación como arqueólogos en varios proyectos de restauración de edificaciones en el centro histórico de la ciudad de Caracas, durante la década de los años 90 del siglo XX. Estas investigaciones se realizaron en los siguientes sitios: Teatro Ayacucho (Vargas 1994), plaza San Jacinto (Vargas y Sanoja 1994), Teatro Municipal (Vargas et al. 1998), Escuela de Música José Ángel Lamas (Sanoja et al. 1998) y Cuartel San Carlos (Sanoja y Vargas 1998).

En 1994 se realizaron las excavaciones en el Teatro Municipal, tanto en el interior de la edificación como en sus áreas externas. En dichas excavaciones se localizaron algunas estructuras y se recuperaron diversos materiales arqueológicos, tanto constructivos como relacionados con la vida cotidiana, correspondientes a distintas etapas de ocupación del lugar entre los siglos XVI y XX: ladrillos, lajas de piedra, losetas de piso, restos de friso y mortero, tejas, fragmentos de mosaicos, vigas y listones de madera, clavos, cerámicas, botellas y envases de vidrio, botones de hueso, cuentas de collar o de rosario fabricados en azabache o en vidrio, pedernales para fusiles de chispa, cepillos de dientes, cuchillos, tenedores, huesos de animales y huesos humanos, entre otros (Vargas et al. 1998:25-27).

El análisis cruzado de las evidencias arquitectónicas con los materiales y artefactos permitieron la identificación de varias fases constructivas: 1590-1630, correspondiente a la antigua aldea de San Pablo, periférica al núcleo urbano de Caracas; 1630-1742, cuando aparecen las primeras estructuras relacionadas con el Hospital y la ermita de San Pablo; 1742-1876, cuando se realiza la remodelación y ampliación del conjunto y aparecen estructuras relacionadas con la actividad militar y de defensa (el Reducto San Pablo), pero también parece haber indicios de daños causados por el terremoto de 1812; 1876-1994, lapso que incluye demolición de las estructuras y la construcción, sobre ellas, del actual Teatro Municipal, en las últimas décadas del siglo XIX. Esta última edificación sufrió diversas intervenciones hasta la restauración hecha en 1994, en la que se insertaron las investigaciones arqueológicas que reseñamos (Vargas et al. 1998: 219-236).

La investigación arqueológica en el recinto de la actual Escuela de Música José Ángel Lamas, realizada en 1996 en el marco de la elaboración del proyecto de restauración arquitectónica de la edificación, tuvo como resultado la obtención de un importante conjunto de evidencias para la reconstrucción de la historia de Caracas. Estas evidencias están conformadas por materiales diversos, así como por restos de estructuras y pavimentos. Los materiales arqueológicos más abundantes son la cerámica, metales, vidrios y huesos. En la colección cerámica obtenida se identificó loza común, de los tipos *Pisan slip ware* (1600-1650) y sevillana (siglo XVIII), similar a la reportada para República Dominicana; gres, del tipo *Brown Cologne Stoneware* (1530-1600); loza común vidriada, en la que se incluyen cañerías (siglos XVI-XVIII) similares a las reportadas para República Dominicana, *Melado* (1490-1550), oliveras del tipo *Estilo Temprano* (1500-1570), *Estilo*

Medio (1560-1800) y *Estilo Tardío* (1800-1900); mayólica de los tipos *Puebla Polícromo* (1650-1725), *Delft Polícromo* (1571-1790), *Delft Azul sobre Blanco* (1630-1790), *Ichtuknee Azul sobre Blanco* (1600-1650), *Sevilla Azul sobre Azul* (1550-1630), *Columbia Plain* (1490-1650), mosaicos *Pisano* (1575-presente) y *San Luis Polícromo* (1650-1750); porcelana de los tipos *Pearlware edged* o *Borde de Concha* (1785-1840) y *Sheffield* o *Staffordshire* (siglo XIX); semiporcelanas del siglo XIX (Sanoja et al. 1998: 187-193).

Además de estos objetos, junto a los fabricados en otros materiales, se obtuvo un fechado de 1580±70 d.C. que, junto a los artefactos de posible manufactura indígena y los de procedencia europea, permiten a los autores postular la existencia de un bohío o vivienda indígena que habría estado ubicada en la parte sur de la Escuela Lamas, donde además se habría construido una primera estructura, de horcones y techo de paja, para la ermita con la advocación de San Sebastián. Por otra parte, contiguas al lugar donde habría estado emplazado este bohío se describen evidencias que los autores relacionan con el lugar de fundación de la ciudad y el primer núcleo de la misma. A partir de esta ocupación inicial, se propone una secuencia ocupacional hasta mediados del siglo XIX, que incluye una nueva erección de la ermita de San Sebastián a finales del siglo XVI, ahora con la advocación a San Mauricio, que a su vez habría sido nuevamente erigida hacia 1641 debido a su afectación por movimientos sísmicos y otra vez reedificada en 1750, siendo esta estructura el basamento de la actual iglesia de Santa Capilla (Sanoja et al. 1998: 198-202).

Dentro del proyecto de restauración de un inmueble privado, ubicado entre las esquinas de Veroes y Jesuitas, se realizó en 1996 un programa de excavaciones arqueológicas, a cargo de Luis Guillermo Román. La parcela que ocupa este inmueble, conocido actualmente como Casa de Estudio de la Historia de Venezuela Lorenzo A. Mendoza Quintero, está relacionada con la construcción del Colegio de la Compañía de Jesús en 1761; en la casa funcionó la Renta del Tabaco entre 1793 y 1816; la Casa Real de la Moneda entre 1817 y 1818; fue sede de instituciones educativas hasta mediados del siglo XIX y vivienda privada desde finales de ese siglo. En las excavaciones se recolectó una importante muestra de cerámicas importadas y locales y se hallaron estructuras tanto en uno de los salones de la casa como en su patio posterior. La estructura ubicada en el patio del inmueble ha sido interpretada como una “caja de agua” que surtía de agua a la ciudad en el siglo XVI, formada por un muro de contención fabricado en piedra, de unos 15 m

de largo por 1 o 2 m de alto, ubicado transversalmente a la quebrada de Catuchecao (Sanoja y Vargas 2002: 152-154).

En 1997 tuvo lugar el trabajo de investigación arqueológica en el Pasaje Linares, próximo a la plaza El Venezolano (Vivas 1998), aunque existe un antecedente de prospección en este lugar (Vargas y Sanoja 1994). La investigación de Vivas, desarrollada como parte de una actividad académica, incluyó la revisión de fuentes documentales primarias publicadas y fuentes secundarias. Se pudo identificar un conjunto de estructuras que originalmente formaron parte del convento de San Jacinto, construido en el siglo XVII y demolido en el siglo XIX y que fueron aprovechadas e incorporadas a edificaciones comerciales que se construyeron a finales del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. Entre estas estructuras destaca la llamada “torre”, que cierra el lado sur de la plaza y que parece haber formado parte de la iglesia de San Jacinto, en su ángulo suroeste. Es de destacar que la prospección arqueológica, que incluyó relevamiento de estructuras y realización de algunos pozos de sondeo, estuvo precedida de la formulación de un conjunto de hipótesis acerca de la evolución histórica de la manzana en la que estuvo emplazado el convento de San Jacinto, hipótesis que se basaron en la revisión y organización de las fuentes documentales.

El Cuartel San Carlos, una edificación militar construida en el siglo XVIII en el extremo norte de Caracas, es otro de los sitios donde se han realizado investigaciones arqueológicas en la ciudad. Se realizaron excavaciones en distintos momentos, a finales de los años 90 del siglo pasado (Sanoja y Vargas 1998), en 2005 (Román 2005) y en 2006 (Flores 2007), todas ellas enmarcadas en proyectos de recuperación de la edificación. Por tal razón, presentaremos una síntesis que integra los tres proyectos de investigación. En el primer proyecto ejecutado, coordinado por Mario Sanoja e Iraida Vargas, se conformó un equipo interdisciplinario para abordar el caso de estudio tanto desde una perspectiva arqueológica como desde una aproximación histórica. De esta manera se pudo establecer una detallada secuencia de la construcción, reconstrucciones y cambios del edificio y se localizaron en el subsuelo estructuras relacionadas con la vida cotidiana en el recinto del cuartel. Así, en el extremo norte del cuerpo oeste se halló una estructura abovedada, mientras que en el traspatio se pudo identificar un pavimento de cantos rodados que podría corresponder a la época colonial (Sanoja y Vargas 1998). Por su

parte, el trabajo de Luis Guillermo Román hizo énfasis en la realización de calas en los muros, a fin de obtener una estratigrafía de las capas pictóricas, excavaciones en vanos orientadas a identificar aspectos relacionados con los aspectos constructivos y excavaciones en el patio central, aceras y traspatio. En este último, corroboró la existencia del piso de cantos rodados que había sido reportado en los trabajos de Sanoja y Vargas (Román 2005).

En la campaña de excavación dirigida por Mariana Flores se excavó en forma extensiva el traspatio del cuartel, exponiendo gran parte del pavimento antiguo identificado en las investigaciones precedentes, pero también fue posible recolectar una cantidad importante de materiales arqueológicos y de ubicar estructuras posteriores al pavimento del siglo XVIII, como bases de columnas de concreto, canales de ladrillo, canales de concreto, tuberías de metal, tuberías de concreto, tanquillas, paredes y una estructura de posible función sanitaria que probablemente fue construida en el siglo XX (Flores 2007: 10, 14). Además, durante este proyecto se intervinieron las naves este y oeste de la edificación. En esta última se localizó una estructura abovedada como la que había sido reportada por Sanoja y Vargas para el cuerpo oeste. Dicha estructura fue asociada con actividades sanitarias o con funciones de almacenamiento de agua (Flores 2007: 11-14).

En cuanto a los materiales arqueológicos recuperados, Flores reporta una muestra que supera los 10.000 fragmentos diagnósticos y está compuesta de materiales de los períodos, llamados por la investigadora, *Colonial Tardío* (1768-1829), *Republicano* (1830-1920) y *Moderno-Contemporáneo* (1920-1994) (Flores 2007: 16). Estos materiales corresponden a los siguientes grupos: armamento (balas, fulminantes, piedras de chispa, fragmentos de armas de fuego); atuendo personal (botones, hebillas); aseo personal (botellas de perfumes, peines, lebrillos, bacines); utensilios de cocina y mesa (vasijas, jarras, vasos, copas, platos, tazas, cubiertos, bandejas); bebidas y alimentos (botellas de licores, fragmentos de hueso de vacunos y aves); materiales de construcción (ladrillos, tejas, tuberías, clavos, llaves, bisagras); medicinas (recipientes de gres y vidrio); numismática (monedas de diferentes clases y denominaciones) (Flores 2007: 16).

En 2005 se realizó el Proyecto Integral de Restauración de la Casa Amarilla, en la esquina noroeste de la plaza Bolívar de Caracas, en el que participaron arquitectos, ingenieros, arqueólogos y restauradores de bienes muebles e inmuebles (Vivas, Miller, De Tovar y Mago 2006). En

este proyecto, la investigación arqueológica estuvo acompañada de un importante acopio y análisis de información documental, que incluyó fuentes primarias y secundarias. El uso combinado de fuentes documentales y arqueológicas permitió trazar un itinerario de la edificación que comienza con la construcción de la Cárcel Real a finales del siglo XVII; la construcción de un edificio contiguo, al sur, en la primera mitad del siglo XVIII, que fue sede del Ayuntamiento de la ciudad hasta comienzos del siglo XIX; la integración de ambas edificaciones en un solo conjunto ocupado, sucesivamente durante el siglo XIX y hasta inicios del XX, por el Cuartel de Milicias, el Palacio de Gobierno, el Pabellón de Exteriores y la Residencia Presidencial, hasta su conversión en sede del Ministerio de Relaciones Exteriores desde el siglo pasado.

En lo que concierne específicamente a la investigación arqueológica, se localizaron estructuras y materiales que, vistos junto a la información documental, pueden correlacionarse con los distintos momentos de la vida de la edificación. Entre las evidencias de estructuras más importantes se encuentra una acequia o acueducto, hallada en el subsuelo de uno de los salones de la Casa Amarilla pero que corresponde, de acuerdo a la documentación histórica, con el patio trasero de la antigua Cárcel Real. Esta acequia, de 56 cm de ancho por 50 cm de alto, tiene paredes fabricadas en mampostería de ladrillo, colocadas sobre un pavimento de lajas de piedra y está cerrada con el mismo tipo de material. Además, se pudo comprobar que la acequia “forma parte de una red de acueductos más amplia que aún recibe descargas de origen pluvial, por lo que todavía se encuentra en funcionamiento” (Vivas, Miller, De Tovar y Mago 2006: 15). Por otra parte, en estos espacios se recuperaron restos arqueológicos que confirman su correspondencia con el patio trasero de la Cárcel Real: materiales constructivos (losetas, ladrillos, formaletas, tejas, morteros, lajas); piezas utilitarias culinarias (vasijas, oliveras, platos, budares, ollas, tinajas); piezas de uso personal (aguamaniles, lebrillos o bacinillas, botones, pipas), fragmentos de artefactos metálicos (clavos, remaches y herrajes), y restos óseos y piezas dentales animales (fragmentos de huesos largos, huesos cortos, incisivos y molares) (Vivas, Miller, De Tovar y Mago 2006: 36).

A partir de 1877 la edificación se convirtió en Residencia Presidencial. Entre otras evidencias arqueológicas de esta transformación, desde el punto de vista constructivo, se encuentran dos bañeras, fabricadas en ladrillo y recubiertas de cemento y dispuestas sobre la acequia o acueducto antes

mencionado, que al parecer formaron parte del baño de la Residencia Presidencial. Además, como parte de esta etapa de la ocupación del edificio, se recuperaron materiales constructivos como ladrillos, lajas de piedra, morteros, losas, losetas y formaletas; y artefactos “en gran parte, de uso doméstico habitual como soperas, platos y tazas, en su mayoría de origen europeo (Inglaterra, Holanda y Francia). Se recuperaron varios objetos entre los que se destacan botellas de vidrio verde soplado en molde; lozas de pasta color crema y blanca, con motivos florales pintados a mano o impresos; porcelanas blancas sin decoración y objetos lúdicos (torso de muñeco de porcelana y metras de vidrio)” (Vivas, Miller, De Tovar y Mago 2006: 67).

En 2006, dentro de un proyecto de restauración arquitectónica, se realizaron excavaciones en el interior del Teatro Principal, localizado en la esquina noroeste de la plaza Bolívar, frente a la Casa Amarilla (Vivas 2006). Al igual que en esta última, se hizo un estudio histórico que incluyó el acopio y análisis de fuentes primarias. Sin embargo, debido a la profunda intervención de la parcela para la construcción del Teatro Principal en las primeras décadas del siglo XX, se produjo una importante remoción de sedimentos que significó la alteración del depósito arqueológico conformado desde los momentos iniciales de la ciudad. Por tal razón, sólo se reporta una estructura en el acceso del teatro, en la esquina sureste de la parcela, donde “se relevaron los restos de una estructura edificada que parece corresponder a un canal de drenaje de ladrillo y piedra, reutilizado y modificado en fases posteriores a su construcción original, y algunos restos arqueológicos relacionados en la misma excavación, que suponemos pertenecen a la vida cotidiana de las fases constructivas anteriores de la casa” (Vivas 2006: 62). En forma general, se mencionan entre estos materiales, fragmentos de mayólicas y porcelanas, correspondientes a vajillas utilitarias de uso doméstico, que podrían haber pertenecido a las familias Galindo e Ibarra, quienes ocuparon la vivienda que existió en la parcela entre los siglos XVII y XIX (Vivas 2006: 66).

Molina (2006) realizó un proyecto de investigación arqueológica en el Parque El Calvario, en las vecindades del centro de Caracas. El trabajo arqueológico estuvo precedido de un estudio histórico basado en fuentes primarias y secundarias, tanto textos escritos como materiales cartográficos y fotográficos, consultados en distintos repositorios de Caracas. Los datos arqueológicos, junto a los documentales, permitieron establecer una propuesta preliminar de la secuencia histórica en la ocupación del

sitio. Las excavaciones arqueológicas hicieron posible la recuperación de artefactos de diversas características y antigüedad: materiales de construcción, mayólicas, porcelanas, semiporcelanas, loza criolla o de fabricación local, vidrios y metales, con un amplio rango cronológico que va desde los primeros tiempos de la ciudad en el siglo XVI, hasta el siglo XIX, cuando el área en estudio se constituyó definitivamente en un suburbio caraqueño.

Entre las mayólicas identificadas se encuentran los tipos Yayal Azul/Blanco (1490-1625), San Luis Azul/Blanco (1550-1650), *San Luis Polícromo* (1650-1750), *Puebla Polícromo* (1650-1725), *Abo Polícromo* (1650-1750), *San Agustín Azul/Blanco* (1700-1750), *Puebla Azul/Blanco* (1675-1800) y *Aranama Polícromo* (1750-1800). En las semiporcelanas se identificaron los tipos Pearlware sponged (1770-1830), *Pearlware Transfer Printed* (1784-1840), Gaudy Dutch (1820-1840), *Pearlware edged* (1785-1840), *Annular Ware banded* (1785-1840), *Pearlware hand painted blue and white* (1775-1840), *Pearlware hand painted polychrome late* (1830-1840) y *Whiteware hand painted* (1830-en adelante). También se pudo identificar loza común o “terra cotta” del tipo *Black lead glazed coarse earthenware* (1700-1770).

Según los datos documentales, luego de iniciado el asentamiento hispano de Santiago de León, durante el resto del siglo XVI y hasta la primera mitad del siglo XVIII, no se produjeron asentamientos humanos en el sector de El Calvario, pues el núcleo urbano de Caracas estaba constreñido a los límites impuestos por la quebrada Caroata al oeste y la quebrada Catuche al este. Sin embargo, la información arqueológica obtenida indica la presencia de mayólicas de los siglos XVI y XVII, que podrían estar relacionadas con la existencia de una capilla o ermita en el cerro El Calvario. La presencia de semiporcelanas del siglo XVIII se relacionaría con otra capilla que existió en este sector y el hallazgo de loza criolla o local estaría asociado con los habitantes de los primeros barrios o suburbios pobres que, según las fuentes documentales, comienzan a aparecer hacia la séptima década del siglo XVIII.

La arqueología de la periferia del núcleo urbano

A finales de la década de los 80 del pasado siglo tuvo lugar un proyecto de investigación arqueológica en la hacienda La Floresta, un establecimiento de beneficio de café de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (Molina 1989).

A pesar de que originalmente esta hacienda, como el resto de las del valle caraqueño, estaba fuera del perímetro urbano, hoy en día se encuentra en el área metropolitana de Caracas. En La Floresta, a propósito de los estudios para elaborar el proyecto de restauración arquitectónica de la infraestructura de la antigua hacienda, se llevó a cabo un amplio programa de excavaciones arqueológicas, que permitió la recuperación de información acerca de elementos relacionados con el proceso de beneficio del café, pero también se recolectaron objetos muebles relacionados con la historia de la ocupación del lugar.

En lo que respecta a las estructuras, se identificaron pavimentos y muros que formaban parte del patio de secado de café, la estructura de la trilla para la trituración del grano, la acequia que conducía agua hasta las instalaciones de la hacienda, así como otros pavimentos en áreas internas y externas de la edificación. Los materiales muebles corresponden a fragmentos de elementos constructivos (ladrillos, tejas, clavos), herramientas de metal, cerámica de gres importada, cerámica común de posible fabricación local, vidrio, huesos de animales, granos de café y monedas. En cuanto a la cerámica de gres, se encontraron fragmentos que pueden identificarse como correspondientes a mayólica mexicana del tipo *Puebla Azul sobre Blanco* (1675-1800), en el área de la cocina, asociada a huesos de animales, ceniza y carbón; semiporcelana inglesa, del tipo *Pearlware edged* o *Borde de Concha* (1785-1840), en el área de la cocina y las caballerizas; porcelana inglesa del tipo *Willow Pattern* (ca. 1790), también hallada en el área de la cocina asociada a restos de carbón y huesos de animales (Molina 1989:90-94).

En 1991 se inició un proyecto orientado a la investigación histórica y arqueológica en el llamado Camino de los Españoles, que era el Camino Real que unía a Caracas con el puerto de La Guaira (Amodio et al. 1997). La motivación del proyecto fue la necesidad de obtener un soporte histórico para la valoración patrimonial del antiguo camino. La investigación perseguía el estudio de un problema común a partir de las fuentes documentales y de la cultura material. Junto a un exhaustivo acopio y análisis de documentos en archivos nacionales y extranjeros, la investigación arqueológica incluyó, además del reconocimiento de todo el recorrido del camino, el trabajo en edificaciones asociadas al mismo: Castillo Negro y La Atalaya; posada La Venta; casa Tabacal; hacienda Guayabal y la fortificación El Salto (Amodio et al. 1997:21).

La cerámica recuperada en estos sitios se divide en dos grandes grupos: arcilla cruda, caracterizada por rasgos de tecnología indígena y la cerámica importada, fabricada en Europa o en América, correspondiente al proceso colonial que se inició en el siglo XVI. En el primer grupo se distinguieron cuatro subgrupos, de acuerdo a su tratamiento de superficie y a su posible función. Entre las cerámicas importadas se encuentran la llamada cerámica vidriada, la mayólica y la porcelana. La cerámica vidriada incluye las jarras de aceite u oliveras del tipo *Estilo Medio* (1560-1800); el tipo *Melado* (1490-1550) y el tipo *Lebrillo Verde* (1490-1600). En cuanto la mayólica, se pueden distinguir los tipos *Huejotzingo Azul sobre Blanco* (1700-1850), *Columbia Plain* (1490-1650), *Panamá Polícromo A* (1600-1650), *Fig Spring Polícromo* (1540-1650), *San Luis Polícromo* (1600-1650), *Panamá Polícromo* (1600-1650), *Liguria Azul sobre Azul* (1550-1600), *Isabela Polícromo* (1490-1580), *Ciudad de México Verde sobre Crema* (1540-1775), *Abó Polícromo* (1650-1750) y botellas de gres (Amodio et al. 1997: 55-63). La porcelana más abundante en los sitios estudiados parece ser de origen europeo y se puede distinguir el tipo *Pearlware edged o Borde de Concha* (1785-1840), en tonalidades azul y verde; porcelana de la fábrica *Davenport, Staffordshire*, Gran Bretaña (siglo XIX); porcelanas con motivos florales, con impresión de esponjilla y motivos fitomorfos, con impresión de plantilla y motivos fitomorfos, con impresión por transferencia y tipo Moka; fragmentos de vidrio correspondientes a botellas, frascos u otros artefactos de origen europeo no hispánico (Amodio et al. 1997: 109-119).

A partir de estas evidencias, cuya presencia no es homogénea en los sitios estudiados, se concluye que éstos fueron utilizados, no simultáneamente, durante un amplio rango temporal que abarca los siglos XVIII y XIX. En el sitio La Venta se encuentra el material más temprano que, junto a la documentación escrita, testimonia su ocupación como posada desde la primera mitad del siglo XVIII y posiblemente desde el siglo XVII, ocupación que se prolonga hasta el siglo XX. En el caso de Tabacal, si bien fue utilizado como lugar de habitación desde el siglo XIX, los materiales arqueológicos indican que probablemente su ocupación se inicia a finales del siglo XVIII, cuando también pudo tener el uso de posada. La hacienda Guayabal, por su parte, fue la de más tardía ocupación, en el siglo XIX, y su utilización como sitio de habitación se ha prolongado hasta el presente (Amodio et al. 1997: 143-144). En este proceso de ocupación de los sitios estudiados, los autores destacan la relación con el empedrado del camino, en la segunda mitad del

siglo XVIII: “la presencia comparativamente abundante de materiales atribuibles a la segunda mitad del siglo XVIII y primera del siglo XIX manifiestan la transformación ocupacional del camino registrada después de los trabajos de empedrado, particularmente los realizados a comienzos del XIX. Es con este que se da verdaderamente inicio a la ocupación productiva y habitacional de la serranía del Ávila” (Amodio et al. 1997: 145).

Entre 1993 y 1994 se desarrolló un programa de excavaciones en el antiguo ingenio azucarero Montalbán, en el suroeste del valle de Caracas (Molina 2005b). Este trabajo tuvo por objetivo hacer una propuesta de valoración, desde la perspectiva de la historia y de la arqueología, del patrimonio cultural representado en los restos de una infraestructura en la que se elaboraban los derivados de la caña de azúcar en el valle de Caracas desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. La producción azucarera fue expresión de una forma de ocupación e intervención humana del espacio geográfico, que durante la época colonial y hasta bien entrado el siglo XX tuvo vigencia notable en lo que concierne a la definición de los paisajes humanizados del valle de Caracas.

La reconstrucción del itinerario histórico del ingenio Montalbán se realizó a partir de fuentes documentales, obtenidas en diversos archivos históricos de Caracas; de fuentes hemerográficas, recopiladas mediante la revisión de la prensa del siglo XIX y de comienzos del siglo XX y de fuentes arqueológicas, recolectadas mediante excavaciones sistemáticas, exploraciones de superficie y ordenación de rasgos arqueológicos en las edificaciones en estudio. Estos datos documentales y arqueológicos se organizaron y relacionaron a partir del establecimiento del ámbito económico y tecnológico en el que se inscriben las antiguas unidades de producción de derivados de la caña de azúcar de la Venezuela colonial y republicana. Tal aproximación permitió establecer un conjunto de “esquemas tecnológicos” que tuvieron vigencia en determinados períodos históricos, lo que hizo posible una correcta evaluación de la información proveniente de las fuentes escritas y de las intervenciones arqueológicas.

Ya en fecha más reciente, dos investigaciones realizadas al este del valle de Caracas, dan cuenta de las transformaciones introducidas en el paisaje por la producción cafetalera (Carballo 2002, González 2007). Ambas investigaciones, utilizando datos arqueológicos, fuentes documentales secundarias y testimonios orales, se ocupan del sector conocido como Galindo, en la vertiente sur de la montaña del Ávila. Carballo (2007)

estudió los cambios ocurridos en los sistemas de asentamiento del sector Galindo, desde la época prehispánica hasta el siglo XIX. Así, además de las ocupaciones prehispánicas, distingue dos períodos: el anterior a 1850, cuando se conforma la hacienda La Urbina y otras pequeñas propiedades relacionadas con ésta, y el período que corresponde a la segunda mitad del siglo XIX, cuando se produce el auge cafetalero y el sector Galindo se constituye en un pivote económico, que hace posible la aparición de caseríos que se integran al *hinterland* caraqueño. La evidencia arqueológica corresponde a estructuras relacionadas con antiguos caminos, acequias, carreteras, senderos, haciendas, corrales, estanques y terrazas (Carballo 2007: 91-93). Asociados a estas estructuras y sitios se recolectaron fragmentos de semiporcelana de los tipos *Pearlware Sponged or Spattered* (1770-1830), *Pearlware Transfer Pined* (1784-1840), *Pearlware edged o Borde de Concha* (1785-1840), *Annular Ware Banded* (1785-1840), *Gaudy Dutch* (1820-1840), *Whiteware Plain* (1830 en adelante), vidrio semindustrial (anterior a 1850) y vidrio industrial (posterior a 1850).

Por su parte, González (2007) plantea que el conjunto de estructuras conocidas como “Ruinas de Mezziatti” fue un lugar de procesamiento de café desde finales del siglo XVIII y con mayor importancia durante el siglo XIX, aun cuando el inicio de la ocupación del sitio tuvo lugar desde la segunda mitad del siglo XVIII. Estas estructuras, destinadas al procesamiento de café corresponden a diques de contención, bases de maquinaria, terrazas, terraplenes, escaleras, pisos, bases de poste, paredes, muros, patios, tanques, columnas, canales de riego, entre otros (González 2007: 42-50). Los artefactos arqueológicos asociados a la estructuras son de varias clases: metales de distintos tipos; vidrios (botellas, vasos, tubos de ensayo y pipetas), de fabricación artesanal, semiindustrial e industrial; semiporcelana de los tipos *Creamware Transfer Printed* (1770-1815), *Pearlware Transfer Pined* (1784-1840), *Annular Ware Banded* (1785-1840), *Pearlware edged o Borde de Concha* (1785-1840), *Annular Ware Mocha* (1795-1895), *Gaudy Dutch* (1820-1840), *White Ware* (1830 en adelante); gres, del tipo *Stoneware Bristol Glaze Ginger Beer Bottle* (1835-1900) y cerámica “terracota” (González 2007: 53-62).

Otro trabajo reciente, realizado en un contexto arqueológico, que corresponde al antiguo paisaje agrario del valle de Caracas, fue el de Freisy González en la Quinta Anauco (González 2010). Como resultado de una investigación en la que se combinan datos arqueológicos con fuentes

documentales y biblio-hemerográficas, se discute la relevancia que tuvieron las vajillas y utensilios de mesa y los banquetes como sistemas festivos.

Conclusiones

Luego de esta síntesis de las investigaciones arqueológicas realizadas en el núcleo urbano de Caracas y su entorno, podemos hacer algunas consideraciones acerca del contexto institucional en el que fueron realizadas, sus propuestas metodológicas, sus alcances y limitaciones en cuanto a la producción de conocimiento sobre el pasado y las perspectivas para futuros trabajos de arqueología urbana en el ámbito caraqueño.

En cuanto al primero de los aspectos mencionados, el marco institucional de su realización, destaca que han sido los proyectos de restauración arquitectónica los que han cobijado a las investigaciones arqueológicas, con la excepción de pocos casos como los estudios del Camino Real Caracas-La Guaira y del ingenio Montalbán, motivados en la necesidad de valorar los conjuntos y edificaciones, independientemente de que existiera el propósito de someterlos a intervenciones restaurativas. Por otra parte, si bien los dos tipos de proyectos han sido auspiciados generalmente por instituciones públicas, de competencia nacional o local, no han ocurrido experiencias donde la investigación arqueológica se lleve a cabo a propósito de proyectos del Estado venezolano que no sean las restauraciones y valoraciones de monumentos o conjuntos. Es decir, no se han promovido investigaciones dentro de las grandes obras de infraestructura en la ciudad o su periferia, que impactan de manera más importante el subsuelo y por tanto a los contextos arqueológicos que pudieran existir.

Otro aspecto a destacar es la importancia que se le ha dado, dentro de estos proyectos de investigación arqueológica, a la investigación documental. Cuando se comparan los primeros estudios de los años ochenta del siglo XX con los de las dos décadas siguientes, se observa cómo en forma progresiva se ha abordado el acopio y análisis de los datos documentales a fin de contrastarlos con los datos arqueológicos. Ha habido una mayor preocupación por el trabajo en archivos y repositorios, de manera de no limitar la información a la que proporcionan las fuentes secundarias o las fuentes primarias publicadas. Sin embargo, ha sido muy poco frecuente la discusión, de tipo metodológico, acerca del uso

combinado de los datos provenientes de las fuentes documentales y los obtenidos mediante métodos y técnicas arqueológicos. Tal vez una de las excepciones es la investigación en el Camino Real de Caracas a La Guaira (Amodio et al. 1997: 15-17).

También desde el punto de vista metodológico se observa una creciente preocupación por la identificación de los materiales arqueológicos de las épocas colonial y republicana. En lo que concierne a la cerámica importada, se ha procurado regularizar la denominación de las tipologías de los artefactos, lo que permite su comparación con los obtenidos en otros sitios arqueológicos, tanto en Venezuela como en otros países, además de una mejor estimación de los rangos cronológicos de fabricación de dichos artefactos. En cuanto a la cerámica “criolla” o de fabricación local, algunos trabajos incluyen una clasificación y descripción de las colecciones (Bencomo 1993; Vargas et al. 1998), pero ha predominado su agrupación genérica, que no permite distinguir su posible procedencia de distintos artesanos o talleres.

Los primeros trabajos de arqueología llevados a cabo en Caracas fueron investigaciones aisladas, hechas al calor de los proyectos de intervención restaurativa de los edificios. Sin embargo, algunas de estas investigaciones se articularon en programas más amplios con una intención explicativa acerca del pasado colonial y republicano de la ciudad. En esa perspectiva destaca el Proyecto de Arqueología Urbana dirigido por Mario Sanoja e Iraida Vargas, que logró ensamblar, en un solo programa de investigación, varios estudios singulares en edificaciones del núcleo urbano de la ciudad. Otras investigaciones, si bien no tuvieron el alcance del mencionado proyecto, se posicionaron en una perspectiva amplia que superaba los límites de los estudios de caso. Sin embargo, a la par de esta perspectiva que podríamos llamar regional, se han seguido realizando trabajos aislados que solo adquieren valor explicativo cuando se les coloca en el marco más general del estudio de la ciudad antigua.

De acuerdo a estas consideraciones, la investigación arqueológica de la Caracas colonial y republicana tiene un camino recorrido, con logros y limitaciones metodológicas, con experiencias de oportunidades institucionales y de financiamiento, pero en todo caso ha dado señales de tener potencialidades para ofrecer tanto una perspectiva amplia desde el punto de vista temporal, como interpretaciones acerca de aspectos cotidianos de la vida de la ciudad en el pasado.

Fuentes consultadas

- Amodio, E., R. Navarrete y A. C. Rodríguez (1997). *El Camino de los Españoles. Aproximaciones históricas y arqueológicas al Camino Real Caracas-La Guaira en la época colonial*. Instituto del Patrimonio Cultural. Caracas. Venezuela
- Bencomo, C. (1993). Clases sociales en la colonia. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.
- Carballo, Anibal (2007). *Cambios en los sistemas de asentamiento del sector Galindo en el Parque Nacional El Ávila, Caracas*. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.
- Deagan, K. (1987). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean. 1500-1800*. Smithsonian Institution Press. Washington, D.C. USA.
- Ferris C. y R. Navarrete (1993). *Informe Excavaciones arqueológicas, esquina La Torre, plaza Bolívar, Caracas, Distrito Federal*. Consejo Nacional de la Cultura. Caracas. Venezuela.
- Flores, M. (2007). Cuartel San Carlos. Yacimiento veterano. *Memorias* 4(7): 6-31.
- González, Freisy (2010). *Entre platos, botellas y banquetes. Aproximación histórico-arqueológica a los banquetes y el ajuar cerámico de la Quinta Anauco durante el siglo XIX (1826-1883)*. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.

- González, Sindy (2007). *Ruinas de Meztiatti. Análisis intra e inter sitio de un área cafetalera en el sector de Galindo en el Parque Nacional El Ávila*, Caracas. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.
- Molina, L. (1989). Exploraciones Arqueológicas. En: *Estudio Preliminar para el Proyecto de Restauración de la Hacienda La Floresta*, J.A, Romero (coordinador), pp. 68-97. FUNRECO. Caracas. Venezuela.
- (2000). Arqueología en el Museo Sacro de Caracas. En: *Museo Sacro. Testimonio de Arte y de Fe*, C. Maldonado B. (coordinador), pp. 121-127. ExxonMobil de Venezuela, S.A. Caracas. Venezuela.
- (2005a). Arqueología y Restauración de Monumentos Históricos. *Boletín Antropológico* 23(65):349-375.
- (2005b). Historia y Arqueología de un Antiguo Ingenio Azucarero del Valle de Caracas. *Anales del Museo de América* 13:199-224.
- (2006). *Núcleo de Desarrollo Endógeno Eje Turístico El Calvario. Propuesta de Estudio Histórico Arqueológico. Informe Final*. Instituto del Patrimonio Cultural. Caracas. Venezuela.
- Román, L. (2005). *Informe Arqueología en el Cuartel San Carlos (Campaña II). Investigaciones arqueológicas, reconocimiento y registro de materiales arqueológicos muebles o inmuebles en pavimentos y muros para el análisis y comprensión de la evolución histórica-arquitectónica de la edificación Cuartel San Carlos - Distrito Capital*. Instituto de Patrimonio Cultural. Caracas. Venezuela.
- Sanoja, M. e I. Vargas (1998). *Cuartel San Carlos. Contribución al estudio de la arqueología de Caracas*. Instituto del Patrimonio Cultural. Caracas, Venezuela.
- (2002): *El agua y el poder: Caracas y la formación del Estado colonial caraqueño. 1567-1700*. Banco Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.

- Sanoja, M., I. Vargas, G. Alvarado y M. Montilla (1998). *Arqueología de Caracas. Escuela de Música José Ángel Lamas*. Academia Nacional de la Historia. Caracas. Venezuela.
- Vargas, I. (1994). *Informe técnico sobre las excavaciones en el Teatro Ayacucho*. Fundapatrimonio. Caracas. Venezuela.
- Vargas, I. y M. Sanoja (1994). *Informe sobre prospección arqueológica realizada en la plaza San Jacinto*. Fundapatrimonio. Caracas. Venezuela.
- Vargas, I., M. Sanoja, G. Alvarado y M. Montilla (1998). *Arqueología de Caracas. San Pablo. Teatro Municipal*. Academia Nacional de la Historia. Caracas. Venezuela.
- Vivas, V. (1998). *La producción del espacio social en la cuadra de San Jacinto. Transición entre el modo de vida colonial y el modo de vida nacional*. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.
- (2006). *Exploraciones arqueológicas e investigación histórica Teatro Principal. Tercer Informe*. Instituto Metropolitano del Patrimonio Cultural. Caracas. Venezuela.
- Vivas, V., M. Miller, F. de Tovar y M. Mago (2006). *De cárcel a Cancillería. Arte y arquitectura de la Casa Amarilla*. Ministerio de Relaciones Exteriores. Caracas. Venezuela.



**ARQUEOLOGÍA DEL CAPITALISMO:
EL PROCESO URBANO ORIGINARIO EN LAS PROVINCIAS
DE CARACAS, MARACAIBO Y GUAYANA, SIGLOS XVI AL XIX.
EL MODO DE VIDA COLONIAL VENEZOLANO**

*Mario Sanoja O.
Iraida Vargas*

Fecha de entrega: 10 de febrero de 2014
Fecha de aceptación: 02 de abril de 2014

Resumen

El presente trabajo resume los resultados de nuestro proyecto de investigación Arqueología Urbana de Caracas, auspiciado por la Academia Nacional de la Historia y el Instituto de Patrimonio Cultural (1993-2000), el Proyecto Arqueológico de Arqueología de Rescate (1993-1999) de la Presa Macagua II, auspiciado por la Corporación Venezolana de Guayana - Electricidad del Caroní (EDELCA), del Proyecto Guayana auspiciado por la National Geographic Society y el Proyecto Docente de Arqueología Urbana de Maracaibo (2004), parte de nuestra actividad docente en el posgrado en Historia de la Universidad del Zulia, Venezuela. El objetivo es analizar, desde el punto de vista de la arqueología social, la diversidad cultural e histórica que caracterizó el urbanismo temprano en Caracas, Santo Tomé y Maracaibo, y su relación con las regiones geohistóricas precolombinas como consecuencia de la inserción del capitalismo mercantil en Venezuela.

Palabras clave: Arqueología urbana, geohistoria, capitalismo, Caracas, Maracaibo, Santo Tomé, Venezuela.

Abstract

The present paper resumes the results of our Project on Urban Archeology, sponsored by the National Academy of History of Venezuela, the National Institute of Cultural Patrimony (1993-2000), the Rescue Archeology Archeological Project at the Hydroelectric dam Macagua II and the Castillos de Guayana Archeological Project (1993-2000), and the Maracaibo Project of

Urban Archeology, Ph.D course in History at the University of Zulia. We also had the support of the Council of Scientific and Technological Development of the Universidad Central de Venezuela, the National Geographic Society (*grant 4559-91*) and the technical collaboration of the U.S. Forest Service for the use of remote sensors. The paper intends to analyze—from the stand point of the Social Archeology—the cultural and historical diversity of the early urban process in Caracas, Santo Tomé and Maracaibo and its relationship with the prehispanic precolumbian geohistorical region, as a result of its inception in the world system of mercantile capitalism.

Keywords: Urban archeology, capitalism, Caracas, Maracaibo, Santo Tomé, Venezuela.

El modo de vida capitalista colonial venezolano

La arqueología social es un campo de estudio que toca tanto a la historia de la cultura como a la historia social. Representa también una especie de historia de la cotidianidad, capaz de recuperar la microhistoria de un pueblo determinado; ello abre la vía para conocer y establecer los íntimos vínculos que relacionan dicha microhistoria con la macrohistoria y a ambas con la existencia concreta de dicho pueblo. Lo anterior adquiere mayor relevancia cuando hacemos la arqueología del capitalismo en Venezuela, ya que toca directamente a la historiografía que explica el surgimiento y el desarrollo de la nación como medio para justificar la existencia del bloque hegemónico representado en la oligarquía venezolana.

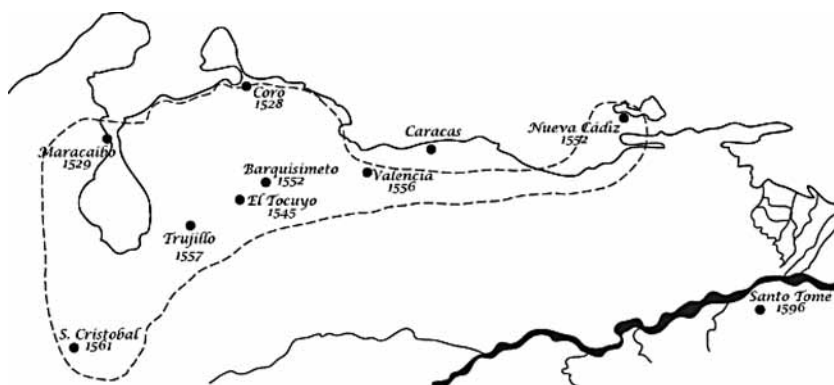
Al estudiar los procesos urbanos capitalistas originarios de Venezuela desde la óptica de la arqueología social, es obligado confrontar la posición teórica de la historia oficial, sus mitos, fabulaciones y omisiones que nacen de la interpretación de determinados documentos históricos como únicos criterios de autoridad. En el caso presente, escogimos discutir los procesos urbanos de Caracas, Maracaibo y Santo Tomé de Guayana con base en los proyectos regionales de investigación arqueológica que, con mayor o menor profundidad, pudimos llevar a cabo en las mismas. Como resultado estamos en capacidad de ofrecer, sin pretensiones, una interpretación causal alternativa de las condiciones sociohistóricas que parecen haber determinado el ritmo de nuestro proceso de independencia política en el siglo XIX y, en cierta medida, la formación en nuestro país de la sociedad de clases en el contexto del capitalismo mercantil o simplemente mercantilismo de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX.

La sociedad colonial en Venezuela, puede visualizarse como integrada por un variado conjunto de modos y submodos de vida. *Consideramos como modo de vida colonial venezolano a la expresión, como particularización de la totalidad de la formación social capitalista, del proceso que inicia a partir de la conquista europea y que constituye una línea de desarrollo particular de dicha sociedad* (Vargas Arenas 1998: 673; Vargas Arenas y Sanoja 2013: 31-48). La vida social se expresa en la realidad como diversos y particulares modos de existencia que responden en lo concreto con la red de actividades que reflejan la organización social, la producción material y la conciencia, así como los condicionamientos del grado de desarrollo de las fuerzas productivas y unas relaciones sociales que las califican. Según Marx y Engels (1982:39) un determinado modo de producción lleva aparejado un modo de cooperación, el cual es a su vez una fuerza productiva. La producción es posible gracias a la cooperación, la cual se da en torno a procesos de trabajo concretos que implican diversas actividades sociales. Entendemos, pues, como submodo de vida aquel nivel de particularidad que alude a la base material en tanto que los modos de trabajar dentro de un modo de vida o de existencia, es decir, de los diversos procesos de trabajo concreto y las innumerables actividades sociales que los hacen posibles, donde destaca la planificación de dichas tareas. Todo proceso de trabajo crea condiciones materiales para la producción y reproducción de la vida social y supone formas específicas de relación entre los individuos y cierta división del trabajo que manifiestan particularizaciones de la totalidad (Vargas Arenas y Sanoja 2013).

Para entender la génesis de la formación social clasista en Venezuela y las particularidades de ese proceso expresadas en un modo de vida colonial venezolano, es preciso tomar en cuenta las condiciones sociales bajo las cuales aquel se produjo, particularmente las características de las sociedades originarias que habitaban el territorio en el siglo XVI y las de la sociedad española para la misma época (Vargas Arenas 1998: 674). Ambas condicionaron la particularización de un proceso general que comprendió toda Nuestra América. Esos factores son, como exponen Marx y Engels (1982: 45), los “hombros” sobre los cuales descansa la nueva sociedad que surge en Venezuela, forzada a incorporarse como forma capitalista dependiente dentro del sistema capitalista mundial.

En el siglo XVI, la Corona española comenzó a dar a los colonos europeos el derecho de explotar las tierras y enfeudar a los indígenas, pero sin otorgarles la propiedad de los mismos. Por otra parte, a las misiones católicas se les asignó la tarea de inducir una nueva ideología laboral y una nueva praxis de trabajo a través de la evangelización, reducción y reorganización de la población nativa, para convertirla en una fuerza de trabajo dispuesta a aprender y manejar las nuevas destrezas técnicas y hacerla capaz de producir dentro del sistema capitalista mercantil. Las misiones allanaron el camino para la colonización y apropiación de las tierras y la fuerza de trabajo indígena, seguidas más tarde por empresas privadas que absorbieron la fuerza de trabajo nativa y se apropiaron de aquellas tierras para las explotaciones agropecuarias (Sanoja y Vargas Arenas 1992:251-258).

Hasta mediados del siglo XVI, los nuevos enclaves urbanos venezolanos eran como una periferia sin centro, ya que el valle de los Caracas permaneció hasta 1567 bajo el control de las etnias caribes del litoral centro-oriental de Venezuela. Por tal razón, la fundación de la ciudad-puerto de Caracas, no fue una acción voluntarista de Diego de Losada sino una decisión motivada por la necesidad de modificar la desarticulación y la dispersión que existía entre los incipientes centros urbanos de la Gobernación de Venezuela que servían de soporte a la administración colonial por la falta de una ciudad-puerto que pudiese ser defendida del acoso de los navíos ingleses y franceses, lo cual complicaba las relaciones comerciales. La Real Hacienda se veía perjudicada por el comercio ilegal de las poblaciones costeras con los aventureros ingleses y franceses, en buena parte por la falta de dicha ciudad-puerto donde funcionasen de manera centralizada los poderes públicos (Arcila Farías 1983:40-43).



De la misma manera, la fundación de Santo Tomé de Guayana en el Bajo Orinoco fue parte de una acción diseñada para contener la penetración inglesa, holandesa y francesa en la cuenca del Orinoco, aunque terminó como un puesto para el comercio “tolerado” con comerciantes españoles, holandeses e ingleses (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 113-124). Otras ciudades, como Maracaibo, por el contrario, parecen haber nacido como un puesto para el intercambio comercial “tolerado” entre las poblaciones originarias, los criollos y peninsulares y los comerciantes holandeses e ingleses del Caribe (Sanoja 1988: 98-100).

Durante la primera parte del siglo XVII comenzó a consolidarse en Venezuela la estructura de los centros urbanos, pasando en muchos casos de aldeas rudimentarias a verdaderas ciudades. A comienzos del siglo XVIII, la expansión del capitalismo financiero e industrial en Europa determinó también drásticos cambios en el estatus sociopolítico y económico de las provincias coloniales del territorio venezolano: las llamadas reformas de Carlos III. Fue abolido el viejo sistema de encomiendas y la tierra fue dada en propiedad a los europeos o a los criollos. Las provincias costeras y andinas se dedicaron principalmente a la explotación de bienes agropecuarios, dentro de un modelo de gerencia privada. Otras provincias, como la de Guayana, adoptaron el modelo de gerencia corporativa de las misiones capuchinas catalanas, basado en un sistema que combinaba la producción y exportación de bienes artesanales y agropecuarios.

Fig. 1. 1558. Venezuela: una periferia colonial sin centro.

Dentro de este modo de vida colonial, la fundación de ciudades como Caracas y Maracaibo, así como de sus redes periféricas de espacios urbanos, se ubica históricamente, en lo que hemos definido como los submodos de vida coloniales 1 y 2 (Fig. 2; ver también Vargas Arenas 1998: 681; Vargas Arenas y Sanoja 2013: 31-48;). El submodo de vida 1 tipifica a la sociedad colonial en lo que se refiere a la existencia de una rama de la producción agrícola monocultivadora basada en la plantación como unidad de producción. Éste fue un modelo de gerencia privada que utilizaba predominantemente mano de obra esclava, cuyas unidades de producción más características se concentraban en los feraces valles de la costa centro-norte y de la macrocuenca del lago de Valencia. La principal producción era de cacao, café, caña de azúcar, melazas y añil, que se exportaban hacia España y fundamentalmente hacia Veracruz (México), aunque también proveían el consumo interno de las otras provincias.



Fig. 2. Los submodos de vida coloniales y la fundación de las ciudades: Maracaibo, Caracas y Santo Tomé de Guayana.

Las burguesías coloniales de Caracas y Maracaibo también obtenían grandes ganancias con el submodo de vida 2, el cual representa una forma de producción específica, altamente especializada en la cría y el pastoreo de ganado con una localización geográfica definida: los llanos de Venezuela y las sabanas del noroeste del lago de Maracaibo. Las unidades de producción estaban integradas por los ranchos o hatos ganaderos, los cuales conformaban vastos latifundios. Las relaciones de producción eran de tipo servil entre la clase integrada por las burguesías agrarias locales, que poseían el monopolio de la tierra y los rebaños, y la clase de trabajadores del campo, indígenas reducidos y esclavos afrovenezolanos.

En el caso específico de Maracaibo (Fig. 6), se originó una forma pastoril particularmente vinculada a la etnia *wayúu*, aunque dependiente de los circuitos comerciales criollos y europeos caribeños, que podría ubicarse dentro de lo que hemos calificado como submodo de vida 5 (Vargas Arenas 1998: 683). Dicho submodo permite entender las formas económicas específicas que se dieron en las áreas territoriales marginales al proceso de estabilización del Estado nacional, donde habitaban y todavía habitan grupos indígenas originarios cuyas formas socioeconómicas se vinculan al proceso productivo nacional. Como contraparte, en ambos casos se practicó durante la colonia la importación legal o “tolerada” de loza doméstica mexicana, holandesa e inglesa, bebidas alcohólicas, alimentos en general, aceite, telas, prendas de vestir, cera, armas y otras materias primas.

Desde el punto de vista del proceso urbano, el modelo de plantación de la costa y la región centrooccidental de Venezuela permitió la *conurbación* de Caracas y Maracaibo con muchas otras aldeas y ciudades de sus regiones, las cuales llegaron a constituir como una suerte de economías mundo en concordancia con el sistema provincial colonial. De la misma manera el submodo de vida 4 que caracterizó a las misiones capuchinas catalanas desde 1720 conformó otra economía mundo vinculada económicamente con Cataluña, Holanda e Inglaterra (Vargas Arenas 1998: 682-83; Sanoja y Vargas Arenas: 2005). Ésta, a diferencia de los submodos de vida 1 y 2, se fundaba en el desarrollo de cinco ramas principales de la producción: la agricultura comercial, la ganadería comercial, la minería del hierro y del oro, la producción semiindustrial de bienes materiales y la exportación de materias primas. Ello tiene importancia para comprender las causas del enfrentamiento de la provincia de Caracas y sus aliadas, con las provincias de Guayana y Maracaibo durante la guerra de Independencia.

Primer estudio de caso: la fundación de Caracas

Según nuestras investigaciones arqueológicas (Sanoja y Vargas Arenas 2002), el conquistador Diego de Losada plantó sus cuarteles en una aldea indígena localizada en la parte más alta de la terraza fluvia (Fig. 4: 16), desde la cual tenía un ángulo de visión de 150° sobre todo el valle, espacio que corresponde aproximadamente a la manzana delimitada por el eje actual de las esquinas de Carmelitas, Santa Capilla y Veroes (Sanoja *et alii* 2002: Figs. 3 y 7).

Según la historia documental, Caracas fue fundada en 1567. Antes de nuestras investigaciones arqueológicas (Sanoja *et alii* 1998; Vargas Arenas *et alii* 1998; Sanoja y Vargas Arenas; 2002), la única evidencia tangible que se había considerado para demostrar tal evento histórico era el denominado *Plano de Juan de Pimentel*, datado en 1578, once años después de haber sido declarada su fundación por Diego de Losada. Dicho plano, de acuerdo con Gasparini (1991: 219), "...define la idea de la ciudad en cuadrícula..." (Fig. 3) según la historia documental. La fecha de elaboración y presentación de dicho plano coincidiría, según los resultados de nuestro Proyecto de Arqueología Caracas, con una fecha calibrada de C14 de 1580 d.C., correspondiente con la transformación de la primera aldea o campamento de Losada en una especie de castro de planta rectangular cuyas viviendas se organizaban en torno a una plaza central. De acuerdo con la datación absoluta que arroja la fecha calibrada de C14 Beta-95015, Caracas fue fundada sobre la terraza alta del río Guaire, que atraviesa de oeste a este el valle del mismo nombre, en un intervalo temporal enmarcado por las fechas calibradas de 1556-1557 y 1595 d.C.

Plano completo del Gobernador Juan de Pimentel (1578). Se trata de un plano biproportional: la ciudad de Caracas y sus quebradas está representada con una proporción local. En cambio, la proporción geográfica de la costa, abarca desde Tucacas (a la izquierda) hasta Maracaypana (a la derecha) en el actual estado Sucre. Ahí es donde “acava esta Gobernación de Venezuela.”

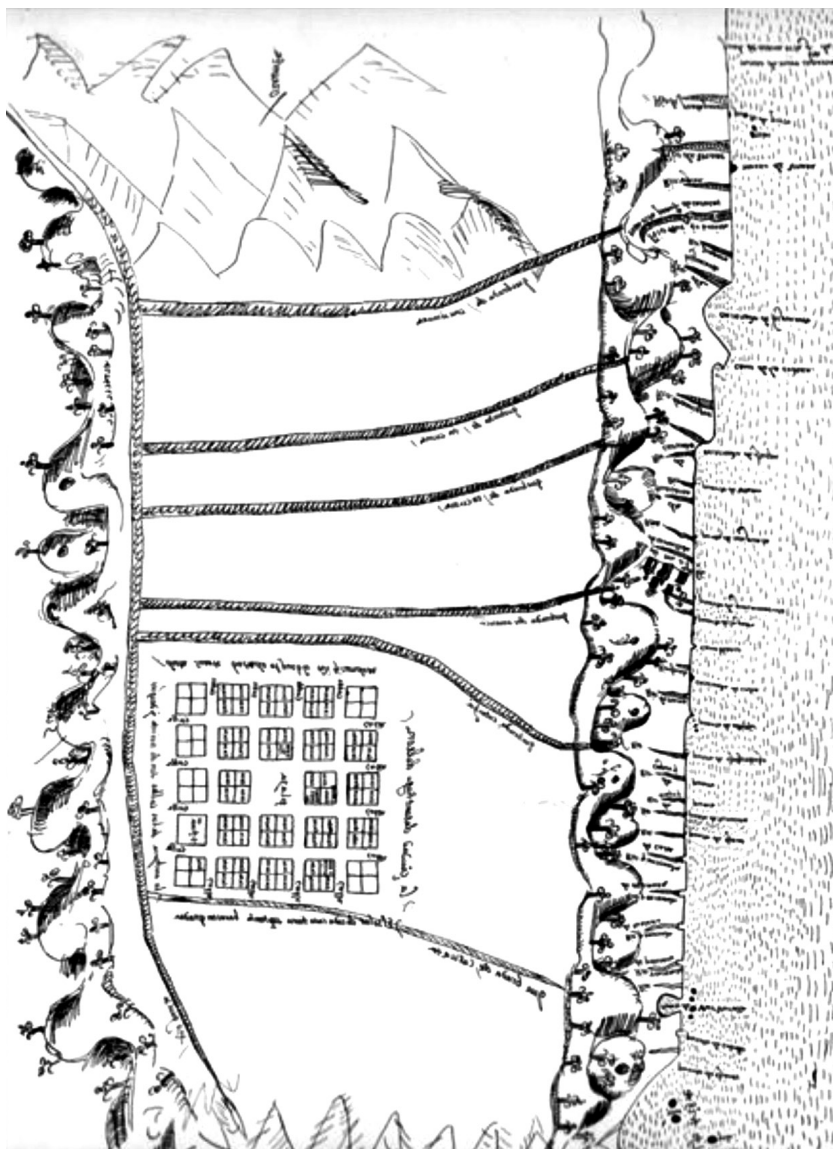


Fig. 3. Caracas. Plano de Pimentel de 1580 (aunque datado en 1578).

La villa-campamento de Caracas y el paisaje urbano caraqueño del siglo XVI.

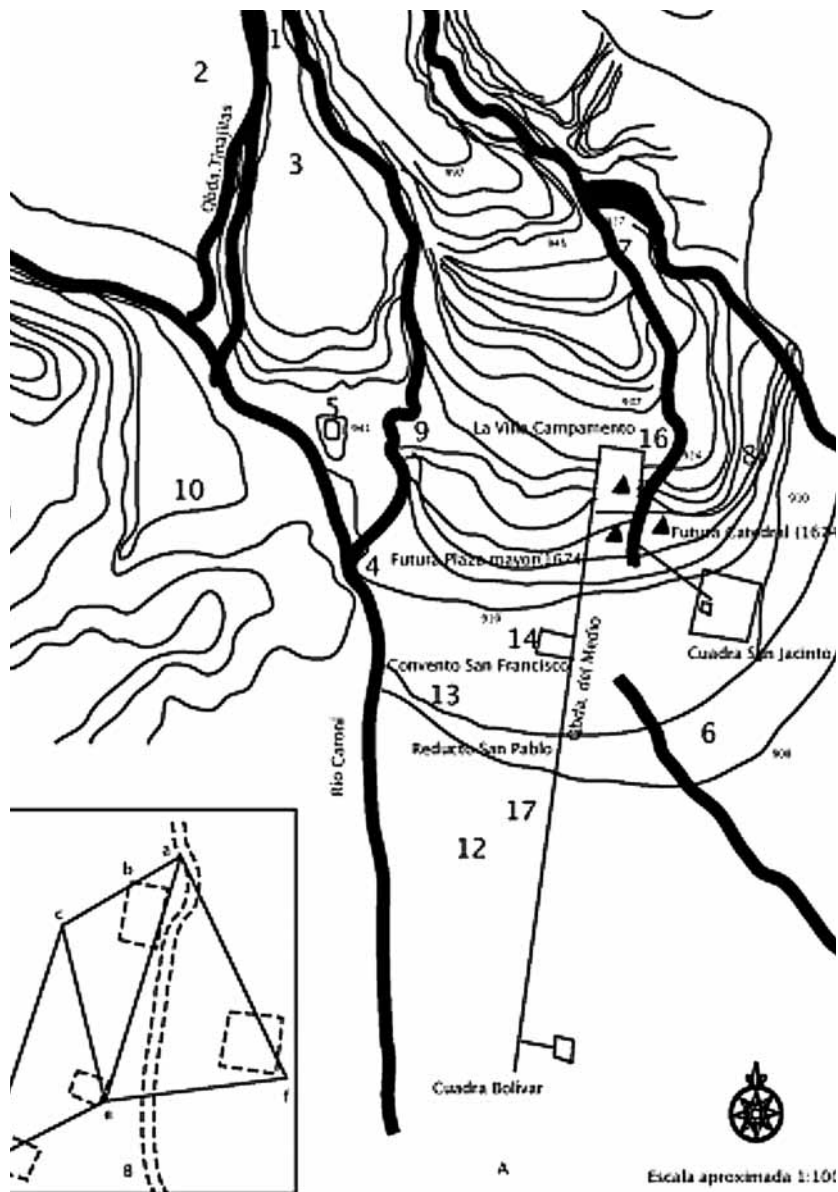


Fig. 4. Urbanismo caraqueño originario. 7) Quebrada Catuchecua. 16) Villa campamento. Recuadro: poligonal del espacio urbano caraqueño, siglo XVI.

Por razones estratégicas, el asentamiento definitivo de la villa campamento se hizo en la zona más desfavorable del valle, con el fin de ponerla a salvo de los ataques de los indígenas “caraqueños”, los cuales no habían sido todavía pacificados para finales del siglo XVI (Sanoja *et alii*. 1998; Sanoja y Vargas Arenas 2002: 78). La aldea indígena original, como apuntamos, fue transformada en una especie de castro o campamento defensivo de planta rectangular de aproximadamente 80 x 40 m, correspondiente a la manzana atípica limitada por las actuales esquinas de Santa Capilla, Veroes, Catedral y Principal, a orillas de la antigua quebrada Catuchecua, afluente del río Catuche (Fig. 4: 7) cuyo cauce —según nuestras investigaciones—, se azolvó hacia mediados del siglo XVII. La corriente de dicha quebrada era represada en una rústica caja de agua construida en 1580, localizada 50 m al noreste del campamento, y el líquido transportado hacia los espacios de vivienda mediante acequias abiertas (Fig. 5: 6).

En la terraza baja del Guaire, unos 600 m al sur del campamento, existía otra aldea indígena a orillas del río Caroata, el cual corre paralelo al Guaire, donde se construyó hacia 1600 un reducto integrado por una iglesia dedicada a San Pablo, el Hospital Real y un puesto militar fortificado que vigilaba el paso del río, sitio donde se localiza actualmente el Teatro Municipal (Vargas *et alii* 1998: Lams. 7 y 8; Grfs: 11 y 12).

Planta hipotética de la villa-campamento de Losada, ca. 1567-1610 (V.p. 205)

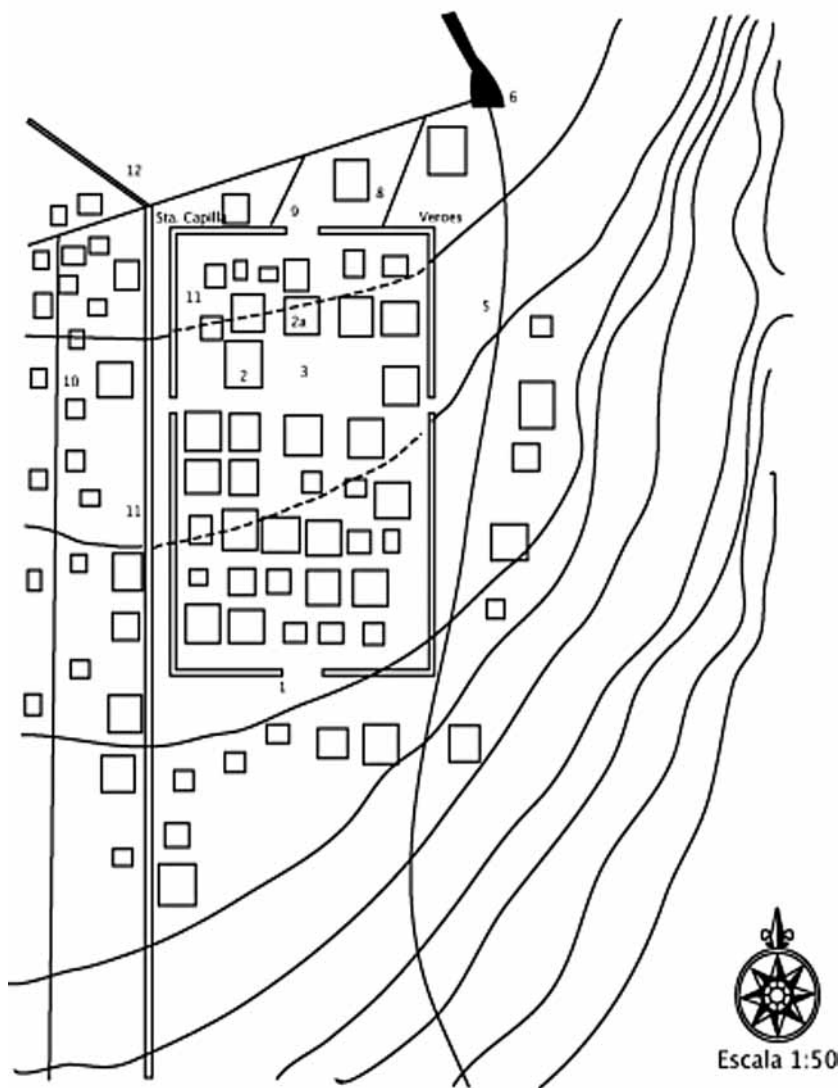


Fig. 5. Planta hipotética de la villa campamento de Losada, según las conclusiones del Proyecto Arqueología de Caracas (Sanoja y Vargas Arenas 2002): 2) Ermita. 2a) Planta de una vivienda. 3) Plaza central. 5) Quebrada Catuchecua. 6) Caja de agua.

De la misma manera, varias otras aldeas indígenas que se hallaban localizadas en la cornisa fueron transformadas en conventos o puestos que controlaban estratégicamente los accesos hacia el castro o poblado principal y definían su perímetro defensivo sur, región que estuvo controlada por tribus caribes hostiles hasta finales del siglo XVI.

El caney que fungía como primera ermita del castro (Fig. 5: 2), dedicada a San Sebastián y San Mauricio fue quemado, según la muestra de carbón obtenida en la huella de uno de sus horcones, el año de 1580 \pm 70 d.C. En 1595 fue reemplazado por una estructura de tapia que colapsó y fue sustituida en 1641 por una nueva, de mayores dimensiones, que fungía también como Catedral de Caracas, la cual permaneció hasta 1734. En ese año, fue demolida para dar paso a la iglesia de San Mauricio, sobre cuyos muros el presidente Guzmán Banco ordenó fundar en 1870 la actual Santa Capilla (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 81-91).

La consolidación del enclave urbano caraqueño estuvo determinada por la necesidad que tenía la burguesía terrateniente criolla de ejercer el control privado del transporte y la distribución de un bien escaso como era el agua útil, proceso que se inició en el mismo siglo XVI. La estabilidad de dicho enclave fue determinante para que la élite criolla pudiese adueñarse de las tierras de vocación agropecuaria que formaban la periferia, particularmente los feraces valles de la cuenca del lago de Valencia, para implantar en ellos una economía de plantación. Ello le permitió, a partir de 1675, materializar su poder mediante la construcción de un enclave residencial en el espacio urbano caraqueño, el actual casco histórico de la ciudad, lo cual equivalía a legitimar su control absoluto sobre toda la provincia de Caracas. Para tal fin, en 1675 la élite criolla decidió construir con sus propios capitales y los de la Iglesia, un acueducto que hizo posible apropiarse y captar para su propio beneficio los mayores volúmenes de agua del río Catuche, que atraviesa el valle de sur a norte, con una nueva y más grande toma de agua y distribuirla mediante una extensa red de canales de mampostería (Sanoja y Vargas Arenas 2002: Figs. 6 y 13).

Por tales razones, el Cabildo de Caracas decidió en aquella misma fecha reformar la distribución anárquica de los solares en torno al antiguo castro de Losada y ejecutar una nueva cuadrícula cuyo centro era la plaza Mayor, hoy plaza Bolívar, donde se ordenó construir el edificio de la actual Catedral de Caracas, poniendo en ejecución la propuesta urbana que hiciera Juan de Pimentel en 1578. Esta primera reforma urbana caraqueña

permitió poner también en práctica el diseño reticular de los canales que transportaban el agua útil del río Catuche hacia los diferentes solares de la burguesía caraqueña, a los conventos y núcleos urbanos periféricos propiedad de la Iglesia caraqueña, como San Pablo, San Jacinto y San Francisco, y a las pilas públicas de donde se servía el común de los caraqueños. Luego de esta reforma territorial, Caracas pasó a ser, desde finales del siglo XVII, la mayor concentración territorial urbana de poder político y económico de toda la Gobernación de Venezuela (Sanoja y Vargas Arenas 2002: 161-179).

El caso de Caracas, que podríamos considerar como una “forma estatal colonial derivada del Estado metropolitano” (Sanoja y Vargas Arenas 2002), se apoyaba en el desarrollo de formas de poder centradas en la burguesía criolla, la consolidación y la reestructuración de las familias que la integraban y las formas de propiedad territorial donde se fundamentaban las formas de producción agropecuaria. La ciudad que deviene capital del sistema colonial venezolano, es a su vez el centro de una periferia conformada por otras ciudades de menor rango, pueblos, aldeas campesinas, artesanales o pesqueras, plantaciones, hatos y demás, a través de los cuales se canalizaba la extracción de capitales o excedentes económicos. La metrópolis local, Caracas, servía para imponer y mantener la estructura monopolística y la relación explotadora del sistema capitalista mercantil colonial.

A partir de las reformas de Carlos III en el siglo XVIII, el binomio urbano Caracas-puerto de La Guaira pasó a representar el centro de un incipiente mercado nacional, la articulación con las otras ciudades-puertos de su periferia tales como Valencia-Puerto Cabello, Coro y ciudades como San Sebastián, San Carlos, Calabozo, Barquisimeto, etc., así como para las relaciones con España, la Nueva España (México), las Antillas españolas y Estados Unidos. Desde finales del siglo XVIII, Caracas se estaba vinculando con las “economías mundo” que se gestaban en Europa Occidental. De esta manera, el dinero, el crédito, el comercio y el intercambio que posibilitaban la producción y la comercialización de insumos (melazas de caña de azúcar, café, cacao, cueros y cecina de res, añil, tabaco, algodón, etc.), ya estaban dirigidos a control remoto desde las casas comerciales y las bolsas financieras del centro capitalista que se hallaban en Sevilla, Cádiz, Bordeaux, Nantes, Rouen, Ámsterdam, Bristol y Liverpool (Braudel 1992-2: 272-280; Sanoja y Vargas 2002: 195).

Durante el siglo XVI, la población mantuana utilizaba cerámica denominada *Columbia Plain* o *Talavera española*, la cual fue desplazada hacia el siglo XVIII por la mayólica mexicana poblana. La “vajilla de mesa”, de origen desconocido, y las ollas, pimplinas, cuencos y platos de manufactura criolla o de tradición indígena, constituyen el sector numéricamente más importante de la vajilla utilitaria.

Según nuestras investigaciones arqueológicas, la moda en el vestir incluía el uso de una tela verde, posiblemente bayeta o tela de lana burda, bordados o encajes de hilo, botones redondos pulidos en bronce, hebillas de bronce para zapatos y/o cinturones o sombreros, así como también botones de hueso y collares de cuentas redondas hechas en concha o hueso, usados al parecer por las poblaciones indígenas urbanas.

La vida diaria se vio también enriquecida por la presencia del vino, embotellado en casquetes ovals hechos a mano con vidrio verde oscuro, el cual era escanciado por los bebedores —mediante *alcarrazas* de vidrio— en copas y vasos de cristal tallados con diseños incisos.

La fase final del período colonial en Caracas —siglos XVIII-XIX— está marcada por el predominio de loza poblana, y la mayólica comercial no hispana, particularmente azul sobre blanco o *Delft* policroma. A partir de 1824, se hacen presentes platos ingleses del tipo “feather bird” y Staffordshire, y luego de 1850, vajillas de porcelana francesa, alemana e italiana, botellas de cerveza inglesa, loza posiblemente proveniente de Filadelfia, botellas de vino francés, monedas de plata francesas e inglesas, dólares y pesos mexicanos de plata, alimentos en conserva. La arqueología del siglo XIX nos indica la desaparición de los vínculos comerciales con España y la reinserción de la vida cotidiana caraqueña en los circuitos comerciales neocoloniales de Europa y Estados Unidos. (Vargas Arenas *et alii* 1998; Sanoja *et alii* 1998; Sanoja: 2011: 261-277).

Segundo estudio de caso: La fundación de Maracaibo

Para el siglo XV, el espacio ocupado por los grupos originarios que habrían de integrar la población urbana inicial de la futura ciudad de Maracaibo, estaba circunscrito, al oriente, por poblaciones *arawacas* presentes en la cuenca del lago desde 200 años a.C. Al oeste existían poblaciones palafíticas de filiación *añú* y comenzaba la región semidesértica de la Guajira donde habitaban los pueblos *wayúu*. Al suroeste de

Maracaibo, en la región de Perijá, habitaban los pueblos *bari*, de filiación *chibcha* y posiblemente también otras poblaciones de filiación *caribe* (Fig. 6).

Ello dejaba una amplia franja litoral lacustre habitada tanto por grupos recolectores pescadores arawacos caribes, conocidos como *alile*, *toa*, *zapara* y *quiriquire* como por extensas poblaciones palafíticas de pescadores cazadores, también de filiación arawaca. Según lo que conocemos hoy día, dichas poblaciones ocupaban buena parte del litoral lacustre marabino. Según la *Relación* de Rodrigo Argüelles y Gaspar de Párraga (Arellano 1950:159), en 1579 la provincia de Maracaibo estaba poblada por “...*indios que viven y habitan sobre el agua*”, Todavía para comienzos del siglo XIX, las aldeas palafíticas llamadas también *pueblos de agua* o *pueblos de la Laguna*, contaban cada una con alrededor de cincuenta viviendas y una capilla también palafítica, levantadas sobre horcones de madera de vera (*Bulnesia arborea*). Sus habitantes eran fundamentalmente pescadores y cazadores de aves silvestres, particularmente patos, aunque cultivaban también algunos conucos en las tierras cenagosas inmediatas a las viviendas (Cunill Grau 1987, I: 242-243; Urdaneta Quintero *et alii* 2008: 89-98; Sanoja y Vargas Arenas 2008: 63-67).

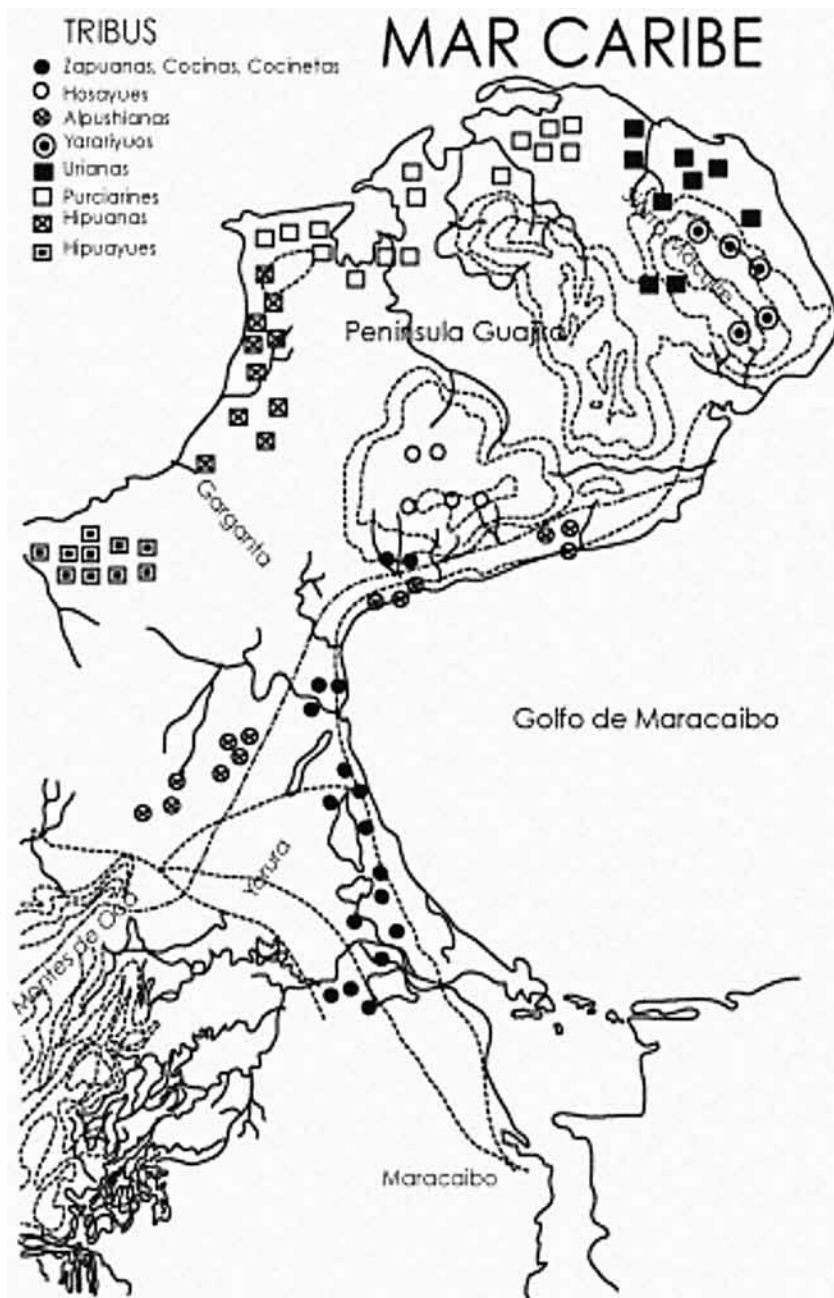


Fig. 6. Poblaciones aborígenes de la península Guajira. Siglo XIX.

A lo largo del litoral lacustre de la actual ciudad de Maracaibo, existe una extensa formación de dunas consolidadas conocida como Formación El Milagro, las cuales parecen haber sido utilizadas por las poblaciones palafíticas que habitaban sobre el lago como espacios para el cultivo de plantas comestibles.

La existencia de una importante población palafítica aborigen así como de abundantes recursos de subsistencia en este segmento litoral del lago de Maracaibo, debe haber motivado la implantación del primer asentamiento colonial, el cual, según Argüelles y Párraga, fue establecido por Ambrosio Alfinger el año 1529, en las inmediaciones de una salina (actual barrio El Saladillo); allí permaneció hasta 1579. Aunque las crónicas referidas no abundan en detalles al respecto, nuestras investigaciones arqueológicas de 2004, como parte del Seminario de Arqueología Urbana del Doctorado en Ciencias Humanas, Universidad del Zulia, en un terreno baldío localizado en la parte posterior de la Catedral de Maracaibo confirman —como ya se dijo— que existieron asentamientos indígenas de tipo palafítico, *pueblos de agua*, que rodeaban el cordón de dunas que bordean el lago de Maracaibo.



Fig. 7. Lago de Maracaibo: pueblos palafíticos modernos.

Los primeros asentamientos indohispanos maracaiberos, según nuestras excavaciones arqueológicas, se efectuaron sobre la parte alta del cordón de dunas consolidadas que corre a lo largo de la orilla del lago, actual avenida El Milagro. A 1,50 m de profundidad se recuperaron fragmentos de alfarería decorados de tradición wayúu rojo/blanco, restos arqueo-zoológicos, particularmente *Tayassu sp.*, *Odocoyleus sp.*, peces y diversas especies de bivalvos marinos. El contexto arqueo-zoológico parece representar un episodio anterior a la expansión de la ganadería en el área de Maracaibo, cuya antigüedad podría corresponder al período 1550-1700, representada por una comunidad originaria de ceramistas agricultores que habitaba sobre la duna, posiblemente los que designaban los cronistas como “*pueblos de tierra*”.

A 1,20 m de profundidad se recuperó loza *Delft* azul sobre blanco decorada con motivos naturalistas, cuya antigüedad podría estimarse entre 1650 y 1700 años de la era, momento cuando comienza posiblemente a consolidarse la traza urbana de la actual ciudad de Maracaibo (Sanoja y Vargas Arenas 2008: 64-67).

Es probable que la población, tanto de los *pueblos de tierra* como de la aldea palafítica o *pueblos de agua* del área de Maracaibo, se hubiese incorporado a partir del siglo XVI a la sociedad urbana indohispana que había comenzado a formarse en los diferentes núcleos poblados. La Nueva Zamora, luego Maracaibo, se habría comenzado a constituir como una especie de centro administrativo y residencial en torno a la plaza real donde se ubican las casas del Ayuntamiento y la Cárcel Real, la iglesia Parroquial principal y los barrios periféricos que se identifican con funciones económicas: Las Salinas, Las Tenerías Viejas, El Saladillo, El Empedrado, etc. (Urdaneta Quintero *et alii*, 2008: 128-130; Quijano *et alii* 2008: 158-163), conformando así el fenotipo marabino, todavía fuertemente matizado por las características de la población zuliana originaria.

Hacia mediados del siglo XIX la frontera noroccidental de la sociedad criolla marabina se había establecido en la laguna de Sinamaica, donde estuvieron ubicados los primeros poblados de indígenas provenientes del noroeste de Venezuela hacia finales del último milenio antes de Cristo (Fig. 7). Aunque se tiende, por lo general, a diferenciar los criollos marabinos de los wayúu, ambos, aunque separados territorialmente, forman en realidad una sociedad muy integrada. En otras partes de Venezuela coexisten criollos e indígenas, pero usualmente como grupos sociales contradictorios donde

los criollos se fortalecen a costa de la desaparición de los indígenas. En la provincia de Maracaibo, por el contrario, la complementariedad de diferentes tiempos históricos es lo que le otorga a la sociedad marabina su calidad cultural y humana. A medida que la sociedad criolla y el proceso de urbanización se expandieron hacia el oeste a partir del siglo XIX, la sociedad wayúu se fortaleció, se enriqueció y maduró políticamente, transformándose en la contrafigura de los criollos marabinos (Watson 1968; Paz 2000).

Hoy, al igual que en el siglo XIX, le etnia wayúu se ha convertido en el centro de una red de intercambios comerciales entre los criollos marabinos, los criollos colombianos y los comerciantes europeos y norteamericanos (Cunill Grau 1987-II: 1204-1231; Paz 2000). La fortaleza de la sociedad wayúu radica en haber preservado su integridad territorial y tribal a la par que su identidad étnica dentro y fuera del territorio de la Guajira, conservando y fortaleciendo así su posición de intermediario o interfase entre las sociedades criollas de Colombia y Venezuela. Volviendo a sus orígenes, podremos apreciar cómo los pueblos aborígenes del noroeste de la cuenca del lago tuvieron siempre la sabiduría de actuar y vivir como una comunidad histórica, como una comunidad de destino compartido.

Tercer estudio de caso: Santo Tomé y las misiones capuchinas de Guayana

En el asentamiento original de la ciudad de Santo Tomé de Guayana se construyó una aldea de pueblos caribes denominada Suai (Sanoja y Vargas Arenas 2006: 16), cuyo diseño territorial difiere totalmente de la propuesta contenida en el Plano de Simancas de 1618. En el presente caso nuestras investigaciones arqueológicas en el sitio los Castillos de Guayana, con la utilización del radar terrestre, nos permitió localizar y mapear las estructuras físicas existentes en la parte alta de la vieja ciudad de Santo Tomé. Así pudimos demostrar la falsedad del dato histórico documental, revelando que la imagen medieval que mostraba la existencia de una ciudad amurallada, rodeada de fosos (Figs. 8 y 9A), con baluartes defendidos por cañones y edificaciones que encierran una plaza central no es cierta; por el contrario, corresponde en realidad a una especie de recinto que defendía el acceso a un gran almacén o “warehouse” donde se guardaban mercancías producidas en las misiones para ser exportadas por el puerto de la Laguna del Baratillo (Fig. 9 GCA).

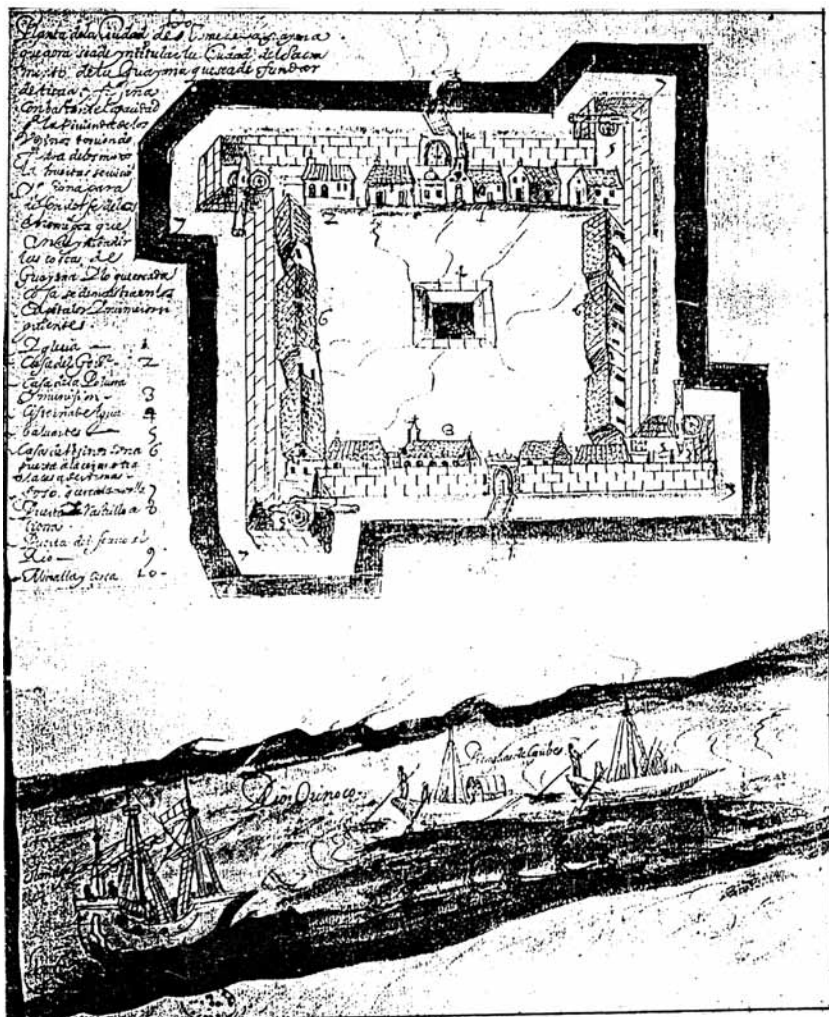
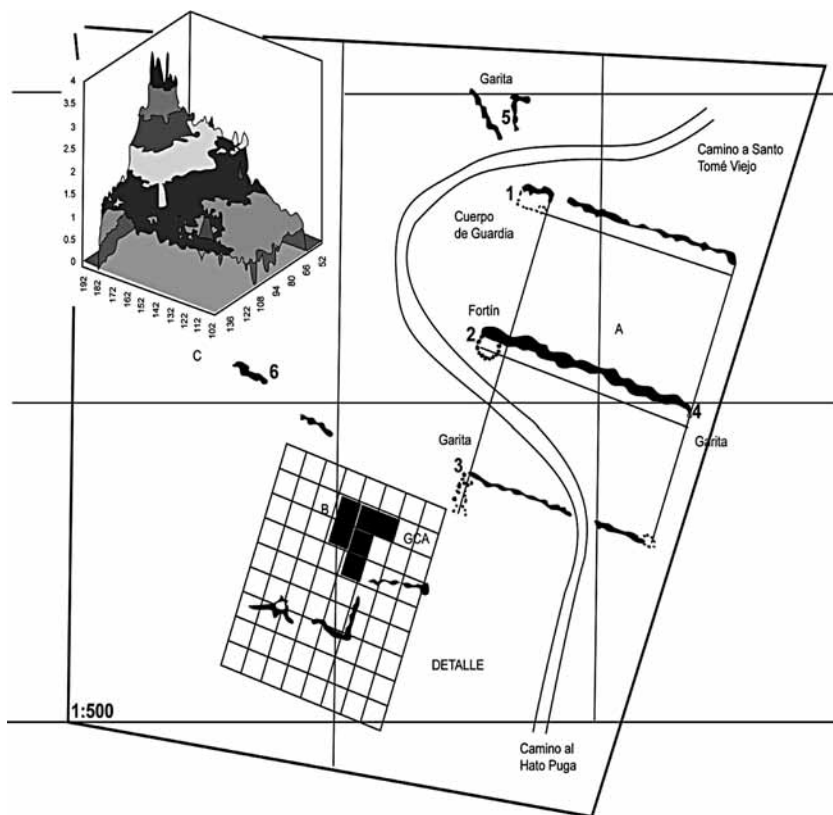


Fig. 8. Visión idealizada de la ciudad de Santo Tomé, según el Plano de Simancas, 1720-1818.



La evidencia arqueológica muestra que los primeros españoles no solamente se apropiaban de la producción agrícola de los aborígenes, sino que también les impusieron un proceso de trabajo que aquellos no practicaban de manera intensiva: la caza y beneficio de miles de tortugas del Orinoco. Con ello paliaban la ausencia de carne de ganado vacuno, fabricaban aceite comestible y obtenían el carey, escamas de tortuga que negociaban con los comerciantes europeos. Por estas razones, la caza de tortugas constituyó hasta inicios del siglo XVIII, la principal actividad económica de los habitantes de Santo Tomé.

Fig. 9. a) Posible reducto con murallas de piedra seca. b) Estructura GCA, posible almacén. c) Gráfico analítico de radar terrestre: estructuras existentes en el subsuelo, parte alta de la antigua ciudad de Santo Tomé de Guayana.

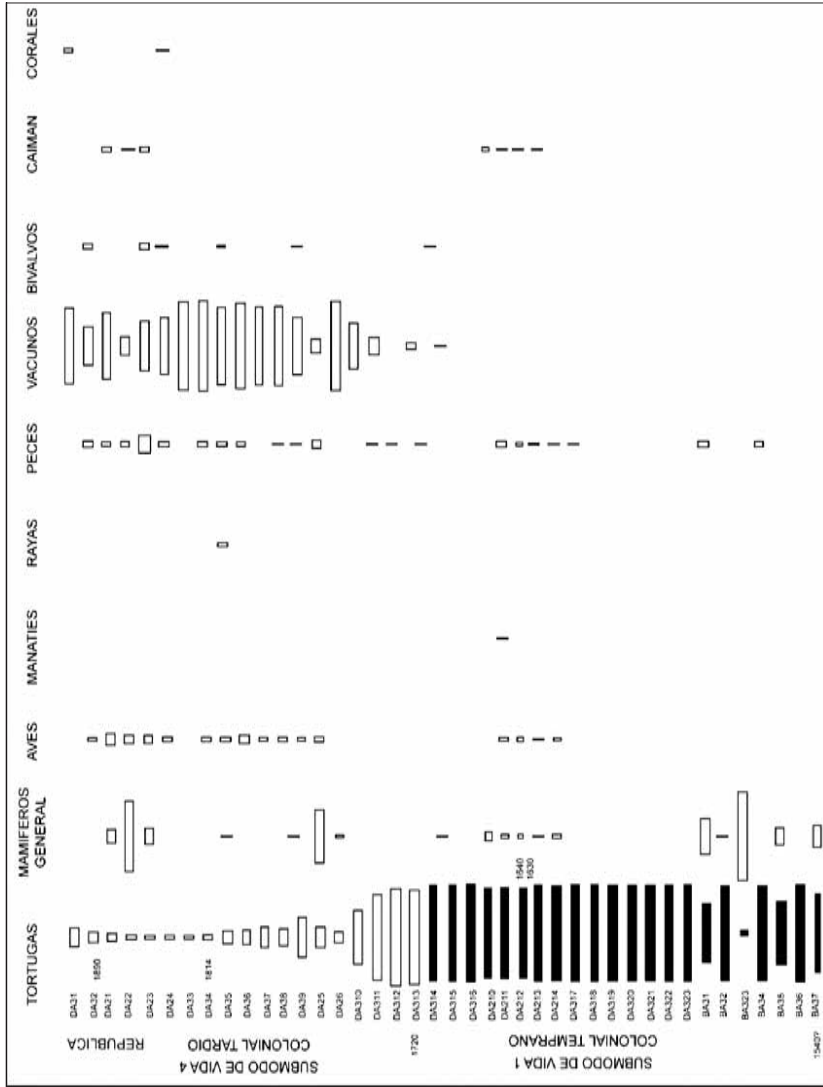


Fig. 10. Gráfico de seriación de restos zoológicos, que muestra la evolución de los hábitos de consumo de especies animales en Santo Tomé de Guayana, entre los siglos XVI y XIX.

La comunidad indohispana de Santo Tomé (Fig. 10), aislada, arrasada periódicamente por los corsarios británicos y holandeses así como también por otros grupos indígenas hostiles, alejada de los asentamientos europeos más próximos ubicados en Cumaná, Margarita y Trinidad, era totalmente dependiente de las habilidades indias para la producción de bienes y servicios que les permitían sobrevivir en aislamiento. Solo con la introducción del ganado vacuno hacia finales del siglo XVII, fue posible estabilizar el asentamiento urbano y construir un nuevo sector o barrio para los criollos y los colonialistas en la terraza que domina la laguna del Baratillo.

Luego de la expulsión de los jesuitas, los capuchinos catalanes tomaron posesión del territorio de Guayana autorizados por las cédulas reales del 7 de febrero de 1686 y del 29 de abril de 1687. En 1724 ya habían introducido la cría de ganado vacuno, caballar y mular, hecho que permitió el inicio del proceso de acumulación originaria de capitales que consolidó el sistema la estabilidad del asentamiento colonial. En torno al espacio urbano de Santo Tomé de Guayana, fundado en 1595 a orillas del río Orinoco (Fig. 11), se desarrolló en 1720 una red de pueblos misionales, cada uno de los cuales constituía una unidad productiva que se extendía desde el río Caroní hasta el Esequibo en la actual Guyana y por el sur hasta el río Cuyuní (Carrocera 1979; Sanoja y Vargas Arenas 2006).

El sistema de las misiones era territorialmente diversificado y jerárquico, compuesto por pueblos de misión, unidades productivas gobernadas desde un centro político y administrativo, la misión de la Purísima Concepción (Fig. 11), localizada en la desembocadura del río Caroní con el Orinoco. El sistema misional estaba “*conurbado*” con la ciudad de Santo Tomé de Guayana que fungía para el siglo XVIII como la capital provincial (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 295-300), hasta que a finales del mismo fue trasladada río arriba al sitio de Angostura, hoy Ciudad Bolívar.

El sistema de pueblos de misión estaba organizado sobre una suerte de base gerencial corporativa. El lugar central, La Purísima, desde donde se controlaba la administración del sistema, ocupaba un extenso territorio que incluía la misión ganadera de Morocure. En la periferia del lugar central, existían, al parecer, especies de centros subsidiarios de actividad económica alrededor de los cuales se nucleaban otras aldeas misionales (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 235).

A diferencia del esclavismo mercantil que caracterizaba los submodos de vida coloniales de Caracas y Maracaibo, la ideología que sostenía al modelo de desarrollo de los capuchinos catalanes en Guayana, en nuestra opinión, parece estar relacionada con la tradición social utópica que comenzó con los trabajos de Platón, tales como “La República”, donde el filósofo proponía el ideal de una sociedad basada en la perfecta justicia y la propiedad comunitaria. Esas ideas cristalizaron más tarde en otras propuestas reformistas como “La Ciudad de Dios”, de San Agustín, “La Città del Sole”, de Tomasso Campanella, “The New Atlantis”, de Francis Bacon, “De Optimo Reip. Statu, deque Noua Insula Utopia”, de Thomas Moore y, finalmente, la propuesta humanista católica avanzada por el padre Bartolomé de las Casas, en “Historia de las Indias”. Las Casas luchó por la creación de las “Repúblicas de Indios” dentro del dominio colonial español, como parte de un proceso orientado a transformar el estatus social de las poblaciones aborígenes, de la autosuficiencia originaria a una suerte de sistema salarial —similar al de Guayana entre el siglo XVIII y comienzos del XIX— más compatible con el capitalismo periférico que se estaba gestando en las colonias españolas de Iberoamérica.

Por las razones filosóficas anteriores, el modelo de producción de las misiones entró en antagonismo con la administración provincial colonial establecida en Santo Tomé, y luego en Angostura (hoy Ciudad Bolívar), así como con el de la burguesía y el Estado colonial caraqueño. Ambos sistemas eran dependientes entre sí, en su manera propia, y dependientes en su conjunto del Imperio español y del sistema capitalista mundial pero, aunque parezca sorprendente, tenían diferentes metas políticas.

De cierta manera, el sistema misional y las fortalezas que rodeaban su territorio funcionaba, posiblemente, como un sistema productivo-defensivo, el cual aseguraba el control político de su población y sus riquezas.

Considerando la calidad del submodo de vida y del modo de trabajo que representaban las misiones, se podría hablar de una “revolución industrial local”, inducida por medio de *know-how* importado por los capuchinos y la reorganización y entrenamiento de la fuerza de trabajo indígena. En este sentido, el modelo productivo de las misiones podría considerarse como una forma gerencial, corporativa de capitalismo, basada en la producción independiente y la exportación de productos artesanales e insumos agropecuarias “cuasi” industriales, lo cual contrasta con el modelo de producción de plantación desarrollado en el norte y el oeste de Venezuela,

una suerte de forma dependiente de capitalismo colonial manejada por la empresa privada de la época.

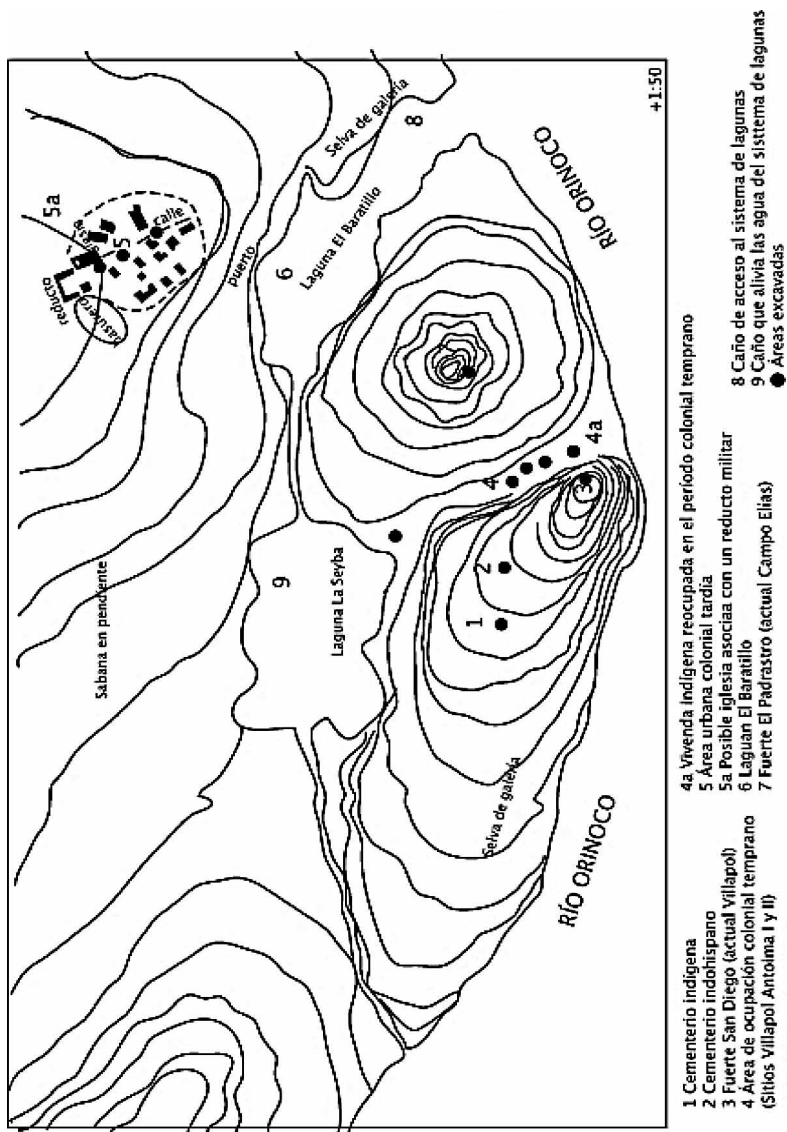


Fig. 12. Planta urbana de la ciudad de Santo Tomé de Guayana hacia 1750 d.C., según nuestras investigaciones arqueológicas (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 81).

La presencia minoritaria de españoles o criollos parece haber estado confinada mayormente al barrio de criollos y blancos de la ciudad de Santo Tomé (Fig. 12: 5a). Durante la primera mitad del siglo XVIII, parece haber aumentado el comercio de los habitantes de la ciudad con los holandeses e ingleses, tal como se revela en la sorprendente cantidad de mayólica de *Delft* y *Staffordshire* en los depósitos arqueológicos, así como también por los fragmentos de botellas de vino y ginebra, vasos y copas de cristal. Al mismo tiempo, encontramos un aumento en la proporción de diversos tipos de clavos de hierro forjado, flejes de hierro para barriles, balas de cañón y mosquetes, posibles instrumentos de carpintería, fragmentos de ladrillos y tejas, fragmentos de calderos de hierro y muchos otros, alfarería utilitaria criolla o indígena, etc. (Sanoja y Vargas Arenas, 2005, figs. 39, 68, 81, 82, 83, 84).

Para 1750 la antigua aldea caribe originaria de Suai se había transformado, según nuestras investigaciones arqueológicas, en un barrio (Fig. 12 4ab; Fig. 13) donde vivían los indios caribe y posiblemente también los negros y mestizos pobres, llamado Santo Tomé Viejo, vigilado por la guarnición del fuerte San Francisco (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 137-175), mientras que el otro barrio donde vivían los criollos y blancos ricos (Fig. 12: 5), a orillas de la laguna El Baratillo, era custodiado por la fortificación de San Diego o El Padrastro, denominado Santo Tomé del Baratillo (Fig. 12: 5 y 7). Al este de este poblado se excavó un cementerio que contenía enterramientos indígenas así como europeos (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 81, Fig. 14: 1).

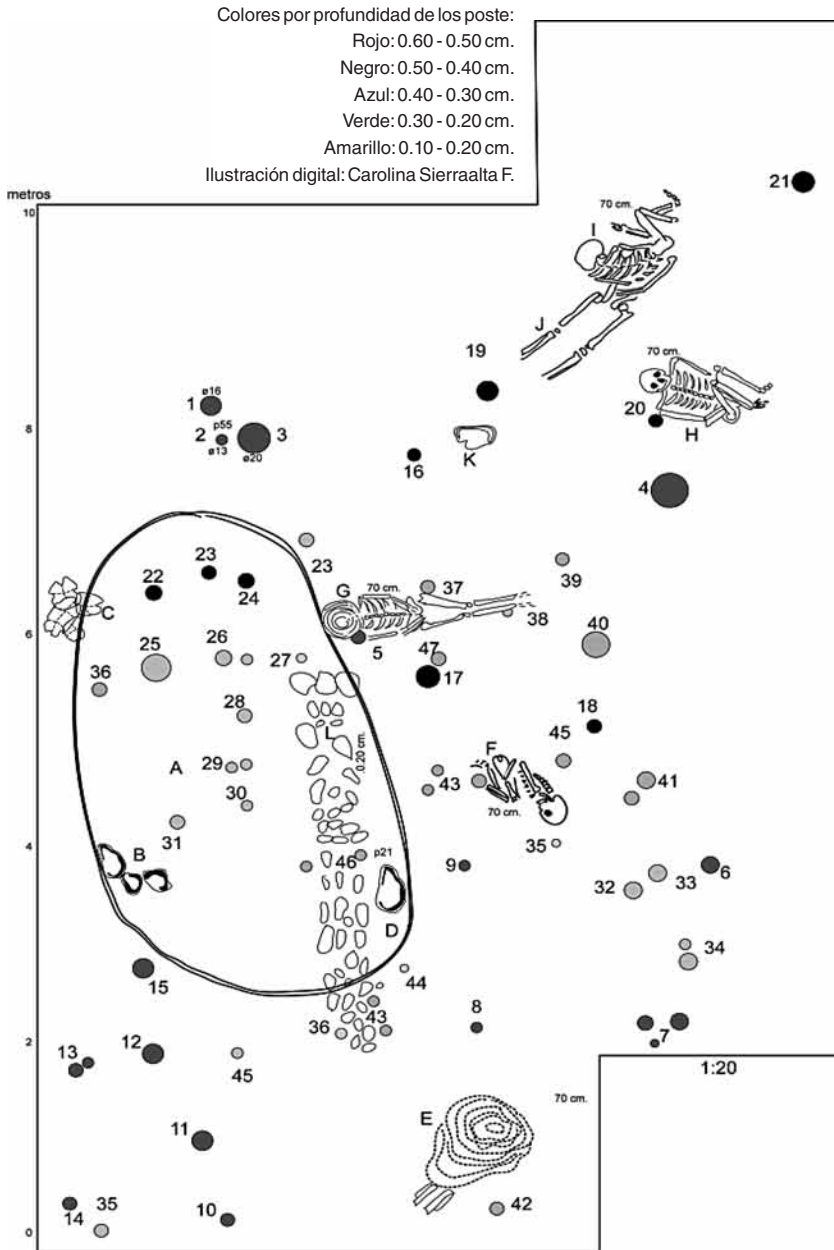


Fig. 13. A) Planta de una vivienda comunal indígena. Siglo XVII. B) Planta de una vivienda criolla construida sobre la anterior. Siglo XVIII. Barrio indígena de Santo Tomé (Sanoja y Vargas Arenas, 2005).

Es interesante resaltar que la producción del espacio urbano de Santo Tomé indica que para mediados del siglo XVIII ya existía una división territorial en clases sociales respaldada por una estructura militar coercitiva. Para dicho momento, ya las antiguas viviendas comunitarias originales de la población caribe (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 40. Fig. 40; Fig. 13; Fig. 13: 46), habían comenzado a ser modificadas por orden de la Misión, por lo cual ahora se construían casas tipo criollo, con dos habitaciones y un porche sobre la fachada principal (Sanoja y Vargas Arenas: 2005, Fig. 45; Fig. 13: B). Ello debió haber influido en la pérdida de identidad cultural en la población indígena, al ser sustituida la comunidad doméstica consanguínea extensa, por una comunidad unifamiliar bilateral. Los contenidos arqueológicos analizados en el gráfico de seriación de las viviendas excavadas en ambos barrios de la ciudad indican que, para finales del siglo XVIII, todos tenían acceso al consumo de productos importados, particularmente loza inglesa, holandesa, mexicana, alemana y española, un ejemplo del consumismo temprano que ya existía en la Venezuela del siglo XVIII. También se observa cómo la curva de popularidad de la alfarería utilitaria de manufactura aborígen, indicadora de la permanencia de la población indígena, se mantiene desde finales del siglo XVI hasta finales del XIX.

De acuerdo con diversas fuentes, los capuchinos habían establecido varios almacenes en diferentes puntos del territorio misional, vinculados por extensas calzadas para el transporte con carretas (Sanoja y Vargas Arenas 2005: Fig. 93) para guardar los excedentes de producción destinados al intercambio y exportación. Uno de ellos se encuentra en la parte alta de aquel barrio, protegido por una especie de reducto con muros de piedra seca (Sanoja y Vargas Arenas 2006: Figs. 65 y 69; Cauxi 1999). La excavación arqueológica permitió relevar la planta de la estructura, los pisos de ladrillos de baldosas hexagonales de barro, y parte de los muros externos de piedra de la misma (Fig. 14). Este tipo de información no sería posible obtenerla en las fuentes escritas sobre el sitio conocidas hasta el presente, lo cual evidencia la importancia de la investigación arqueológica para recobrar la materialidad de un hecho histórico determinado.

El relevo de la planta en forma de L de la estructura, indica una construcción cuya fachada está orientada hacia el este, con un patio empedrado externo, la cual consta de varias habitaciones que servían quizás para almacenar las mercancías. Sobre la fachada este hay evidencias de columnas que sustentaban el techo de un corredor sobre el cual abrían

las puertas de las habitaciones. Al sur del edificio, se hallaba el reducto delimitado con muros de piedra seca que también pudo, quizás, haber servido eventualmente como corral para guardar las reses que provenían del vecino Hato Misión de Puga. Vecino a esta estructura se excavó parcialmente una oquedad que parece haber servido como basurero, en el cual se observaban restos óseos de ganado vacuno; ello indica que en esta área se beneficiaba el ganado. No podemos olvidar que las embarcaciones que llegaban al puerto del Baratillo para descargar sus mercancías necesitaban renovar sus bodegas de alimentos después de un largo viaje a través del Atlántico, sobre todo con carne salada, para alimentar a la tripulación durante el retorno.

Analizando lo que nos informa la arqueología sobre la producción semiindustrial de las misiones, es posible que entre los productos de exportación figurasen ladrillos refractarios manufacturados con las arcillas caolínicas obtenidas en el río Caroní, y lingotes de hierro y de oro. En las misiones de La Purísima y Caruachi excavamos grandes hornos para la fabricación de ladrillos y baldosas refractarias (Sanoja y Vargas Arenas 2005: fig. 75), materiales muy solicitados en Europa y los Estados Unidos para refaccionar los hornos siderúrgicos y construir las chimeneas en las viviendas. En La Purísima excavamos un gran taller de metalurgia donde se efectuaba la fundición, reducción del mineral de hierro, así como la manufactura de machetes o “calabozos”, puntas de lanzas, azadas, hachas, picos, llantas de hierro para ruedas de carretas, clavos, balas de cañón o de mosquete, balanzas, flejes para barriles, etc., así como lingotes de hierro que posiblemente se exportaban desde Santo Tomé.

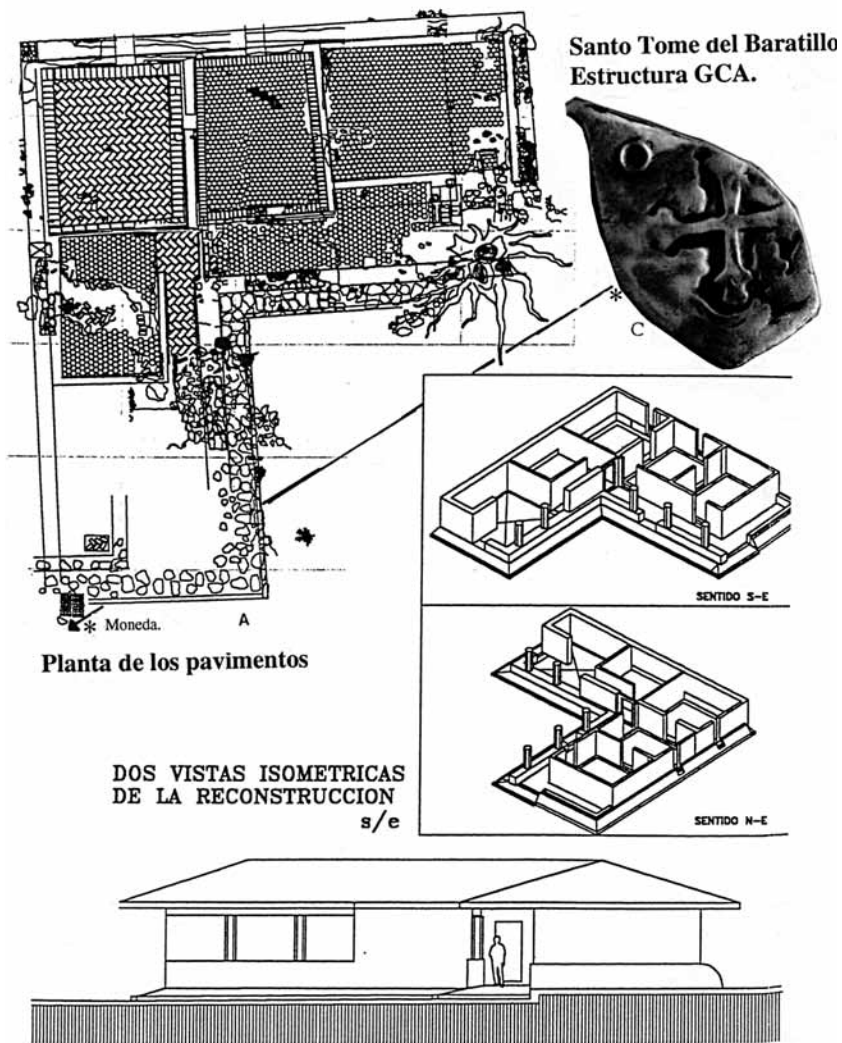


Fig. 14. Planta del posible almacén misional de Santo Tomé de Guayana, mostrando una moneda acuñada en plata y la reconstrucción hipotética de la estructura.

En el taller de metalurgia de la misión de La Purísima excavamos igualmente un complejo de hornos para la reducción del oro extraído de las arenas de río Caroní y un depósito de desechos de la faena: arena de río mezclada con mercurio utilizado para aglutinar el polvo de oro durante el proceso de reducción. Los análisis químicos hechos en la Universidad Experimental de Guayana demostraron que dichas arenas aún contenían partículas de oro aluvional (Sanoja y Vargas Arenas 2005: 274; Figs. 76, 77, 78, 79, 81, 87, 89).

Las actividades productivas de las misiones contribuyeron posiblemente a mejorar el nivel de vida de los habitantes de la ciudad, afianzada en el extraordinario desarrollo de la cría de ganado vacuno en las aldeas misionales, lo cual determinó el abandono de la caza de tortugas (Sanoja y Vargas Arenas 2005: Fig. 9). Sin embargo, debido al enfrentamiento que existía entre las misiones capuchinas y la Gobernación colonial de la provincia, la cual mantenía que todos los indígenas y las obras misionales debían pasar a manos de los empresarios privados, esta última ordenó que Santo Tomé fuese abandonada hacia 1760, mudada aguas arriba, a unos 100 km al oeste de la misión de La Purísima, y rebautizada como Angostura, que se desarrolló más tarde como un centro de comercio, políticamente independiente de las misiones y relacionado con Guayana occidental, el Amazonas y los llanos del suroeste y centrales, compitiendo también con las misiones por el comercio con los británicos, los holandeses y con Europa en general.

De manera general, la historia de la provincia de Guayana refleja que existió en los siglos XVIII y XIX una tendencia progresiva hacia la estabilización sociopolítica y cultural de la región, así como hacia el mejoramiento de los niveles de vida de la población, de manera similar a lo ocurrido en Caracas durante el siglo XVIII. La influencia de la producción en masa europea de bienes, consecuencia de la Primera Revolución Industrial, se refleja asimismo en Guayana, mucho más que en otras provincias de Venezuela, puesto que vino a reforzar la producción industrial y artesanal así como también la importante acumulación de valores que se produjo en el territorio misional a partir del siglo XVIII.

Contrario a lo que sucedió en otras provincias de Venezuela, las cuales se desarrollaron como expresión del capitalismo marginal dependiente, el modelo corporativo gerencial iniciado por las misiones capuchinas catalanas señala hacia un tipo de desarrollo capitalista avanzado

para la época, autosuficiente, que combinaba la moderna producción agropecuaria, la producción artesanal de bienes para la vida diaria, la minería, la metalurgia y el procesamiento semiindustrial del oro aluvial, con capacidad para sostener una economía monetaria independiente, echando las bases para una eventual industria “pesada”, basada en la minería del hierro y la producción de bienes hechos de hierro forjado o pudelado. Por estas razones, los ejércitos patriotas organizaron una campaña militar para conquistar Guayana. Las riquezas producidas por las misiones capuchinas permitieron al Libertador Simón Bolívar crear una base económica estable desde la cual emprender la conquista de la Nueva Granada y finalmente lograr la independencia de Venezuela en 1823.

Aunque la historia real se construye sobre hechos objetivos, podríamos especular que si la estructura productiva de las misiones de Guayana no hubiese sido desmantelada por el gobierno republicano una vez concluida la guerra de Independencia, Guayana habría provisto tal como hoy las bases para un desarrollo económico moderno, menos dependiente del capitalismo europeo que el modelo centro-costero de los mantuanos caraqueños, cuya influencia se habría hecho sentir de manera diferente en la historia contemporánea de Venezuela. De manera contraria, el modelo de plantación, adoptado por las otras provincias de Venezuela, sirvió a los intereses de las naciones capitalistas europeas en expansión: monoproducción de materias primas para la exportación, acumulación de capital en manos de una oligarquía de criollos que invertían sus ganancias en el negocio de la importación, reciclando su capital en el sistema productivo y monetario de las naciones del imperio.

El modelo de Guayana, como dijimos, pudiera haber sido una oportunidad para evitar la trampa de la dependencia y el subdesarrollo, impuesto por el capitalismo periférico. Por esa misma razón, el modelo fue sentenciado a la destrucción por el bloque de poder político que representaba el modelo de la plantación, el capitalismo dependiente, en el movimiento de independencia venezolano del siglo XIX.

Las decisiones administrativas del Gobierno nacional venezolano en la década de los cincuenta del pasado siglo, crearon una situación sociopolítica reminiscente de la que existió en el siglo XVIII en Guayana: la fundación de una enorme corporación estatal para el desarrollo de ambiciosos proyectos de producción hidroeléctrica, minería, siderurgia, aluminio, industrias pesada y ligera al este del río Caroní, en el territorio

que antiguamente fue ocupado por las misiones capuchinas del siglo XVIII centrado alrededor de una nueva urbe: Ciudad Guayana. A los mismos se añade hoy día la fabulosa riqueza petrolera existente en el Bajo Orinoco, garantía material de nuestro desarrollo como país soberano y socialista.

Conclusiones

El estudio de los procesos nacionales venezolanos mediante de la investigación combinada de la arqueología social con la historia documental es capaz de producir una imagen de la historia social más precisa y científica que las narrativas acartonadas que nos han transmitido las historias oficiales. La arqueología social con su enfoque teórico permite emprender una detallada visión de la vida diaria, la microhistoria, en la medida que provee un conocimiento necesariamente crítico de las fuentes documentales.

El análisis simultáneo de los procesos históricos, de los microplanos y los macroplanos de la historia, nos permite la comprensión de sus determinantes como el resultado de las tendencias mundiales de cambio sociohistórico, así como también de la vida cotidiana que nos muestra el movimiento de la historia a través de las acciones del común de la gente. El caso presente nos permite discernir la manera como los ciclos históricos de la *formación social capitalista* en Europa afectaron a comunidades remotas en el norte de Suramérica. En el caso particular de Venezuela ello se traduciría en las siguientes premisas:

Primera, el desarrollo de las relaciones capitalistas mercantiles que fueron determinantes en la expansión de los imperios europeos del siglo XVI, su impacto en el Bajo Orinoco y los cambios sociopolíticos subsecuentes en el estatus de las poblaciones indohispánicas del área.

Segunda, los cambios que ocasionó la Primera Revolución Industrial y la consolidación del capitalismo industrial, con sus variados resultados en el caso de Venezuela, determinaron el surgimiento simultáneo en el siglo XVIII de dos importantes submodos de vida diferentes dentro de un modo de vida colonial de la *formación clasista colonial* que se impuso a la sociedad venezolana:

- 1) Uno que es expresión del capitalismo periférico dependiente, basado en la monoproducción de materias primas para la exportación a través del sistema de plantaciones, apoyada en el uso de fuerza de trabajo esclava.
- 2) Otro, basado en la producción autónoma artesanal y agropecuaria, la manufactura y exportación de materias primas y bienes terminados localmente, y el uso de la mano de obra indígena.

La existencia de ambos submodos de vida no ha sido reconocida hasta ahora por la historia oficial, cuya visión histórica se fundamenta casi exclusivamente en la historia documental. Para demostrar fehacientemente nuestra concepción transdisciplinaria de la historia y la arqueología, tanto Iraida Vargas Arenas como el que suscribe hemos producido dos volúmenes sobre la historia general de Venezuela con base en las nociones producidas tanto por la arqueología social como por la historia documental, cuya visión histórica comienza hacia 14.000 años antes del presente y finaliza en el momento actual. Ello demuestra igualmente que la historia es un proceso continuo, sin fracturas, cuya interpretación veraz requiere del concurso de diversas disciplinas científicas sociales.

Podríamos proponer, como conclusión de nuestras investigaciones, que los conceptos de *subdesarrollo* y de *atraso*, considerados por muchos científicos sociales como componentes estructurales de los países del “Tercer Mundo”, son más bien una condición necesariamente impuesta por el capitalismo para el mantenimiento de la relación desigual de la explotación colonial, los cuales sólo benefician a los países del “Primer Mundo”. No estamos tratando de descubrir lo que todo el mundo ya sabe, sino tratando de documentar el aserto con hechos que contribuyen a una explicación alternativa del proceso histórico que concluye en el presente con la Revolución Bolivariana y la génesis de la Venezuela socialista.

Fuentes consultadas

Arcila Farías, Eduardo (1983). *Hacienda y comercio de Venezuela en el siglo XVI*. Serie Proyecto Hacienda Pública Colonial Venezolana. Vol. II. Banco Central de Venezuela. Vol. XIX. Caracas.

- Arellano Moreno, A. (1950). *Fuentes para la historia colonial de Venezuela (siglo XVI)*. Comité Ejecutivo. Tercera Conferencia Interamericana de Agricultura. Caracas.
- Braudel, Fernand (1992). *The Wheels of Commerce. Civilization & Capitalism. 16th-18th Century*. Vol. 2. Berkeley and Los Angeles. University of California Press.
- Britto García, Luis (1988). *Demonios del mar. Piratas y corsarios en Venezuela. 1528-1727*. Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela. Fundación Francisco Herrera Luque. Fundación Banco Mercantil. Caracas.
- Carrocera, Fray B. (1979). *Misión de los capuchinos en Guayana*. Vol. 1. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. N.º 139. Caracas.
- Cauxi Consultores (1999). *Arqueología de Santo Tomé de Guayana*. Informe Final. Proyecto Arqueológico Guayana. CVG-Electrificación del Caroní Edelca. ms. Biblioteca Edelca.
- Cunill Grau, Pedro (1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. 3 tomos. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- Fourier, Charles (1963). Le Phalanstère. En: *Ecrits sur le socialisme*: 63-75. Editions Seghers. París.
- Gasparini, Graziano (1991). *Formación urbana de Venezuela. Siglo XVI*. Armitano. Serie Encuentro. Caracas.
- Marx, Carlos (1946). *El Capital I: Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica. México.
- Marx, Carlos y Federico Engels (1982). *La ideología alemana*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana.

Paz, Carmen (2000). *La sociedad wayúu en el siglo XIX*. Tesis de Maestría. Biblioteca del Centro de Posgrado en Historia. Universidad del Zulia.

Quijano, Maria Elisa, Nereida Petit Leal, Eduardo Pineda Paz (2008). Lecturas desde la arquitectura. Los orígenes de Maracaibo. La estructura física espacial de Nueva Zamora de Maracaibo. Siglos XVI-XVIII. En: *Maracaibo: de las sociedades originarias a la ciudad hispana. Lecturas interdisciplinarias*: 151-187. Compiladoras: Arlene Urdaneta Quintero e Ileana Parra Grazzina. Universidad del Zulia. Vicerrectorado Académico. Sistema de Servicios Bibliotecarios y de Información (Serbiluz). Biblioteca Central "Gral. Rafael Urdaneta". Maracaibo.

Sanoja, Mario (1988). La sociedad indígena venezolana entre los siglos XVII y XIX. En: *Venezuela en los años del general Urdaneta*: 91-111. Comité Organizador del Bicentenario del Natalicio del General Rafael Urdaneta. Italgráfica. Caracas.

— (1998). Arqueología del capitalismo. Estudio de casos: Santo Tomé de Guayana. *Tierra Firme*. Vol. XVI, 637-660. Caracas.

— (2007). *Memorias para la integración. Ensayo sobre la diversidad de la unidad histórica y el futuro político de Sudamérica y el Caribe*. Monte Ávila Editores Latinoamericana y Petróleos de Venezuela (Pdvsa), 2.ª edición.

— (2011). *Historia sociocultural de la economía venezolana*. Banco Central de Venezuela. Caracas.

Sanoja, Mario e Iraidá Vargas Arenas (1992). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3.ª edición. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

— (2002). *El agua y el poder. Caracas y la formación del Estado colonial caraqueño*. Colección Ediciones Especiales. Banco Central de Venezuela. Caracas.

— (2005). *Las edades de Guayana. Arqueología de una quimera. Santo Tomé y las misiones capuchinas catalanas: 1595-1817*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

— (2008). Lecturas desde la arqueología. La región geohistórica del noroeste de Venezuela y el poblamiento antiguo de la cuenca del lago de Maracaibo. En: *Maracaibo: de las sociedades originarias a la ciudad hispana. Lecturas interdisciplinarias: 17-73*. Compiladoras: Arlene Urdaneta Quintero e Ileana Parra Grazzina. Universidad del Zulia. Vicerrectorado Académico. Sistema de Servicios Bibliotecarios y de Información (Serbiluz). Biblioteca Central “Gral. Rafael Urdaneta”. Maracaibo.

Sanoja, Mario, Iraida Vargas Arenas, G. Alvarado, M. Montilla (1998). *Arqueología de Caracas. Escuela de Música José Ángel Lamas*. Tomo I. Col. Estudios, Monografías y Ensayos, N.º 177. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas.

Urdaneta Quintero, Arlene, Ileana Parra Grazzina, Germán Cardozo Galué, Maxula Atencio Ramírez (2008). Lecturas desde la historia. Los orígenes de Maracaibo en los cronistas de Indias. En: *Maracaibo: de las sociedades originarias a la ciudad hispana. Lecturas interdisciplinarias: 85-143*. Compiladoras: Arlene Urdaneta Quintero e Ileana Parra Grazzina. Universidad del Zulia. Vicerrectorado Académico. Sistema de Servicios Bibliotecarios y de Información (Serbiluz). Biblioteca Central “Gral. Rafael Urdaneta”. Maracaibo.

Vargas Arenas, Iraida (1995). The Perception of History and Archeology in Latin America. En: *Making Alternative Histories: The Practice of Archeology and History in non Western Settings: 47-68*. Eds. Peter R, Schdmidt y Thomas Patterson. School of American Research. Advanced Seminar Series. Santa Fe. New Mexico.

— (1998). Modos de vida y modos de trabajo: conceptos centrales de la arqueología social. Su aplicación en el estudio de algunos procesos de la historia de Venezuela. *Tierra Firme: 661-686*. Año 16. Vol. XVI. Caracas.

Vargas Arenas, Iraida, Mario Sanoja, Gabriela Alvarado y Milene Montilla (1998). *Arqueología de Caracas: San Pablo, Teatro Municipal*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Serie Estudios, Monografías y Ensayos, N.º 178. Caracas.

Vargas Arenas, Iraida y Mario Sanoja (2013). *Historia, identidad y poder*. 3.ª edición. Caracas. Editorial Galac.

Wallerstein, I. (1974). *The Modern World System, Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*. Academic Press. New York.

— (1998). *Después del liberalismo*. Siglo XXI Editores. Madrid y México.

Watson, L. C. (1968). *Guajiro Personality and Urbanization*. Latin American Center. University of California. UCLA.

LA BASURA DE BOLÍVAR: UNA ARQUEOLOGÍA EVOCATIVA DE LOS TIEMPOS BOLIVARIANOS

Rodrigo Navarrete Sánchez

Fecha de entrega: 05 de marzo de 2014
Fecha de aceptación: 31 de marzo de 2014

Resumen

La arqueología, disciplina dedicada a entender el pasado humano, debido a su objeto de estudio particular —restos materiales de sociedades pre-téritas—, se ha concentrado en estudiar los grupos en su vida cotidiana. Por su lado, también por su tradición y por su fuente —documentos históricos escritos por protagonistas, testigos o intérpretes de eventos —, la historia tradicional se centra en reconstruir procesos históricos asociados con coyunturas específicas o personajes reconocidos. Por lo tanto, un diálogo teórico-metodológico entre ambas perspectivas que admita la interacción entre evento y devenir, colectivo e individuo, posibilitaría un transversalidad integral y contextual entre las fuentes de información de ambos saberes. El objeto, para el arqueólogo, al formar parte del contexto de vida y experiencia individual, no sólo refleja una época y una producción cultural sino que, además, juega un papel activo en la transmisión, continuidad y transformación de los valores culturales y simbólicos de dicha sociedad. El sujeto fue producto y actor de su momento histórico y estuvo embebido durante su vida en los órdenes artefactuales y simbólicos de su tiempo. Por tanto, una arqueología asociada a la figura de Bolívar no rescataría al personaje como individuo pero sí permitiría comprenderlo como agente social. El programa que postulamos lo trasciende y así se concibe como una interpretación arqueológica evocativa de la vida cotidiana en la Venezuela de principios del siglo XIX mediante el estudio de monumentos y artefactos asociados a la vida de Simón Bolívar. Nuestra propuesta se centró en la recopilación y rescate de evidencias materiales, documentos históricos y narrativas orales actuales integradas sobre su vida para así

restituir al personaje en la conciencia simbólica y política del venezolano y, de ese modo, hacer político y personal el discurso sobre el pasado en el presente.

Palabras claves: Arqueología, Simón Bolívar, Venezuela, restos materiales

Abstract

Archaeology, a discipline devoted to understand human past, due to its particular study object —material remains of past societies—, has focused in studying groups daily life. On the other side, also due to its tradition and source —historic documents written by protagonists, witness or interpreters of the events—, traditional history centered on reconstructing historic processes associated to specific conjunctures or well know characters. Therefore, a theoretical and methodological dialogue between both perspectives that embraces the interaction between event and process, collective and individual, could allow an integral and contextual transversality among information sources of both knowledges. The object, for the archaeologist, since is part of the individual life and experience context, does not only reflects a period and a cultural production but, also plays an active role in the transmission, continuity and transformation of the cultural and symbolic values of that society. The subject was a product and an actor of its historic moment and it was insert during its life in the artifact and symbolic orders of its times. Thus, an archaeology associated to the figure of Bolívar would not rescue the character individual but understand him as a social agent. The proposed program transcends him and it is conceived as an archaeological evocative interpretation in Venezuela at the beginnings of nineteenth century throughout the study of de monuments and artifacts associated to Simón Bolívar life. Our propose centered in the compilation and rescue integrated material evidences, historic documents and current oral narratives about his life in order restore the character in Venezuelan symbolic and political conscience and, in this way, makes political and personal the discourse about the past in the present.

Keywords: Archeology, Simón Bolívar, Venezuela, remnants

Fragmentos que narran historia: Objetos para interpretar la etapa bolivariana

La arqueología, disciplina dedicada a entender el pasado humano, debido a su campo epistemológico y objeto de estudio particular —restos materiales de sociedades pretéritas—, se ha concentrado básicamente en estudiar los grupos sociales en su vida cotidiana. Por su lado, también por su demarcación epistemológica como por su fuente —documentos históricos escritos por protagonistas, testigos o intérpretes de eventos específicos—, la historia tradicional se ha centrado en reconstruir procesos históricos asociados con eventos o coyunturas específicas e individuos o personajes reconocidos. Por lo tanto, un diálogo teórico y un tejido metodológico entre ambas perspectivas que admita la interacción interpretativa, estructura y coyuntura, evento y devenir, colectivo e individuo, posibilitaría un método interdisciplinario integral y contextual entre las fuentes de información de ambos saberes. La llamada *arqueología histórica*, línea que se encarga de estudiar sociedades dentro de la esfera occidental europea, precisamente intenta entender a través de los restos materiales el período colonial o republicano en América (Ferguson 1977).

Una arqueología contextual, según Hodder (1988), supone varios niveles analíticos de interrelación física y funcional entre las variables que permitirían ir del objeto a la sociedad y de allí a la valoración social del pasado en el presente. Primero, la relación espacial y funcional entre artefactos y elementos ecofactuales y naturales que componen e inciden significativamente en el registro arqueológico. Segundo, las variables de carácter cultural comunal, regional o interregional que, por dinámicas internas del grupo o externas por su interacción con otros, afectan sus particularidades. Tercero, tenemos las interpretaciones que sobre el momento o proceso histórico hacen los teóricos sociales desde el campo académico —incluso la nuestra—. Cuarto y final, el contexto simbólico, cultural y político de producción del conocimiento histórico, que involucra necesidades colectivas y al arqueólogo como agente social productor de una visión del pasado en el presente.

Viviendo con Bolívar: El Libertador y su época a través de los objetos

Postulamos aquí una arqueología de los individuos en sus contextos vivenciales (Meskell 1999). El objeto, para el arqueólogo, al formar parte del contexto de vida y experiencia de los individuos, no sólo refleja una época y una producción cultural sino que, además, juega un papel activo en la transmisión, continuidad y transformación de los valores culturales y simbólicos de dicha sociedad (Kingery 1996). Pero intentar acceder al individuo mismo a través del estudio arqueológico, si no imposible, sería una ardua e incluso inútil tarea que sólo es posible en excepciones donde el ámbito vivencial y funerario individual presenta condiciones únicas de restricción espacial, integridad e identificación directa como ciertas tumbas egipcias (Meskell 2001). Sin embargo, el individuo fue producto y a la vez actor de su momento histórico y se encontró a lo largo de su vida embebido en los órdenes artefactuales y simbólicos de su tiempo. Así, como ser social, estuvo sujeto a las condiciones de su cultura y actuó en su continuidad o transformación. Por tanto, un proyecto arqueológico asociado a la figura de Bolívar no sería capaz de rescatar al personaje como individuo, pero puede comprenderlo como agente social. Más aún, el programa que postulamos lo trasciende y se puede concebir como una interpretación arqueológica evocativa de la vida cotidiana en la Venezuela de principios del siglo XIX mediante el estudio de monumentos y artefactos asociados a la vida de Simón Bolívar.

En consecuencia, la vida cotidiana del contexto bolivariano es central en esta historia interpretada. Los artefactos rescatados y sus relaciones contextual-funcionales ofrecen una visión más completa e integral de la Venezuela del momento bolivariano, aun cuando su percepción desde el presente no puede pretender ser idéntica a ese pasado temporalmente superado. Como alternativa, la arqueología puede jugar un rol evocativo al recurrir y usar los artefactos y sus contextos como metáforas de las actividades y concepciones pretéritas (Tilley 1999). Propusimos, así, crear una narrativa —afianzada por el dato sociocultural e historiográfico obtenido mediante procedimientos sistemáticos— que permita a audiencias del presente interactuar e identificarse con su pasado y así entender su herencia y vínculo con su sociedad nacional actual (Schmidt y Patterson 1995). En fin, una arqueología de Bolívar y su época procura que la sociedad venezolana

actual entienda al héroe dentro de su cotidianeidad, al prócer como actor social interactuando con las condiciones y contradicciones de su época, al ser humano que convivió con otros hombres y mujeres y que se formó y transformó en un contexto social específico. Al personaje nodal del momento independentista que fijó la base sociocultural de la nación que hoy somos.

Nuestra propuesta se centró en la recopilación y rescate de evidencias materiales, documentos históricos y narrativas orales actuales sobre la vida de Bolívar en un discurso integrativo que permitiera reconocer coincidencias y contradicciones entre distintas fuentes de información para restituir lo que representó y representa el personaje en la conciencia simbólica y política del venezolano y, así, hacer político y personal el discurso sobre el pasado en el presente. En principio, con un acercamiento prospectivo, se realizó un arqueo sistemático documental y oral de información asociada a los sitios y monumentos significativos durante su vida. Una ventaja al abordar un personaje histórico como Bolívar es que contamos con copiosos documentos que permiten rastrear su historia y vivencias. Por esto, la investigación arqueológica estuvo siempre acompañada de la investigación documental coordinada por los historiadores Enrique Nóbrega, Pedro Calzadilla y Luis Felipe Pellicer y asistida por Christopher Vargas, Eileen Bolívar, Reynaldo Díaz y Julio Madriz, quienes ofrecieron los insumos historiográficos necesarios para analizar los datos y montar el discurso histórico-arqueológico. Al igual, integramos la tradición oral, no siempre testimonial de hechos pretéritos, que la prominencia histórica de una persona de su calibre propicia, la cual no debe descartarse como parte de la conciencia mítica nacional, como el relato que supone el oculto nacimiento de Bolívar en Capaya —incluso de vientre esclavo— y su posterior traslado a Caracas al seno de una poderosa familia criolla. Esta información, central para la investigación histórica, no sólo es parte de la propia biografía bolivariana, sino también componente esencial del sistema simbólico asociado al personaje.

El arqueo documental inicial ofreció un listado preliminar de sitios bolivarianos formado por monumentos, edificaciones y lugares significativos para su vida y para la sociedad del período independentista. Luego seleccionamos los sitios emblemáticos, según criterios de disposición de información, relevancia biográfica bolivariana, estado de preservación de la estructura y disponibilidad de intervención, y se aplicaron las siguientes técnicas de recolección de información diferenciada: a) investigación

documental; b) disposición de colecciones e información arqueológica en sitios sujetos a intervenciones arqueológicas previas; c) prospección y excavación puntual de yacimientos claves, y d) recuperación de tradición oral. Los sitios fueron la Hacienda San Mateo o Ingenio Bolívar (San Mateo, estado Aragua), la Hacienda Los Palacios (Capaya, estado Miranda), la Casa San Isidro y el Antiguo Palacio Arzobispal (Ciudad Bolívar, estado Bolívar), la Casa El Balcón (Soledad, estado Anzoátegui y las Minas de Aroa (Aroa, estado Yaracuy).

Como todo proyecto arqueológico, los objetivos, modelos conceptuales, metodologías de investigación y técnicas de recopilación de datos dependieron del fin último que se daría al conocimiento producido. En este caso, el plan integral respondió a la necesidad de armar una exhibición, denominada *En los Tiempos de Bolívar: Una Evocación Arqueológica de la Vida Cotidiana durante la Época del Libertador*, inaugurada en la Cuadra Bolívar, Caracas, el 17/12/2006 por el Instituto del Patrimonio Cultural, por lo que la integración metodológica, musealización y puesta en uso social de datos materiales, documentales y orales y propuestas estuvo concatenada. A pesar de la relativa homogeneidad tecnológica de las estructuras y evidencias recuperadas, ciertas diferencias y materiales diagnósticos permitieron, junto con los documentos y la tradición oral, diferenciar funcionalmente las localidades y/o edificaciones.

La información de campo fue recuperada mediante procedimientos sistemáticos de recolección de evidencias, según las condiciones de los sitios y logísticas de equipo, siguiendo dos técnicas básicas: la recolección superficial y la excavación estratigráfica sistemática. Se reticularon o dividieron en sectores, áreas y subáreas los sitios en los que sus condiciones estructurales y la distribución espacial de evidencias respondían a un complejo articulado en segmentos de áreas de producción y actividad diferenciadas por el contexto sistémico pasado o por intervenciones, restauraciones o alteraciones posteriores. La recolección superficial correspondió al levantamiento de los artefactos culturalmente significativos distribuidos en la superficie del yacimiento. Igualmente, cuando las evidencias estructurales enterradas se mantenían en óptimas condiciones contextuales, en especial donde estuviesen a escasa profundidad, se desarrolló un decapado extensivo que descubriera la mayor extensión de su disposición y relaciones. Las excavaciones, según las posibilidades y necesidades de cada sitio, se realizaron en cuadrículas, de 1 x 1 m como prueba o de 2 x 2 m para cortes

contextuales, controladas por una estratigrafía métrica de 10 cm y siguiendo la estratigrafía natural o cultural existente. Al igual, se agregaron cuadrículas para formar trincheras de excavación cuando pudimos controlar la ubicación y relación contextual entre pozos, dependiendo de las condiciones de rescate de evidencias o de limpieza y seguimiento de estructuras.

En fin, la presentación, análisis e interpretación de las evidencias arqueológicas, documentos escritos y tradición oral que presentaremos a continuación, de hecho, entrelazan los datos extraídos de los procedimientos arqueológicos, la información suministrada por las fuentes históricas y las narraciones etnográficas y el discurso del guion museográfico en un discurso entre descripción sistemática y narrativa evocativa del período bolivariano, el cual abarca aproximadamente la naciente República de Venezuela entre 1770-1830.

Cocinar, comer y departir:

Usos y ajuares de cocina, mesa e higiene en San Mateo

En el sitio del Ingenio Bolívar, a pesar de formar una unidad productiva de caña de azúcar y sus derivados, la preeminencia de materiales asociados a actividades culinarias y domésticas —restos óseos animales, ollas y utensilios de cocina, vajillas y cubiertos, frascos de perfumes y medicinas, bacinillas y lebrillos— nos acercaron al contexto cotidiano de la alimentación, la higiene y la salud durante el período bolivariano. Sabemos que en 1593, Simón Bolívar (El Mozo) controlaba una encomienda de indios quiriquires en el valle del río Aragua, cerca del pueblo de San Mateo. En 1811, esta propiedad familiar pasó a manos de Simón Bolívar, donde produjo trigo y caña de azúcar —rubro central de nuestra economía en los siglos XVIII y XIX—, vivió momentos importantes durante su niñez y juventud, pasó estancias con su esposa y planificó sus campañas militares.

Nuestro análisis arqueológico y etnohistórico se inicia con la cerámica más directamente asociada a los usos culinarios y domésticos de la sociedad colonial venezolana desde sus orígenes para, luego, cronológicamente, profundizar en lo que caracterizó modos y estilos de vida más tardíos y relativos a las clases pudientes. La denominación de loza popular en Venezuela sirve, en general, para distinguir aquella destinada al uso de las clases bajas, aplicada a la loza poblana, española y nacional o local, manufacturada con arcillas rojas con superficies simples o vidriadas.

Comprende las de uso culinario como ollas para la cocina y platos y boles de servicio diario de mesa, lebrillos y frascos de botica. En ocasiones eran parte del comercio colonial, como el caso del navío Nuestra Señora del Pilar, que en 1756 zarpó de Veracruz a La Guaira y que despachó loza cruda y mayólica de Puebla y Jalapa (México), además de objetos de vidrio (Rivero 1989). Ausentes arqueológicamente debido a su materia prima, también se refiere el uso de platos de madera para alimentar tropas, esclavos y sectores sociales subalternos.

Las cerámicas en general comprenden distintos tipos de arcillas de alta plasticidad, las cuales, expuestas a altas temperaturas, adquieren dureza y resistencia. La tecnología cerámica en arcilla roja cocida ya existía en Suramérica desde al menos 3.000 años a.C. en diversas elaboradas formas culinarias y rituales, la que fue influida por tecnologías y materias primas europeas como el uso del torno y los esmaltes. Los artefactos para preparar alimentos colectados en el sitio fueron muchos y variados —contando con los producidos o procesados directa o indirectamente por el trapiche de San Mateo, como papelón, melaza, aguardiente, dulces, etcétera—. Entre los principales y más abundantes instrumentos de cocina están los boles y ollas —loza criolla que mezcla tecnología indígena y europea—, ahumadas y con manchas de cocción en su superficie externa por su constante exposición al fuego. Los abundantes fragmentos de ollas globulares de arcilla, recuperadas casi en su totalidad en un área de San Mateo referida como la zona de las barracas de los esclavos, evidenciarían el patrón espacial de actividades en las haciendas, en las que, durante el siglo XVIII, las cocinas estaban en un lugar ventilado y amplio fuera de la casa principal y cercana al área de trabajo de esclavos y sirvientes debido a que cocinaban en fogones de leña, lo que producía un hollín que impregnaba los espacios inmediatos (Duarte 2001). Gran variedad tecnológica de los utensilios de cocina descritos en los documentos, en especial los cerámicos, pudieron ser observados en el registro arqueológico (Rivero 1989).

Numerosos fragmentos de restos óseos zoológicos representaron también la dieta de la época, como grandes y pequeños mamíferos (bovinos, caprinos y porcinos), peces, aves de corral y animales de cacería (chigüire y lapa), que mostraban marcas de cortes rectos hechos con herramientas filosas o huellas de exposición al fuego. Según inventarios y referencias documentales, los alimentos más consumidos eran las aves (gallinas, pavos, pollos y patos), reses, cerdo y pescado, además de huevos de gallina

—constatado por la presencia estratigráfica de cáscaras en buen estado—, leche y queso, aderezados con sal, comino y otras especias, y acompañados con vegetales como plátanos, guisantes, berenjenas, arroz, caraotas negras, yuca, pan de trigo, derivados del maíz y dulces.

Luego, las alfarerías europeas en arcillas ventónicas, es decir, las mayólicas españolas e italianas, faenzas francesas y *Delft* holandesas, aparecen en el siglo XVIII en Venezuela. Un caso peculiar del uso de esta alfarería para Venezuela está asociado con el tabaco de Barinas, producto muy cotizado entre las élites europeas. Los alfareros de *Delft* elaboraron recipientes exclusivos para su almacenaje doméstico y comercial, que se generalizó para todo tipo de tabaco: grandes frascos tubulares con tapa que dicen *Varinas* o *Farinas* en vez del genérico *tabac* y representaban a un indio fumando pipa (Rivero 1989). La mayólica, tecnología de origen árabe que, a través de la influencia hispana, se expande en América, tuvo a México y Quito como los dos focos principales de producción y distribución del continente desde el siglo XVI. La de Puebla, predominante en los yacimientos venezolanos como los de este proyecto, se orientó a lo utilitario, mientras que la de Quito elaboró adornos, emulando ambas las de Sevilla y Talavera de la Reina en Toledo (España) (Rivero 1989).

Por su parte, en el siglo XVIII llegaron en las cargas de corsarios y contrabandistas lozas inglesas que fueron centrales en las actividades culinarias, reuniones sociales y eventos políticos. Estas semiporcelanas, típicas de la industria europea desde fines del siglo XVII, intentaron imitar con pasta caolínica las porcelanas chinas, mucho más compactas y brillantes al ser de caolín puro. Entre los tipos europeos exportados a América y al mundo globalmente durante la Primera Revolución Industrial, inicialmente desde Inglaterra y luego desde Holanda, Francia e Italia, se encuentran los denominados *Borde de Concha*, *Anular* y *Gaudy Dutch*, todas típicas del ajuar culinario del período bolivariano y presentes en nuestras colecciones. Las orientales, al contrario, eran muy escasas por su elevado costo.

Las vajillas, como conjunto combinado de platos y accesorios de mesa, eran escasas por su costo y accesibilidad para la época y sólo se elaboraban bajo encargo. Por esto, los convites en las casas de familia o estancias, encuentros sociales para conversar, escuchar música o degustar manjares, y de seguro discutir sobre política, presentaban oportunidades para alardear de las vajillas y porcelanas de la familia anfitriona y también de sus invitados, quienes aseguraban su prestigio social prestando sus

propios platos. La Cuadra Bolívar, propiedad de su familia en Caracas, escenificó reuniones y banquetes que sirvieron de telón para conspiraciones preindependentistas. Un caso notable de esta loza son las llamadas *porcelanas parlantes*, que presentaban la imagen, rúbrica o lema de algún líder, encargadas como propaganda política y forja de prestigio y poder de sujetos, como lo hizo Bolívar.

En nuestras excavaciones recolectamos semiporcelanas, principalmente de origen inglés, características de finales del siglo XVIII y principios del XIX, correspondientes a diversas variedades de manufacturas y estilos. Entre ellas, las tipologías más populares o diagnósticas fueron las denominadas *Borde de Concha (Shell Edged)*, con bordes festoneados esmaltados en azul o verde; las denominadas *Gaudy Dutch*, con motivos florales pintados a mano en combinaciones de negro y marrón para las ramas, verde para las hojas y vinotinto, azul o amarillo para las flores; las *Anullar Ware* en sus variedades en *Bandas, Marmolado, Moka, Gusanillo Digital* y *Ojo de Gato* con combinaciones de negro, marrón, pardo, mostaza, verde, azul cielo, gris y crema; las con motivos fitomorfos o geométricos impresos con plantilla o esponjilla en azul, vinotinto, amarillo o verde, y las variadísimas decoradas con impresión por transferencia en azul, negro, lila, verde, marrón y negro. También se presentan otros tipos minoritarios del período pintados a mano y muchas vajillas posteriores, en especial de fines del siglo XIX, como las *Hotel Ware*. Las valiosas porcelanas chinas, casi ausentes en nuestro caso, se importaron a México, debido al intenso comercio entre Acapulco y Manila durante el siglo XVIII, para distribuirse por todo el continente. Por su sentido suntuario y de prestigio, las adquirirían sólo escasas familias como la Bolívar y, con frecuencia, se remataban al morir el propietario (Rivero 1989).

Las semiporcelanas europeas —llamadas porcelanas aunque tecnológicamente distintas a las originales orientales— se incorporan masivamente a Venezuela en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando son reseñadas en inventarios comerciales. Los objetos de esta nueva materia prima fueron sustituyendo a las vasijas indígenas de barro en hogares de élite por su calidad y por su nexo simbólico con el prestigioso estilo de vida colonial. Las lozas extranjeras procedían por tres vías comerciales fundamentales desde España, México y Holanda, y también de Inglaterra, Portugal y Francia, mediante el contrabando que funcionó ininterrumpida y crecientemente durante toda la colonia (Rivero 1989). Otra potencial vía

intermediaria de penetración de las porcelanas hacia Venezuela fueron las Antillas inglesas, francesas, danesas y, en especial, holandesas. El contrabando surtía loza en Venezuela en los siglos XVI y XVII y competía contra el control aduanero real de la Compañía Guipuzcoana durante el siglo XVIII, mientras las llegadas por canales lícitos eran escasas ya que, además de la piratería y el contrabando, los barcos españoles traían mercancías peninsulares sin registro así como en los equipajes personales de viajeros eclesiásticos, militares y políticos (Rivero 1989).

En términos de las rutas comerciales oficiales, durante la segunda mitad del siglo XVIII, México compraba cacao a Venezuela y exportaba a nuestro territorio, entre otros productos, lozas de Puebla y de Jalapa. Solo en 1756 fueron exportados de Veracruz 1.668 docenas de lozas en más de 148 guacales y la mayoría de los registros de este período incluían habitualmente algún tipo de cerámica como mercancía para Venezuela. En ocasiones, las porcelanas compensaban el lastre por la pequeña cantidad de material exportado o importado (Rivero 1989). Luego, como dijimos, con la Revolución Industrial a fines de la colonia, el comercio venezolano de loza se surte en general de fábricas inglesas.

Según referencias, el consumo cerámico doméstico en la mesa criolla pudiente, aunque sencilla en sus componentes, era abundante en productos, muchos de manufactura local. (Rivero 1989). El sentido del lujo y refinamiento heredado por los criollos con la cultura borbona quería disputarles a los funcionarios españoles la hegemonía social mediante mesas, bufetes, porcelanas y lozas. De hecho, a fines del siglo XVIII aparecen los aparadores y vitrinas para lucir cristales, platería, lozas y porcelanas. En general, estas lozas y porcelanas se restringían al uso en la mesa, boticas, escribanías y ornamentos. Las escasas vajillas integradas adornaban las mesas y paredes con platos, bandejas, mancerinas, pocillos y soperas, mientras que la práctica de combinar platos y cubiertos era común en convites, como lo describe Rojas en una celebración en la Hacienda Blandín (Rojas 1999).

Simón Bolívar, gran anfitrión ilustrado, ordenó al menos tres vajillas para servicio de mesa, una de la fábrica de *Spode* decorada con *Geranium Border* y el escudo de la República de Colombia; otra *Spode* de porcelana blanca con bordes dorados, y una de *Herculanum* de Liverpool, con arabescos de guirnaldas de flores y óvalos con figuras humanas en azul, posiblemente fabricadas en la segunda o tercera década del siglo XIX.

Otro campo que podemos abordar indirectamente mediante el registro arqueológico son las actividades lúdicas que aliviaban la tensión social cotidiana y la crisis colonial. En San Mateo se rescató un grupo de fragmentos de semiporcelana inglesa redondeados por abrasión en forma circular, de unos 4 cm aproximadamente, que pudieron haber sido usadas como fichas de juego por esclavos o campesinos, práctica de reciclaje de materias primas y reutilización de artefactos común para grupos subalternos coloniales.

Un nuevo amanecer fresco, limpio y sano: Higiene y salud en sitios bolivarianos

El sentido social de la higiene y salud personal está también históricamente construido y, a su vez, construyó la vida cotidiana de las personas occidentales luego de que la Ilustración generó una nueva percepción del cuerpo. Así, en el día a día de Bolívar y sus coetáneos, objetos como el aguamanil y los utensilios de higiene y acicalamiento personal eran cruciales entre los enseres familiares. Como ya mencionamos, la mayólica, tecnología cerámica europea temprana heredada por España de la tradición morisca y luego transferida a Holanda e Italia, realizada con arcillas ventónicas y esmalte de plomo, entra a Venezuela desde inicios de la conquista. En los siglos XVIII y XIX, a pesar de sustituirse por semiporcelanas, continúa en uso para recipientes específicos como lebrillos.

Las precarias condiciones higiénicas públicas imperantes en nuestras ciudades coloniales sólo mejoraban en las casas de las familias principales ya que contaban con canales y tuberías de arcilla para la circulación del agua. Los frascos de medicina de mayólica para los botiquines muestran también la práctica de la medicina de la época, en la cual competían por su conocimiento y aplicación curanderos, dentistas, boticarios y los nacientes y poderosos médicos que originaron en el siglo XIX a nuestra medicina moderna. La medicalización de la vida cotidiana, consecuencia del desarrollo del pensamiento científicista moderno, nutrió el contexto americano con tradicionales estrategias preventivas y curativas incorporadas por los europeos, americanos y africanos. Las boticas, como lugares de interacción urbana, proliferaron en Caracas colonial. Los medicamentos se guardaban en tarros de Talavera de la Reina con motivos pintados y otros criollos vidriados en amarillo y en verde. En nuestras

excavaciones fueron recolectados fragmentos de las tipologías de recipientes de medicinas descritos en esta referencia.

Entre los artefactos asociados, hallamos en las excavaciones, especialmente en San Mateo por su carácter de unidad doméstica-productiva, una serie de piezas de mayólica, características del período colonial tardío, correspondientes a tipologías como lebrillos con motivos verde-azul y marrón, característicos de Teruel-Muel (España); fragmentos de *Delft* holandés con motivos florales, posibles faenzas italianas con motivos florales, talaveras mexicanas y otros no identificados; fragmentos de frascos de botiquín de medicina con esmaltado amarillo, y fragmentos de arcillas vidriadas y porcelanizadas. Otros utensilios muy solicitados, asociados con la higiene personal, eran las bacinillas tanto de peltre como de loza.

Un barco de comida:

El comercio de productos importados desde Angostura

Para abordar el ámbito comercial y político, nos centramos en los datos aportados por las recolecciones y excavaciones realizadas en el área de la antigua Angostura del Orinoco, escenario de importantes eventos políticos, en la Casa de San Isidro, estancia de descanso de Bolívar en Angostura y lugar de redacción del *Discurso de Angostura* que integró la Gran Colombia; el Antiguo Palacio Arzobispal, sitio de la catedral colonial bolivariense y la Casa El Balcón en Soledad, en la otra banda del río, posible lugar de posada del Libertador.

Uno de los primeros y más directos efectos de la presencia europea en América fue la transformación en las materias primas y sistemas de preparación de alimentos en ambas direcciones ultramarinas, generando un dinámico sistema de intercambio comercial. De hecho, la producción agrícola en la Venezuela colonial constituía el principal rubro de la economía nacional, tanto para el consumo interno como para la exportación. Así, el cacao y la caña de azúcar como productos principales se combinaban con otros vegetales comestibles como yuca, trigo, plátanos, guisantes, berenjenas, arroz, caraotas negras, papa, tomate y, por supuesto, maíz. La mayoría de los productos importados, y algunos nacionales, requerían recipientes que favorecieran su mantenimiento o maceración. Entre los artefactos más comunes para transportar estos bienes en los barcos, medios idóneos para este propósito debido a su costo y versatilidad fabricados casi todos en España y México, se cuentan guacales para productos secos;

barriles para mercancías húmedas; oliveras, botellas y otros recipientes de vidrio para los líquidos, y baúles para bienes suntuarios y textiles. En San Mateo rescatamos las cintas o cinturones de hierro que sostenían y reforzaban la estructura de los barriles de madera.

Las oliveras son claves en nuestro registro arqueológico, en especial en las haciendas San Mateo y Palacios, por su multifuncionalidad como contenedores comerciales, recipientes culinarios, almacenadores de agua, objetos decorativos en soleras, rellenos en estructuras arquitectónicas y lastres en barcos que volvían a Europa con escasa mercancía. Sus tipos forman una serie de grandes botijas de arcilla torneada y cubiertas en su interior y bordes con vidriados amarillo-verdosos impermeabilizantes, usadas para transportar líquidos y alimentos húmedos de Europa a América como vino, aceite de comer y de quemar, aceitunas, alcaparras, pasas y otros. Además de los variadas bocas y cuerpos de oliveras, también se recuperaron otras piezas culinarias de boles, lebrillos, jarras y botellas culinarias de arcilla torneada, vidriadas internamente en tonos de melados, castaños, marrones, amarillos, oliva y negro.

El vidrio, producto de la fundición de arenas cristalinas o silicatos a altas temperaturas, originario del Antiguo Egipto, es una materia prima muy versátil, transparente, impermeable, flexible y refractaria, que se convirtió en una de las más utilizadas para la época. En las excavaciones, fue uno de los materiales más abundantes y variados en tecnologías y tipologías, tipificadas en su mayor parte de los sitios por la abundancia de fragmentos de botellas tubulares, para vinos u otros licores, de fondo truncado o cónico en distintos tonos de verde oscuro realizadas por el método de soplado y jalado en molde de madera con boca aplicada, de posible origen inglés u holandés. Además, son frecuentes los fondos de botellas europeas correspondientes a los cuerpos anteriores, de origen inglés, holandés y español, elaboradas con técnica de soplado y jalado con formas cónicas, truncadas o de pináculo. Sin embargo, así como las botellas de licores no siempre eran manufacturadas en vidrio, tampoco todas las botellas se usaban para almacenar alcoholes ni todos los fragmentos de vidrios corresponderían a botellas. Hallamos también una amplia gama de fragmentos de botellas de gres para cerveza de jengibre, posiblemente inglesa u holandesa, tubulares, torneadas y de cuello restringido corto y base plana con vidriado castaño externo.

De la misma manera, las bocas de botellas y frascos medicinales rescatados en las excavaciones, en distintos colores de vidrio, de origen inglés, holandés y español, con variados acabados como aplanado o aplicado labial o sublabial, certifican la existencia de un amplio mercado de productos líquidos medicinales o cosméticos con el auge del cuidado personal —y los hospitales— para la segunda mitad del siglo XVIII, además de instrumentos médicos, ventanas, espejos, elementos decorativos y globos de iluminación (Rivero 1989). Entre los artefactos de vidrio, los diversos frascos de medicinas, esencias y perfumes eran usados con frecuencia para marcar estatus en una competitiva sociedad.

La moneda como valor de cambio jugaba un papel central en la transacción y adquisición de productos en los mercados de las ciudades, centros primordiales de intercambio de bienes nacionales e importados en la vida cotidiana de las ciudades y pueblos del período bolivariano. A partir del siglo XVII y hasta finales del período colonial, la economía se apoyaba en el intercambio y valuación de las macuquinas, intercambiadas también por cacao. En nuestras excavaciones en San Isidro rescatamos dos monedas de cobre coloniales utilizadas durante el siglo XVIII, una de $\frac{1}{4}$ de real de peso de la Provincia de Guayana, acuñada posiblemente en 1813, y otra no identificada (Stohr 1988).

Nacer entre grandes cacaos:

Arqueología de una hacienda en Capaya, Barlovento

El tema de la tecnología agrícola se desarrolló a partir de los datos de la Hacienda Palacios, cercana a Capaya (estado Miranda), la cual perteneció a don Feliciano Palacios, abuelo materno del Libertador. La familia Palacios formó parte de la élite criolla colonial, consolidada en el siglo XVIII a partir de sus propiedades —haciendas y comercios— y su control político sobre el Cabildo. La consagración del capitalismo en América mediante la consolidación y circulación de la moneda local arrastró problemas como el de la seguridad de los ciudadanos y la protección sobre sus bienes. De hecho, son constantes y cada vez más frecuentes las referencias a hurtos en el mercado y la persecución y vigilancia sobre la economía informal callejera representada como fuente de perturbación (Rivero 1989: 36).

El sistema de cultivo en la Venezuela colonial continuó las pautas del cultivo de la roza y la quema, o conuco, utilizado por los pobladores prehispánicos. Durante el siglo XVIII, el cacao fue el producto de mayor exportación y constituyó la fuente de riqueza de la élite venezolana; la mayor parte iba al puerto de Veracruz en México, donde era cancelado con plata y oro amonedado. Sin embargo, la introducción de instrumentos de metal importados proporcionó una tecnología más eficaz para la producción extensiva —maíz, trigo, caña de azúcar, cacao y café— como lo atestiguan las herramientas agrícolas halladas en las excavaciones. Entre los principales instrumentos metálicos para el trabajo agrícola rescatados en la Hacienda Palacios tenemos machetes, chícuras, hachas, azadas y jalones, los últimos para extraer frutos, como el cacao, de las ramas más altas.

Los objetos de metal, material utilizado desde la Edad del Bronce en Europa y Medio Oriente *circa* 4500 a 2500 años a.C. y por las culturas nucleares andinas y mesoamericanas desde al menos 2.000 años a.C., son unos de los más abundantes en nuestro registro arqueológico. Sin embargo, también son de los más difíciles de determinar funcionalmente debido a su variedad y corrosión aunque, por su dureza, moldeabilidad y resistencia, quizás se asociaban a funciones constructivas o de seguridad que permitían mantener no sólo las estructuras físicas sino también las de diferenciación social. Con el auge urbano de Caracas y otras poblaciones en el siglo XVIII, aumentó el uso de materiales constructivos como cal, arena, piedras, adobes, adoquines, ladrillos, maderas, caña amarga, tejas y clavos, de los que obtuvimos abundantes y variados ejemplos en las excavaciones. La nueva solidez constructiva reforzó valores sociopolíticos excluyentes coloniales, distinguiendo público de privado entre los que tenían algo que proteger bajo llave y cerradura y los que no tenían casi nada de valor. Al igual, no sólo se fundieron instrumentos metálicos agrícolas sino objetos arquitectónicos y constructivos (clavos, goznes, cerrojos, llaves, alambres, etcétera), culinarios (calderos, pesas, cubiertos) o de reforzamiento de piezas como barriles y ruedas de carreta. Los más preciados como el bronce, la plata y el oro —muchos robados a los indígenas americanos—, sirvieron para producir objetos litúrgicos, comerciales, religiosos, decorativos o de ornamento personal.

Los sistemas constructivos venezolanos de la época representaron adaptaciones eficaces de la arquitectura mediterránea ibérica al ambiente y materiales locales, lo que implicó la continuidad de la arquitectura de barro

como el bahareque y las tapias y la producción de materiales de construcción de arcilla roja en fábricas llamadas *tejerías*. Las tejas de tipo andaluz (largas y curvas), los ladrillos rectangulares, las baldosas cuadradas o hexagonales, fueron utilizadas para la fabricación con argamasa y tapia de las casas principales, mientras que los más desposeídos siguieron usando tecnologías de barro crudo como el bahareque. En nuestras excavaciones rescatamos muestras de baldosas cuadradas, baldosas de perfil sinuoso, ladrillos de pilar, ladrillos rectangulares, tejas andaluzas o de pierna, argamasa y bahareque. En varios sectores de la Hacienda Palacios estaban aun directamente asociados con la estructura original, formando interesantes diseños y tipologías de pisos y empedrados que definían distintas áreas habitacionales y/o productivas.

La hacienda constituyó una forma crucial de organización de la producción durante la colonia. Con el auge económico del siglo XVIII, apoyado en el comercio del cacao, la extensión de terrenos y haciendas en tierras barloventñas se incrementó. Los Palacios, Bolívar, Tovar, Uribe y Rodríguez del Toro fueron dueños de ricas haciendas cacaoteras en Barlovento, vigiladas y controladas por administradores y mayordomos del trabajo esclavo. Las casas de campo reproducían y simplificaban en general la planta urbana y contaban con sala, alcoba principal y al menos dos para invitados, zaguán, comedor, patio interno rodeado por soleras, caballeriza, despensa, patio y corral. Los sirvientes y esclavos negros o indígenas —la servidumbre en el campo era mayor ya que el trabajo doméstico y el trabajo de campo requerían de dos tipos de trabajadores que no vivían en la casa principal sino en bohíos—, eran separados por sexos y tenían cocina aparte y un orden artefactual muy reducido, como ollas de barro, hachas, machetes, arcos y flechas (Duarte 2001).

Cobre (y tabaco) para la independencia: Exploración arqueológica en minas de Aroa

El avance industrial y la modernización entraron simultáneamente a Venezuela como consecuencia de un proceso de modernización de la vida cotidiana, de la economía política y del orden social, impulsado por los Borbones en España y sus colonias, desde la segunda mitad del siglo XVIII. En el caso específico de la estirpe bolivariana, las minas de cobre de Aroa (estado Yaracuy) representaron para Bolívar una fuente de estabilidad

material para dejar las responsabilidades públicas y una aventura modernizante y mercantil como agente en una economía política global en crisis. Aunque quizás Bolívar nunca fue a las minas, su potencial económico representó la causa para que fueran el último y único bien material que conservara hasta el final de su vida. En Aroa se fundieron muchos artículos distribuidos y vendidos en la propia gobernación —campanas, campanillas para misas y altares; cinchas, estribos para montar, grandes pailas para la fabricación de azúcar y papelón, pernos, clavos y otros objetos—. Sin embargo, durante dos intensivas campañas de prospección en su área industrial colonial, no detectamos evidencias superficiales que permitieran delimitar la cronología del sitio ni establecer una estrategia arqueológica más intensiva.

Uno de los rubros económicos agrícolas e industriales que formó parte del auge de la economía de este período, y que se cultivó en zonas como la de Aroa, fue el tabaco. Su consumo se asoció con ciertas prácticas y grupos sociales que participaban del período independentista, ocasionalmente en lugares de intercambio y debate de ideas como tabernas y casas de descanso. Las pipas de la época, representadas por los fragmentos hallados en las excavaciones de San Mateo y Casa El Balcón, eran elaboradas en gres crema sin esmaltar y presentaban una pequeña cazoleta en forma de tulipán y un largo y fino canutillo, levemente arqueado, frecuentemente decorado con delicadas impresiones lineales o de sellos que permitían la personalización del artefacto. Inicialmente reconocidas como pipas holandesas, fueron luego también producidas en Inglaterra y Alemania e importadas a América. Estas coexistieron con otras pipas de influencia indígena o africana que se elaboraban en arcillas rojas o maderas.

Del otro lado, la Guerra de Independencia representó otro de los hitos en el que la tecnología y la industrialización, así como la modernización de las ideas, tuvieron una mayor incidencia. Con Bolívar a la cabeza político-militar de la campaña, la trama social, y los objetos, fueron partícipes de estas acciones y discursos que nos llevaron a lo que somos hoy como República. Uno de los artefactos armamentistas más característicos encontrados en las excavaciones son las piedras de chispa, fragmentos de pedernal color crema o marrón, cuadrangulares, trabajadas por percusión. La elaboración de instrumentos pulidos alrededor de 7.000 a.C., como las piedras de moler, continuaron formando parte del instrumental culinario de las casas coloniales y republicanas venezolanas.

Sin embargo, las piedras de chispa no siguieron esta tradición ya que, al asociarse a las armas importadas desde Europa como arcabuces y fusiles que las requerían para su ejecución, provenían desde allá como accesorio integrado a la venta del equipo.

La vestimenta, necesidad funcional y social de toda cultura, varía según las diversas tradiciones que se entrecruzan en su origen cultural, la distribución comercial de materias primas, las tecnologías de manufactura, los usos y modas estéticas del momento y la composición socioeconómica de la estructura política. En la Venezuela del período bolivariano podemos encontrar, a través de los escasos artefactos que se conservan arqueológicamente, pero también a través de documentos textuales y gráficos de la época, una interesante conjunción de elementos adaptados de las diversas tradiciones culturales que conforman nuestra nacionalidad. El vestido patentiza una representación del poder y del dominio económico, sociocultural y simbólico que demarca, estratifica, divide, diferencia y se proyecta sobre los demás. Durante este período, mantuanos, españoles peninsulares, pardos, negros e indígenas lucían cotidianamente su posición social por medio de prendas y vestimentas permitidas y rigurosamente clasificadas por el aparato político y las costumbres heredadas.

Los botones de hueso excavados, algunos de cuatro ojetes con punto central y acanaladura circular y otros de dos ojetes con depresión central, y los de metal de cuatro ojetes y depresión central, forman parte de los pocos componentes no perecibles que perduran de las prendas. La escasez de este tipo de elementos y su carácter poco suntuario nos hace pensar que dichos accesorios eran muy valorados a pesar de que no representasen artefactos lujosos en su materia prima o su elaboración. La determinación del origen o sitio de manufactura de los objetos o accesorios asociados a la vestimenta encontrados en las excavaciones, como los botones de hueso y los ganchillos de metal, es difícil de dilucidar; sin embargo, considerando que las telas venían desde Europa, es posible pensar que también estos objetos venían de ese continente. En el caso de las cuentas de vidrio o mostacillas, las referencias sobre su origen e importación apuntan a la industria veneciana.

Las mujeres de la alta sociedad lucían elaboradas mantillas y tocados sostenidos con ganchillos y peinetas, en especial en ocasiones sociales públicas idóneas para la exhibición de atavíos como misas, convites y banquetes. Precisamente, un hallazgo excepcional fue una peineta de carey

con decoración incisa fitomorfa rellena con pintura dorada, hallada en la excavación de San Mateo. Entre los artefactos asociados con la elaboración de vestimenta se encontró en San Mateo un conjunto de fragmentos de dedales de metal, que da cuenta de la producción doméstica de algunas prendas como socialización y entrenamiento de las damas jóvenes de la sociedad colonial.

Esperamos que este texto —así como la previa exhibición producto de la investigación— puedan generar en individuos y colectivos reflexiones críticas sobre la vida cotidiana, ese día a día en que vivimos, interactuamos y desarrollamos actividades como comer, trabajar, pensar, comprar, sentir, en especial a partir de su directa asociación y constitución desde un mundo de objetos que nos rodean y que actúan y activan funciones dentro del sistema social. Mediante esta narrativa histórica concretada en artefactos, los ciudadanos de la sociedad venezolana actual podemos re-conocer — en el sentido de conocer otra vez o bajo otra mirada— al Bolívar humano que interactuó con otros hombres y mujeres y que se formó en un contexto social específico de situaciones y contradicciones históricas y biográficas cotidianas, quien protagonizó con sus extraordinarias condiciones intelectuales y políticas, junto a sus coetáneos, el proceso que sentó las bases políticas y socioculturales de la nación que somos hoy. En fin, postulamos desde la arqueología, como antropología histórica, que la evocación, ese recuerdo recreado y capaz de imaginar nuevas situaciones, puede ser una inflexión metodológica responsablemente sustentada sobre fuentes y técnicas informativas confiables y uno los recursos más efectivos con que contamos para identificarnos con lo que fuimos, somos y queremos ser: una nación bolivariana diversa, plural y democrática.

Fuentes consultadas

Acosta Saignes, Miguel (Comp.) (1981). *Antología de Simón Bolívar*. México, UNAM.

Amodio, Emanuele, Rodrigo Navarrete y Ana C. Rodríguez (1997). *El Camino de los Españoles. Aproximaciones históricas y arqueológicas al Camino Real Caracas - La Guaira en la época colonial*. Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.

- Artes de México (2002). *La Talavera de Puebla*. Artes de México 3.
- Artes de México y Museo Franz Mayer (2003). *Cerámica inglesa en México*. Artes de México. Colección Uso y Estilo 4.
- Bolívar, Simón (1976). *Escritos del Libertador*. Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela.
- Busaniche, José Luis (1981). *Bolívar visto por sus contemporáneos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Campos Menéndez, Enrique (1954). *Se llamaba Bolívar...* Santiago de Chile, Zig-Zag.
- Carrera Damas, Germán (1973). *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- Carrera, Jerónimo (Comp.) (1987). *Bolívar visto por los marxistas*. Caracas, Fondo Carlos Aponte.
- Cruxent, J. M. (1980). *Notas de Ceramología: algunas sugerencias sobre la práctica de la descripción de cerámicas arqueológicas de la época Indo-hispana*. Coro, Falcón. Cuadernos Falconianos N° 3, Ediciones UNEFM.
- Curtis, Sigrid (2002). *La alimentación en la ciudad de Caracas en la segunda mitad del siglo XVIII*. Trabajo final, Caracas, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela.
- Dávila, Enrique y Susana Gómez (Eds.) (1996). *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica. Memoria*. Oaxaca, CONACULTA-INAH.
- Deagan, Kathleen (1987). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Washington D.C., Smithsonian Institution Press.

- Domínguez, L. (1984). *Arqueología cubana colonial*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Duarte, Carlos L. (1997). *Aportes documentales a la historia de la arquitectura en Venezuela*. Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- (2001). *La vida cotidiana en Venezuela durante el período hispánico*. Caracas, Fundación Cisneros.
- Duarte, Carlos L. y María L. Fernández (1980). *La cerámica durante la época colonial venezolana*. Caracas, Armitano Editor.
- Ferguson, Leland (Ed.) (1977) *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*. Washington, The Society for Historical Archaeology.
- Fletcher, Edgard (1976). *Antique Bottles in Colour*. Poole, Blandford Press.
- Fundación Polar (1992). *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar.
- Gasparini, Graziano (1978). *Caracas colonial y guzmancista*. Caracas, Armitano Editor.
- (1985). *La arquitectura colonial en Venezuela*. Caracas, Armitano Editor.
- Goggin, John M. (1968). *Spanish Majolica in the New World*. New Haven, Yale University Press.
- Hodder, Ian (1988). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona, Crítica.
- Instituto del Patrimonio Cultural (1997a). *Catálogo de cerámica histórica. Glosario* (realizado por María Mercedes Monsalve). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.

- (1997b). *Catálogo de cerámica histórica. Recopilación documental* (realizado por María Mercedes Monsalve). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1997c). *Curso-Taller Identificación y Fechado de Cerámicas Coloniales* (instructora Kathleen Deagan). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1997d). *Curso-Taller Identificación y Fechado de Cerámicas Holandesas* (instructor Jay Haviser). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1998). *Catálogo de cerámica histórica. Compendio de términos técnicos sobre cerámica* (realizado por María Mercedes Monsalve). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1998a). *Catálogo de cerámica histórica. Parte III: Cerámicas holandesas de Delft; Parte IV: Cerámicas francesas o Faience y Parte V: Cerámica de Álcora, España* (realizado por María Mercedes Monsalve). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1998b). *Inventario de la colección de cerámica histórica del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Vols. 1 a 3* (realizado por María Mercedes Monsalve). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (1999). *Curso de Identificación y Fechado de Artefactos Coloniales* (instructora Kathleen Deagan). Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural.
- (2003). *Bolívar 1. Ciudad Bolívar en la angostura del Orinoco*. Cuadernos del Patrimonio Cultural, IPC, Caracas.
- (2006a). *Catálogo del Patrimonio Cultural 2004-2006. Región Centro Oriente. Estado Miranda. Municipio Acevedo*. Ministerio de la Cultura, Instituto del Patrimonio Cultural.

- (2006b). *Catálogo del Patrimonio Cultural 2004-2006. Región Orinoco. Estado Bolívar. Municipio Heres*. Ministerio de la Cultura, Instituto del Patrimonio Cultural.
- Kingery, David (Ed.) (1996). *Learning from Things. Method and Theory of Material Culture Studies*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Kovel, R y T. (1953). *Dictionary of Marks. Pottery and Porcelain*. New York, Crown Publisher.
- Kovel, R y T. (1986). *Kovel's New Dictionary of Marks*. New York, Crown Publisher.
- Lavrestski, I. (1982). *Simón Bolívar*. Moscú, Editorial Progreso.
- Leal, Ildelfonso (Comp.) (1980). *Ha muerto el Libertador. Homenaje de la Universidad Central de Venezuela en el sesquicentenario de su muerte*. Caracas, Ediciones del Rectorado de la UCV.
- Liévano Aguirre, Indalecio (1971). *Bolívar*. Medellín, Editorial La Oveja Negra.
- Lister, Florence y Robert Lister (1974). "Mayólica in Colonial Spanish America". *Historical Archaeology* 8:17-53.
- Meskel, Lynn (1999). *Archeologies of Social Life. Age, Sex, Class Etcétera in Ancient Egypt*. Oxford, Blackwell.
- Meskel, Lynn (2001). *Private Life in New Kingdom Egypt*. Princeton, Princeton University Press.
- Miller, George, Olive Jones, Lester Ross y Teresita Majewski (Comps.) (1991). *Approaches to Material Culture Research for Historical Archaeologists* Ann Arbor, The Society of Historical Archaeology.
- Newman, Harold (1977). *An Illustrated Dictionary of Glass*. London, Thames and Hudson.

- Noël Hume, Ivor (1969). *Historical Archaeology*. Nueva York, Alfred A. Knopf.
- (1970) *A Guide to the Artifacts of Colonial America*. Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Ocampo, E. (1994). *Diccionario de términos artísticos y arqueológicos*. España, Icaria Editorial.
- Orton, Clive, Paul Clive y Alan Vince (1993). *Pottery in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Oviedo Rojas, Raúl (Comp.) (1988). *La polémica sobre Simón Bolívar*. Caracas, Historia con “H”.
- Perú de Lacroix, L. (1976). *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del Libertador*. Caracas, Centauro.
- Rheinheimer Key, Hans (1986). *Topo. Historia de la colonia escocesa en las cercanías de Caracas, 1825-1827*. Caracas, Asociación Cultural Humboldt.
- Rice, Prudence (1987). *Pottery Analysis. A Sourcebook*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Rivas Rivas, José (Comp.) (1983). *Bolívar. Su vida, obra y pensamiento. Todo el Libertador para todos los pueblos de América*. Caracas, Fundación Cultural Venevisión.
- Rivero, Manuel Rafael (1989). *Lozas y porcelanas en Venezuela*. Caracas, Armitano Editor.
- Rodó, José Enrique (1950). *Bolívar*. Caracas, Lotería de Beneficencia Pública del Distrito Federal.
- Rodríguez, Manuel Alejandro (1980). *Bolívar en Guayana*. Caracas, Ejecutivo del Estado Bolívar.

- Rojas, Arístides (1999) *Crónica de Caracas*. Caracas, El Nacional.
- Rumazo González, Alfonso (1975). *Simón Bolívar (Biografía)*. Madrid, Editorial Mediterráneo.
- Rye, Owen (1981). *Pottery Technology. Principles and Reconstruction*. Washington, Taraxacum.
- Salas, Yolanda (1987). *Bolívar y la historia en la conciencia popular*. Caracas, Instituto de Altos Estudios de la América Latina de la Universidad Simón Bolívar.
- Salas, Yolanda (2002). *La criolla principal*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas (2002). "Visión histórica de la gastronomía y la culinaria en Venezuela". *Boletín Antropológico* 20(56): 753-774.
- Savage, George y Harold Newman (1974). *An Illustrated Dictionary of Ceramics*. Londres, Thames and Hudson.
- Schmidt, Meter y Thomas Patterson (Eds.) (1995) *Making Alternative Histories. The Practice of Archaeology and History in Non-Western Settings*. Santa Fe, School of American Research Press.
- Shepard, Anna (1956). *Ceramics for Archaeologist*. Washington D.C. Carnegie Institution.
- Sinopoli, Carla. (1991). *Approaches to Archaeological Ceramics*. Nueva York, Plenum Press.
- Subero, Efraín (1983). *Bolívar escritor*. Caracas, Cuadernos Lagoven.
- Tilley, Chistopher (1999). *Metaphor and Material Culture*. Oxford, Blackwell.

Vierma, Lilia (2006). *Informe de avance del Proyecto Arqueología Bolivariana. Recomendaciones y registro fotográfico*. Instituto del Patrimonio Cultural.

Rodrigo Navarrete Sánchez

FUNARI, Pedro Pablo y Andrés Zarankin (Comps.). *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina 1960-1980*. Córdoba (Argentina), Encuentro Grupo Editor - Universidad Nacional de Catamarca, 2006.

En general, la arqueología ha sido vista como un campo de saber neutral y, debido a su vinculación con las evidencias materiales de sociedades del pasado, absolutamente ajeno a los procesos políticos contemporáneos. Sin embargo, muy por el contrario, las interpretaciones arqueológicas del pasado no sólo se construyen desde el presente sino que están íntimamente imbricadas con las condiciones sociopolíticas, culturales y simbólicas de su contexto de producción actual. Así, la praxis de la arqueología supone la construcción de una serie de discursos y prácticas en el presente sobre la base del pasado para construir a futuro. Es decir, es política.

En el caso de la compilación del profesor de la Universidad Estadual de Campinas (Brasil), Pedro Pablo Funari, y del investigador del CONICET (Argentina) Andrés Zarankin, las conexiones e implicaciones son mucho más directas, al abordar desde la arqueología los contextos de represión y resistencia política de dos convulsionadas décadas (1960-1980) de la historia política latinoamericana. Así, demuestra cómo el método arqueológico y la antropología forense se han redimensionado para dar respuesta a temas como los derechos humanos y la justicia social develando la lógica material de la represión, denunciando el terrorismo de Estado y comprometiéndose con la construcción y permanencia de la memoria colectiva y la verdad.

Esta publicación reúne el trabajo de investigadores que expresamente rechazan el lugar de “investigadores neutros”. Al contrario, sus editores explicitan desde el inicio su compromiso político tanto en su rol de investigadores como en el de ciudadanos. Por nuestra parte, como lo hacen ellos, creemos que se debe dejar de lado una imposible neutralidad cuando se trata el terrorismo de Estado y sus secuelas, postura a la que muchas veces han pretendido recurrir importantes sectores sociales. No puede haber neutralidad académica ante un fenómeno como el terrorismo de Estado (p. 9).

Los nueve artículos compilados abordan las más variadas temáticas unificadas bajo el criterio de visibilizar e interpretar las prácticas de terror mantenidas por las dictaduras y supuestas democracias representativas de la época, así como las respuestas subalternas desde plataformas subalternas o clandestinas de resistencia. En primer lugar, el artículo de Roberto Rodríguez sintetiza minuciosamente los recursos teórico-metodológicos y técnicas aplicados, así como la historia de la búsqueda y localización de los restos del Che Guevara en Bolivia —ocultos por más de treinta años— por parte de un equipo de arqueólogos y antropólogos físicos. Por su parte, el texto de Luis Fonderbrider hace un balance del aporte conjunto de las dos especialidades antes mencionadas durante los últimos veinte años a partir del aporte y desafíos del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). En un tono similar, Pedro Pablo Funari y Nancy Vieira proponen el desarrollo de un proyecto arqueológico de rescate de los desaparecidos durante la dictadura militar brasilera a partir de una discusión epistemológica y categorial de lo que implica una arqueología del conflicto.

Desde visiones más teóricas, pero sin desdeñar su vinculación con los procesos políticos nacionales acaecidos durante este período, otro autor, Carl Henrik Langebeak, analiza sociológicamente las relaciones entre el marxismo y la comprensión del pasado prehispánico colombiano como constituyente del contexto académico y político de su nación durante el siglo XX. Alejandro Haber, por su cuenta, con el fin de promover una reflexión sobre los regímenes de verdad histórica en la arqueología y su influencia sobre nuestra mirada de la historia, vincula simbólicamente el genocidio y etnocidio producido por la invasión europea, y sus representaciones como conquista en el siglo XVI, con el exterminio sistemático desarrollado por las dictaduras militares latinoamericanas durante el siglo XX. De manera similar, José López Mazz discute no sólo el potencial y consecuencias del desarrollo de una arqueología del terrorismo de Estado en Uruguay (1971-1985) sino que incorpora la visibilización de las políticas del hecho histórico represor así como también la posibilidad de evidenciar situaciones de resistencia cotidiana en la materialidad de los centros de reclusión, tales como las fugas. De la misma manera, Andrés Zarankin y Claudio Niro examinan desde lo teórico y lo corporal la arquitectura y organización espacial en varios centros clandestinos de detención en Argentina como espacios en donde se materializa el lugar y la actuación de la técnica y el proceso represivo.

Finalmente, encontramos otros aportes que enfatizan lo metodológico y técnico, una vez más sin olvidar sus implicaciones teóricas y políticas. Rodrigo Navarrete y Ana María López exploran la aplicación de una perspectiva arqueológica para el registro e interpretación del imaginario carcelario mediante el estudio de las manifestaciones parietales —graffitis y otras expresiones figurativas y textuales incisas sobre paredes y muros— de los recintos del Cuartel San Carlos (Caracas, Venezuela), el cual sirvió como cárcel para presos políticos y comunes durante la mayor parte del siglo XX.

Rodrigo Navarrete

Navarrete, Rodrigo (Comp.). *Historias y culturas de la diversidad sexual*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2013.

Cuando se fundó CONTRANATURA, grupo de estudio del género y la diversidad sexual en 2003 en la Universidad Central de Venezuela, el desarrollo de sus sesiones de discusión y algunas de sus acciones de visibilización política provocaron ciertos aires de desconcierto, incomodidad e incluso de protesta en algunos sectores de esta comunidad académica. Para muchos/as, era incomprensible que un tema como la sexualidad, y especialmente la disidencia ante la heterosexualidad obligatoria, pudiera ser un tema de discusión teórica o metodológica en las aulas de nuestra respetable institución. Incluso, calificativos como *inconcebible*, *intolerable* o *irrespetuoso*, fueron esgrimidos abiertamente o subrepticamente por grupos conservadores que incluso amenazaban con recurrir a sanciones académico-administrativas. Algunos sectores más progresistas plantearon la posibilidad de abrir un espacio de “tolerancia” ante la diversidad sexual, a similitud de esas otras “zonas de tolerancia” racial o étnica, como cuando se habla de diversidad cultural. El caso es que para ese momento, más de una década atrás, pocos/as estaban lo suficientemente informados/as para reconocer que la actitud más razonable ante cualquier tipo de diversidad es el respeto. Más aún, si consideramos la diversidad sexual como la totalidad de los variados discursos y prácticas que los seres humanos asumen ante la sexualidad como construcción cultural que estructura identidades y comportamientos —el que a su vez, como todo sistema normativo, es resistido

y reestructurado—, sería obvio que todos formamos parte de la diversidad sin importar nuestra orientación sexual, identidad de género o prácticas sexuales.

Una década después, la situación nacional y global ha cambiado, aun cuando la discriminación y el rechazo ante las minorías sexuales continúen. El tema se ha incorporado a una buena parte de la academia latinoamericana y la lucha de las organizaciones que trabajan en pro de los derechos de las minorías sexuales, ha obtenido logros políticos y simbólicos en países como Uruguay, México, Colombia, Brasil o Argentina. En Venezuela, por su parte, aun cuando los grupos de la diversidad sexual no han logrado una plataforma de acción política sólida, pareciera que las condiciones del contexto político y simbólico están dadas para lograr avances en términos de respeto y justicia sexual.

En este contexto y a lo largo de este proceso, el grupo CONTRANATURA ha promovido frecuentes sesiones de discusión y estudio, ha organizado dos jornadas universitarias sobre género y diversidad sexual, ha creado y dirigido cátedras sobre el tema en distintas escuelas y facultades, tanto a nivel de pregrado como postgrado, ha implementado talleres en diversas instituciones y, especialmente, debido a su perfil de plataforma teórica para la formación política, ha participado en múltiples congresos, compilaciones y publicaciones. La obra que presentamos es uno de los más importantes resultados de esta experiencia.

La selección de los trabajos que forman esta compilación surge de las *Segundas Jornadas Universitarias sobre el Género y la Diversidad Sexual*, organizadas en la UCV en 2006 y representa una amplia gama de las temáticas abordadas durante ese evento. Abarca, de hecho, una diversidad de tópicos, fundamentos teóricos, abordajes metodológicos, campos simbólicos, posiciones políticas y reflexiones filosóficas, que hacen honor a un volumen dedicado precisamente a una diversidad, la sexual.

La compilación comprende diez artículos. En el primero, Antonio de Abreu analiza la importancia del vestir bien como marca de estatus masculino para muchos hombres que experimentaron los cambios políticos del fin de la colonia. Por su parte, Emanuele Amodio interpreta las representaciones de la sexualidad indígena durante la conquista como construcción estigmatizante, en especial, la construcción del imaginario del indio sodomita presentada y reproducida por los cronistas y conquistadores

coloniales. Luego, Eva Moreno se adentra en el tema del adulterio como causal de divorcio en el siglo XVIII y principios del XIX venezolanos como expresión de la hegemonía androcéntrica, expresada en las acciones jurídicas a favor de los hombres, pero, a su vez, las escasas posibilidades de inversión y subversión que daban cuenta de estrategias de resistencia subalterna. Carlos Gutiérrez, desde la teoría de la argumentación, ofrece un complejo análisis de las entrelazadas construcciones argumentativas vinculadas con el género y la sexualidad con el fin de insinuar ciertas consecuencias psicosociales de la práctica argumentativa en relación con el género. Con un carácter político muy crítico y denunciante, Marianela Tovar recoge la experiencia histórica de las organizaciones lésbicas en Venezuela y sus potencialidades y debilidades dentro del contexto político venezolano, el cual expresa permanente y cotidianamente las contradicciones políticas, culturales y simbólicas entre la resistencia ideología androcéntrica y patriarcal y los cambios hacia una ideología de respeto a la diversidad que aún no ha logrado frenar la discriminación hacia las lesbianas. Carlos Rivas registra el sentido y orientación de las redes de comunicación e interacción homosexuales masculinas en Caracas que, por lo general, generan vínculos soterrados o clandestinos entre la discoteca, el baño público y el sauna en el marco de una sociedad que califica como contradictoriamente conservadora. Jeyni González y Manuela Blanco abordan franca y abiertamente el delicado tema de la pornografía, ya no como un mercado del cuerpo o una práctica consumista deshumanizadora, sino más bien como un discurso simbólico que colinda con lo erótico y permite reconocer las interacciones entre estética y ética, como de hecho lo ha demostrado el arte contemporáneo y recientes análisis en antropología visual. Finalmente, Rodrigo Navarrete y María Lorena Salazar, con una metodología arqueológica homologable a la que se utiliza para el levantamiento de petroglifos, registran las visiones, imágenes y representaciones sexuales en algunos baños públicos de la Universidad Central de Venezuela a través del grafiti para analizar la forma en que legitiman o trasgreden los discursos y prácticas hegemónicos y de vigilancia así como se entrelazan con otros sistemas categoriales socialmente construidos como raza, clase, edad, etnia, religión y, especialmente, política.

En síntesis, consideramos que esta compilación representa un aporte único y fundamental para la discusión del tema del género y de la diversidad sexual dentro de un contexto editorial todavía escasamente interesado en el

tema, pero, a su vez, dentro de un contexto político propicio para comenzar a transformar estructuras androcéntricas y heterosexistas. Si los grupos que luchan por el respeto a la diversidad sexual no lo aprovechan, se estaría desperdiciando una oportunidad histórica irrepetible.

Javier J. Véliz

COLABORADORES**Alasdair Brooks**

Profesor e investigador de la Escuela de Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Leicester (Reino Unido). Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en sitios coloniales y republicanos en el Caribe.

Freisy González

freisygonzalez@gmail.com

Antropóloga (UCV, 2010). Asistente editorial y coordinadora iconográfica (2009-2011) de la revista *Memorias de Venezuela* del Centro Nacional de Historia. Actualmente cursa la Maestría en Etnología de la Universidad de Los Andes. Ha desarrollado investigaciones arqueológicas en sitios coloniales y republicanos en el área de Caracas.

Gladys Gordones

gordones@ula.ve

Antropóloga (UCV, 1991). Coordinadora e investigadora del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes desde 1992. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos orinoquenses, andinos y zulianos y en sitios coloniales y republicanos en el occidente venezolano.

Eduardo Herrera Malatesta

abraxas85@hotmail.com

Antropólogo (UCV, 1991). Maestría en Antropología, Centro de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) (2009). Maestría en SIG y Análisis Espacial en Arqueología de la Universidad de Londres (2011). Actualmente cursa estudios doctorales en la Universidad de Leiden (Holanda). Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos en las zonas centrocosteras y larenses y en sitios coloniales y republicanos en el oriente venezolano.

Lino Meneses

linomeneses@gmail.com

Antropólogo (UCV, 1991). Maestría en Etnología, Universidad de Los Andes (1999). Investigador y coordinador del Programa de Enseñanza de la Historia del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos centroccidentales, andinos y zulianos y en sitios coloniales y republicanos en el occidente venezolano.

Luis Molina

lemolinac@gmail.com

Antropólogo. M.Sc. en Conservación y Restauración de Monumentos. Profesor de la Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Fue director del Museo Antropológico de Quíbor (estado Lara) y director de Conservación Arqueológica del Instituto del Patrimonio Cultural. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos larenses y en sitios coloniales y republicanos en el área de Caracas.

Rodrigo Navarrete

rodrigonavarrete19@gmail.com

Antropólogo (UCV, 1989). Profesor de la Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Fue Profesional asociado a la Investigación en el Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) y coordinador de Investigación de la División de Conservación Arqueológica del Instituto del Patrimonio Cultural. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos orinoquenses y orientales y en sitios coloniales y republicanos en el área de Caracas.

Ana Cristina Rodríguez Yilo

anacristina.rodriguez@gmail.com

Antropóloga (UCV, 1992). Investigadora independiente que ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos orientales del área de la depresión del Unare y en sitios coloniales y republicanos en la región de Barcelona (estado Anzoátegui).

Mario Sanoja

msanoja@gmail.com

Licenciado en Antropología y Sociología (UCV, 1957). Diplomado en Etnología, Universidad de La Sorbona (Francia, 1959). Doctor en Antropología de la Universidad Central de Venezuela (1966). Profesor titular jubilado del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia (1984). Premio Nacional de Cultura, Mención Humanidades. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos en todo el territorio nacional y en sitios coloniales y republicanos en el área de Caracas. Autor de obras fundamentales para la comprensión del pasado histórico venezolano a través de la arqueología.

Carlos Suárez

bild.torres05@gmail.com

Estudiante de la Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, en la que desarrolla un trabajo final de grado sobre la representación y el papel simbólico de la arqueología de la isla de Cubagua para la historia venezolana. Actualmente se desempeña como asistente de la Coordinación de la Colección Clásicos de la Arqueología Venezolana, publicada por el Centro Nacional de Historia.

Iraida Vargas

iraida.vargas@gmail.com

Antropóloga (UCV, 1964). Doctora en Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Profesora titular jubilada del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV. Premio Nacional de Cultura Mención Humanidades. Ha desarrollado numerosas investigaciones arqueológicas en yacimientos prehispánicos en todo el territorio nacional y en sitios coloniales y republicanos en el área de Caracas. Autora de obras fundamentales para la comprensión del pasado histórico venezolano a través de la arqueología.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

I. De las colaboraciones

1. Las colaboraciones serán inéditas. El Comité Editor se reserva el derecho de incluir trabajos ya publicados en otras revistas.
2. Los trabajos se presentarán en español, cuyo original y copia consignados se escribirán a doble espacio, en formato carta y una extensión entre quince y veinte cuartillas (incluyendo las fuentes utilizadas). Se acompañará de una versión digital, escrita en Word 6.0, con letra Times New Roman 12 puntos. Se recomienda guardarla en versión RTF, con la finalidad de abrirlo en cualquier programa sin afectar su formato y contenido.
3. Los artículos, reseñas y reseñas de libros versarán sobre estudios históricos que contengan un aporte al conocimiento histórico, bien por la novedad del tema tratado y el uso de fuentes, o bien por los elementos teóricos y metodológicos que proporcione la investigación.
4. El artículo comenzará con un resumen de cien a doscientas cincuenta palabras con su *abstract* en inglés y, al final del mismo, se incorporarán cuatro *palabras clave* que identifiquen el tema.
5. Al final del trabajo, en hoja anexa, el autor incorporará una ficha profesional abreviada, donde indique el lugar actual de trabajo y grado académico, además de dirección, número telefónico, fax y correo electrónico donde ubicarlo.

II. De las citas y notas

1. Las citas se registrarán por el sistema autor, fecha y página entre paréntesis, por ejemplo: (Acosta Saignes, 1992: 23-24), y en los casos que lo ameriten las citas se registrarán por el "sistema abreviado", clásico de la

Historia, donde el dato se expresará desde lo más general hasta lo más particular, por ejemplo:

- Documental: AGN-C. *Sección Renta de Tabaco*, “Informe del Intendente de Venezuela”. Caracas, septiembre 10 de 1800, t. XXXVIII, f. 26.
 - Bibliográfica: Arcila Farías, *Economía colonial*, t. I, p. 60; una llamada inmediatamente después, si es la misma página: *Ídem*; pero si es otra página: *Ibidem*, t. I, p. 66.
 - Hemerográfica: Banko, “Federación y caudillismo”, en *Ensayos históricos*, nº 18, p. 120; para la cita inmediatamente después, proceder igual que en la bibliográfica.
 - Digital: Gilvon der Walde, “Unas notas de teoría monetaria” (2005), disponible en <http://www.liberalismo.org/bitácoras/8>
2. Las referencias sobre cuadros estadísticos, planos u otros recursos técnicos deberán señalar al pie de los mismos sus respectivas fuentes.

III. De las fuentes

1. Las fuentes se ubicarán al final del artículo y se organizarán por su tipo y/o alfabéticamente; pero solo se registrarán las utilizadas en el trabajo.
2. Se registrarán por el “sistema ampliado”, de lo general a lo particular y señalando toda la información que las identifiquen, por ejemplo:
 - Documental: AGN-C. *Sección Renta del Tabaco*, Caracas, 1800, t. XXXVIII.
 - Bibliográfica: Arcila Farías, Eduardo. *Economía colonial de Venezuela*. Caracas, Italgáfica, 1973, 2 vols.
 - Hemerográfica: Álvarez, R.; R. Huertas y J. L. Peset. “Enfermedad mental y sociedad en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX”, *Asclepio*. Madrid, t. XLV, nº 2, 1993, pp. 41-60.
 - Digital: Gilvon Der Walde, Andrés H., *Unas notas de teoría monetaria: el pensamiento económico del padre Juan de Mariana* (2005), disponible en <http://www.liberalismo.org/bitácoras/8>

IV. De la dirección

1. La dirección, para efectos de la colaboración y el canje, será la siguiente:
 - Responsables: Eileen Bolívar y Marianela Tovar.
 - Dirección: Centro Nacional de Historia. Final Avenida Panteón, Foro Libertador, edificio Archivo General de la Nación, PB. Caracas, Venezuela.
 - Teléfono: (0212) 509-58-32
 - E-mail: revistanuestrosur.cnh@gmail.com

2. Los puntos de vista expuestos por los autores no necesariamente se corresponden con los de los editores de la revista.















Esta revista se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2014.
Caracas, República Bolivariana de Venezuela.
Su edición consta de 1.000 ejemplares.



Nuestro Sur, Historia, Memoria y Patrimonio se concibe como una publicación que fomenta la reflexión y la investigación del pasado venezolano y suramericano, a través del análisis de nuevas miradas, nuevos conocimientos y otras formas de explicación del devenir histórico de los pueblos nuestroamericanos.

Surge por la necesidad de repensar y ahondar en las complejidades políticas, económicas, sociales y culturales de los procesos de emancipación de nuestros pueblos. En este sentido, en el marco de la conmemoración de los bicentenarios de las independencias de *Nuestramérica*, *Nuestro Sur* se suma a la construcción de un proyecto social, integrador, político y dinamizador de la historia que permita el desmontaje de los mecanismos de opresión e invisibilización de los pueblos en su lucha por una sociedad más justa, libre y soberana.

Hallaremos en sus páginas la presentación de nuevos debates historiográficos que dan cuenta de una construcción colectiva de la historia. Una historia que hemos denominado insurgente y que a diferencia de la historiografía tradicional, se encuentra trazada desde el ámbito comunal, local, regional, nacional, caribeño y latinoamericano. Una perspectiva histórica con vocación abarcante e integradora, que servirá como herramienta para la liberación, formación y democratización de la memoria de los pueblos.

Nuestro Sur, en sintonía con las realidades de los pueblos latinoamericanos y caribeños, se perfila entonces como una publicación que promueve la investigación, la formación, la crítica y la revisión constante de nuestro pasado; a partir de un discurso colectivo y multidisciplinario que se enriquezca de una historia cuyos ejes transversales sean la diversidad temporal, geográfica, cultural, étnica, social y sexual.

Esta edición número ocho reúne una serie de trabajos varios que ofrecen un panorama bastante completo de los enfoques, temáticas, posibilidades y limitaciones que la arqueología venezolana reciente ha ofrecido -mediante el análisis de la cultura material- sobre el pasado de nuestra nación desde la invasión europea.

Estos trabajos se titulan: *Del por qué asumimos valores ideológicos que no nos correspondían: transmisión de ideas a través de las cerámicas británicas impresas por transferencia en el siglo XIX*, *Arqueología, representación y patrimonio: las "otras historias" de Cubagua y Nueva Cádiz*, *Notas para una arqueología de la presencia africana en Venezuela: primera aproximación a una reflexión teórico-metodológica*, *Arqueología de Caracas. Aproximación histórico-arqueológica a los banquetes y el ajuar cerámico de la quinta de Arauco durante el siglo XIX (1826-1883)*, *La arqueología marxista del capitalismo y la reconstrucción de una historia protagonizada por el pueblo*, *El valor estratégico del agua para la fundación en el siglo XVII de los pueblos de doctrina en la cordillera de Mérida: caso San Antonio de Mucunó*, *Arqueología de la Caracas colonial y republicana*, *Arqueología del capitalismo: el proceso urbano originario en las provincias de Caracas, Maracaibo y Guayana, siglos XVI al XIX*. *El modo de vida colonial venezolano y, por último, La basura de Bolívar: una arqueología evocativa de los tiempos bolivarianos.*

ARCHIVO
GENERAL
DE LA NACIÓN

República Bolivariana de Venezuela



■ revolución e igualdad

CENTRO
NACIONAL
DE HISTORIA



